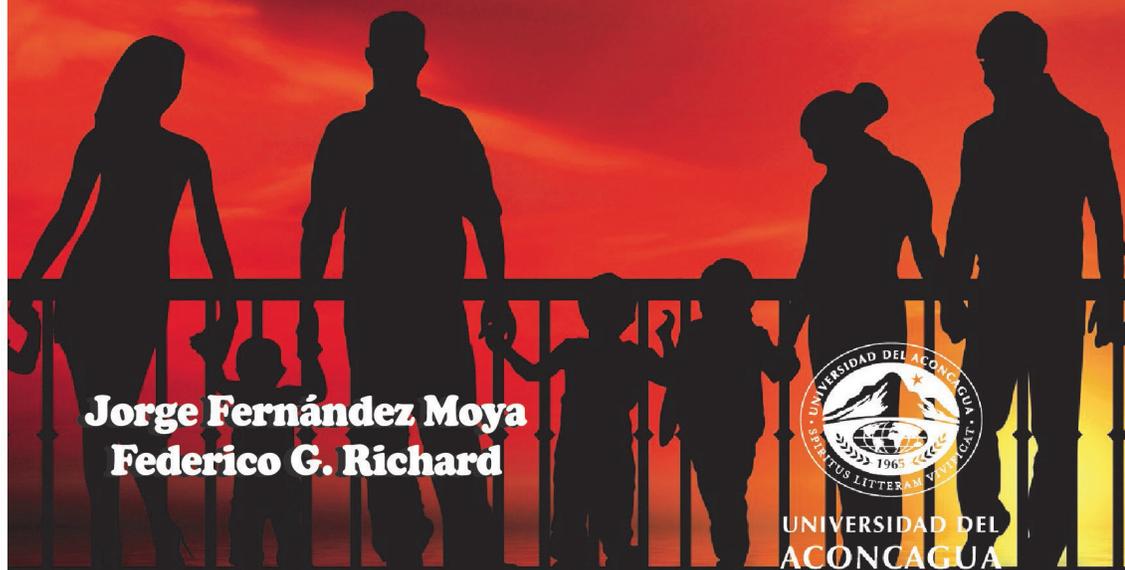




El presente de la historia

**De la impronta relacional
a la construcción de la personalidad**



**Jorge Fernández Moya
Federico G. Richard**



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

El presente de la historia

Jorge Fernández Moya – Federico G. Richard

El presente de la historia

***De la impronta relacional a la
construcción de la personalidad***



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

Fernández Moya, Jorge

El presente de la historia : de la impronta relacional a la construcción de la personalidad / Jorge Fernández Moya ; Federico G. Richard. - 1a ed. - Mendoza : Universidad del Aconcagua, 2021.

Libro digital, PDF.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-4971-38-8.

1. Psicología. 2. Identidad. 3. Grupos Sociales. I. Richard, Federico G. II. Título.

CDD 158.2.

Diagramación y diseño de tapa: Arq. Gustavo Cadile.

La imagen que ilustra la portada pertenece a Gerd Altmann y ha sido descargada de Pixabay.

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147(M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

e-mail: editorial@uda.edu.ar.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Mendoza – Argentina.

Primera edición digital: julio de 2021.

I.S.B.N.: 978-987-4971-38-8.



Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Dedicado a nuestros abuelos, padres, hermanos,
esposas, hijos, amigos y enemigos,
es decir a todos quienes desde la crianza y la socialización
nos han reconocido y confirmado,
interacción mediante, construyendo quienes somos
(abuelos, padres, hermanos, esposos, hijos, amigos y enemigos).*

*Nuestro agradecimiento al Dr. Marcelo R. Ceberio,
quien coherente con su adagio
“una connotación positiva no se le niega a nadie”
nos confirma.
Quien lea más allá de su generoso prólogo
corroborará la validez de su reconocimiento para con nosotros.*

Índice

Prólogo: Hacia una teoría interaccional de la personalidad.....	15
Capítulo 1: Consideraciones preliminares: conocimiento clínico y construcción de la personalidad.....	23
¿Es posible no influir?	26
La confirmación de las sospechas del clínico.....	27
El pasaje de la “nube de datos” a la acción	29
Tres motivos para una teoría interaccional de la personalidad.....	31
De la función a la estructura (y viceversa)	33
Improntas relacionales y construcción de patrones de personalidad..	36
Interacción, identidad	38
Capítulo 2: Una aproximación al constructo personalidad	45
La personalidad como producto del consenso y la perspectiva.....	48
La personalidad: ¿desde el consenso o desde el disenso?	51
Allá y entonces: improntas relacionales y libertad “condicionada” ...	53
Aquí y ahora: la personalidad como producto del proceso de definición de la relación	55
De acuerdos y desacuerdos en la definición de la relación	58
Por presente o ausente: loco o malo	62
De los circuitos a los paradigmas; de la pertenencia a la personalidad.....	63
Capítulo 3: Elementos motivacionales mínimos para un modelo interaccional de la personalidad	71
De los principios dormitivos a la complejidad: instintos, rasgos, cogniciones	71
Más allá de la especificidad situacional	74
Cuatro elementos motivacionales para una teoría de la personalidad	75

Las improntas relacionales	77
La interacción	78
El circuito intrapsíquico.....	80
La narrativa personal	82
Hilvanando los cuatro elementos.....	85
La brecha entre la narrativa personal y el sistema.....	88
Narrativa expresada y narrativa encubierta	89
El papel de la motivación en una teoría interaccional	91
Capítulo 4: Improntas relacionales y dimensiones para la evaluación clínica de la personalidad	103
Concepto de impronta relacional.....	104
Improntas y crianza	107
Improntas y socialización	110
Improntas y cambios en la estructura y la funcionalidad de la familia.....	112
Improntas y modos de leer y ordenar la realidad.....	122
Capítulo 5: Pertenencia rígida y personalidad.....	129
Tres niveles necesarios para comprender el comportamiento presente a partir de las improntas relacionales	130
<i>Identidad e interacción</i> : la posición del individuo desde las coordenadas del contexto	133
Los beneficios de pertenecer	138
Un estado de carencia	139
Pertenencia rígida	146
Valores: ¿para quién?.....	147
Dos caminos excluyentes: reconocimiento o resentimiento.....	152
Capítulo 6: Psicología del resentimiento.....	155
Estabilidad y cambio: cristalización vs. innovación.....	155
La personalidad como construcción de la manada	158
Pertenencia (rígida) vs. cambio	159
Dos clases de innovadores.....	161
Rigidez y flexibilidad	165
Reconocimiento y resentimiento	169
¿Qué papel juegan los rasgos en una teoría interaccional?	170

Los humanos no son bacterias	174
¿Hacia dónde llevan <i>los caminos del reconocimiento y el resentimiento?</i>	178
Grados de libertad.....	179
Los otros como puente roto o puente Bailey	181
Una mirada hacia los extremos.....	185
Construcción de significados.....	186
La definición de la relación	187
Algunas improntas relacionales y su influencia en el desarrollo del resentimiento y el reconocimiento.....	192
Las consecuencias para el sistema.....	193
Capítulo 7: Bases para una teoría interaccional de la personalidad....	201
Observables de conducta	202
Un doble estatus para el constructo personalidad.....	203
Crianza y socialización: la prehistoria de la personalidad.....	205
Aproximación a una geología de la personalidad.....	206
La personalidad comprendida como un proceso	208
De la potencialidad a la respuesta actual	208
De la conducta actual a las conductas futuras	211
Cuando el rótulo es para siempre	212
Personalidad como potencial de conducta.....	213
Tres momentos en la construcción interaccional de la personalidad	215
La interacción como programa para el comportamiento	216
¿Qué lugar ocupa <i>la interacción en el sistema personalidad?</i>	220
Hechos y relatos en la construcción de la personalidad	221
Potencial de conducta y activación.....	223
Gatillos contextuales e improntas relacionales.....	224
La construcción de una teoría: una analogía de la construcción de la personalidad.....	227
Relatos trastornados y trastornos de personalidad.....	228
Capítulo 8: El cambio en la personalidad.....	231
La estabilidad como ilusión perceptual: ventajas y riesgos.....	233
Algunos factores de cambio en la personalidad	234
Cuando no advertimos el cambio	236
El papel de la interacción en el cambio de la personalidad	238

¿Qué es lo que cambia: la personalidad o <i>la conducta</i> ?	239
Hábitat y nuevo sistema de personalidad	240
Niveles de cambio e invariancia	244
Cuestionar el cambio: un medio para lograrlo.....	245
Cuestionar el cambio: un medio para impedirlo.....	246
Expectativas ajenas: realidad y circuito intrapsíquico.....	249
Circuito interpersonal: ensayo y mantenimiento del cambio	250
Pertenencia, autonomía y cambio.....	251
Cambios voluntarios e involuntarios en la personalidad	255
La responsabilidad del observador	256
Consecuencias y riesgos de las observaciones sobre la personalidad.....	258
Capítulo 9: Conclusiones	261
Referencias bibliográficas	269

Prólogo: Hacia una teoría interaccional de la personalidad

Siempre considero un prólogo como un honor, un reconocimiento que hacen los autores a la trayectoria de un profesional, por tal razón agradezco a Federico Richard y Jorge Fernández Moya, esta posibilidad y esta valoración hacia mi persona. Pero también un prólogo no debe profundizar el libro demasiado, solo debe mostrar los olores y sabores para que luego el lector pueda devorarlo de manera placentera. Debe acelerar las ganas, tentar a su lectura.

Pero el prologuista atento no debe contar el libro, porque es como contar la escena del desenlace de la película y arruinar el final. Lo que ahora da en llamarse *espolear* castellanizando la expresión inglesa de *spoiler* que significa proporcionar la descripción de una parte importante de la trama de una película, libro, etc.; antes de que alguna persona la haya visto. Por lo tanto, me dedicaré a describir algunos tópicos que me han resonado de este maravilloso libro, que demuestra erudición, profundidad y creatividad teórico clínica.

Hace muchos años atrás, más de los que yo quisiera, me encontraba dictando una conferencia en una Universidad sobre epistemología sistémica y constructivista. Hablando sobre la forma de *ver* y cómo nuestro reservorio cognitivo impregna nuestra mirada, afirmaba que los terapeutas no estamos exentos de este proceso: la mirada tendenciosa impregnada por nuestra historia, valores y creencias, hace que *construyamos* los problemas que traen los pacientes a nuestro consultorio, hace que escuchemos y que enfoquemos dichos problemas desde una óptica que es la única posible de escuchar: la nuestra. Así, se conjuga en un acto co-constructivo, la solución.

Decía, la mirada entonces, no será patrimonio de la objetividad, puesto que sencillamente no existe, es un término inventado por las ciencias clásicas, pero inaplicable -desde esta perspectiva- o que sirve para explicar lo que nunca llegaremos a conocer (la realidad de 1° orden). Por el contrario, la mirada subjetiva, como toda mirada,

*es la que posibilita generar una interacción terapeuta-paciente con ciertas características, crear el vínculo, transitar el afecto, experimentar la situación y en este acto poblado de intencionalidad, tratar de encontrar el camino más claro y breve hacia la disminución del sufrimiento. De esta manera, sabemos, o mejor dicho creemos saber cómo los pacientes mejoran¹**.

Después de estas reflexiones, me dediqué a criticar respetuosamente la frase llamada *Oración gestáltica*, diciendo que podría leerse tanto desde una epistemología lineal, y a su vez ser criticada desde la circularidad. La frase dice:

*Yo hago lo mío y tú haces lo tuyo
yo soy yo y tú eres tú
no estoy en este mundo para llenar tus expectativas
y tú no estás en este mundo para llenar las mías
porque yo soy yo y tú eres tú
y si por casualidad nos encontramos, será hermoso
si no, no se puede remediar.*

Esta oración podría suponer que la intencionalidad es señalar, entre otras cosas, que no podemos andar por el mundo haciendo cosas para llenar las demandas de los otros, y que la preeminencia debe estar colocada en la valoración personal. Además, que nuestras propias expectativas deben ser abastecidas por nosotros mismos, y no esperar que el otro las satisfaga, puesto que puede obtenerse como resultado la frustración, de allí, el *yo soy yo y tú eres tú*. La *casualidad* del encuentro a que se refiere, es un encuentro interior, aquel de la complementariedad, de la comunicación armónica, del acople estructural, si este no se produce, no deberá forzarse.

Es una frase hermosa y conmovedora, pero leída desde una óptica sistémica, resulta difícil pensar el hecho de que cada ser humano haga las cosas como acto individual de construcción; inevitablemente las conductas del otro, pautan mi comportamiento, puesto que vivimos en sistemas y en interacción con otros, y nuestro mundo es el producto de una gesta interactiva; además, *somos* en relación con otro que nos confirma, de allí que es difícil hablar de *yo soy yo*, cuando mi *yo* responde a la relación con un tú.

1 Ceberio, Marcelo R. (1998). *La construcción del Universo*. Barcelona: Herder.

En lo que respecta al encuentro, siempre existe, y sería imposible pensarlo de otra manera, si una actitud siempre tiene sus implicancias en las acciones del otro. Si bien deberíamos, hacer cosas por nosotros mismos (aunque por lo general se tilde de egoísmo), con la finalidad de llenar nuestras expectativas personales y no depender del otro, permanentemente estamos interactuando y en continua realimentación, y este *feed-back* que obtenemos, nos permite corregirnos y corregir errores, en fin, cambiar. ¿Cómo sería ser uno sin la presencia del otro que nos confirma nuestra existencia? Es impensable, desde esta epistemología, hacer lo de uno como un ser aislado, cuando las conductas-respuestas de la interacción nos condicionan y estimulan a un tipo de comportamiento.

En esa oportunidad, después de la conferencia, se acercó uno de los presentes con un trozo de papel, me agradeció y lo dejó sobre el escritorio. La guardé en mi block de notas y cuando llegué a mi consultorio, acomodando mis cosas, encontré la esqueta que me había dejado esta persona. La frase que estaba escrita, encerraba y sintetizaba la reformulación de la oración antedicha:

Si yo soy yo, porque yo soy yo
y tú eres tú, porque eres tú
ni yo soy yo, ni tú eres tú.
Pero si, yo soy yo, porque tú eres tú
y tú eres tú, porque yo soy yo
Entonces, yo soy yo y tú eres tú.

Este párrafo revela el efecto de la interacción humana: uno es uno a través del otro y viceversa, para de esta manera ejecutar la construcción de una identidad individual. No somos los mismos relacionándonos con un padre, con un hermano o con un amigo, nuestra narrativa se amolda en la interacción, poniendo en juego nuestras diferentes partes, que saldrán al ruedo de acuerdo a cuánta estimulación encuentren en nuestro interlocutor. Y así, como seres relacionales andamos por el mundo construyendo mundos compartidos y no, en los diversos sistemas con que tomamos relación.

Esta anécdota es la que me vino al recuerdo al iniciar la lectura de *El presente de la historia. De la impronta relacional a la construcción de la personalidad*, en el que encontré el cuerpo teórico que explica una teoría interaccional

de la personalidad: *yo soy yo porque tú eres tú*, como parte del entramado relacional de la vida. Paso entonces a describir algunos pasajes del texto (en forma sintética) que me llevaron a reflexionar acerca de la construcción de la personalidad.

Es interesante pensar que cuando hablamos de persona no estamos hablando de individuo aislado, centrado en sí mismo. La pregunta más elemental de la identidad, dicen los autores, *¿quién soy?*, requiere desde nuestro enfoque formularse como *¿quién soy para los otros?* y esto produce un giro copernicano de aseveraciones lineales para introducirnos en definiciones de sistemas. Si *yo soy yo porque tú eres tú*, esa variable relacional implica que la propia identidad se funda en mayor o menor medida en el *feed-back* que otras personas desarrollan en la interacción y proporcionan no solo una imagen al otro, sino que colaboran en su construcción.

Pero los autores van a por más, muestran la importancia de la función y los roles que se desenvuelven sistémicamente y que implican acoples complementarios: no solo se ejerce una función, sino que hay funciones que estructuralmente la complementan. Pero en ese proceso de complementariedad de alguna manera las funciones se confirman, por tales razones, entre tantas, los llevan a definir la relación como... *proceso interaccional constante por el cual una persona se propone en un rol y espera que la otra le responda desde un rol congruente*. Aunque no sólo es la complementariedad, también la simetría en el contrapunto de una escalada, muestra ese acople.

Pienso que nuestra identidad deambula en *la interacción recursiva entre la autopercepción y la confirmación de los otros*, tal cual señala el texto, en un proceso absolutamente retroalimentante, puesto que yo me percibo acentuado por la mirada de los otros y a la vez, los otros miran lo que yo me percibo confirmado por la mirada de los otros, en un circuito sin fin. Aunque, también la autopercepción puede diferenciarse de lo que lo demás perciben, ya sea porque la persona no se muestra o construye una falsa imagen frente a los otros, o no es consciente de la personalidad que expresa, etc., y los demás le devuelven una imagen distorsiva o acertada de lo que autopercibe: ¿somos lo que mostramos que somos?, cabe preguntarse.

Desde esta perspectiva cibernética y constructivista, *¿es posible no influir?*, no solamente que influimos, lo que vemos es el resultado de nuestra propia

construcción –veo lo que construyo y construyo lo que veo- sentencia la frase de H. von Foerster, y en ese sentido recursivo, cuando veo al otro, lo construyo y esa construcción es la que le devuelvo, tal cual una amalgama tácita en la interacción. Todo el texto es un combo de gran complejidad de frases disparadoras que invitan a un sinnúmero de reflexiones, donde se entrelazan diacronías y sincronías: *el pasado inmodificable/la historia es lo que cambia; La importancia del contexto y las relaciones; La identidad y las funciones que desarrollo y me adjudican*. Por lo tanto, las personas *somos* en la medida en que *somos para otros*, que nos confirman, de hecho, la desconfirmación es definida como una muerte artificial y no deja de ser congruente con las ideas expresadas en este libro. El propio cambio, en cierta manera, entonces, se produce *en la medida en que los demás aceptan, visualizan, califican (positiva o negativamente) el cambio realizado que en algún momento han esperado, reclamado y hasta exigido*.

Por ejemplo, un área que en cierta manera produce identidad, es el trabajo. La actividad laboral que se desarrolla es identitaria. Son muchas las horas del día en las que desenvolvemos una actividad, nos reconocen en ella, nos confirman en el rol; más aún cuando nos presentamos, es la actividad, oficio o profesión es la que nos sirve de carta. Pero tal vez, el punto clave donde gira el eje conceptual del libro radica en la definición de personalidad que elaboran los autores. La describen como el producto de un proceso a lo largo del tiempo donde confluyen interacciones pasadas y presentes que se aúnan y se vinculan en una situación y contexto determinado. El comportamiento en el aquí y ahora se configura de ese modo como un patrón que tiende a repetirse y que será identificado como tal por su contexto significativo. Es interesante ver que el resultado de esta sinergia de factores determina un patrón de actuación.

De manera gráfica, Fernández Moya y Richard determinan cuatro elementos motivacionales para una teoría de la personalidad, como *hilos invisibles que para el pensamiento sistémico mueven la conducta* pero que actúan en sinergia y uno va de la mano del otro. Conjugan lo que llaman *las improntas relacionales*, como las experiencias pasadas que se reeditan en las relaciones presentes y que son significativas en tanto se actualizan *el pensar, el sentir y el actuar en el presente*; la *interacción*, absolutamente lógica como unidad en la cibernética de los circuitos humanos; el *circuito intrapsíquico*, como la combinación recursiva de ideas, pensamientos, sentimientos que surgen

cuando se analizan hechos y las atribuciones de significado que se le otorgan y que también se construyen como expectativas en relación al futuro; y la *narrativa personal* como el guión, lo que motiva a la persona a participar de ciertos hechos relacionándose con otros, lo cual dará lugar a su vez a una serie de relatos. Es la acumulación de esos relatos la que dará lugar a la narrativa personal.

Estos cuatro elementos que van de lo cognitivo y emocional al contexto y viceversa son, integrados, como un concepto *fundante* de la teoría de la personalidad, desde una epistemología sistémica. Desde esta perspectiva interaccional, la persona es *reconocida* -dicen los autores- cuando, independientemente de su desvalorización o carencia personales, los mensajes de los otros de su entorno afectivo, resultan nutritivos para sí, es decir, mensajes o actitudes valorizantes y calificatoriamente positivos sobre sus conductas que impactan en su *self*. También es interesante el planteo sobre el *resentimiento*, que surge como resultado cuando los mensajes del entorno son *descalificatorios* y los comportamientos son connotados negativamente desde la ironía, la burla, hasta el extremo de la indiferencia.

Más allá de las valencias valor y desvalor, en un supranivel se encuentra la *confirmación*, a la que aludía anteriormente. Es decir, lo que nos hace existir es que el otro nos confirme, el *ninguneo relacional* hace que nos transformemos en invisibles frente al otro. El acto de valorizar o descalificar conlleva que el otro me confirma: existo; después podremos agregar cómo nos confirma, si es a través de expresiones amorosas o mediante la agresión.

Entonces, el terapeuta, como observador que evalúa la personalidad, realiza *un complejo trabajo de hilvanado* entre los cuatro elementos. Evalúa el *circuito intrapsíquico* que gatilla los síntomas, el *circuito interpersonal* que explora lo relacional, como interacciona el paciente, e identifica la *impronta relacional* que, construida conjuntamente con el consultante pasa a formar parte de su *narrativa* (y de su identidad). De esta manera se produce el cambio.

Estas son algunas de las tantas disquisiciones teóricas del presente libro, que se caracteriza por utilizar las metáforas y analogías explicativas en pos de facilitar el ingreso de los conceptos teóricos –que no son pocos- que se definen y concatenan. Así se explican desde el constructivismo, la morfogénesis, hasta el reconocimiento y el resentimiento. En lenguaje accesible y con pocos

retorcimientos narrativos (si se me permite la metáfora), el texto es llevadero y atractivo a pesar que presenta conceptos profundos.

Por ejemplo, la experiencia de los monos y las bananas, muestra claramente como a las condiciones del ambiente hacen al cumplimiento de funciones determinadas sin que se cuestionen por qué se desarrollan. Como bien dicen los autores no importa si el experimento fue real, lo importante es el mensaje que transmite. O la descripción del ornitorrinco, en relación a romper una regla o una categoría donde se lo inscribe, pero que no es natural, sino que fue creada por los mismos investigadores: una excepción a la regla que ellos mismos elaboraron.... Y ¡cuántas veces somos nosotros en la vida cotidiana quienes desarrollamos el mismo proceso!

Todo el libro condensa lo que Fernández Moya y Richard propugnan y que se resume en una frase: *Consideramos más apropiado, no obstante, compartir con el lector una segunda lectura posible del proceso de construcción de la personalidad que privilegie el papel de la interacción.* Si esa fue la intención, debo felicitar a los autores y decirles *Misión cumplida.*

Marcelo R. Ceberio
Marcos Paz, Buenos Aires, 2021

Capítulo 1: Consideraciones preliminares: conocimiento clínico y construcción de la personalidad

Nuestra aproximación a la personalidad lleva irremediablemente nuestro sesgo de clínicos. Asumir esa condición, considerarla y comprender cuánto y cómo influye en lo que podemos conocer acerca del fenómeno que nos reúne constituye para nosotros una necesidad ética, pero también un recurso metodológico. Esto último resulta clave, pues como esperamos desarrollar a lo largo de todo este volumen, los procesos implicados en el conocimiento –entendido como construcción– de la personalidad por parte de un profesional (clínico o de otros campos de aplicación de la psicología) no son distintos de los que utiliza cualquier persona cuando trata con otros individuos y sus correspondientes y singulares personalidades.

Además de clínicos, nos reconocemos como sistémicos, y ello implica entre otras cosas comprender, en la evaluación, a la familia como unidad de comprensión y abordaje. Esto marca una diferencia clave y también una serie de inevitables sesgos en pos de la consideración de aspectos interaccionales en la personalidad. Pero no nos adelantemos y veamos algunas diferencias más básicas y determinantes con la mirada que otros clínicos pueden tener al respecto.

La medicina, por su milenaria trayectoria, ha influido significativamente en la psicología clínica, que aun con el gran desarrollo experimentado en las últimas décadas cuenta con apenas un poco más de un siglo de existencia. Entre otras improntas, cabe señalar la difundida idea de que la evaluación y la intervención son dos momentos diferentes y sucesivos. Así, sólo cuando el médico ha concluido el examen clínico del paciente, apoyado eventualmente

por pruebas de laboratorio y/o diagnóstico por imagen, arriba a una conclusión que en otro lugar uno de nosotros ha llamado *diagnóstico etiológico*.² Sólo valiéndose esa conclusión el profesional podrá abordar el cuadro con un tratamiento definitivo, orientado a las causas del padecimiento. Desde el primer momento –en que ordena los estudios que necesitará– podrá indicar un tratamiento sintomático que eventualmente alivie al paciente durante el proceso diagnóstico. En ese interín tendrá solamente presunciones no confirmadas acerca de la causa del problema, y se cuidará mucho –formado como está en el rigor científico–, de que ni estas presunciones ni aquellas indicaciones afecten el proceso.

Al actuar de este modo, el médico controla un aspecto central (aunque no el único) del fenómeno que está estudiando. Un fármaco indicado antes de tiempo, por ejemplo, podría modificar una respuesta del organismo y enmascarar un cuadro clínico, con lo cual se ve perjudicado el diagnóstico y, en consecuencia, la efectividad del tratamiento que se indicará.

La psicología ha recibido esta *impronta* del quehacer médico y la ha llevado a concebir de un modo parecido el proceso psicodiagnóstico en aquellos modelos que han recibido una mayor influencia del pensamiento positivista. Así, aún hoy, resulta frecuente encontrar profesionales que ocupan un número considerable de sesiones –en ocasiones superior al promedio de encuentros que insume una terapia breve focalizada– dedicadas exclusivamente al proceso psicodiagnóstico. Después de esos encuentros, una vez analizado el material de entrevistas y test psicológicos, el profesional destina habitualmente uno o más encuentros a la “devolución” de información al consultante. Recién desde ese momento será posible pensar, para este tipo de profesionales, en *intervenciones* o en un *tratamiento*. Si consideramos que la evaluación está destinada a una o más personas, este modo de proceder resultará costosísimo en términos de tiempo, esfuerzo y dinero, y por ello poco sustentable para quien afronte los costos del proceso, sea una persona particular, una obra social o el Estado.

Al margen de dichas consideraciones, cabría analizar si esta división tajante entre proceso diagnóstico y proceso terapéutico –que resulta tan clara para un médico en cuanto a la interacción entre el organismo y una noxa–, puede

2 Fernández Moya, Jorge. (2010). *En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

sostenerse en el ámbito del comportamiento del que se ocupa la psicología. Ya en el caso del médico uno podría preguntarse si el hecho de dedicar una parte considerable del tiempo de la entrevista a indagar sobre un tema (síntomas, antecedentes familiares, etc.), y la comunicación analógica dada por gestos o movimientos faciales y corporales del profesional ante alguna de esas respuestas, influirán o no sobre el paciente, incluyendo su grado de preocupación por la incertidumbre que rodea al proceso, y sobre el mismo cuadro clínico, merced a las complejas relaciones que la ciencia descubre a diario entre el estrés y el sistema inmunológico.

En el campo de la psiquiatría y la psicología, estas relaciones pueden ser mucho más evidentes. Desde el punto de vista del paciente que consulta por primera vez, éste no podrá dejar de crear expectativas acerca del encuentro que tendrá. ¿Entenderá lo que me ocurre? ¿Tendrá experiencia con casos parecidos? ¿Le dará el valor que yo le otorgo a esto que me pasa, a los síntomas que siento? ¿Le parecerá ridículo?, son algunos interrogantes frecuentes que tienen las personas y que en ocasiones verbalizan al consultar. Además de ello, asignará significados particulares a una serie innumerable de elementos del contexto del terapeuta. Desde la disponibilidad inmediata para un turno o no, la puntualidad con que es asistido, aspectos físicos del ambiente del consultorio que comunican acerca de los valores, creencias y costumbres del profesional, etc.

Todos estos elementos, y muchos más que el lector podrá imaginar o evocar, influirán directamente en el modo en que el consultante se desenvolverá en el contacto cara a cara con el terapeuta, especialmente durante la primera entrevista.³ Por supuesto, lo dicho más arriba respecto del modo de preguntar de un profesional de la salud en general y las expectativas que gatilla en quien consulta se aplica: *¿cuánto tiempo dedica el terapeuta a hablar acerca de un tema? ¿cuánto interés muestra éste acerca de una experiencia particular o una etapa de la vida?* Por otra parte, está la dificultad adicional de que el consultante invariablemente otorga un significado a los silencios del terapeuta,

3 Una consideración contextual: la finalización de este libro tuvo lugar en el contexto de la pandemia provocada por el COVID-19, de modo que la escritura conjunta y simultánea que llevamos a cabo durante toda la obra debió realizarse a través de una plataforma virtual. Esta circunstancia, junto a nuestra propia experiencia clínica, nos llevó a reflexionar acerca de cuánto y cómo el uso de estas tecnologías durante el aislamiento social obligatorio modifica la conducta y las posibilidades de profesionales y pacientes.

a partir del comportamiento no verbal con que éste los califica. Estos silencios: ¿comunican reflexión?, ¿respeto?, ¿preocupación?, ¿asombro?, o bien ¿quieren decir *que el profesional no sabe qué más preguntar?*

¿Es posible no influir?

Como corolario de todo esto, uno podría –y hasta *debería*- preguntarse: ¿es posible que el profesional sea aséptico en todo este proceso? ¿Puede, independientemente de su deseo, no influir sobre el o los consultantes? ¿Puede neutralizar, o bien disimular el impacto emocional que le produce, por ejemplo, el hecho de tener que revelar cierta información dramática, por ejemplo un diagnóstico o un pronóstico?

Desde el punto de vista de la teoría de la comunicación humana,⁴ el primer axioma formulado por los autores expresa que *no es posible no comunicar*. Del mismo modo, en un proceso de evaluación, no resultará posible no influir.

Incluso en ausencia del profesional, la influencia tiene lugar de maneras que pueden no resultar evidentes y que escapan al control del mismo. Volviendo al ámbito de la medicina clínica, cualquier persona que, como paciente o familiar tiene en sus manos los resultados de estudios realizados, difícilmente se abstendrá de leer la información recibida, e incluso de averiguar algo más, por ejemplo a través de Internet o de terceras personas que puedan tener algún conocimiento sobre la materia. Esta información, independientemente de su calidad, influirá significativamente sobre el pensamiento, el estado de ánimo y la conducta de pacientes y familiares, así como sobre las interacciones que tienen lugar entre ellos, incidiendo inevitablemente sobre el eventual proceso de la enfermedad.

Dado este panorama, cabe una digresión acerca de algunas implicancias que el diagnóstico (entendido a la manera tradicional, como un acto profesional concreto, brindado al consultante y eventualmente sus familiares u otros interesados) reviste. Como decíamos, desde esta perspectiva supuestamente

4 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

cientificista, el profesional busca *no influir* sobre el consultante durante el proceso diagnóstico. Recién al momento de la devolución aportará éste información acerca de las conclusiones a las que ha arribado. Sólo entonces podrá también recibir una opinión del consultante (y/o de su entorno significativo) sobre ese diagnóstico, que acepte totalmente, parcialmente, o bien rechace el contenido del mismo.

En esa misma lógica, el clínico que condujo la evaluación podrá realizar una derivación, indicar que no es necesario un tratamiento, o bien ofrecerse a asumir el mismo. En cualquier caso, requerirá de la anuencia del consultante o de las personas que han solicitado la evaluación (la familia, la escuela, la empresa, el sistema judicial, por ej.).

Una consideración estratégica nos llevaría a pensar que cuando el clínico opera de este modo se está arriesgando a perder parcial o totalmente un recurso fundamental como es la motivación del o los consultantes. Al mismo tiempo, desde un punto de vista humano, la incertidumbre que a lo largo del proceso se genera en el sujeto que está siendo evaluado daría lugar al menos a una reflexión ética⁵ sobre su derecho a participar activamente (mediante su opinión y su aval) de un proceso que lo tiene como principal protagonista. En cualquier caso, dado un consultante más o menos motivado, puede presentarse el disenso respecto del diagnóstico ofrecido por el clínico en esa instancia de devolución.

La confirmación de las sospechas del clínico

Dadas estas circunstancias y las posibles divergencias en el consultante, ¿manejará el clínico su propia producción como una verdad absoluta?, ¿o bien atenderá al desacuerdo y tomará los argumentos aportados por el consultante como un insumo para revisar el diagnóstico? Las decisiones tocantes a este punto no resultan menores para el devenir de cualquier proceso clínico en general, y de una psicoterapia en particular.

5 El tema admite diversos niveles de análisis. Entre otros, el creciente reconocimiento en la legislación de los derechos de los pacientes a participar de su tratamiento y recibir la información.

En el caso de que el clínico rechace la opinión contraria al diagnóstico por parte del consultante, contará con un gran cúmulo de información, provista por el propio psicodiagnóstico, que podrá utilizar para reafirmar su propia teoría. A partir de ello, podrá expresar frente a un interlocutor –por ej. un familiar, un directivo, un juez, de manera verbal o a través de un informe escrito– argumentos del tipo: “*es un paciente resistente*”, “*se trata de un trastorno de personalidad*”, “*la resistencia a la intervención se fundamenta en tal respuesta gráfica*”. Estas afirmaciones mantendrán al clínico en su postura y reforzarán la naturaleza asimétrica de la relación con el consultante, neutralizando cualquier posibilidad terapéutica.⁶ Al mismo tiempo, el consultante puede sentirse incomprendido, defraudado, desesperanzado, enojado con el clínico y hasta con la profesión del mismo, en la medida que éste no pudo comprender la dimensión de su sufrimiento ni transformar la queja en un problema que pudiera ser resuelto.

En el caso de que el clínico otorgue validez al desacuerdo del consultante, y decida revisar su diagnóstico, se enfrentará a un problema grave relacionado con el concepto de maniobrabilidad. Durante un tiempo relativamente prolongado, el profesional siguió sin advertirlo –en aras de la supuesta objetividad y la asepsia del método científico– un rumbo alejado del modo de ver la realidad del consultante. La dificultad aumentará de manera proporcional al tiempo transcurrido en ausencia de *feedback* por parte del consultante. En el remoto caso en que el clínico logre remontar ese déficit de maniobrabilidad, correrá el riesgo de volver a la idea original,⁷ en un intento por poseer la razón que tiene que ver más con las necesidades personales del terapeuta que con las del consultante.

6 Watzlawick, Weakland y Fisch, en el libro *Cambio* plantean que uno de los intentos típicos de solución que agravan los problemas es la confirmación de las sospechas del acusador a partir del comportamiento de quien es juzgado. En este circuito, cada comportamiento de la persona cuya honestidad es puesta en duda, suma a la evidencia que se acumula en su contra.

7 Morris, C.; Maisto, A. (2009). *Psicología*. México: Prentice Hall. Se trata del fenómeno que la psicología general, en el ámbito de la cognición, ha designado como *persistencia en el compromiso*. Este principio explica que las personas sostienen decisiones más allá del punto en que las mismas resultan convenientes, y aún ante la evidencias de las pérdidas vinculadas a esas decisiones, debido a la dificultad que presenta para ellas asumir una equivocación.

Por otra parte, esta consideración del tiempo que ha transcurrido entre el inicio del proceso y la devolución resulta crucial también si se piensa en la urgencia y la severidad del caso en cuestión. En ocasiones, los problemas que llevan a una persona a consultar se relacionan con condiciones que cuentan, al momento de la consulta, con una larga historia, y donde no se esperaría acciones inmediatas para su resolución. En otros casos, la intervención es requerida con urgencia para, por ejemplo preservar la vida o la integridad de una persona (riesgo de suicidio, violencia, etc.), o bien quien consulta necesita tomar una decisión que probablemente no pueda, o prefiera no postergar durante el tiempo que llevará un proceso psicodiagnóstico tradicional.

A partir de lo dicho podríamos concluir que el diagnóstico entendido como un momento aislado e independiente de las intervenciones terapéuticas no sólo no resulta posible –pues siempre, desde el principio, influimos–, sino que entenderlo de ese modo resulta por demás riesgoso. Ello no implica que el terapeuta, así como el profesional de cualquier otro campo, deba realizar su evaluación acerca de la personalidad de manera precipitada, cuando la información no es exhaustiva. Por el contrario: resulta posible, y hasta recomendable que, cuando se trata de una psicoterapia, el terapeuta se abstenga de emplear algunas maniobras –entendidas como acciones dotadas de propósito⁸– hasta tanto no haya construido conjuntamente (a partir del proceso de evaluación) un *problema* con el consultante.

El pasaje de la “nube de datos” a la acción

Dadas estas consideraciones críticas acerca de la *impronta* del modelo médico sobre los desarrollos de la psicología clínica del siglo XX, cabe considerar la necesidad de una propuesta constructiva que facilite y aporte al clínico herramientas que no han sido consideradas por los desarrollos más difundidos durante ese periodo, claramente herederos del positivismo.

8 Hirsch, H.; Rosarios, H. (1987). *Estrategias psicoterapéuticas institucionales*. Buenos Aires: Nadir.

Nuestro aporte teórico, plasmado en el libro *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*⁹ puede ser tamizado con distintos criterios. Una crítica entre muchas que podrían realizarse¹⁰ concluirá en que la identificación de las trece dimensiones allí propuestas, en el marco del ciclo vital familiar con sus periodos de estabilidad y cambio, constituye un esfuerzo menor por comparación a algunos sistemas clasificatorios que provienen de una epistemología positivista.

Desde esa epistemología se privilegia un tipo de explicación causal en que una experiencia “A” determinará una respuesta “B”; por ejemplo: una determinada experiencia traumática será la causa de un trastorno x en una persona. Desde nuestro punto de vista, ese tipo de explicación determinista no implica, como podría suponerse, un mayor nivel de refinamiento en lo metodológico ni un horizonte deseable para la tarea clínica. Simplemente, ese tipo de aseveraciones no resulta posible, en la medida que las personas reales pasan por experiencias de una complejidad y variedad inabarcables, por la lente positivista.

De este modo, allí donde el teórico positivista busca precisar el punto exacto donde se cruzan ciertas variables en un plano cartesiano –un rasgo de personalidad como puntaje en una prueba estandarizada, la ubicación en un percentil determinado respecto de la población, un comportamiento específico como respuesta a una intervención específica, etc.–, nosotros consideramos que el desarrollo de una teoría debe tender, más que a establecer puntos, a iluminar áreas, cuadrantes en que puede darse una variedad de combinaciones posibles, para seguir con la analogía del gráfico dispuesto sobre un plano. De este modo, el teórico ofrece al clínico una zona más amplia (aunque limitada) en la que puede darse un número determinado de respuestas alternativas. En términos gráficos *se parecería más a una dispersión, a una nube de datos, que a un punto exacto, inmóvil e inmodificable.*

El legado de esta clase de teoría para el clínico consiste, desde nuestra perspectiva, en la posibilidad de contar con un conjunto más amplio de datos y posibles combinaciones, más acorde a la realidad de los complejos fenó-

9 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

10 Esta crítica es fogueada quizás por nuestra permanente prédica de que el sistema de evaluación propuesto en ese libro es sólo uno más entre muchos posibles.

menos investigados. El marco amplio para este tipo de pensamiento es el que ofrece la Teoría General de los Sistemas, herramienta que permite ensanchar la mirada de cualquier profesional: del clínico en particular pero también, en general, del evaluador de la personalidad en cualquier ámbito.¹¹

Tres motivos para una teoría interaccional de la personalidad

Nuestra necesidad de teorizar acerca de la personalidad y de su construcción –ya en un individuo particular, ya en un sistema teórico–, surge de tres grandes motivaciones.

La primera es enriquecer el trabajo clínico, y en relación con ello podemos retomar y dar continuidad a lo que trabajamos en el libro antes citado *De crianzas y socializaciones* y el aporte que a través del mismo buscamos realizar al ámbito de la evaluación en psicología clínica.

La segunda motivación surge de nuestra tarea docente, donde el intercambio con estudiantes de grado y posgrado con una formación previa predominantemente positivista nos ha estimulado a la búsqueda constante de maneras efectivas de transmitir el pensamiento sistémico. Desde nuestro inevitable sesgo clínico, la redefinición (en sus diversas acepciones: reformulación, encuadre y/o encuadre), constituye la herramienta por excelencia para ampliar alternativas y modificar aquellas disfuncionalidades (problemas) por las que consulta la gente. Se trata de una construcción en que el terapeuta va *hilvanando* a partir de distintos puntos clave que funcionan como coordenadas *en el relato del o los consultantes*, donde éstos elegirán algunos de esos puntos. Mediante esa elección se apropiarán de la construcción y de las acciones futuras, en un proceso que Hirsch y Rosarios denominaron “reestructuración”.¹² Una vez más: los puntos que establecemos como sistémicos son provisionales hasta que los consultantes los tomen como propios; donde el positivista fija su punto con tinta, nosotros lo hacemos con lápiz, o con un hilo fino. Así,

11 Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

12 Hirsch, H.; Rosarios, H. (1987). *Estrategias psicoterapéuticas institucionales*. Buenos Aires: Nadir.

en nuestra segunda aspiración, los estudiantes de grado y terapeutas en formación podrán acaso adquirir elementos que contribuyan al desarrollo de su pensamiento sistémico y de sus habilidades como clínicos.

La tercera motivación a que aludimos consiste en llenar al menos en una pequeña parte cierto vacío que puede constatarse, dentro del paradigma sistémico, en cuanto al desarrollo de teorías de la personalidad. En su clásico *Systems of psychotherapy*, los célebres James Prochaska y John Norcross¹³ encararon la titánica tarea de comparar los principales modelos de psicoterapia vigentes en su momento en los Estados Unidos, lo que llevó al desarrollo de su propio modelo integrativo, conocido como “transteórico”. Para cada uno de los sistemas de psicoterapia los autores desarrollaron un apartado denominado “teoría de la personalidad”, a fin de ilustrar al lector con los principales constructos relevantes para entender ese concepto central desde cada modelo. Al abordar las terapias sistémicas, sin embargo, explicitan la decisión de omitir ese apartado, fundamentándola de la siguiente manera:

En tanto que las terapias sistémicas focalizan en patrones de relación dentro de los sistemas *más que en las personalidades de los individuos*, las secciones sobre teoría de la personalidad serán omitidas. Cada una de las terapias sistémicas tiene, sin embargo, importantes cosas que decir sobre el desarrollo y/o el mantenimiento de la psicopatología y cómo la psicopatología en los sistemas humanos puede ser mejor cambiada.¹⁴

En el campo de la psicoterapia sistémica, la omisión de Prochaska y Norcross no alarmaría probablemente a nadie, pues el propósito de lograr un cambio favorable al consultante se antepone a toda disquisición teórica. Ahora bien: desde el punto de vista de la Academia, cabe formularse la pregunta de si los terapeutas sistémicos no están dejando de lado –y eventualmente desperdiciando–, debido al énfasis puesto en su tarea asistencial, un conjunto de conocimientos válidos acerca de la personalidad, en lo que se ha denominado “aproximación clínica”¹⁵ al estudio de la misma.

13 Prochaska, J. y Norcross, J. (1994). *Systems of Psychotherapy*. Avon Books. New York (Traducción realizada por el Centro Privado de Psicoterapias, Mendoza).

14 Op. Cit. La cursiva es nuestra.

15 Pervin, L. (1996). *La ciencia de la Personalidad*. Madrid: Interamericana.

Sintetizando entonces, nos mueve aportar a la clínica y a la enseñanza, pero sobre todo averiguar qué tanto podemos extraer de nuestra práctica cotidiana para comprender cómo se estructura y cómo funciona la personalidad. Al hacerlo, damos respuesta a la vez a las primeras dos motivaciones, pues como dice el adagio: “nada más práctico que una buena teoría”.

De la función a la estructura (y viceversa)

Cuando un clínico conceptualiza el tema de la evaluación y el diagnóstico se encuentra necesariamente en algún momento de sus disquisiciones con preguntas acerca del modo en que los *cambios funcionales* en el comportamiento determinan *cambios estructurales* en distintos niveles.¹⁶

El término “estructura” adquiere distintos significados según el contexto en que se utiliza. En psicología se recurre a él frecuentemente para aludir a una abstracción que explica comportamientos similares. El término “patrón” en el pensamiento sistémico resulta cercano a esta acepción, y reviste de un significado adicional que involucra una interacción. En otros ámbitos, como el floreciente mundo de las neurociencias, la misma palabra adquiere un nuevo significado, frecuentemente ligados a órganos específicos entre los cuales el cerebro aparece, con los diferentes subsistemas que lo integran jerárquicamente, en interacción con otros órganos del sistema nervioso y, en un sentido particular del sistema neuroendócrino.

Al mismo tiempo, si se omite la alusión a estructuras biológicas, la relación entre cambios estructurales y funcionales se puede abordar en los distintos niveles dentro de una conceptualización de la psicología en general y desde el pensamiento sistémico en particular, en nuestro análisis. Nuevos comportamientos (mediante el ejercicio de cierta *función* o relación) dan lugar a hábitos, que son entendidos como una *estructura*.

La educación de una persona, a lo largo del continuo entre crianza y socialización, ofrece múltiples ejemplos de estos cambios. Un niño no aprende es-

16 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

pontáneamente a lavarse los dientes; entre las primeras instrucciones de parte de sus padres y el momento en que, ya adulto, vive como una necesidad imperiosa realizar ese comportamiento (que se hace patente cuando, por ejemplo, en un viaje olvidó el cepillo), tienen lugar una gran cantidad de estímulos provenientes de diversas fuentes (familiares, efectores de salud, educadores, medios de comunicación, etc.) que han fortalecido ese comportamiento.

Esta reiteración de los mensajes recibidos contribuye a generar un hábito que será vivido por la persona como dado desde siempre y por lo tanto “espontáneo”. A su vez, de una forma cada vez más ilustrada por los avances en las neurociencias, estas nuevas estructuras del comportamiento encuentran su correlato en cambios a nivel del sistema nervioso central. La analogía de la gota que después de mucho tiempo termina por horadar una piedra muy dura puede ilustrar este punto.

Volviendo al campo de la clínica, y a los *cambios funcionales* en los que un terapeuta busca apoyarse para generar a su vez *cambios estructurales*, podemos ejemplificarlo con un caso clínico. Un paciente pide un turno “obligado” por su esposa, que lo ha desalojado de la habitación matrimonial, con la amenaza de que el siguiente movimiento será hacia la calle. Como dato de la preentrevista, el terapeuta se encuentra con dificultades para acordar un horario compatible para el consultante. Ante cada propuesta por parte del terapeuta, aquél la rechaza por superponerse con alguna de sus múltiples actividades deportivas (fútbol, tenis, paddle y otras). Una vez concertado el turno e iniciado el proceso terapéutico, y a partir de las interacciones con el consultante, el terapeuta visualiza que el patrón que mantiene y agrava el problema por el que consulta es que el paciente confronta sistemáticamente con su familia, y en especial con su esposa, quien a su vez defiende airadamente sus propios argumentos. Ello da como resultado que todos están contra él, y él está contra todos. A partir de este patrón, el terapeuta reformula o reencuadra la propuesta relacional que el consultante mantiene con su familia:

Usted usa la técnica del tenis, que volea (golpea la pelota antes de que toque el piso), cuando debería usar la técnica del paddle, dando lugar a que la pelota no sólo toque el piso, sino que además rebote en la pared del fondo.

La analogía apunta a que, comunicándose de ese modo alternativo, el consultante podría tomarse el tiempo suficiente para escuchar y entender las propuestas (por ej. una queja de su esposa o de sus hijos), al mismo tiempo que su interlocutor se siente escuchado y comprendido, lo que le permitiría ofrecer una respuesta acorde a la expectativa del mismo.

Siendo el consultante un habitual jugador de estos dos deportes, la analogía le permitió acceder a vivencias propias y así poder “cambiar de cancha”, obteniendo mejores resultados en la interacción. A partir de poner en práctica esta idea (formulada por el terapeuta pero hecha propia o *reestructurada* por el consultante) a lo largo de una serie de interacciones, el cambio en el funcionamiento derivó en un nuevo patrón, en un cambio en la estructura que redundó, en primer término, en una mejora en la relación con su esposa, en la consecuente vuelta al dormitorio, y finalmente a poner en duda su percepción de que todos estaban contra él.

El nuevo comportamiento (aguardar antes de responder, pensar cuál es la respuesta más adecuada, dejar pasar comentarios críticos) implica una nueva función. La repetición de estos comportamientos es sostenida por resultados también nuevos y favorables: por ejemplo la esposa no discute, y cuando inicia un diálogo lo hace en términos cálidos. La función se instala, y pasa a ser una nueva estructura.

En el capítulo 8 desarrollaremos con mayor precisión este proceso; baste por ahora admitir el supuesto de que el ejercicio exitoso de una nueva función conduce a una nueva estructura que involucra elementos del individuo y de las interacciones que los sostienen.

Por otra parte, diremos que esta nueva estructura parte de improntas con las que el consultante ya contaba, pero que no utilizaba en su juego relacional. El terapeuta fue exitoso en la medida en que rastreó adecuadamente esas improntas, realizó un diagnóstico del circuito mantenedor del síntoma, y formuló una propuesta que apuntaba a generar una nueva estructura, más funcional. El consultante, por su parte, aceptó la propuesta y la puso en práctica, con lo cual dio lugar a una serie de repeticiones suficientes para cimentar el pasaje de la función a la estructura.

Improntas relacionales y construcción de patrones de personalidad

La relación entre los cambios funcionales en el comportamiento y su correlato en estructuras nos lleva inevitablemente al constructo de personalidad. En el estado actual del arte en psicología de la personalidad predominan modelos explicativos que abordan aspectos parciales de ese constructo. Esto ha apartado el interés de los investigadores por las grandes teorías, incluyendo perspectivas evolutivas integrales sobre el modo en que la personalidad adquiere su forma presente en un momento dado.

En este contexto, nuestro aporte ha consistido en identificar un número limitado de dimensiones que arbitrariamente ordenan las *improntas relacionales* que contribuirán a la evaluación clínica. Por ese concepto entendemos a

...el resultado de aquellos acontecimientos únicos, o bien a una serie de acontecimientos ocurridos en un momento histórico determinado, que por su nivel de intensidad ha o han dado lugar a cambios en la manera de pensar, sentir y actuar de quien los protagonizó. Frente a circunstancias análogas a las pasadas, y con relativa independencia respecto de las circunstancias presentes, la persona reactiva en el “aquí y ahora” los mismos pensamientos, sentimientos y acciones del “allá y entonces”; como consecuencia de ello, propone a otra u otras personas una nueva definición de la relación¹⁷ que, cuando es aceptada (explícita o implícitamente) modifica la relación entre esas personas.¹⁸

Al mismo tiempo, pensamos que la redundancia de ciertas *improntas*, con sus resultados favorables y no, contribuyen, con el paso de los años, a formar un mapa de características estables en el tiempo, consistentes hasta cierto punto en una relativa diversidad de contextos; es decir: la persona responde

17 Definición de la relación: proceso interaccional constante por el cual una persona se propone en un rol y espera que otra le responda desde un rol congruente. Fernández Moya, J. y Richard, F. (2020) *Después de la pérdida. Una propuesta terapéutica para el abordaje de los duelos*. 3ª Edición ampliada. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

18 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

de manera similar a estímulos diversos, en diferentes situaciones, es decir en interacciones que tienen lugar con personas particulares, en contextos específicos. Por ejemplo una mujer a la que siempre se le ha dado todo, que nunca a ha tenido un “no” por respuesta, que como resultado de esa acumulación de interacciones ha fomentado una muy baja tolerancia a la frustración, reaccionará de la misma manera airada ante una propuesta interaccional diferente de la que espera, provenga esta de su pareja actual, de sus amigas, de su madre o de sus superiores en el trabajo. Estas respuestas, que guardan entre sí un alto grado de coherencia frente a estímulos muy diferentes, son leídas desde el contexto como totalmente fuera de lugar, inadecuadas, llegándose incluso a adjudicarle cierto grado de patología.

Volviendo al ámbito clínico, los terapeutas, más allá de los modelos que sustentan, trazan un mapa de la realidad de su paciente en el que privilegian ciertas características de personalidad sobre otras. Como decíamos más arriba en relación a la evaluación psicológica, ese esfuerzo se parece más a una dispersión de puntos en un plano que a unas coordenadas precisas. Al escuchar la historia –independientemente de la importancia que le otorgue, de acuerdo a su modelo-, se encontrará con una limitación radical, consistente en que esos hechos pertenecen a un pasado inasequible y, por lo tanto, inmodificable.¹⁹ Frente a esta limitación, el concepto de *impronta relacional*²⁰ adquiere relevancia en la medida que constituye un medio de conceptualizar ese pasado, contextualizarlo en el ciclo vital familiar, e inmediatamente validarlo o confrontarlo con la narrativa personal del consultante en una construcción conjunta.

19 En el prólogo al libro *Cambio*, de Watzlawick, Weakland y Fisch (1976), Milton H. Erickson escribió: “Una psicoterapia es buscada en primer término, no para esclarecer un pasado inmodificable, sino a causa de una insatisfacción con el presente y un deseo de mejorar el futuro”.

20 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

Interacción, identidad

La idea de realizar una construcción conjunta con quien consulta reviste gran importancia para nuestro enfoque. Aun una persona que vive sola, e incluso aislada, se describirá a sí misma a partir de la imagen que los demás le han devuelto en el continuo proceso de definición de la relación.

La crónica periodística y la literatura han dado cuenta de casos en que personas han quedado aisladas de sus grupos de pertenencia: desde la ficción de Robinson Crusoe hasta los casos de soldados japoneses de la segunda guerra mundial que, muy bien escondidos, fusil en mano y con los harapos de su uniforme militar fueron encontrados hasta treinta años después del fin de las hostilidades. En los casos de aislamiento en absoluta soledad, el cine ha ilustrado el impulso humano a crear, en esas condiciones extremas, a un otro imaginario con quien mantener un diálogo.²¹ Este fenómeno, de interés antropológico y social, rebasa el plano de lo anecdótico cuando nos formulamos preguntas acerca de la identidad, que constituye uno de los capítulos centrales de la contemporánea psicología de la personalidad.

La pregunta más elemental de la identidad, “¿quién soy?”, requiere desde nuestro enfoque formularse como “¿quién soy para los otros?”. Sin entrar en un nivel de análisis propio de la psicología evolutiva, diremos que toda aseveración que una persona realiza acerca de su propia identidad radica en mayor o menor medida en el *feedback* que otras personas le han proporcionado y continúan proporcionándole. Ese proceso recursivo es el que uno de nosotros ha conceptualizado como *definición de la relación*:

...proceso interaccional constante por el cual una persona se propone en un rol y espera que la otra le responda desde un rol congruente.²²

Éste proceso constante da lugar, desde la perspectiva de un individuo, a juicios de identidad del tipo de “yo soy de tal o cuál manera”, y a la puntuación mediante la cual la persona comprende las respuestas de su entorno como un resultado de ese comportamiento de autopresentación, que asume la forma de

21 Por ejemplo filmes como *Náufrago*, de Robert Zemeckis, o *El hombre Omega*, de Boris Sagal.

22 Fernández Moya, Jorge (2010). *En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

confirmación de su identidad. Ahora bien: esta puntuación resulta arbitraria en la medida que estamos frente a un proceso recursivo, sin un origen determinado, con toda la complejidad que ofrecen las múltiples personas con las que se interactúa a lo largo de la vida.

La acumulación de improntas en un determinado sentido (sean posibilitadoras o imposibilitadoras)²³ va a conducir a “más de lo mismo” por parte de quien recibe ese *feedback*, favoreciendo o empeorando los resultados. Un joven, por ejemplo, que es elogiado por su dedicación a la lectura, se sentirá halagado por esos comentarios, que reforzarán positivamente su afición a la lectura. Desde su punto de vista, probablemente esta relación no resulta tan clara, y él destacará como una característica o rasgo propio, personal, original, la afición a la lectura. Sus padres, por otro lado, podrán adjudicarse a sí mismos el cultivo de ese noble hábito, en la medida en que le compraron libros desde muy pequeño, compartían tiempo de lectura con él, etc., todo lo cual inició y sostuvo ese círculo virtuoso.

El circuito recursivo puede ser virtuoso cuando el comportamiento es socialmente aceptado y hasta puesto en valor, pero lo mismo ocurre con conductas no aceptadas, consideradas negativas por el entorno y hasta reprobables.

De nuevo, un joven al que sus familiares y educadores consideran “inteligente pero vago”, tomará como propia esa definición de sí mismo y su mecanismo de formación de problemas será la terrible simplificación: al considerarse poseedor de suficientes recursos intelectuales, no dedicará el tiempo necesario para cumplir con una necesaria rutina de estudio, postergando para el último día la solución del problema. La situación se agrava cuando esta interacción recursiva entre la autopercepción y la confirmación de los otros le permite ciertos resultados favorables, al menos durante un tiempo. Típicamente, los jóvenes así definidos alcanzan objetivos intermedios (por ejemplo terminar el secundario), pero al cambiar los requerimientos y exigencias (por ejemplo en la universidad) su estrategia fracasa.

Como vemos, fijar un punto de inicio para la secuencia carece absolutamente de sentido. Las personas *somos* en la medida en que *somos para otros*, y *cam-biamos* en la medida en que los demás *aceptan, visualizan, califican (positiva*

23 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcgagua.

o negativamente) el cambio realizado que en algún momento han esperado, reclamado y hasta exigido.

Debemos destacar este aspecto de *calificación* que hace el contexto por el poder que tiene sobre el circuito interaccional. Aquellos comportamientos que son calificados como positivos (una prenda de vestir que “destaca tu fisonomía”, un libro bien escrito), tenderán a mantenerse en el tiempo, y hasta a incrementar su frecuencia. El mismo fenómeno ocurre en el caso de una calificación negativa del comportamiento como la que ilustrábamos más arriba en el caso del estudiante “inteligente pero vago”. Más allá de las implicancias para la identidad de estas aseveraciones, el comportamiento del individuo podrá avalar esa definición (manteniendo los pobres hábitos de estudio que definen al “vago”) o bien desafiarla (redoblando los esfuerzos, con mayor disciplina).

Los otros (reales, o bien en la versión construida por nuestro pensamiento a partir de las improntas registradas), juegan un papel, no sólo en el plano más abstracto e inasible de la identidad, sino en lo concreto de la interacción y el comportamiento.

La profecía autocumplida –versión comunicacional de una petición de principio lógica-, tendrá lugar en la medida en que la conducta de una persona genera en las demás una reacción frente a la cual esa conducta inicial sería un comportamiento coherente.²⁴

Los “otros”, en este circuito de expectativas que son reforzadas, pueden ser personas reales con las que se mantiene una interacción cotidiana (circuito interpersonal), o bien pueden operar a nivel de las expectativas, deseos, temores –anclados a su vez en experiencias previas, que pueden haber actuado como improntas a lo largo de la historia de la relación-, que permanecen invariablemente en el ámbito del circuito intrapsíquico o autorreferencial, es decir

...la combinación recursiva de ideas, pensamientos, sentimientos que de manera recurrente se presentan en las personas cuando analizan los

24 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981) *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

hechos y las atribuciones que sobre éstos es posible hacer. Se puede separar o vincular estos hechos y/o estos significados.²⁵

De este modo, aun en el caso más o menos real o hipotético de que una persona, por fuerza mayor o propia voluntad se aísle de todo contacto humano, invariablemente seguirá en relación con las personas que, en su historia personal y familiar, han sido significativas para él, a través de recuerdos de hechos vivenciados, que invariablemente serán modificados en una narrativa que, en un caso extremo como éste, asumirá la forma de un monólogo, como expresión máxima del síndrome del eco, fenómeno consistente en:

...la combinación recursiva de ideas, pensamientos, sentimientos, que de manera recurrente se presentan en las personas cuando analizan los hechos y las atribuciones que sobre éstos es posible hacer. Se puede separar o vincular estos hechos y/o estos significados.²⁶

A partir de éste, la persona prescinde de indicadores externos de certeza y vuelve recursivamente sobre los mismos pensamientos, con lo cual pierde la posibilidad de realizar, en términos de la teoría de los tipos de cambio,²⁷ un cambio de segundo orden.

Hasta aquí hemos esbozado algunas consideraciones mínimas necesarias para formular una definición de la personalidad entendida como sistema, es decir como un conjunto de objetos, con relaciones entre éstos y sus atributos.²⁸ Recapitulando: afirmamos la imposibilidad del observador (clínico, pero también otros) de realizar una evaluación de la personalidad sin influir sobre ella; vimos, en ese sentido, el papel que las propias teorías o sospechas tienen sobre esa forma de conocimiento, y el impacto que ello tiene sobre el comportamiento, llegando a estructuras a partir del ejercicio de ciertas funciones

25 Fernández Moya, J. y Richard, F. (2020) *Después de la pérdida. Una propuesta terapéutica para el abordaje de los duelos*. 3ª Edición ampliada. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

26 Fernández Moya, J. (2010). En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

27 Watzlawick, P.; Weakland, J.; y Fisch, R. (1976). *Cambio*. Barcelona: Herder.

28 Hall, A. y Fagen, R. (1968). citado en Fernández Moya, Jorge (2010) *En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

en la interacción. En este proceso las improntas relacionales juegan un rol central en todo lo referente a la identidad, entendida como elemento central de la personalidad. El esfuerzo por arribar a un constructo que nos permita conocer la personalidad nos permite hacer aportes a la clínica, a la docencia, y a lo que consideramos como un punto ciego en el campo del pensamiento psicológico sistémico.

En el capítulo siguiente presentaremos una definición e intentaremos desarrollar aquellos elementos y relaciones que consideramos relevantes para la formación de la personalidad y la consideración de la misma en distintos ámbitos, entre otros el de la salud mental.

Finalmente, un comentario de tipo formal que surge de nuestra propia lectura y relectura de este volumen, tarea que no hemos realizado por enamorarnos de nuestra obra, sino, por el contrario, debido a la necesidad de corregirla, de subsanar múltiples errores y de lograr una mejor comunicación con el lector.

En no pocas ocasiones hemos remitido a otra parte de este volumen así como a otras obras que nosotros hemos publicado. Éstas reflejan, por un lado, algunas ideas sobre nuestra manera de pensar la personalidad y de trabajar en la clínica. Por el otro, esos elementos teóricos de trabajos anteriores han sido integrados ahora con la perspectiva que sólo hoy podemos tener. En este recorrido, la idea sistémica de proceso resulta clave: quienes forman parte de un proceso no suelen advertirlo en el momento. Este principio vale para la construcción de una teoría, pero también para la construcción de la personalidad: cuando trabajábamos en *De crianzas y socializaciones*, editado en 2017 pero iniciado mucho tiempo antes, teníamos la convicción de que escribíamos un libro de evaluación clínica. De hecho lo era, pero también resultó ser un libro de personalidad. Nuestra reflexión teórica era otra en aquel momento, pero también nosotros éramos otros de algún modo, debido a nuestras circunstancias vitales, y esto, al igual que las circunstancias de cualquier observador sobre la personalidad de cualquier individuo, no puede no influir en nuestro trabajo.

Este volver atrás en la obra y en relación con otras consiste, desde nuestra perspectiva, de un necesario proceso de volver a lo que hacemos (nuestra experiencia clínica), que va indisolublemente de la mano de quiénes somos, y por ello de cómo nos ven quienes con nosotros interactúan: nuestros pa-

cientes, nuestros alumnos, los asistentes a nuestros cursos, muchos colegas en general, y entre ellos muy especialmente nuestros prologuistas anteriores y actuales –Martín Wainstein, Marcelo Rodríguez Ceberio-, y quienes gentilmente comentaron *De crianzas y socialiaciones*: Ruth Casabianca y Hugo Hirsch.

Interacción, narrativa, circularidad... Nos sentimos un poco esos arqueólogos exploradores que señalara Hugo Hirsch en la hermosa metáfora que plasmó en su aporte al libro mencionado:

Buscar las improntas supone para el terapeuta una especie de viaje arqueológico. Donde el ojo no entrenado ve sólo un conjunto de piedras, ruinas o artefactos dispersos, el arqueólogo reconoce, ordena, clasifica. Al mismo tiempo, cuando el material es demasiado abundante, y eso es lo que pasa con cualquier historia humana, tiene que seleccionar.

Pues bien: en nuestro recorrido *arqueológico* por el territorio hemos sentido repetidas veces la necesidad de reconocer las marcas que hemos dejado. El riesgo será constatar que en ocasiones estamos caminando en círculo, pero también en esa clase de recorrido (circular, que no es lo mismo que circularidad) resulta necesario, por tranquilizador, identificar tal o cual marca que uno hizo en una rama, o una piedra que llamó nuestra atención. En términos de construcción del conocimiento, repetirnos, re-citarnos ayuda en ocasiones a mostrar un planteo más sólido. Citar nuestros propios aportes ya realizados, entonces, no es una manera de justificar o fundamentar tautológicamente lo que decimos, sino un intento de consolidar nuestra propuesta y hacerla más comprensible. A diferencia de Hansel y Gretel, en nuestra incursión hacia el bosque desconocido tratamos de dejar piedritas blancas en lugar de migas: hitos que nos permitan identificar el camino transitado, continuar con nuestro objetivo y, eventualmente volver a casa.

Capítulo 2: Una aproximación al constructo personalidad

Desde nuestra perspectiva, *la personalidad es*

...un constructo que surge de un proceso extenso en el tiempo en el cual las interacciones pasadas (que generaron improntas), y las interacciones presentes (que las elicitan), se vinculan en un momento dado por las características de una situación específica, en un contexto determinado. Como corolario de dicho proceso tiene lugar un comportamiento idiosincrásico, en el aquí y ahora, propio del individuo, que como tal puede ser cabalmente significado, comprendido y considerado como válido únicamente por él mismo. Se configura de ese modo un patrón que tiende a repetirse y que será identificado como tal por su contexto significativo.

Para las demás personas que participan de la interacción -incluido el contexto significativo-, parte de esos significados podrán ser compartidos, pero otros no. A partir de esos significados, cada uno de los comunicantes emitirá mensajes implícitos y eventualmente explícitos acerca del comportamiento y del individuo en cuestión (es decir: acerca de su personalidad). Al hacer esto, le devuelven al mismo una cierta imagen de sí mismo. Esta imagen podrá coincidir en mayor o menor medida con la que éste ha incorporado en el continuo proceso interaccional de la crianza y la socialización, en la construcción de su propia identidad.²⁹

Para desglosar esta definición recurriremos a un ejemplo clínico de una persona que, desde el punto de vista psiquiátrico, ha recibido un diagnóstico de “trastorno de personalidad no especificado”, y que es evaluada en el contexto

²⁹ Fernández Moya, J y Richard, F. (2018). *La construcción de la personalidad desde una perspectiva interaccional: las improntas relacionales en la evaluación clínica*. Enciclopedia Argentina de Salud Mental. Buenos Aires: Fundación Aiglé.

de una familia disfuncional. Cabe aclarar que podríamos haber tomado cualquier persona no acreedora de ese diagnóstico, criada en el seno de una familia funcional. En términos conceptuales encontraríamos los mismos elementos, pero el caso elegido nos permitirá, merced a la figura de la hipérbole, un desarrollo mejor desde el punto de vista didáctico. Como ocurre en la anatomía, la fisiología y otras disciplinas, la descripción de la estructura y el proceso disfuncional permiten comprender mejor la normalidad.

Una mujer de 45 años, que en su adolescencia fue tratada por anorexia nerviosa, dejó su familia y su provincia natal para estudiar y terminar una carrera universitaria. La salida del hogar fue coincidente con su primer matrimonio, que fracasó luego de dos años y dio lugar a su primer hijo, que al momento de la consulta tiene 25 años. Posteriormente ha convivido con tres parejas más, de la segunda de las cuales tuvo dos hijos. Actualmente se encuentra separada.

La consulta es solicitada por los padres de la paciente, de 70 y 68 años, que desean saber cómo ayudarla, ya que a ella “no le gusta recibir ayuda”. Desde la lectura que los consultantes realizan, ella “aguanta, aguanta, aguanta, hasta que finalmente la pide, pero lo hace insultando, atacando, de la peor manera”.

Ante esas crisis recurrentes, los padres y el hermano menor (38 años) temen que, dada la impulsividad de la paciente, ésta pueda atentar contra su propia vida, comprometiendo así el bienestar de sus hijos menores (12 y 6 años). Estas crisis se resuelven habitualmente cuando los padres acceden a los pedidos de turno; sin embargo, persiste sistemáticamente en ella un sentimiento de insatisfacción que, desde el punto de vista del terapeuta, se vincula a no haber conseguido lo que necesitaba con sus propios recursos. El resultado es que, en cada uno de estos episodios, ella expresa su enojo hacia la familia de origen y termina distanciándose por un cierto periodo de tiempo. Los padres han aprendido, luego de varios de estos ciclos, que el enojo pasará y ella volverá a pedir ayuda, encarnando el dicho “volverás a mi rancho con tu caballo cansado”.

La paciente identificada posee una imagen de sí misma –a partir de la cual generalmente se presenta ante los demás-, basada en la autosuficiencia y la independencia. Algunos hitos en relación con esa imagen, destacados por ella misma en su relato, son su partida de la provincia natal, la elección de su ca-

rrera universitaria (en la cual se opuso a la insistente propuesta de su padre, siguiendo una más afín a la que había cursado su madre), la decisión de casarse con su novio de entonces (que no fue apoyada por la pareja parental), etc. En estas elecciones y en otras aparece un *patrón* de oponerse sistemáticamente a los criterios de la familia.

La insatisfacción constante frente a los intentos de ayuda de su familia se vincula, en otro nivel de análisis, a que con cada nuevo fracaso la paciente siente que de algún modo está dándole la razón a su familia de origen, que siempre la ha cuestionado y ha tratado de influir en sus decisiones.

En términos de nuestra definición de personalidad, las *situaciones presentes* (problemas de la paciente en lo económico, en sus relaciones y otros, que dan lugar a la intervención de sus padres) *elicitan improntas relacionales del pasado*, registradas en su adolescencia en el contexto de una familia aglutinada,³⁰ caracterizada por un patrón de sobreprotección y negación de los conflictos.

El *comportamiento idiosincrásico* más relevante de la paciente es la oposición sistemática a la propuesta que realizan los padres, o bien *a lo que ella supone* que ellos piensan. Desde el punto de vista de alguna de las variadas teorías del ámbito de la psicología de la personalidad, este comportamiento sería rotulado como *característica, rasgo, disposición personal*. Desde nuestro modelo, estos constructos reflejan el consenso al que arriba el contexto significativo de una persona (incluido eventualmente el sistema terapéutico), que en virtud de cierta comunidad lingüística utiliza un término o una serie de términos particulares para describir su personalidad. Vale aquí una acotación al margen de nuestra propuesta respecto del constructo de personalidad: los rasgos serían, desde nuestro enfoque interaccional, *la cristalización de ese consenso, en el marco del proceso constante de definición de la relación*.

Sin la impronta a que hacemos alusión, la cual podemos designar como de *oposición*, la paciente carece de opciones o alternativas entre las cuales elegir con libertad. Una elección realizada con libertad implica necesariamente la consideración de muchas variables o alternativas. A partir de un proceso de toma de decisiones, la persona elegirá la que en su oportunidad le parece más adecuada, independientemente de si el resultado será o no el mejor. Así, en caso de equivocarse, ante una situación similar a la anterior (por ej. em-

30 Minuchin, S. y Fishman, C. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Barcelona: Paidós.

prender una nueva relación de pareja), la persona que eligió libremente y se equivocó estará en condiciones de seguir alguna de las otras alternativas inicialmente descartadas, con la consiguiente posibilidad de éxito. Aquel que, como nuestra paciente, simplemente elige por oposición, sólo tiene *una* única alternativa (justamente: la de oponerse), y por lo tanto persevera en el error.

Podemos decir que nuestra paciente, en la medida en que sistemáticamente “elige” (cree elegir) lo contrario de lo que le proponen, en otro nivel lógico *no está eligiendo en realidad por sí misma*. Este patrón interaccional, que resulta propio de la etapa del ciclo vital en que un hijo ingresa a la adolescencia, pasó en esta familia a ser parte de la *estructura*, perpetuándose la disfunción hasta el presente.

La personalidad como producto del consenso y la perspectiva

Nuestra conceptualización de la personalidad jerarquiza, debido a nuestro interés en la interacción, el modo en que los demás significan ese comportamiento idiosincrásico que es el resultado de la suma y acumulación de imprints que son elicitadas, gatilladas en determinadas circunstancias. Aun a riesgo de resultar redundantes diremos que no entendemos la personalidad como una entidad en sí, como una especie de *homúnculo*³¹ real o virtual en el interior del sistema nervioso, o como un complejo dinámico que constituye una esencia.

La imagen de sí misma que la paciente ha construido (de autosuficiencia, independencia, etc.) ciertamente no coincide con el modo en que su familia, por su parte, ha comprendido y significado el comportamiento de ella. Tanto los padres como el hermano la definen como una persona “impulsiva”, “caprichosa”, “oposicionista”, “depresiva”, y sobre todo “dependiente”. Estas definiciones no son más válidas que las que la paciente podría formular acerca de sí misma. No se trata de que ellos tengan razón y la paciente esté equivocada:

31 Aludimos a la conocida imagen que históricamente han utilizado los manuales de neuroanatomía para identificar la localización y el peso relativo que tienen en el cerebro, tanto a nivel sensitivo como motor, la representación de las distintas partes del cuerpo.

más bien diremos que ambas constituyen las “dos caras de una misma moneda”, en la medida en que cada una resulta complementaria de la otra.

Ahora bien: como ocurre con cualquier realidad planteada sobre un plano, para quien observa desde uno de los lados de la figura resultará imposible conocer la otra. Es normal entonces que las personas tengamos una visión parcial de las cosas, dependiendo desde qué lugar del “plano” las miremos.

El usuario frecuente de monedas puede fácilmente manipularlas para ver ambas caras, de manera que, una vez habituado a ellas, si conoce una cara podrá predecir la otra. Así, al ver el número, sabrá, si se ha detenido en algún momento a observar con atención, la figura que está acuñada en el otro lado, y viceversa. Ahora bien: este conocimiento y referencia recíproca entre una y otra cara de un objeto tan cotidiano resulta habitual para quienes han desarrollado afición por las monedas, por ejemplo los coleccionistas. El lector podría hacer personalmente la prueba de recordar, sin tener a la vista, las diversas piezas que circulan en su país y decir qué hay en el anverso de la cara en que se encuentra el valor. Probablemente se sorprenda al ver que para algunas piezas no conoce la figura; según su edad, además, podrá interferir en la respuesta la impronta de alguna moneda anterior, ya fuera de circulación.

Ocurre aquí lo mismo que con otro problema epistemológico que se encuentra en las antípodas del antes mencionado en cuanto a la cotidianeidad de la experiencia. La cara oculta de la luna, que por razones de la propia dinámica de ese satélite natural permanece inaccesible para el observador que mira desde la Tierra, ha sido durante siglos el paradigma de lo no conocido. Recién cuando la tecnología permitió hace algunas décadas que una nave orbitara en torno al objeto observado, los seres humanos pudimos conocer imágenes de ese “cara” hasta entonces misteriosa de la luna.

Volviendo a la experiencia más cotidiana y accesible de las monedas, el usuario no vidente presenta un desafío adicional para el reconocimiento de las mismas, pero también una posibilidad extra. Recurrirá al sentido del tacto, y al menos con las monedas de curso legal actual en nuestro país utilizará predominantemente las marcas del canto de la moneda. Como vemos, las monedas no son un plano en sentido estricto, pues tienen volumen. A partir de su limitación sensorial, los ciegos deben recurrir a una tercera dimensión para reconocerlas, pues en ella se encuentran un verdadero código consistente en

la presencia, ausencia o alternancia de estrías. De acuerdo a la distribución de esas marcas, y junto con los dibujos y números en bajo relieve en ambas caras, además del tamaño y peso de la pieza, logran estos usuarios identificar cada una de las denominaciones.

En términos epistemológicos, estas experiencias de conocimiento en general iluminan en alguna medida esa otra experiencia de conocimiento más específica y a la vez más compleja que denominamos personalidad. Los “rasgos” o “características” que una familia asigna a uno de sus miembros, y los que la propia persona se atribuye así misma constituyen dos realidades que en ocasiones pueden permanecer tan recíprocamente desconocidas como las dos caras de una moneda, o como las dos caras de la luna.

Si de conocimiento de la personalidad se trata, el clínico accede de una manera singular a esas partes inconexas de información. Los terapeutas, al igual que cualquier otro profesional que trabaja con el constructo de la personalidad, somos en alguna medida, literal y metafóricamente hablando, *ciegos* a muchos elementos de la realidad. Asistimos al relato de hechos ocurridos hace mucho tiempo, y podemos rastrear entre ellos las improntas relacionales, en la medida que las mismas nos permiten vincular ese pasado inaccesible e inmodificable con las interacciones y los modos de pensar presentes, que sí son susceptibles de ser modificados.

Volviendo al caso clínico de la paciente que se considera “independiente” y de la perspectiva opuesta de su familia acerca de su personalidad, el terapeuta puede acceder a ambas construcciones contrapuestas de la realidad. Conoce a través de los relatos de todos los participantes las dos superficies, y se esfuerza por entender cómo cada construcción tiene sentido para quien la formula. Recurre a un dispositivo, el pensamiento sistémico, que permite la visión desde cierta altura y distancia; no tanta como una sonda espacial ni tan poca como la que permite el sentido del tacto sobre el canto de una moneda. Una analogía que permanece a nivel intermedio entre una y otra clase de conocimiento es el de los cada vez más utilizados y accesibles *drones*, que permiten obtener imágenes de gran calidad, y cierta *perspectiva*, que serían imposibles de alcanzar desde el nivel del suelo.

La construcción del terapeuta acerca de la personalidad surge entonces, primero, de escuchar, observar y agudizar su percepción en ciertas facetas de la

realidad; segundo, de unir esos elementos con otros, observados o recordados (por ejemplo del relato de un paciente), para finalmente de *hilvanar* esas percepciones y experiencias en un mensaje que, formulado como una hipótesis, sólo si es aceptado por los consultantes pasará a ser algo conocido y verdadero para todos. Este carácter hipotético de las aseveraciones sobre el motivo de consulta alcanza también a todo enunciado acerca de la personalidad de un individuo, y en ese sentido resulta coherente con (y es necesario para) la definición ofrecida al inicio del capítulo.

La personalidad: ¿desde el consenso o desde el disenso?

Volviendo al caso, diremos que con toda esta serie de rasgos, la familia de la paciente se muestra escéptica respecto de esa propia imagen de autonomía y autosuficiencia. Le devuelve entonces una imagen absolutamente discordante con la que ella tiene de sí misma. En virtud de la profecía autocumplida a la que aludíamos más arriba, ella terminará invariablemente consiguiendo aquello que quería evitar: actuará, en la creencia de que lo hace libremente, pero entrampada en una ilusión de alternativas, que no resulta realmente válida porque ella sólo puede elegir aquello que sus padres no elegirían para ella. Al tomar este camino, indefectiblemente arribará a un resultado no deseado, y expresará mediante síntomas su desacuerdo. Éstos constituyen habitualmente un reclamo expresado agresivamente o un estado depresivo, que pueden darse de manera aislada, o bien uno a continuación del otro. Paul Watzlawick expresó magistralmente esta clase de paradojas en términos del ciclo vital familiar al decir que “la madurez es la capacidad de hacer lo que está bien..., aun cuando los padres lo recomiendan”³².

Cabe destacar, volviendo a la definición con que iniciábamos el capítulo, que la *brecha* entre la imagen de sí misma que la persona ha construido y la imagen que el contexto significativo ha construido sobre ella es producto de un proceso extenso, que tiene lugar en el transcurso del tiempo, en nu-

32 Watzlawick, P. (1984) *El arte de amargarse la vida*. Barcelona: Herder. Los puntos suspensivos son nuestros.

merasas interacciones entre la persona y aquellos que integran su contexto significativo.

De esos mensajes, algunos podrán ser de naturaleza verbal y referirse específicamente al modo de ser y/o comportarse de la persona en cuestión. En el caso que describimos, padres y hermano le dijeron en varias ocasiones a la paciente que ella es “impulsiva”, “depresiva”, “caprichosa”, etc. Sin embargo, la mayor parte de los mensajes son de naturaleza no explícita. Los padres, ante una crisis, ofrecen habitualmente algo que la paciente necesita, por ejemplo dinero o ayuda con el cuidado sus hijos. Con estos ofrecimientos y con los comportamientos implicados en esas formas de ayuda, el mensaje implícito es “¿ves que no podés?”, o bien “sos dependiente, tal como te lo hemos dicho tantas veces”.

En este caso, la persona obtiene lo que necesitaba, pero a la vez experimenta un rechazo en la relación, que impacta directamente al *self*. Lo mismo sucede cuando un niño o un adolescente pide insistentemente un permiso, que la madre niega una y otra vez hasta que, harta de los reiterados pedidos, se lo otorga, pero lo hace con un modo y un tono de voz que pone en evidencia su hartazgo y su enojo: “¡Está bien, andá si querés!” El hijo queda atrapado en la medida en que por un lado obtiene lo que buscaba (el permiso), pero al mismo tiempo experimenta el rechazo de su mamá.

Este segundo mensaje, al no presentar una sintaxis clara en términos de la relación, presenta para ambos comunicantes significados diferentes. La madre siente que rechaza el modo insistente que su hijo tiene de pedir. “No entiende el no,” podría decirle a una tercera persona, por ejemplo un terapeuta. El hijo, por su parte, sin registrar su propia insistencia, significará la conducta no verbal de su madre como de rechazo. “No me aguanta, no me quiere”, podría concluir.

La repetición de este circuito interaccional, perpetuado en el tiempo, generará una impronta relacional por la cual en distintos ámbitos (pareja, amigos, trabajo), cada vez que el individuo pide algo que desea, aun cuando lo obtiene, no puede disfrutarlo en tanto le otorga al comportamiento del otro el significado de rechazo. Dado este desarrollo, y volviendo a nuestra paciente, diremos que lo que busca es aprobación, pero lo hace desde la oposición, paradoja que explica los resultados fallidos obtenidos.

Allá y entonces: improntas relacionales y libertad “condicionada”

Cabe una breve digresión en torno a los grados de libertad que las personas tenemos frente a las situaciones. Sin pretender dar pie a un debate filosófico o antropológico, diremos que los límites de la libertad del comportamiento están dados por el entorno, la biología y los recursos personales, que incluyen las improntas relacionales.

El entorno podrá presentar restricciones mayores o menores al comportamiento. Para simplificar, diremos que entre dos polos extremos que podríamos graficar como una cárcel de máxima seguridad y un centro experimental de desarrollo de la innovación y la creatividad, existe toda una gama de posibilidades diferentes. Las familias, como lugar privilegiado de generación de improntas relacionales, presentan igualmente un abanico de tonos de gris entre uno y otro extremo.

La biología también hace su aporte, más evidente en los casos extremos –por ejemplo pacientes psiquiátricos altamente perturbados, con un mínimo de capacidad de elección y un repertorio de respuestas muy deficitario-, pero también, en mayor o menor medida, en todas las personas, en aquellos aspectos de la personalidad ligados al temperamento, como por ejemplo la velocidad de respuesta.

Finalmente, con el amplio término “recursos” aludimos a todo aquello con que la persona cuenta a la hora de enfrentarse con una situación, que puede ser nueva o bien una variante de una situación conocida. En el caso que veníamos desarrollando, por ejemplo, una circunstancia externa, no prevista por nuestra paciente, que activa un nuevo pedido de ayuda hacia su familia de origen, similar a los anteriores. En el término “recursos” englobamos entonces no sólo las capacidades existentes, las potencialidades aún no desarrolladas, sino también aquellos patrones de respuesta menos adaptativa o francamente desadaptativa. Las improntas relacionales se encuentran a la base de unos y otros tipos de respuesta.

Dado este panorama, surge inevitablemente la pregunta por la libertad de elección del individuo frente a distintos cursos de acción. Desde nuestra perspectiva, el grado en que las improntas relacionales hayan resultado posibilitadoras o imposibilitadoras, así como la capacidad de generar mayor o menor flexibilidad en el sistema de constructos,³³ posibilitarán un mayor o menor grado de libertad en las elecciones que realizan las personas. Ahora bien: salvo que se encuentre en un proceso (por ejemplo terapéutico) en que construya una narrativa que vincule determinadas improntas del pasado con el comportamiento y las decisiones presentes, el individuo conservará en una especie de escotoma o punto ciego de su personalidad las propias limitaciones en términos de elección de diversos cursos de acción, dando lugar a una especie de ilusión de libertad, en la que creará que, independientemente de sus historias, sus experiencias e improntas, es capaz, como en la paciente del caso citado, de elegir *siempre*.

Así como asumir que no se conoce algo permitirá la incorporación de un nuevo conocimiento, sólo el reconocimiento de las limitaciones que implican las improntas relacionales podrá habilitar nuevas elecciones y acciones, que darán lugar a un mayor y mejor uso de la libertad, que siempre es acotada.³⁴

Finalmente, diremos que nuestra postura podría pecar, ante una mirada aguda y perspicaz, de cierto determinismo y hasta pesimismo sobre la condición humana. Para nosotros, con una mirada constructivista, la ampliación de los límites del comportamiento resulta posible sólo en la medida en que asumimos las restricciones a la libertad de elección como una base narrativa para los cambios que, eventualmente, llevarán a una ampliación de esa *libertad* que, tomando prestado un término del ámbito jurídico, es para nosotros siempre *condicionada*.

33 En el libro *De crianzas y socializaciones* desarrollamos, en el capítulo 1, el tema de las improntas posibilitadoras e imposibilitadoras. En la dimensión 12 (capítulo 6) abordamos la flexibilidad en el sistema de constructos.

34 En el capítulo 8 abordaremos el cambio en la personalidad y la influencia que tienen las propias improntas relacionales, utilizadas como herramientas en la construcción de una nueva narrativa en un proceso de cambio en el ámbito terapéutico.

Aquí y ahora: la personalidad como producto del proceso de definición de la relación

Una vez más, y a riesgo de pecar por redundantes, deseamos destacar que nuestra aproximación a la personalidad busca poner énfasis en el papel que las interacciones tienen, a lo largo de la crianza y la socialización en la formación de improntas que resultan relevantes para la personalidad. Los otros (la familia y demás sistemas significativos) juegan un papel central tanto en las improntas generadas en el pasado como en la actualización constante de ese constructo que llamamos *personalidad*.

Con el término *actualización* nos referimos al proceso por el cual el contexto (en lo concreto de una situación específica) influye sobre la persona en el sentido de mantener la coherencia, es decir la *consistencia* a través de distintas situaciones y la *estabilidad* a lo largo del tiempo,³⁵ de la personalidad. La actualización así entendida puede gestarse al menos a través de tres procesos simultáneos o sucesivos que pueden ser conceptualizados como diferentes planos de análisis:

- a. la *imagen que los demás devuelven* en la interacción, a través de mensajes explícitos e implícitos, con la que la persona puede o no acordar;
- b. los *mecanismos de retroalimentación positiva y negativa* que regulan esa interacción acercándola o desviándola de cierto parámetro y,
- c. el *refuerzo selectivo de ciertos comportamientos* a partir de las contingencias que establecen diferentes situaciones.

En la medida en que estos tres procesos tienen lugar siempre en una *relación* (como dijimos: aun en soledad la persona interactúa con un otro imaginario, producto de la acumulación de interacciones previas), se torna necesario examinar las implicancias comunicacionales de esas improntas que son actualizadas en el aquí y ahora. La consideración del doble aspecto de contenido y

35 Fierro, A (comp.) (1996) *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós

relación implícito en todo intercambio comunicacional³⁶ resulta fundamental para comprender las vicisitudes de esas improntas en la personalidad que es desplegada y mostrada a los demás en el presente de una interacción.

En ciertos casos pueden darse, en un primer momento, acuerdos en la relación junto con desacuerdos en el contenido. Esta situación, frecuente en las parejas, familias y sistemas en general, suele asociarse a la percepción recíproca de mantenimiento de la armonía y estabilidad a lo largo del tiempo, donde los participantes pueden ceder en un tema en particular (contenido) pero acordar implícitamente acerca de quién y cómo toma las decisiones (relación).

No obstante ello, en algunas ocasiones, esta combinación puede resultar fatídica a partir de un resultado no deseado que eventualmente invalidará el acuerdo anterior en la relación. El “yo te lo dije” es la respuesta típica ante la consumación de un resultado desfavorable, previamente anticipado y advertido por uno de los comunicantes. Al comienzo, junto con el desacuerdo de uno de los participantes con cierto contenido, sigue la aceptación de que sea el otro quien debe resolver sobre el tema particular. Si el acontecimiento temido no ocurre, la relación fluirá como hasta entonces, sin mayores inconvenientes.

Ahora bien: si se cumple la profecía realizada, se arribará a un desacuerdo irreconciliable. En un caso extremo, la disconformidad de uno de los progenitores de un adolescente con el permiso que el otro otorgó (por ejemplo para ir a una fiesta), implica inicialmente un grado de acuerdo con que sea el progenitor proclive a dar el permiso quien lo otorgue (“no quiero que vaya porque es peligroso, pero si vos querés autorizarlo, hazelo”). En caso de que se cumpla la predicción formulada por quien no estaba de acuerdo con otorgar el permiso (por ejemplo un accidente que arroja como resultado incapacidad o muerte), ese desacuerdo inicial a nivel del contenido generará una brecha difícil o imposible de resolver a nivel de la relación. El ejemplo elegido es extremo con fines didácticos, pero este mismo proceso tiene lugar con predicciones de acontecimientos mucho menos significativos, poco visibles y hasta invisibles en la vida cotidiana.

Esos desacuerdos iniciales a nivel del contenido pueden, a su vez, enmascarar desacuerdos de larga data no explicitados en el ámbito de la relación. Tomar

36 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

partido por una idea puede ser la forma de oponerse y posicionarse desde el desacuerdo, evitando la incomodidad de cuestionar las reglas de la relación. Como ejemplo, consideramos a una pareja en la que algunas diferencias de criterio sobre el manejo del dinero (realizar o no una reforma en la cocina) sustituye la discusión acerca de quién y cómo decide acerca del momento y frecuencia de las relaciones sexuales.

Ahora bien: volviendo a los aspectos interaccionales que hacen a la personalidad, cabe preguntarse acerca de las consecuencias que traen aparejadas los acuerdos y desacuerdos a nivel de contenido y relación para el proceso permanente de definición de la relación. Este proceso parte desde el nivel más básico de la actividad perceptiva. Captamos diferencias con uno de los sentidos, las corroboramos con otro³⁷ y juzgamos esas percepciones como *la* realidad. A partir de ello, a nivel de nuestra propia narrativa formulamos juicios acerca de los demás, de los acontecimientos, de nosotros mismos. “Ella es quejosa”, podrá decir, por ejemplo, un hombre al hablar de su pareja. Al hacerlo apela a un rasgo, un descriptor de la personalidad dado por el lenguaje que, en relación al proceso que venimos desarrollando (que podemos resumir como una secuencia que va de la percepción al juicio y del juicio al desacuerdo) se parece a una *foto*, una instantánea que dice bien poco de la *película* en su totalidad.

Agrava el panorama la confirmación que el otro realiza acerca de esa percepción, y aún más si al comportamiento se le atribuye cierta intención, a partir del supuesto de que quien se comporta lo hace en uso de su libertad. Este supuesto, que desarrollamos más arriba, no resulta menor y está cargado de implicancias a nivel relacional. El otro responderá siempre dentro de las limitaciones que mencionábamos más arriba (el entorno, la biología, los recursos), pero quien sostiene con él la interacción, en tanto que observador, definirá esos límites del comportamiento de manera diferente y arbitraria. Esperará, posiblemente, un comportamiento que el otro quizás *no quiere*, pero además *no puede* realizar, y ese significado ejercerá un papel importante en el plano relacional.

Este fenómeno resulta evidente en cualquier diferencia que aparezca en una relación, pero en el ámbito de los conflictos de pareja adquiere una mayor

37 Maturana, H. y Varela, F. (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago: Editorial Universitaria.

visibilidad y gravedad. Si los miembros de una pareja acuden por separado a terapias individuales, plantearán también por separado su mirada del problema. Cada terapeuta capaz y bien intencionado aceptará esa visión de los acontecimientos, confirmando la percepción de quien consulta. Lo mismo ocurrirá, en paralelo, al otro miembro de la pareja, con lo cual muy probablemente aumentará la brecha entre ambos cónyuges y las respectivas imágenes de la personalidad que, entre sí, se devuelven. En estos casos lo indicado sería iniciar un proceso de terapia conjunta, que permita conocer los contenidos manejados por ambos, comprender las percepciones que los sustentan, identificar la pauta relacional que explica las diferencias planteadas a ese nivel y, a partir de todo ello, realizar una propuesta que, por consensuada, lleve a ambos a un objetivo compartido, reduciendo la brecha de desacuerdos a nivel de la relación.

De acuerdos y desacuerdos en la definición de la relación

Hecha esta breve digresión epistemológica, pasemos a identificar las distintas posibilidades de acuerdo y desacuerdo a nivel del contenido y la relación en cuando a sus implicancias para el proceso de construcción de la personalidad.

a. Acuerdo

Cuando se da el acuerdo, el proceso continuo de definición de la relación brinda estabilidad a la imagen de sí que tiene cada una de las personas en la interacción, confirmándolas en su identidad. Una y otra se sienten reconocidas, sus respectivos comportamientos son reforzados positivamente, con lo cual tienden a mantenerse, incrementarse y hasta perpetuarse. El proceso tiene lugar de manera implícita y no resulta necesario metacomunicar.³⁸

38 En la IV edición de *En busca de resultados* (en prensa) decíamos que cabe ampliar el concepto de metacomunicación tal cual fue formulado por los autores de la Teoría de la Comunicación Humana, en 2º axioma. En ese lugar se trata de un proceso implícito e inevitable: la relación siempre metacomunica respecto del contenido. En distintos campos profesionales, sobre todo el de la psicoterapia, se utiliza también el término cuando se realiza el mismo proceso de manera explícita, o sea cuando la gente “habla” de la relación.

En una pareja, familia o cualquier otro sistema social, el *feedback* otorgado por el otro en la interacción moviliza a la persona al cambio, modificando automáticamente conductas y cogniciones, de modo de acercarse a la imagen esperada. Resulta fácil encontrar ejemplos de este fenómeno en el ámbito del cortejo. El comportamiento manifestado por uno de los miembros de la pareja en ciernes (vestirse de tal o cual manera, hacer un regalo, proponer salidas, por ejemplo), cuando satisface las expectativas del otro, adquiere forma y significado para ambos, devolviendo al primero la imagen de sí mismo que espera (en nuestro ejemplo: ser “atento”, “varonil”, “trabajador”).

La insatisfacción se resuelve en la medida en que la brecha percibida motiva e induce a ajustar el comportamiento al modelo esperado por el otro. En términos cibernéticos, dado un parámetro (en el ejemplo anterior: las características de un hombre ideal en esa pareja), y una instancia comparadora, el cortejante se comportará de manera de acercarse a esa norma, reduciendo la desviación entre su comportamiento y el parámetro, con el objeto de que su pareja le devuelva la imagen esperada, en la que cómodamente podrá reconocerse.

b. Desacuerdo

Surge cuando las expectativas que una persona tiene no se cumplen en la relación, es decir que los significados asignados por la persona a su propio comportamiento (y por ende a su personalidad) no coinciden con los que la o las demás personas le asignan.

En tal escenario pueden suceder dos cosas: la persona puede “abandonar el juego”, interrumpiendo la relación, o bien perseverar con un estilo en la interacción que mantiene relativa autonomía respecto de la expectativa que los demás tienen acerca de su comportamiento. Esta opción, a su vez, puede asumir al menos dos variantes.

La primera consiste en oponerse sistemáticamente a las propuestas interaccionales del entorno, en el marco de una aparente libertad de criterio. La frase “no sé de qué se trata pero no estoy de acuerdo” sintetiza la manera de

Podría entonces hablarse en estos casos de una *metacomunicación explícita o deliberada, intencional*, para distinguir semánticamente esa situación del axioma liso y llano.

presentarse de esas personas. La libertad resulta sólo aparente porque, como decíamos más arriba en el caso con que ilustramos nuestra definición de personalidad, quien sistemáticamente se opone a todo deja de lado la opción de acordar, coincidir, acatar, aceptar, etc., restringiendo con ello la imprescindible variedad de alternativas necesaria para un proceso efectivo de toma de decisiones.

La segunda posibilidad consiste en que la persona, aun en desacuerdo con la imagen devuelta por su entorno, persevere en su propuesta singular, diferente de la que los demás esperan. En el mejor de los casos, en una versión benevolente de esta alternativa, la persona puede pasar por “especial”, “raro”, “singular”, etc. El contexto puede expresar con estos términos la dificultad y hasta la imposibilidad de comprender y aceptar esos significados y la propuesta relacional congruente.

Estas personas prescinden de las opiniones adversas; esa actitud va de la mano de una *férrea confianza* en su propia visión, sus recursos, etc. Desde los impulsores de una nueva tecnología de información a los descubridores de un principio científico, desde los precursores de un nuevo modo de entender la terapia a un visionario desarrollador inmobiliario, se trata en todos los casos de personas que lograron un salto epistemológico en la manera de entender su campo profesional, su tiempo y, en última instancia, su mundo.

En ambas posibilidades, los patrones de personalidad observables en la edad adulta pueden remitirse invariablemente a improntas relacionales ligadas a la crianza y la socialización: tanto el hecho de nacer en tal o cual lugar de la fratria, los aspectos más determinantes de las circunstancias por las que transitó la familia en su desarrollo (cambios de lugar de residencia, escuela, sucesos inesperados, vaivenes económicos, proyectos personales de los padres), como el microclima de las relaciones que tiene lugar en una familia particular.

Si bien no debemos generalizar respecto de este tema, identificando una serie de improntas relacionales específicas que expliquen uno u otro camino, consideramos que podría haber, en el libreto original de esas historias, una combinación variable de:

- por un lado, *necesidad de reconocimiento*, entendida como valoración, desde el entorno, de lo que la persona hace. Con frecuencia (aunque no siempre, y dependiendo de las variables dadas por el

género, las diferencias de edad y el tiempo transcurrido hasta el nacimiento de un nuevo hijo) los hermanos del medio experimentan esta necesidad en virtud de no ser ni el mayor (que requirió mucha atención de sus padres a partir de lo novedoso del rol), ni el menor (que será siempre percibido como tal y por lo tanto merecedor de esa atención, con las ventajas y desventajas que ello implica).³⁹

- por el otro lado, la posibilidad dada, por esa posición en la fratría o bien por otras variables (asistir a una escuela con internado, una internación prolongada en una institución, quedar al cuidado de otros familiares durante un periodo de tiempo prolongado, etc.) que le permitirán una exploración más libre del ambiente y utilizar su propio criterio en la resolución de problemas.

En el otro extremo, podríamos decir que el hecho de ser hijo único, con el esperable patrón de sobreprotección –y eventualmente sobreinvolucración-,⁴⁰ restará posibilidades para desarrollos de este tipo. Por otra parte, un hijo que es criado en un hogar uniparental –en que la crianza está en forma exclusiva a cargo de un progenitor– podrá tener, de manera proporcional al número y tipo de situaciones que debe afrontar solo, un mayor incentivo para la innovación, de la mano de las responsabilidades que deberá asumir ante la ausencia o escasez de directivas por parte de adultos.

En relación a la segunda variante que planteamos como posibilidad de desacuerdo, este marco que brinda la crianza a través de sus improntas relacionales puede sintetizarse en la frase de la sabiduría popular “*La necesidad tiene cara de hereje*”. La “herejía” tiene aquí el sentido de transgredir la norma establecida. Si la norma establecida es “en esta familia somos todos viñateros”, quien se opone podrá transgredirla diciendo “yo voy ser bodeguero”, o bien, en un paso que la generación mayor verá como mucho más arriesgado, dirá: “voy a convertir estas tierras en un negocio inmobiliario”.

39 Una excepción, entre otras, podría estar dada por la existencia de un hermano en cualquier posición en la fratría pero que por ser enfermo o discapacitado requiere, debido a su condición, de una atención diferente y mayor, acorde a su nivel de dependencia.

40 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

Todo lo que pueda decirse de estas personas remite al vasto campo de la psicología del *emprendedor*. Entre otras cosas, podríamos decir que este visionario acostumbrado a pasar a la acción, transitó por una serie de frustraciones, fracasos, expectativas incumplidas, que lo llevaron a resignificar las limitaciones como desafíos y los fracasos como nuevas instancias de las que se debería aprender, buscando otras alternativas.

Por presente o ausente: loco o malo

Como decíamos más arriba, quien no se reconoce en la imagen que los demás le asignan tiene ante sí distintas alternativas. Una es aislarse y quedar solo, evitando así la confrontación permanente con quienes no comprenden su pensamiento ni su propuesta relacional. Podemos ilustrar en un extremo este punto con personas que desde un sistema de ideas consensuadas en el ámbito de la salud mental recibirían diagnósticos de trastornos de personalidad esquizoide, por evitación, obsesivo compulsivo, etc. Con perfiles diferentes, el patrón común consiste en reducir a un mínimo las interacciones para obtener gratificación en la soledad, tranquilidad, ilusión de control. El mundo interpersonal (y en ocasiones hasta el mundo físico) se ve reducido de manera congruente.

Quienes eligen la alternativa de mantener sus relaciones se verán expuestos a esa falta de comprensión por parte del entorno, con un elevado costo en lo emocional y en lo interaccional. Conocemos de ellos por nuestros consultantes, quienes con frecuencia se quejan del comportamiento o del modo de ser de estas personas en términos de *locura* o *maldad*.⁴¹ Desde su perspectiva de familiares, docentes o empleados, se definen a sí mismos como “víctimas” de esas personas cuyo comportamiento no resulta esperado ni comprensible.

Quien en la interacción es rotulado como “loco” o “malo” se verá invariablemente forzado, en todo momento, a defenderse y a justificarse, con lo cual naturalmente se aferrará más a sus propias creencias, generando nuevos argumentos, de creciente complejidad que tornen sustentable, para sí mismo,

41 *Íbid.*

ese conjunto de ideas que invariablemente resultará extraño, oscuro, y hasta ininteligible para los demás.

Este funcionamiento, que aparece en toda su dimensión en el ámbito de la patología y los trastornos de la personalidad, responde a un principio más general y por lo tanto presente en toda situación comunicacional. El concepto de *impenetrabilidad* propuesto por los autores de la Teoría de la Comunicación Humana se dirige a esta dificultad intrínseca de todo observador para conocer el significado que otra persona ha construido y se esfuerza por transmitir⁴²

La diferencia entre el común de las situaciones y ese ámbito más restringido de los así llamados “trastornos de personalidad” radica, desde el punto de vista comunicacional, en que la posibilidad de metacomunicar se ve seriamente dificultada o impedida en estos últimos casos.

De los circuitos a los paradigmas; de la pertenencia a la personalidad

Si damos algunos pasos más a partir de esta distinción básica entre establecer un acuerdo o aumentar la brecha del desacuerdo, llegamos irremisiblemente al ámbito de la *epistemología* y al concepto de *paradigma*. Los acuerdos, tanto a nivel de contenido como de la relación, suponen que los comunicantes comparten un modo de leer la realidad, ordenándola en función de categorías comunes.

En algún momento, en esa comunidad de significados y roles, surgirá una diferencia. Esto puede plantearse en cualquier ámbito en el que se encuentren personas: desde una familia que cursa una etapa de crisis en el ciclo vital –por ej. con un hijo adolescente–, un terapeuta con un paciente, un equipo de trabajo que se enfrenta a una determinada tarea, representantes de una nación o de un grupo de naciones que deben tomar decisiones que afectan a su sistema político.

42 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

Una manera de marcar una diferencia inicial que –en términos de ecología de la mente–⁴³, establece una diferencia, es una experiencia que deviene una *impronta relacional*,⁴⁴ es decir una manera nueva de pensar y relacionarse, que puede resultar más o menos adaptativa, facilitadora, etc. Un buen ejemplo es una historia de cierto experimento que ha tenido una gran difusión a través de Internet y cuyo relato es atribuido, según la fuente, a G. Hamel y C. K. Prahalad en el libro *Competing for the future*, o bien a la obra *De banaan wordt bespreekbaar*, de T. Pauka y R. Zunderdorp. Más allá de la dudosa referencia al experimento original, que relataremos, el lector podrá encontrar múltiples ejemplos entre humanos en diferentes contextos.⁴⁵

La historia alude a un experimento que se habría realizado con monos, y resulta por demás interesante para ilustrar el modo en que los paradigmas, por un lado se adquieren, aceptan y transmiten y, por el otro, determinan el comportamiento más allá de la lógica. El relato plantea que el investigador colocó, en una jaula, a cinco monos y una escalera que permitía acceder a un cacho de bananas que pendía de lo alto de la jaula. Cuando uno de los sujetos trepó por la escalera para acceder a las bananas, el experimentador aplicó a todos los individuos un chorro de agua fría a presión a través de un dispositivo dispuesto a tal fin en la jaula.

Después de una serie de repeticiones de la misma secuencia, el supuesto científico pudo observar un comportamiento nuevo en los sujetos, previo a que uno de ellos alcanzase la escalera. Cuando un mono se acercaba a la misma, los demás lo disuadían de hacerlo a través de diversos comportamientos agresivos que tenían para el observador el sentido de evitar el castigo generali-

43 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

44 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

45 Como muchas historias que utilizamos en el contexto de una terapia, más allá de su verosimilitud nos interesa el resultado que con ellas podemos obtener. Le asignaremos por tanto el valor que en la clínica tiene el uso de las metáforas, por su utilidad a la hora de mostrar patrones interaccionales. El hecho de que el experimento a que aludiremos resulta dudoso en cuanto a si tuvo o no lugar realmente representa para nosotros un valor agregado: la personalidad es para nosotros, como hemos dicho, un constructo que surge de un consenso entre comunicantes (eventualmente, uno de ellos puede ser un evaluador, como es el caso de un clínico) y no, como quiere la tradición positivista, un *fenómeno natural* que puede ser captado acabadamente por un dispositivo científico, objetivo, aséptico (como por ejemplo un experimento).

zado. Una vez instalado este patrón de comportamiento, el experimentador ya no necesitaba aplicar la dosis de agua fría.

Llegado a este punto, el científico sacó del experimento a uno de los monos y lo reemplazó por otro ejemplar que no había pasado por experiencias similares y que por lo tanto no había sufrido en carne propia los efectos disuasorios del agua fría a presión. Como era esperable, el nuevo sujeto intentó acceder a las bananas pero fue rápida y violentamente “persuadido” de no hacerlo por el comportamiento agresivo del resto.

A continuación el investigador retiró a otro de los monos e incluyó a uno nuevo. El primer reemplazante actuó de inmediato como los primeros monos, atacando al novato cuando éste quiso acceder a las bananas. El remplazo de los monos originales continuó hasta que no quedaba ninguno de los que habían sufrido el chorro de agua fría. Aun sin haber pasado por esta experiencia, todos se comportaban de manera agresiva ante cada intento del mono más nuevo por acceder a las bananas.

La conclusión extraída habitualmente de esta historia es que, si los monos pudiesen hablar, dirían algo así como “hago esto porque siempre lo hemos hecho así”. Interesantes extrapolaciones pueden ser realizadas para los entornos de trabajo o, más ampliamente, para cualquier organización en que las prácticas se sostienen más allá de toda lógica, propósito o resultado, impidiendo soluciones más sencillas, prácticas y adaptativas para las necesidades de las personas y las tareas.

Ahora bien: más allá de estas interesantes implicancias, el ejemplo ilustra para nosotros la sinergia que se da naturalmente entre los circuitos *intrapersonal* e *interpersonal* en el comportamiento de las personas y en la lectura que los demás realizan de ese comportamiento, es decir la *personalidad*.

Habitualmente resulta difícil conocer qué piensa una persona –mucho más difícil resultaría conocer el pensamiento de un mono, si cabe el término-, pero invariablemente realizamos inferencias acerca de lo que la gente piensa a partir de la conducta que observamos.⁴⁶

46 En el terreno de la terapia y la redefinición: si esas inferencias son comunicadas a quien muestra la conducta (a un humano, no a un mono por supuesto), la coherencia entre lo observado y descrito y el pensamiento inferido resultará clave para que la propuesta sea aceptada. Por otra parte, la relación previa entre quien formula esa descripción y quien la

Puestos a inferir, diremos que algo que el mono podría llegar a pensar una vez instalada la conducta agresiva grupal contra el compañero nuevo que busca las bananas, sería “esto funciona, pues ya no me tiran agua fría”. De hecho, la relación entre este supuesto “pensamiento” y las consecuencias de la interacción refuerza ambos circuitos. En la medida en que la conducta obtiene los resultados esperados, el sujeto confirma su pensamiento; a su vez, y de manera recursiva, pensar así lo llevará invariablemente a mantener su conducta.

El caso del mono nuevo plantea todavía interesantes aristas para este modelo. Uno podría decir que no experimentó personalmente las consecuencias positivas de interrumpir el castigo del agua fría. Esto es cierto, pero también podemos decir que, al realizar la misma conducta que sus compañeros, el mono experimenta algún tipo de refuerzo positivo de parte de éstos. Y la clase de hipotéticos pensamientos, sentimientos y motivaciones “simiescos” vinculados a esos circuitos interpersonales podría ser puesta en términos de lo que los humanos llamamos pertenencia, filiación, etc.

De igual modo, y si de epistemología y paradigmas se trata, desde nuestra perspectiva sistémico-constructivista y el consecuente modo de entender la clínica no necesitamos, a los fines de explicar el comportamiento actual, conocer cuáles pudieron haber sido los orígenes o causas que iniciaron ese comportamiento.⁴⁷ En virtud del proceso de aprendizaje que –en este caso literalmente “a los golpes”, ha dejado su impronta en nuestros monos-, el comportamiento adquiere una relativa independencia o autonomía de las consecuencias inmediatas, a la manera de un hábito o un ritual cuyo sentido se diluye en el tiempo y que, en la interacción actual, no resulta evidente.

El concepto de impronta relacional ha tenido varias funciones en nuestro esfuerzo por rastrear los posibles orígenes del pensamiento y la interacción. En particular, nos sirve aquí para comprender el proceso recursivo y permanente⁴⁸

escucha influirá decisivamente sobre el grado de aceptación. Además, el grado en que la descripción incluya elementos positivos, reconocedores de la persona descripta, favorecerá esa aceptación.

47 En términos de G. Allport, la idea sustentada posteriormente por muchos modelos humanístico-existenciales de la autonomía funcional de las motivaciones.

48 Se trata de la interacción que en otros lugares hemos desarrollado como circuitos intrapsíquico e interaccional.

por el cual pensamiento e interacción se sustentan y confirman recíprocamente, con independencia de los resultados obtenidos.

Como vemos, los comportamientos pueden mantenerse y hasta perpetuarse aún con la obtención de resultados pobres o perjudiciales.⁴⁹ A mayor tiempo transcurrido, y en consecuencia mayores supuestos “beneficios” obtenidos con ese patrón de pensamiento y conducta, más podremos identificar a este funcionamiento como un patrón de personalidad. Si de malos resultados se trata, este punto anticipa un constructo que desarrollaremos más adelante, en el capítulo 6: el resentimiento.

El concepto de impronta relacional nos permite unir acontecimientos lejanos en el tiempo, cuya conexión no resulta aparente para los consultantes. En el caso del funcionamiento que ilustramos con el supuesto experimento de los monos, al ingresar un nuevo integrante, el observador puede sorprenderse por la rápida adaptación del mismo a la pauta sistémica.

El comportamiento agresivo que el mono nuevo observa y reproduce carece, para él (que no conoció el chorro de agua fría), del significado que tenía para sus compañeros (que vivieron en carne propia ese estímulo aversivo). Este fenómeno puede constatarse en cualquier grupo humano observado a lo largo de un tiempo mucho más extenso que el del experimento. Un ejemplo próximo para el lector de nuestro país es el de cualquier comportamiento transmitido a lo largo de las generaciones en una familia de inmigrantes. Por ejemplo, ciertas pautas relacionadas con el manejo del dinero que serían definidas como “austeridad” por un observador, resultan comprensibles y hasta imperativas en el caso de la primera generación, cuyos integrantes llegaron al país sin otros recursos que la esperanza de mejorar su calidad de vida y la voluntad de trabajo y esfuerzo, donde cada moneda contaba y constituía el seguro de un futuro sin las privaciones sufridas para sí y sus descendientes. En estos casos, la austeridad de una segunda generación resultaría tan poco justificada desde la perspectiva de un observador contemporáneo, como la irracional agresividad de los monos recién llegados para con su compañero trepador.

⁴⁹ Los tres mecanismos clásicos de formación de problemas postulados por el MRI en el libro *Cambio* tienen en común la relación funcional entre pensamiento y acciones que se refuerzan recíprocamente, resultando en la repetición y hasta perpetuación del patrón aún pese a los malos resultados.

El mismo fenómeno puede identificarse, desde más allá de los límites de la propia disciplina, si ampliamos la unidad de análisis y extendemos la observación en el tiempo. Desde las características de una comunidad que conserva prácticas de varios siglos atrás, como los menonitas, a los límites más difusos de una cultura; desde el nivel más bien *micro* de la idiosincrasia de una profesión hasta el *ser nacional* que planteaba Bateson, los ejemplos serían innumerables.

Lo importante para nuestro análisis es que, tanto en el grupo de monos como en la extensa familia humana a lo largo del tiempo, esa desconexión entre los estímulos que originalmente generaron la conducta y aquellos otros que la mantienen en el momento presente de la observación, se explica con otras pautas mantenedoras que sí se encuentran presentes en el momento de la observación y que sostienen la pertenencia del individuo al sistema.

En términos de aprendizaje operante, podría hablarse de refuerzo social. En términos comunicacionales, se trata de mensajes explícitos e implícitos permanentes que comunican al individuo que interactúa en el sistema de que se trate –sea una familia, un grupo de trabajo, una comunidad religiosa, cultural, etc.- que *él es y seguirá siendo* uno de ellos, es decir: que *es parte*, que *pertenece*.

Estos dos niveles de análisis –el condicionamiento operante y la comunicación- remiten a un desarrollo que presentamos en otro lugar cuando hablábamos de los diferentes planos en los que puede conceptualizarse el trabajo clínico,⁵⁰ el cual constituye, como es aceptado en el mundo académico, una de las grandes aproximaciones⁵¹ al conocimiento científico de la personalidad.

El *plano comportamental* remite a la observación realizada sobre las conductas de las personas. Sobre este nivel podemos establecer otro de mayor grado de abstracción, que denominamos *interaccional* o *comunicacional*. Éste ubica a las personas en el contexto más amplio del comportamiento de las otras personas con las que interactúan. El concepto de impronta rela-

50 En el capítulo 3 del libro *De crianzas y socializaciones* planteábamos tres planos o niveles de análisis para el trabajo terapéutico: el comportamental, el interaccional o comunicacional, y el narrativo.

51 Fierro, A. (comp.) (1996). *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós

cional alude necesariamente al resultado acumulativo de tipos específicos de relación.

Sobre los niveles comportamental e interaccional se debe incluir un tercer plano, relativo al modo en que los comportamientos de los individuos y las relaciones *son narradas por cada uno de los participantes*. Desde el punto de vista de un clínico sistémico el consenso de sus interlocutores consultantes resulta indispensable para la construcción de una nueva realidad, superadora de síntomas y disfunciones. Desde el punto de vista del teórico de la personalidad, este plano *narrativo* resulta tan relevante como los otros dos y reviste, al igual que éstos, la misma importancia que para el clínico.

Este tercer nivel, que denominamos narrativo, se compone, por un lado, de los juicios recursivos, autorreferenciales, que las personas formulan acerca de sí mismas, es decir sobre su propia personalidad. Al mismo tiempo –y reiterando por su importancia central para la definición de personalidad que aportamos al inicio del capítulo–, integran esta trama de relatos los juicios que, de manera coincidente o discordante, explícita o implícita, las personas significativas realizan acerca del mismo individuo.

Estos tres niveles de análisis del pensamiento sistémico dejan entrever, sin mencionarlo, el concepto de motivación. El aprendizaje operante lo lleva implícito, en la medida que un comportamiento exitoso llevará a su repetición y mantenimiento en el tiempo. En el siguiente nivel, las interacciones llevarán a través de patrones complejos al sostén de ciertos comportamientos, a partir y más allá de las consecuencias de los mismos. Finalmente, en el plano narrativo nos encontramos con los factores que la persona recorta en su relato como relevantes para su comportamiento pasado, presente y futuro.

Subyacen entonces, a estos tres planos, motivos invisibles que hacen sustentable al comportamiento y su cambio a lo largo del tiempo. Ahora bien: así como la teorización acerca de la personalidad presenta desafíos para el pensamiento sistémico, toda conceptualización acerca de motivos que vaya más allá de estos tres planos resulta particularmente esquiva. El concepto de motivación ha sido tratado en muchas obras,⁵² asumiendo un valor instrumental como contracara de otro concepto clave que es la maniobrabilidad del tera-

52 En el libro *En busca de resultados* (capítulo 13, tomo II) se condensa los supuestos básicos que vinculan la motivación al proceso terapéutico.

peuta, diferenciándose de otros modelos terapéuticos que cuentan con desarrollos teóricos respecto de la motivación en sí (no circunscripta al ámbito terapéutico).

En la medida en que la psicología sistémica se ha ocupado muy poco de esa clase de elucubraciones abordaremos en el próximo capítulo los alcances posibles de los motivos que la interacción visibiliza de cara a una teoría sistémica de la personalidad. Nuestra hipótesis de trabajo consiste en que las interacciones pueden ser el medio a partir del cual los motivos *invisibles* de los que hablábamos se convierten en observables de conducta.⁵³

53 En los términos en que Alfredo Fierro y otros teóricos de la personalidad definen como el objeto de estudio de ese campo del conocimiento, se asume dentro de esos “observables de conducta” comportamientos abiertos y encubiertos.

Capítulo 3: Elementos motivacionales mínimos para un modelo interaccional de la personalidad

De los principios dormitivos a la complejidad: instintos, rasgos, cogniciones

Todo intento sistemático de aproximación al fenómeno de la personalidad requiere de una serie de hipótesis acerca de qué causa el comportamiento idiosincrásico o característico de la persona.

Si vamos a concepciones pretéritas acerca de la personalidad, buceando en la historia de la psicología, podemos llegar a la vituperada noción de *instinto* y, más atrás, al persistente concepto de *humores* –tan persistente que recorre desde la Grecia clásica hasta bien entrado el siglo XVIII–. Estos y otros constructos con su papel, más o menos destacado, más o menos fructífero en la historia de la ciencia psicológica, tienen bien merecido su status de *principios dormitivos*.

Este término acuñado por G. Bateson⁵⁴ se aplica a aquellas situaciones en que se toma como causa de una acción una palabra abstracta derivada del nombre de la misma acción. Por ejemplo, se explica determinado comportamiento agresivo de una persona (gesticuló, golpeó la mesa, elevó el tono de voz en una reunión de trabajo) simplemente porque “es una persona de naturaleza agresiva”. Esta afirmación que puede ser puesta en boca de cualquier observador lego, asume formas más refinadas cuando el observador es

54 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

un académico estudioso del comportamiento humano o un profesional de la salud mental. En función de su afinidad con escuelas o teorías, podrá hablar de “impulso agresivo”, “necesidad de poder o control”, “baja tolerancia a la frustración”, etc.

A cualquier persona (se trate de un lego o de un profesional) puede costarle más o menos tolerar que las cosas resulten diferentes de lo que esperaba. Ahora bien: si el observador cristaliza su observación bajo el mote de “baja tolerancia a la frustración”, quien piensa, expresa y recibe estas palabras tenderá a formarse una idea de que se trata de una característica inamovible. Más aún, si se trata de un profesional con conocimientos de psicología de la personalidad, podrá asimilar esa característica a un rasgo, a una disposición, a una necesidad, a un motivo, etc. En cualquiera de los casos, lo importante para nosotros es que el observador piensa acerca del individuo observado –y en consecuencia actúa hacia él- como si esa característica fuera independiente del contexto. El profesional, que realizó su observación en un determinado contexto, fácilmente se imaginará a la persona que recibió ese rótulo mostrando la misma clase de comportamientos en otros ámbitos, es decir llevando a cuestras, de uno a otro contexto y relación, su “baja capacidad de tolerancia a la frustración”.

Al hacer esto el observador, independientemente de su formación, desconoce una verdad evidente de la experiencia: cualquiera sea la característica, rasgo, impulso, etc. de que se trate, no se actualiza de igual modo en distintos contextos. Un niño que “tiene poca tolerancia a la frustración” podrá expresarla de cierto modo y con cierta intensidad con uno de sus padres y de otro modo con el otro, o con la maestra, o con su abuela o en la casa de un amigo en la que se queda a dormir. “¡Qué divino es tu hijo, qué educado! ¡Se hizo solo la cama! ¿Cómo lo has logrado?” son expresiones que ilustran la *disonancia* entre distintos contextos a la vez que sorprenden a una madre que nunca logró que el niño en cuestión realice ese tipo de comportamientos en su propia casa.

Los consultantes expresan con frecuencia esa disonancia entre contextos cuando con grados variables de preocupación y cinismo expresan “Tiene doble personalidad: conmigo es así y con sus amigos es otra persona”. Este concepto, dormitivo como pocos, grafica lo variable que resulta esta cons-

trucción compleja, multivariada y dependiente del contexto que es la personalidad. En ocasiones, simples preguntas del terapeuta tendientes a explorar cómo “son” las distintas personas involucradas frente a la conducta de tan voluble individuo, contribuyen a una comprensión más compleja e interaccional de la personalidad.

Esta concepción, nobleza obliga, no es exclusiva de los enfoques interaccionales. La psicología cognitiva ha planteado desde hace aproximadamente sesenta años la especificidad situacional de la conducta, asestando un golpe que en ese momento pareció mortal al concepto de rasgo.⁵⁵

Si se nos permite cierto exceso en la simplificación, diremos que lo que los psicólogos cognitivos plantearon, apoyándose en numerosos estudios experimentales, es básicamente que la influencia de los distintos contextos (o más propiamente y en sus propios términos: *situaciones*) sobre la conducta de los individuos se vehiculiza a través de reforzamientos diferenciales de diversas conductas. Así, el niño que en el clásico estudio observacional esgrimido por W. Mischel para su “crítica situacionista”⁵⁶ se mostraba agresivo y dominante con sus compañeros de campamento, podía ser sumiso y acatar normas cuando interactuaba con adultos. La explicación teórica de estas diferencias se reduce a que el tipo de comportamientos que los pares refuerzan positivamente (mediante halagos, aquiescencia, atención, etc.), son extinguidas y eventualmente castigadas por los adultos. Siempre desde los investigadores cognitivos de aquellos tiempos: si el comportamiento no presenta *estabilidad* a lo largo del tiempo y *consistencia* entre distintas situaciones, el concepto de rasgo no podía sostenerse más.

Ahora bien: más allá de las enseñanzas de la historia reciente de la psicología de la personalidad –y del hecho de que los modelos de rasgo presentaron batalla y lograron subsistir, *aggiornados*, en esa ecología de ideas–, deseamos dejar claro el aporte que los modelos sistémicos en general, y nuestros desarrollos en particular, ofrecen a este panorama de la psicología de la personalidad.

55 Fierro, A. (comp.) (1996). *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós.

56 Op. Cit. Capítulo 2.

Más allá de la especificidad situacional

¿Qué podemos decir además del hecho, aceptado por la comunidad científica, de que contextos diferentes refuerzan comportamientos diferentes, y a veces hasta opuestos? Intentaremos una enumeración no exhaustiva ni excluyente de los supuestos que, desde nuestra perspectiva, conducen a una visión más compleja de la especificidad situacional, la motivación y la personalidad en general, que incluye los avances de la psicología cognitiva agregándole otros elementos que enriquecen la mirada, la comprensión y, consecuentemente, las posibilidades de intervenir de una manera diferente, en lo que en la clínica sistémica se denomina cambio de segundo orden.⁵⁷

Desde una perspectiva interaccional, los elementos o componentes mínimos para entender la motivación pueden resultar a primera vista ciertamente esquivos o elusivos a la comprensión del teórico. Un antecedente para tratar con esta clase de fenómenos es la noción de “observables de conducta,” planteada inicialmente por los psicólogos y que después se extendió a fenómenos no visibles (“conducta encubierta”) de la mano de los avances en la ciencia cognitiva.

Nuestros *observables* paradójicamente *no observables* comprenden, pero necesariamente exceden, lo que ocurre a nivel cognitivo en el individuo. El estudio de la comunicación identifica comportamientos abiertos pero supone también niveles de mayor o menor abstracción que, al igual que muchos procesos cognitivos, no se pueden observar más que en sus resultados, es decir en la conducta.

Si se nos permite recurrir a una analogía –liberándola de antemano de toda connotación de determinismo sobre el comportamiento humano-, podemos imaginar un complejo sistema de hilos invisibles que sostienen a un individuo. Una marioneta que se desenvuelve eficazmente encontrará crecientes problemas de movilidad a medida que los hilos que la sostienen (y hacen posible su movimiento) se van enredando o cortando. En caso de anudarse o cortarse todos, quedará totalmente imposibilitada de movimiento, relegada a un rincón o a su caja.

57 Watzlawick, P.; Weakland, J. y Fisch, R. (1976). *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder.

Cuatro elementos motivacionales para una teoría de la personalidad

¿Cuáles son esos hilos invisibles que para el pensamiento sistémico mueven la conducta? Desde nuestra perspectiva, una lista mínima comprende:

- las improntas relacionales,
- la interacción,
- el circuito intrapsíquico o autorreferencial,
- la narrativa personal

En una concepción sistémica estos cuatro elementos –resulta casi obvio decirlo–, se encuentran íntimamente entrelazados. El primero de ellos surge de experiencias vividas en el pasado que se actualizan e impactan en los otros tres elementos, los cuales se ubican únicamente en el tiempo presente.

Otra distinción relevante entre estos elementos consiste en que las improntas, además de su origen en el pasado, constituyen el único de los cuatro elementos que pueden pasar desapercibidas para la persona y su entorno. Adquieren valor y significado, como hemos dicho, únicamente a partir de ciertos gatillos contextuales ligados a la interacción. Tanto ésta como el circuito intrapsíquico y la narrativa personal constituyen parte de la experiencia y por lo tanto no pasan desapercibidos a la conciencia. Ahora bien: desde la epistemología sistémica resulta casi obvio decir que la persona puntuará los acontecimientos a partir de la información con que cuenta en la interacción, y que frecuentemente confundirá sus pensamientos sobre la realidad (su construcción) con “la realidad”, que por definición resulta imposible de conocer en sí, es decir fuera del dominio de la percepción y el consenso.

Hecha esta breve digresión epistemológica, diremos una vez más, reforzando lo que planteábamos en el capítulo 1, que las personas viven una serie de experiencias, algunas de las cuales constituyen *improntas relacionales*. Aprenden, por un lado, una manera de pensar (circuito intrapsíquico o autorreferencial) acerca de sí mismos y del mundo; por el otro, una manera de relacionarse con otras personas.

Las interacciones que tienen lugar gatillan determinadas improntas en momentos específicos de la vida de una persona. Como resultado de ello, ésta vuelve a comportarse desde un determinado rol que aprendió en otro contexto, en relación con otras personas, y espera de los demás una respuesta congruente a ese rol. En el devenir de estas interacciones, la persona construye una narrativa acerca de sí misma y su “personalidad”, donde un guión básico se va escribiendo. Esa narrativa es verbalizada cuando la persona interactúa con otras personas y va cambiando con el tiempo, complejizándose a partir de los propios pensamientos y del resultado de esas mismas interacciones.

Ahora bien: dada esta relación entre los elementos, podría pensarse en una secuencia cronológica de los mismos. Toda puntuación resulta arbitraria. De esta enumeración podríamos decir sólo que los acontecimientos generadores de improntas relacionales se encuentran en el pasado, pero las mismas adquieren valor y tienen efecto sobre el comportamiento únicamente en el presente, en el aquí y ahora de la interacción. El único tiempo que vale para esta construcción de la personalidad es, por lo tanto, el presente de la interacción y la narrativa; ambas constituyen, podríamos decir si se nos permite la redundancia, *los observables más observables* dentro de nuestra propuesta.

Veamos ahora, desprovistos de dicha idea secuencial o cronológica, estos elementos mínimos. Los mismos deben ser pensados, más que en una secuencia lineal, en una cierta disposición matricial que admite relaciones múltiples, simultáneas o sucesivas, entre todos los elementos.

Una vez analizados estos elementos avanzaremos, sobre el final del capítulo en lo que podría ser una secuencia (entonces sí, lineal, cronológica) para el proceso motivacional en el marco más amplio de una teoría interaccional de la personalidad.

Las improntas relacionales

Como anticipábamos en el capítulo 1,⁵⁸ este concepto, nos permite comprender el papel de las experiencias pasadas en el presente de la interacción. No se trata, por lo tanto, de un pasado “en abstracto”, que revista interés en sí. El pasado adquiere valor, para un modelo interaccional de la personalidad, sólo en la medida en que *reedita en el presente, y en la interacción, cogniciones, emociones y conductas específicas*.

Las experiencias del pasado que generarán improntas pueden asumir diversas formas. Las principales distinciones que hemos identificado en relación a estos hechos son:⁵⁹

- a. Tienen lugar a lo largo de toda la vida, aunque la crianza (habitualmente en el contexto de la familia) y la socialización (cuando la persona aumenta el número y variedad de interacciones en otros contextos como son la escuela, los grupos de amigos, clubes, etc.) constituyen los momentos más propicios para su desarrollo.
- b. Puede tratarse de acontecimientos únicos o bien de una sucesión de acontecimientos.
- c. Pueden generarse de manera fortuita, o bien intencional en el marco de la crianza o de otro tipo de procesos educativos.
- d. En función de las consecuencias para el proceso de adaptación en los diversos contextos en que se desenvuelve, pueden ser posibilitadoras o imposibilitadoras.
- e. La exposición a experiencias de insatisfacción en determinadas necesidades puede estimular un mayor o menor grado de iniciativa por parte del individuo, en el sentido de establecer un camino original, propio del mismo, o bien de seguir el propuesto (o impuesto) por otra u otras personas. En el primer caso, la persona se propone

58 La definición, extraída del libro *De crianzas y socializaciones* ha sido transcripta en el capítulo 1. En el capítulo 4 desarrollaremos una síntesis de las dimensiones en que pueden clasificarse las improntas relacionales.

59 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcgagua.

como autor de su narrativa; en el segundo, asume una posición de intérprete de relatos ajenos.

- f. Las improntas relacionales determinan cambios en la manera de pensar y relacionarse de las personas.
- g. Si bien el significado asignado a las improntas relacionales es personal e intransferible, se construye en el proceso interaccional constante que los individuos mantienen con los miembros de su entorno más relevante.
- h. El significado asignado a las improntas relacionales puede variar con el tiempo, a partir de nuevas experiencias y de los resultados obtenidos en la interacción.⁶⁰

La interacción

Los últimos dos puntos del apartado anterior nos abren paso a una serie de consideraciones que exceden el campo de las improntas relacionales. Ciertamente las personas con las que el individuo interactúa refuerzan de manera selectiva algunos de sus comportamientos, extinguen y/o castigan otros. Sin embargo, la importancia final del refuerzo se ve diluida si se consideran otras variables.

Dentro de lo que los teóricos cognitivos desarrollaron, el papel de las expectativas vino a modular el peso del refuerzo: una contingencia resulta efectiva siempre y cuando el individuo considere elevada su probabilidad de ocurrencia.⁶¹ Sobre esa base, el pensamiento sistémico permite destacar que, además de ese valor de refuerzo y de la probabilidad estimada de que el mismo ocurra, están las personas reales que pasan a la acción, brindando el refuerzo, el castigo o la indiferencia.

Sea cual sea la respuesta, será percibida, como se suele decir, *como de quien viene*, calificando en más o en menos el valor del mensaje. Así, por ejemplo,

60 En el capítulo 8 abordaremos el tema del cambio de la personalidad.

61 El modelo de expectativa-valor de Julian Rotter.

un comentario elogioso es una forma de refuerzo social en tanto proviene de una persona significativa, querida, respetada. El mismo comportamiento, surgido de otra persona que no es querida o respetada, no tendrá influencia sobre el individuo, o bien la tendrá en un sentido opuesto. La frase falsamente atribuida al Quijote “Ladran Sancho, señal de que cabalgamos” suele utilizarse para expresar que las críticas, cuando se originan en personas que están en desacuerdo, pueden significar un reconocimiento.

Con otras clases de comportamiento puede ocurrir lo mismo. Por ejemplo, en relaciones caracterizadas por el desafío, padres o jefes que se encuentran en una posición complementaria superior suelen, en su intento por corregir ciertos comportamientos, obtener de la otra persona en la interacción más desafío como respuesta.

Además del significado que se da a la persona en sí, está el significado que se atribuye a la relación que el individuo mantiene con ella. “Yo lo quiero, pero me molesta que él se sienta tan perfecto y me diga que le debo todo,” expresó una paciente al referirse a su esposo. Como vemos, la persona puede ser valorada como positiva, pero la relación tendrá un significado que compromete, reduce y hasta anula toda influencia en el sentido de un “refuerzo”.

A esto debemos sumar la consideración de los niveles de abstracción en la comunicación, no sólo la forma en que se *dicen* los mensajes, sino cómo son comprendidos. Las mismas palabras de elogio pueden ser formuladas con cierto tono de voz que connota ironía, burla, etc. El castigo mismo puede ser expresado de manera que el propio comunicante descalifica su mensaje (por ej. mediante ciertos gestos, o con comentarios adicionales sobre el cumplimiento o no del castigo), o bien otro comunicante (por ej. el otro miembro de una pareja conyugal), emitiendo el mismo mensaje en sentido opuesto que habilita a quien lo recibe (el niño) a desafiar el mandato original. El segundo mensaje (segundo a los fines didácticos, pero emitido con frecuencia de manera simultánea) contradice al primero, y la diferencia entre uno y otro puede ser muy sutil (un gesto en quien emite el mensaje), de manera que pasa inadvertido para cualquier observador externo.

Quien recibe los mensajes, por su parte, podrá advertir o no la diferencia, pero la contradicción entre uno y otro mensaje opera a nivel pragmático en su comportamiento. Cabe agregar que mientras más sutil sea el segundo men-

saje, mayor será la dificultad en quien lo recibe para notar la contradicción y poder explicitarla, lo que implicará mayor probabilidad de disfunción en la relación.

Análogamente, cuando la contradicción entre los mensajes se da entre dos comunicantes (por ejemplo dos progenitores, dos jefes) frente a un tercero, resultará más probable que quien recibe los mensajes (niño, empleado) advierta la diferencia y pueda metacomunicar, sorteando la posible disfunción.⁶² El niño, por ejemplo, cuyos padres no consensuan criterios para la crianza, aprenderá a obtener beneficios de esa diferencia, optando por interactuar, según la ocasión, con aquél que resulte más afín con su pretensión.

El circuito intrapsíquico

En el desarrollo precedente hemos hablado básicamente de hechos concretos o acontecimientos. Los acontecimientos del pasado, generadores de improntas, y los acontecimientos del presente que las elicitan o activan. Pasamos ahora a otra dimensión, paralela y simultánea, que consiste en pensar acerca de esos acontecimientos pasados y sus causas.

Denominamos circuito intrapsíquico a

...la combinación recursiva de ideas, pensamientos, sentimientos que de manera recurrente se presentan en las personas cuando analizan los hechos y las atribuciones que sobre éstos es posible hacer. Se puede separar o vincular estos hechos y/o estos significados.⁶³

Podemos agregar, actualizando esta definición que, *si de temporalidad se trata, esos pensamientos y sentimientos presentes se refieren en ocasiones,*

62 Sintetizamos aquí algunos de los desarrollos del grupo de Palo Alto sobre paradojas de autorreferencia y niveles de abstracción en la comunicación, obras clásicas del pensamiento sistémico. Para ampliar el tema, remitimos a la lectura de los artículos referidos a doble vínculo y esquizofrenia en *Pasos hacia una ecología de la mente*, de G. Bateson.

63 Fernández Moya, J. y Richard, F. (2020). *Después de la pérdida. Una propuesta terapéutica para el abordaje de los duelos*. 3ª Edición ampliada. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

total o parcialmente, al tiempo futuro, bajo la forma de expectativas acerca de acontecimientos que podrían ocurrir.

A partir de lo antes expuesto resulta importante considerar la brecha, por un lado, entre aquello que se desea que ocurra y no ocurre, y por el otro entre lo que se espera que no ocurra y la ominosa posibilidad de que ese hecho temido tenga lugar. Estas expectativas juegan un papel central en el presente, con independencia de que efectivamente ocurran o no esos acontecimientos deseados o temidos.

Este análisis resulta posible cuando un observador externo (por ejemplo un terapeuta) diferencia hechos de significados. Puede entonces señalar, por ejemplo, que aquello que la persona teme todavía no ha ocurrido, e incluso que podría no ocurrir nunca. El temor de una persona clínicamente definida como “hipocondríaca” al constatar que le ha salido una mancha en la piel o cualquier otro síntoma, grafica este punto. El cáncer que teme puede nunca ocurrir, pero esa idea y los sentimientos asociados invaden el pensamiento del paciente y lo llevan a comportarse como si ya hubiese sido diagnosticado.⁶⁴ Desde la perspectiva de la propia persona resulta muy difícil, y en ocasiones hasta imposible, realizar primero y aceptar después esa distinción entre su circuito intrapsíquico y los hechos.

Una analogía puede ayudarnos a mejor explicar estos conceptos. El oficio de relator de fútbol consistió inicialmente, en la época en que los partidos se transmitían sólo por radio, en describir, para quienes no estaban en la cancha, todo lo que allí ocurría: los jugadores y su posición en cada momento, las jugadas y sus desenlaces, las infracciones, y hasta algunos acontecimientos que tenían lugar en las tribunas y en las proximidades del estadio.

Desde la perspectiva del espectador actual de cualquier deporte, puede resultar difícil comprender esa necesidad de exactitud en el relato. La posibilidad presente de, además de ver las imágenes, poder volverlas atrás y verlas de nuevo, y hasta desde distintos ángulos, permitiría hasta prescindir del re-

⁶⁴ Uno de nosotros ha utilizado en ocasiones, como maniobra, una directiva que en algunos casos ha asumido la forma redefinición consistente en plantear, con tristeza: “Usted tiene el peor cáncer que se conoce... porque la cirugía no lo aborda, la quimioterapia tampoco..., la radioterapia no tiene sentido”. Y luego de un silencio prolongado, ante el pedido del consultante, agrega: “el cáncer mental, el cáncer que sólo existe en su imaginación..., y usted sufre como si lo tuviera”.

lato, con lo cual el espectador con suficiente conocimiento de los jugadores que integran cada equipo podría bajar el volumen de su televisor o dispositivo móvil y quedarse sólo con las imágenes.

Al igual que los relatores, las personas describimos *en tiempo real*, en nuestro circuito intrapsíquico, los acontecimientos que vivimos. A diferencia del televidente, no podemos bajar el volumen de lo que pensamos y sentimos. A lo sumo, las personas pueden hacer el esfuerzo, habitualmente infructuoso, por pensar en otra cosa cuando el contenido del pensamiento genera angustia, ansiedad, tristeza, etc. Si los acontecimientos son lo suficientemente relevantes, se impondrá continuar con el “relato”.

A su vez, éste integrará elementos que podríamos designar como “descriptivos” y otros totalmente ajenos a los hechos en sí: pensamientos sobre hechos pasados similares, atribuciones causales de los acontecimientos (actuales y pasados), sentimientos vinculados a esas cogniciones, expectativas sobre el futuro, etc. Estos elementos, como decíamos más arriba, no se distinguen a primera vista de los hechos en sí, y pasan a formar parte, tanto como ellos, de la construcción de la realidad que la persona continua e inevitablemente realiza.

Volviendo al relator de fútbol, el desfasaje entre los hechos y el relato se hace patente cuando se escucha a la vez que se ve, pero esto resulta posible sólo para un observador externo, por ejemplo un terapeuta.

La narrativa personal

Si el circuito intrapsíquico es el relato “en tiempo real” de los hechos, la narrativa integra esos relatos en unidades mayores de tiempo y espacio. Una distinción adicional, retomando los elementos anteriores, implica que el circuito interpersonal es *descriptivo*, considerando un observador externo que, eventualmente, omitiese hablar de motivaciones. El circuito intrapsíquico, por su parte, agrega a esa capa descriptiva de relato una serie de atribuciones, significados asignados a los comportamientos, y expectativas hacia el futuro más o menos fundadas en el pasado.

Volviendo a nuestra analogía de los “hilos” que dirigen el comportamiento de la marioneta, diremos que la narrativa es el guión que da letra al titiritero, lo que llevará al individuo a participar de ciertos hechos, relacionándose con otros individuos, lo cual dará lugar a su vez a una serie de relatos. Es la acumulación de esos relatos la que dará lugar a la narrativa personal.

Volvamos a los relatores profesionales de eventos deportivos. A los fines de nuestra analogía y a sabiendas de que se trata de oficios diferentes, uniremos su rol con el de los comentaristas. Algunos relatores históricos en nuestro medio se esforzaban por describir con la mayor precisión posible la ubicación de los jugadores y las jugadas. Su motivación tenía que ver con la tecnología disponible en la época, donde el medio inicialmente exclusivo y después mayoritario fue la radio. Sin duda había diferencias entre un relator y otro, y de hecho la competencia entre distintas emisoras se basaba en el estilo de cada profesional: así como había hinchas de uno u otro equipo, los oyentes tenían su preferencia por tal o cual relator. No obstante ello, y ligado al hecho de que no existía la transmisión de imágenes para los oyentes, la búsqueda de precisión en el relato era, en esa época, un factor común.

Con el advenimiento de la televisión, el oficio fue cambiando, y entonces tanto relatores como comentaristas se permitieron sumar otros elementos al relato, asumiendo que la mayoría de los aficionados verían el partido por ese medio. No resultaba necesario, al menos para los relatores de televisión, dar tantas precisiones sobre la ubicación de la jugada, y empezaron a resultar posibles otras intervenciones o comentarios.

El mayor tiempo libre que dejaba la no necesidad de un relato tan minucioso dio lugar a una libertad que posibilitó ciertas licencias, como por ejemplo *atribuir significados* al hipotético pensamiento de los jugadores, técnicos y otros profesionales ligados al plantel. Veamos, para profundizar nuestra exposición, un ejemplo de comentarista que pertenece a esta generación. Enrique “Quique” Wolff, conocido periodista deportivo y ex jugador de fútbol tiene un estilo en su oficio que le ha valido, como en todos los casos, seguidores y detractores. Ahora bien: en su caso como en el de tantos relatores y comentaristas de su generación, este modo de trabajar generaba simpatías o antipatías en la medida en que esos significados coincidían o no con el pensamiento y los sentimientos del aficionado que los veía y escuchaba.

Una vez más diremos que la construcción de la realidad que tiene lugar a nivel del circuito intrapsíquico o autorreferencial del relator o comentarista es expuesta ante la audiencia. De entre quienes integran la misma, un número menor o mayor de personas que piensan de manera similar, avalarán ese estilo, reforzando los comportamientos que implica. Actualmente, a diferencia de las primeras épocas de la radio, ese *feedback* resulta inmediato a través de las redes sociales.

Ahora bien, el relato “en tiempo real”, con su superposición de elementos descriptivos y juicios, se sustenta en información previa que el profesional maneja, ya sea que esta provenga de su propia experiencia (otros partidos que relató o comentó) o bien del equipo de producción, lo que enriquece y complejiza el proceso al sumar otras voces al propio relato. Así, por ejemplo, el aquí y ahora del desempeño de un jugador se relaciona con partidos anteriores jugados en ese equipo, y eventualmente en otros clubes. El relato presente se superpone a otras capas o estratos y da lugar a esas hipótesis complejas sobre lo que el jugador piensa, siente y hace. Es este el punto en que esa capa más superficial del relato se entrelaza con una trama más profunda de pensamientos y sentimientos que prescinde de los hechos y del circuito interpersonal.

Salgamos ahora por un momento de la analogía propuesta y del hecho de que el relator o comentarista están hablando del juego actual y de la historia de otras personas. Imaginemos que el individuo por momentos habla en voz alta y por momentos reflexiona a nivel de su pensamiento, y que en lugar de hablar de lo que piensa y siente un jugador, pone el foco en personas de su propio contexto significativo, volviendo en ocasiones la conciencia hacia sus propios pensamientos y sentimientos. Tendremos entonces una imagen bastante precisa del plano narrativo en el que las personas constantemente nos movemos, echando mano –al igual que los relatores de fútbol- a múltiples fuentes de información, presentes y pasadas, y prescindiendo tanto como ellos de la acotada descripción de los hechos. Es esta la diferencia central entre el relato en tiempo real del circuito intrapsíquico y la narrativa personal que se nutre del mismo, pero lo excede.

La narrativa personal, en tanto elemento de la personalidad es, desde nuestro punto de vista, una sedimentación de relatos que tuvieron lugar en distintos momentos. Selecciona y jerarquiza, por un lado, algunos de esos propios re-

latos hilvanándolos en una trama, a la cual suma e integra, haciendo propios, una serie de relatos provenientes de otras personas. Algunos de estos relatos externos validarán los propios; otros constituirán aportes totalmente novedosos que se integrarán a la trama narrativa. Entre los relatos propios y aquellos otros ajenos e incorporados a esa trama, algunos son jerarquizados en el tiempo presente en función de las circunstancias del momento.

Una consideración final, relativa a un concepto central para la personalidad como es la identidad. El mismo resulta relevante para nuestras distinciones acerca de los elementos básicos de la personalidad desde el punto de vista motivacional. Desde nuestra perspectiva, *la identidad es un concepto subsidiario de la narrativa personal.*

Si asumimos que los relatos sobre ciertos acontecimientos son jerarquizados a partir de las circunstancias presentes y devienen improntas relacionales, cabe considerar que algunos de esos relatos aparecerán con mayor frecuencia e intensidad que otros, con lo que resultarán más disponibles para el pensamiento, retroalimentando la imagen de sí mismo que la persona construye. Este proceso será consolidado en la medida en que otras personas reforzarán esos relatos en la interacción. Como síntesis:

La identidad emerge de la trama narrativa a través de la sedimentación de improntas relacionales actualizadas en la repetición de circuitos interpersonales que dieron lugar a relatos propios y ajenos.

Es este proceso el que representa y sintetiza, retomando el título de nuestra obra, *el presente de la historia.*

Hilvanando los cuatro elementos

Al hablar, en el apartado anterior de una trama “más profunda” de la narrativa personal, queremos aludir a pensamientos y sentimientos que permanecen relativamente periféricos respecto del foco de la conciencia. Podríamos decir que las improntas relacionales se encuentran con frecuencia *encapsuladas*, relativamente aisladas de la corriente continua, cotidiana y consciente de pensamientos y sentimientos que el individuo registra. En ocasiones puede haber

un desfase entre la manifestación que tiene lugar a nivel emocional y/o comportamental por un lado, y ese registro de pensamientos y sentimientos que activaron la impronta. Esto conduce a que para el propio individuo, y con más razón para terceras personas en la interacción, las respuestas resulten descontextualizadas y desproporcionadas.

Dos casos clínicos que hemos desarrollado en otros trabajos pueden ayudarnos a ilustrar esta diferencia entre lo que podríamos denominar dos posibles procesos por los cuales las improntas relacionales son activadas. Esta distinción dará lugar a una integración entre los cuatro elementos motivacionales que hemos desarrollado.

El primer caso⁶⁵ fue presentado como ejemplo de duelo aplazado. Un hombre de cuarenta años había acordado con sus hermanos no expresar su dolor por el fallecimiento de su madre con el objetivo de no afligir a su padre. Años después asistió al entierro de un conocido con el cual no tenía relación directa ni estrecha. En el momento de la inhumación, el paciente miró hacia el suelo y se dio cuenta de que estaba parado sobre la tumba de su madre. Entonces rompió en llanto de una forma tan desconsolada que las otras personas que asistían al entierro, sorprendidas por la reacción, le hicieron comentarios del tipo de “no sabía que lo querías tanto a...” Sólo el hombre y su esposa pudieron advertir la verdadera causa de ese estado emocional.

El segundo caso,⁶⁶ desarrollado para ejemplificar la relación entre los circuitos intrapsíquico e interpersonal, se trata de un paciente de veinticuatro años que presenta ciertas manifestaciones psicósomáticas consistentes en mareos en la ida al trabajo sin desencadenantes que él pudiera identificar. El terapeuta trabajó, en la evaluación del circuito interaccional, diferenciando las relaciones que el paciente tenía con sus dos jefes, uno de los cuales resultaba más amigable y contenedor, mientras que el otro era exigente y controlador. El paciente no asociaba su síntoma con situaciones particulares de estrés en el trabajo, pero cuando el terapeuta indagó con profundidad sobre esas dos relaciones y preguntó directamente a cuáles otras relaciones eran similares,

65 Fernández Moya, J. y Richard, F. (2020). *Después de la pérdida. Una propuesta terapéutica para el abordaje de los duelos*. 3ª Edición ampliada. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

66 Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Tomo II. Modelos clínicos de abordaje*. Mendoza: Universidad del Aconcagua. capítulo 26: Casos clínicos.

el paciente identificó por un lado a un tío que lo había criado (cuya relación con él se parecía a la del “jefe bueno”), y por el otro a su cuñado (parecido a su “jefe malo”). A partir de esa intervención, el paciente pudo identificar que los días en que quien lo recibía era su “jefe malo”, los mareos eran más frecuentes e intensos, obligándolo a detenerse para aliviar su síntoma, con lo cual llegaba tarde y, en una virtual profecía autocumplida, recibía el regaño y una mayor exigencia en las tareas del día.

En ambos casos podemos identificar improntas relacionales que, *haciendo presente la historia*, explican reacciones emocionales y comportamentales presentes. La diferencia entre uno y otro radica en el modo en que las respectivas improntas salieron a la luz en la comprensión del propio comportamiento. En el caso del hijo doliente, su ubicación casual sobre la tumba de su madre gatilló, al momento de bajar la vista y leer la lápida, la respuesta emocional que apareció como “descontextualizada” para los demás, pero que para él mismo resultaría posteriormente comprensible. En el segundo caso, la relación entre la impronta del pasado y la respuesta presente resulta mucho menos evidente, y el nexo entre una y otra surgió de la intervención del terapeuta y de la co-construcción por él propiciada.

El terapeuta, como observador que evalúa la personalidad, realiza un complejo trabajo de hilvanado entre los cuatro elementos desarrollados en los apartados precedentes. Evalúa así el *circuito intrapsíquico* que gatilla los síntomas (en nuestro caso: la expectativa en el empleado de cómo pasaría el día, de marearse y llegar tarde, etc.), el *circuito interpersonal* (la trama de relaciones con los dos jefes) que los mantiene y exacerba, e identifica una *impronta relacional* que, construida conjuntamente con el consultante⁶⁷ pasa a formar parte de su *narrativa* (y de su identidad), posibilitando un cambio en la conducta que eventualmente dará lugar a un cambio en la personalidad.⁶⁸

Ahora bien: el proceso de integración entre los cuatro elementos resulta claro cuando, mediante la óptica de un clínico, se analiza un proceso terapéutico; pero tiene lugar también en otros contextos y otras relaciones. Las historias del pasado familiar que abuelas y madres cuentan una y otra vez a los niños,

67 Esta intervención puede asumir habitualmente la forma de una redefinición que, de ser aceptada, pasa a ser una reestructuración (cf. el capítulo 14, tomo II de *En busca de resultados*).

68 En el capítulo 8 avanzaremos sobre este tema.

antes de acostarse a dormir, en reuniones familiares o en cualquier otro contexto, generan imprints que van más allá de la historia personal de esos individuos que las escuchan (más allá y más atrás, pues narran acontecimientos que ellos no vivieron) pero pasan a integrar, como es esperable, nuevos hilos en la trama narrativa personal. Es el caso de hijos y nietos que, a partir de los relatos de sus padres y abuelos, van en busca de los sitios donde tuvieron lugar hitos importantes de la historia de su familia, que es la propia: nacimientos, lugares donde las parejas se conocieron, se casaron, habitaron, etc. Esa trama constituye, una vez más, *el presente de la historia* de esos individuos.

La brecha entre la narrativa personal y el sistema

Entre el relato que un individuo expresa y el que otra persona (más o menos próxima, relacionada) escucha y comprende, existe necesariamente una brecha, tal como plantearon los teóricos de la comunicación humana⁶⁹ al desarrollar el concepto de *impenetrabilidad*.

Esta brecha puede no implicar desacuerdos sustanciales si hay una definición de la relación relativamente estable, y por lo tanto acuerdos básicos en lo que uno de los comunicantes muestra como una imagen de sí mismo y lo que recibe en el “espejo” que, como hemos dicho, representa el otro miembro de la interacción.

Pero puede ocurrir, tal como vemos con frecuencia en la clínica, que una narrativa que para una persona (y para su terapeuta) resulta liberadora y por lo tanto posibilitadora de un cambio terapéutico, puede ser recibida por otra (por ejemplo su pareja) como un discurso opresivo, que reduce posibilidades y que afecta negativamente el proceso del sistema más amplio (pareja, familia). Así, un esposo que exalta en su relato sus propias conductas positivas, expresando cuánto y cómo ha hecho para ayudar a su esposa a lo largo de los años, se queja de la falta de reconocimiento por parte de ésta. A la esposa, esta narrativa le afecta negativamente, y a cada comentario en este sentido ella no responde, o bien descalifica el mensaje diciendo “Sí, pero eso es cosa del

69 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

pasado”. Se queja de ese modo de una historia de interacciones en que ella se ha sentido relegada a un papel secundario, “de reparto” (complementariedad inferior), cuando su aspiración era ser “protagonista”, si se nos permite la analogía cinematográfica.

Narrativa expresada y narrativa encubierta

Como decíamos más arriba al esbozar una definición de narrativa a la medida de nuestra propuesta, cada individuo presenta una serie de relatos, algunos propios y otros ajenos. Estos relatos se encuentran más o menos integrados y jerarquizados en una trama narrativa que, como plantea Carlos Sluzky,⁷⁰ conecta personajes, guiones, diversos contextos presentes y pasados, etc.

En esos conectores lógicos (relaciones de causalidad, temporalidad, espacialidad, etc.) a que alude el autor y que desarrolla en otro lugar⁷¹ radica la clave de la distinción que nos ocupa en este momento. Para ser más precisos diremos que la clave no pasa en los conectores en sí, o en su presencia, sino en la medida en que los mismos son articulados en un discurso explícito por parte del individuo. Así como los colores de una paleta que utilizan diversos artistas son los mismos, pero su combinación y disposición sobre el lienzo resultará en una obra singular, del mismo modo la narrativa única y personal de un individuo se compone de una serie de elementos discretos que resultan identificables en el discurso de otras personas.⁷²

Si hablamos por ejemplo de relaciones de causalidad (en términos psicológicos: atribuciones), dos personas pueden mostrar similar tendencia a culpar a su entorno de sus propios problemas (estilo extrapunitivo, podría decirse), pero cada uno seguramente lo hará de una manera diferente, singular. Al entender de este modo la narrativa nos hacemos eco de la antigua discusión acerca del papel de las normas universales y singulares en el ámbito de la psi-

70 Sluzki, C. (1999). *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa

71 Sluzki, C. (1992). Transformations: a blueprint for narrative changes in therapy. *Family Process*, 31, pp. 217 – 213.

72 Si llevamos esta analogía al ámbito clínico y al terreno de las intervenciones del terapeuta, esta analogía se presenta como válida para expresar una *colorida* redefinición.

ciología de la personalidad.⁷³ Asumiendo que ambos tipos de reglas encuentran su lugar en una *explicación interaccional de la personalidad* como la que estamos proponiendo, pasaremos a una distinción clave en términos de interacción o comunicación.

Hablaremos de *narrativa expresada* cuando los mencionados conectores lógicos son visibilizados en el discurso, y es el individuo quien habla en primera persona y establece esa serie de relaciones, básicamente causales, temporales y espaciales.

Con *narrativa encubierta* aludimos a aquella que subyace al discurso de la persona, es decir a sus mensajes expresados a través de la comunicación digital. Consiste en una serie de relatos entre los cuales los mencionados conectores lógicos no son claros o evidentes, y donde con frecuencia la comunicación analógica no corrobora lo expresado digitalmente. La narrativa encubierta se nutre del circuito intrapsíquico pero lo excede: incorpora además otras tramas que provienen de relatos familiares, de los grupos sociales de pertenencia y, en un sentido más amplio, de la cultura en la que el individuo se desenvuelve.

Este tipo de narrativa es captada por observadores externos y no necesariamente por el propio individuo. El trabajo de los terapeutas consiste en buena medida en atender a esas brechas entre lo digital y lo analógico en la comunicación, y a partir de ello construir provisionalmente esos conectores lógicos invisibles, asumiendo siempre ese carácter de provisional y buscando el consenso con el consultante —es decir: que la propuesta resulte aceptable—, siendo una descripción más liviana, atractiva y facilitadora que la anterior, a la vez que menos “saturada del problema” en términos de lo que proponen White y Epston.⁷⁴

Volviendo al foco que nos ocupa en relación a los elementos y relaciones relevantes para la motivación de una teoría interaccional de la personalidad, podemos hablar, en términos generales, de dos procesos motivacionales por los cuales los significados de la narrativa personal —con todo su sedimento de historias transmitidas en el seno de una familia, de una comunidad, de

73 Fierro, A. (1996). *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós.

74 White, M. y Epston, D. (1993) *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.

un pueblo, etc.-, orientan las acciones presentes y futuras de una persona en particular.

Por un lado, un proceso implícito (la *narrativa encubierta*), donde esos elementos se conjugan dando lugar a elecciones en la conducta del individuo. Así, en ocasiones los hijos de personas que han tenido una historia de emigraciones y duros procesos de adaptación a un nuevo país y una nueva cultura, naturalizan esos cambios de lugar de residencia⁷⁵ en sus propias carreras personales y profesionales. Los patrones se repiten también en otras áreas, como ser la elección de pareja o el tipo de vida familiar. Por ejemplo, aquella que admite la infidelidad como un elemento de la misma, replicando un hijo el patrón de conducta de su padre en el sentido mantener relaciones paralelas a la pareja “oficial”.

Por el otro lado están las historias que integran la trama del discurso de las personas y constituyen un fundamento explícito de su comportamiento presente, es decir la *narrativa expresada*. Así, los casos de elecciones vocacionales u ocupacionales ligadas a improntas recibidas en la infancia y la adolescencia: la abogada de familia que se especializa en violencia y que fundamenta su interés en ese ámbito a partir de haber vivido de niña un divorcio destructivo entre sus padres; el estudiante de medicina que ha padecido durante su infancia una prolongada y severa enfermedad, etc.

El papel de la motivación en una teoría interaccional

Hablar de narrativa supone necesariamente la presencia de un narrador y de un auditorio que escucha la narración. El auditorio puede reducirse a una sola persona, e incluso puede tratarse de la misma persona que narra –cuando en términos de circuito intrapsíquico habla, por ejemplo, con un otro recordado y/o imaginario–. Como decíamos en el capítulo 1 al hablar de interacción e identidad, aún en el caso extremo de una persona aislada (por ejemplo un naufrago), la narrativa tiene un destinatario. De ello se deriva que *la motivación es para nosotros, necesaria e inevitablemente, un concepto interaccional*.

75 En el capítulo 4 del libro *De crianzas y socializaciones* desarrollamos las improntas relacionales esperables en los individuos a partir de los cambios geográficos de la familia.

Volvamos a la hipótesis de ciertas fuerzas o hilos “invisibles” que darían cuenta de aquello que mueve a la conducta humana. Sabemos que la analogía resulta parcial, y que lo que mueve a una persona involucra variables internas (sus convicciones, proyectos, recursos, etc.), pero queremos destacar que, dadas esas variables internas, una condición *sine qua non* para que todo movimiento iniciado por el individuo resulte posible es, precisamente, el contexto en general y la red social de ese individuo en particular. Si de improntas relacionales se trata, aún los motivos que en su narrativa puede presentar el individuo como más personales y genuinos tendrán probablemente un cierto anclaje en alguna relación previa y significativa.

Volviendo al dilema entre acuerdo y desacuerdo en la relación que desarrollamos más arriba diremos que, las decisiones que desde las principales teorías vigentes en personalidad aparecen como fuertemente ligadas al *self* y que se explican por la operación de diversos elementos motivacionales como es por ejemplo la elección de una carrera, pueden remitirse también a la historia de las interacciones. ¿Quién no ha encontrado, al buscar en los antecedentes de su elección vocacional o de un giro importante en la misma a un docente o profesional admirado que lo “marcó” en cuanto a su decisión? Podemos decir que en ese tipo de relaciones la imagen de sí mismo del individuo se retroalimenta a partir de la imagen que esa otra persona referente le muestra en la sucesión de interacciones que han compartido. Habitualmente, esta clase de decisiones tienen que ver, en términos de la distinción que hicimos más arriba, con la narrativa expresada: el individuo habla para otros y para sí mismo de su elección y la fundamenta en ciertas experiencias.

Cabe aquí una digresión respecto de este proceso básico. Cuando dos personas interactúan y una de ellas da particular importancia a los argumentos, ideas, propuestas, emociones, etc. de la otra, está fomentando –en ocasiones sin advertirlo, ni mucho menos desearlo–, que esa persona persevere en su propio circuito intrapsíquico, lo cual dificulta a su vez que pueda comprender a su interlocutor y verse influido por el mismo. Esto es muy común en díadas formadas por padres e hijos o miembros de una pareja conyugal; en ambos casos, con frecuencia una de las partes expresa “yo le explico, pero no me entiende”. Estas bienintencionadas personas no advierten que al hablar insistentemente del tema que fuera (por ejemplo un límite que se intenta aplicar a un hijo adolescente), la contraparte sigue pensando y sintiendo de la misma

manera, a la vez que insiste en su propuesta relacional, buscando más argumentos a favor de la propia posición.⁷⁶

La comprensión del proceso interaccional con la impronta nos lleva formular un proceso en el que podemos identificar los siguientes pasos secuenciales. Tomamos los elementos básicos que han desarrollado otros autores,⁷⁷ incluyendo nuestros aportes desde la perspectiva interaccional, y especialmente el desarrollo realizado en nuestra obra anterior acerca de las improntas relacionales del pasado y su influencia en el comportamiento actual de las personas. Cabe aclarar que la puntuación de los hechos que establecemos es arbitraria, admitiéndose diversas variantes, incluida la superposición de algunos pasos, que bien pueden darse en simultáneo.

Paso 1–Carencia: El individuo experimenta una necesidad, que por insatisfecha es vivida como un estado de **carencia** en cualquier ámbito o nivel de que se trate (económico, afectivo, social, espiritual, etc.). A los fines de nuestro análisis resulta indistinto el ámbito, si bien cada uno presentará sus particularidades.

Paso 2–Objetivo: El individuo identifica un objetivo relativamente lejano de su situación actual, que de ser alcanzado implicará la satisfacción de esa necesidad. Por ejemplo, un puesto jerárquico en el sector de la organización en que se desempeña. Esta necesidad puede ser conceptualizada de diversas maneras; diremos en aras de la simplicidad, y siguiendo el modelo clásico de David McClelland, que puede tratarse de necesidades de logro, estima o poder.⁷⁸

76 Una vez más remitimos al lector a la decimotercera dimensión en que oportunamente clasificamos las improntas relacionales.

77 Nelson, L. y Campbell, J. (1994). *Organizational Behavior*. Minneapolis: St. Paul West Publishing, citado en Hersey, P., Blanchard, K. y Johnson D. (2000) *Administración del comportamiento organizacional*. México: Prentice Hall.

78 Esta simple tipología difícilmente presentará casos puros, admitiendo combinaciones: por ejemplo el caso de un empleado de un determinado sector de una organización que vislumbra que un ascenso sería satisfactorio para él. Si bien un observador identificará fácilmente la necesidad de poder subyacente, diremos que, en caso de obtener el ascenso también se dará satisfacción a necesidades de estima (la esposa del empleado, sus amigos, sus padres le expresarán su reconocimiento). Asimismo, el hecho de alcanzar el objetivo resultará satisfactorio en sí por el logro implicado, en la medida que el empleado habrá dado cuenta de su capacidad, su esfuerzo, etc.

Paso 3–Oportunidad: el objetivo imaginado se hace concreto en un momento dado. Esto depende habitualmente de circunstancias externas. En nuestro ejemplo puede ser la noticia de que se producirá una vacante, por renuncia o jubilación de quien ocupa actualmente el cargo, pero también podría tratarse de una propuesta surgida del propio individuo, que implique por ejemplo la creación de un puesto nuevo.

Más allá del o los motivos implicados (por ejemplo la necesidad de poder), la persona vislumbra cierta manera de *hacer algo diferente*, novedoso, creativo, que puede llevarla a *convertirse en alguien diferente*. Ya sea que la diferencia pase por la jerarquía, la formación, la especialidad en un área de trabajo, o bien por lo novedoso de una idea o proyecto, el individuo vislumbra algo valioso en ella. El contexto validará o no esa diferencia a través de un reconocimiento potencial, ya sea de la jerarquía o del proyecto. Ese reconocimiento incidirá en el nivel de la motivación que tendrá el individuo a realizar las tareas que se requieren para que su objetivo sea alcanzado.

La validación del entorno podrá asumir diversas formas. La familia del aspirante a un ascenso quizás brinde apoyo moral e instrumental, insistir en que él debe hacerlo, que está capacitado, etc. Los jefes, compañeros de trabajo o clientes podrán ofrecer su apoyo a la idea o al proyecto de que se trate. En estos casos, *hacer algo diferente y ser diferente* tendrá el aval del entorno.

En otros casos, las resistencias experimentadas en diversos ámbitos podrán funcionar como el combustible de esos movimientos necesarios para el logro del objetivo. Es el caso del empleado que quiere destacarse “de este entorno chato y mediocre”, del funcionario honesto que se consagra a denunciar la corrupción de sus colegas, etc. En estos casos actuar en soledad, oponerse, superar múltiples adversidades, no harán más que aumentar la fuerza de la motivación inicial.

Paso 4–Disponibilidad: en cualquiera de los casos, sea que el objetivo haya surgido de circunstancias externas (una vacante) o internas (el proyecto de un nuevo puesto), resultan necesarias ciertas mínimas *condiciones de posibilidad* para que el proceso motivacional siga su curso.

En caso de que ese ascenso soñado no ofrezca posibilidades concretas, el individuo permanecerá en el puesto actual mientras pueda, o bien seguirá ejerciéndolo, aun con la insatisfacción relacional que implica y de la que se

queja, incluyendo a sus compañeros, su jefe, etc. El individuo asociará a estas personas la falta de posibilidades de promoción y del reconocimiento para él tan necesario. Mientras permanece en el puesto, aun a disgusto, sustentado en diversas razones (por ejemplo económicas), la motivación, entendida como potencial de conducta, se verá disminuida, lo que tendrá implicancias negativas en el desempeño y en el estado de ánimo del trabajador. Estas condiciones de posibilidad pueden equipararse al concepto de *disponibilidad* de los reforzadores, requisito necesario para que los mismos influyan sobre la conducta desde el aprendizaje operante.

Un caso particular que desafía este modelo es el de la variante más benevolente del síndrome de utopía que describieron los autores del libro *Cambio*.⁷⁹ Estas personas pueden ser vistas como eternos viajeros que nunca llegan a destino. En su caso, el hecho de no alcanzar el objetivo buscado no se debe ni a la propia incapacidad (variante introyectiva del síndrome desarrollada por los autores) ni a factores externos (variante proyectiva de la misma propuesta), sino al mero disfrute del viaje.

Dado este funcionamiento, la motivación del individuo podría mantenerse a lo largo del tiempo, aun sin identificar las condiciones de posibilidad a que aludimos más arriba. Su desempeño y su estado de ánimo, por tanto, podrían mantenerse estables, resultando relativamente *inmunes* a la disponibilidad de reforzadores en el contexto. Algunos pensamientos que ocupan el circuito intrapsíquico de estos optimistas perseverantes pueden ser: “no hay una vacante ahora, pero un año de estos se va a producir”, o bien “sigo en carrera”, o “un día cambiarán las autoridades y entonces habrá lugar para este proyecto”.

Paso 5 – Recursos: continuando con el proceso motivacional, y para aquellos casos no alcanzados por la variante anterior del síndrome de utopía, encontramos a un individuo que se enfrenta a la posibilidad de que se alcance ese objetivo anhelado. El empleado de nuestro caso deberá confrontarse entonces a sí mismo acerca de si cuenta o no con los **recursos mínimos** para emprender las acciones necesarias para obtener la promoción que busca, o la aceptación del proyecto que impulsa.

79 Watzlawick, P.; Weakland, J.; y Fisch, R. (1976). *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder.

Estos recursos son internos (conocimientos, experiencia, formación, títulos, tiempo disponible, etc.), pero también involucran factores externos. En nuestro ejemplo, esos factores incluyen las relaciones sociales que, en la trama política de la organización pueden ser determinantes a la hora de conseguir el ascenso. Volviendo a la secuencia de estos pasos, resulta indistinto que esa evaluación de los recursos se realice antes, después o de manera simultánea al paso 4; el orden secuencial que seguimos responde a meras razones didácticas. Lo importante, en todo caso, es el grado y el sentido en que esta lectura personal acerca de los recursos afecta al circuito intrapsíquico de la persona que experimenta la necesidad, así como el grado en que su evaluación se ajusta a los mismos o bien se aleja de ellos. El individuo puede sobreestimar sus recursos, con lo que probablemente un fracaso le resulte inesperado, o bien subestimarlos, con lo que probablemente no emprenda la acción.⁸⁰ También puede darse que, en un acto de arrojo, el individuo afronte un desafío a sabiendas de que cuenta con pocos recursos confiando en el azar u otras fuerzas ajenas a su control. Es el caso del estudiante que decide rendir un examen a la espera de que le toque uno de los pocos temas de la materia que alcanzó a estudiar.

Paso 6–Feedback: por otra parte, pero en un proceso inextricablemente unido, *el contexto enviará ciertos mensajes*, explícitos e implícitos acerca de los recursos que posee el individuo. El circuito interpersonal será configurado por:

las propuestas de personas significativas relacionadas con esos recursos,

los mensajes que el propio individuo emita espontáneamente o como respuesta a dichas propuestas, y

los roles que, en términos estructurales, se configuren a lo largo de la interacción, como consecuencia del funcionamiento recursivo del sistema.

Los mensajes del contexto podrán ser mayormente habilitadores o inhabilitadores en relación al objetivo que el individuo identificó como deseable. Quien los recibe, a su vez, podrá puntuar esos mensajes de diversa manera, rotulándolos a partir de supuestas intenciones de los participantes en la inte-

⁸⁰ Un mayor desarrollo de este tema aparece en el capítulo 6 del libro *De crianzas y socializaciones*, donde abordamos las improntas relacionales que desde nuestro punto de vista más directamente influyen en el modo en que las personas construyen su realidad.

racción. Así, el intento de un jefe dirigido a que el empleado no se presente a un concurso podrá ser visto como una afirmación incuestionable, llena de verdad, acerca de que el mismo empleado no cumple con el perfil para el puesto (es decir: no cuenta con los *recursos*). Ante ello pueden presentarse dos variantes:

- a. el empleado acepta la propuesta relacional de su jefe y el contenido expresado en la comunicación, y archiva sin más su proyecto de ascenso, con lo cual la motivación relacionada con el trabajo disminuirá.
- b. El empleado desafía la propuesta, no acepta la aseveración del jefe al connotarla negativamente: “me está cortando las piernas”, podría decir, recurriendo a la metáfora futbolística.

Un breve comentario acerca de las variantes anteriores: el acuerdo o desacuerdo a nivel de contenido con el jefe remite necesariamente a la consideración del acuerdo o el desacuerdo en el plano relacional. La aceptación del juicio del jefe acerca de los propios recursos del empleado puede sostenerse en la idea de que, desde su experiencia y/o jerarquía, el jefe está *haciendo lo que debe hacer*. La aceptación en el plano relacional mantendrá en este caso al empleado en una relación complementaria inferior.

En el otro caso, la no aceptación del contenido va de la mano de la no aceptación de la relación. “Un verdadero jefe debería promover a la gente”; “No me promueve porque teme que con mi capacidad le serruche el piso” son algunas frases que podríamos encontrar en la narrativa personal expresada de nuestro individuo.

En uno y otro caso, la definición de la relación entre jefe y empleado jugará un papel central: en todo momento, cada uno de los comunicantes se propone desde un rol y espera que el otro se comporte desde un rol congruente. Si el jefe no hace lo que el empleado espera, por ej. “promoverlo”, éste no considerará que está tratando con “un verdadero jefe”. Podrá obedecer cuando éste pida algo y, como decíamos, permanecer en la organización para satisfacer otras necesidades (por ej. económicas, de prestigio, etc.), pero en términos relacionales no lo aceptará como jefe.

Este tipo de análisis excede y complementa el modelo motivacional clásico. Si pensamos en el tipo de variables internas y externas que considera un investigador de la motivación basado en el paradigma conductual, podemos figurarnos los típicos contextos experimentales en que se coloca una rata u otro animal en una caja de Skinner. En estos casos, en los que la complejidad es marcadamente menor que en el ejemplo de un jefe humano y un empleado de igual especie que venimos desarrollando, la *relación* entre el sujeto experimental y el investigador resulta indistinta.

Al científico en su laboratorio sólo le cabe considerar la historia de reforzamiento previa del sujeto experimental: es decir, qué tanto el animal fue reforzado previamente. Con esta información, el investigador podrá predecir el comportamiento y conceptualizar la motivación del sujeto a, por ejemplo, aprender cierta destreza. La disponibilidad del reforzador, el grado en que el mismo sucede a la conducta esperada, etc., serán variables clave en ese análisis. Sin embargo, por un sinnúmero de razones que van desde el dominio de la epistemología (el positivismo) al de la metodología de la investigación (el diseño experimental), la *relación* investigador-sujeto quedará fuera de cuestión.

Muy distinto es el caso que venimos desarrollando, pues allí, si bien podemos mantener y utilizar algunos principios del condicionamiento operante, y enriquecerlos con conceptos de naturaleza cognitiva como son las expectativas, o bien motivacional (la mencionada disponibilidad del reforzador), claramente nos faltan elementos y relaciones que den cuenta de la complejidad del sistema. Allí es donde la consideración de la relación y su historia, así como de las improntas relacionales en uno y otro individuo, pueden hacer una diferencia.

Habitualmente se dice, cuando se trata de ejemplificar la diferencia entre causalidad lineal y circular, o cuando se aborda el tema del determinismo en psicología, que no es lo mismo patear una piedra que patear a un perro. Se asume que en el perro el observador puede inferir una historia previa de relación con humanos que explicará su conducta luego de la patada (si por ej. huye despavorido, o bien se vuelve hacia el agresor y lo muerde). Por nuestra parte podríamos agregar al adagio una tercera posibilidad: no es lo mismo patear una piedra que a un perro, ni que *patear un empleado*. Así, en la variante de desacuerdo en la relación del caso que venimos desarro-

llo, el empleado frustrado con las trabas que su jefe puso a su ascenso (historia de la relación), podrá simplemente esperar a que su jefe se jubile, o bien interponer un recurso administrativo y hasta judicial, o bien esperar con paciencia hasta el momento en que una revancha sea oportuna, entre muchas otras posibilidades.

Para terminar con el sexto paso en nuestro proceso motivacional ampliaremos el análisis desde los circuitos intrapsíquico e interpersonal hacia la consideración más amplia de las reglas del sistema que, si bien incluyen a ambos circuitos y se retroalimentan de los mismos, *los preexisten* y operan más allá de la relación entre unos comunicantes particulares. Para ser claros en nuestro enfoque: la empresa u organización en que jefe y empleado interactúan en relación al ascenso deseado por este último presenta su cultura y sus reglas, que influyen sobre ambos, pero también sobre otros jefes y empleados de los distintos sectores que la integran.

Podemos decir que, a primera vista, organizaciones tan distintas en cuanto a su estructura, jerarquía y función como son una empresa, una oficina de la administración pública, una logia masónica, un equipo de fútbol, una pandilla de delincuentes, presentan grandes diferencias a la hora de explicar las relaciones entre los procesos motivacionales de sus integrantes, las características de la pertenencia de los mismos al sistema y el grado de rigidez⁸¹ de esa pertenencia. Sin embargo, si nos remitimos a las condiciones de ingreso, permanencia, promoción y salida de esos sistemas, una serie de *isomorfismos estructurales y funcionales* resultan aparentes y hasta evidentes.

De este modo, el examen que un sistema pone como condición para acceder a un puesto de mayor jerarquía puede asumir, en otros sistemas, la forma de una *iniciación* como puede ser participar en determinado ritual en una logia, rendir un examen de conocimientos y una entrevista de admisión para ingresar a un organismo público o privado, o bien matar a una persona si se trata de una pandilla. Con independencia del grado de aceptación social de un tipo u otro de organización, ligado al propósito del sistema (prosocial en un caso, antisocial en otro), un factor común es la existencia de una regla que establece claramente quién pertenece y quién no. La consideración de estas reglas es por tanto, desde nuestro punto de vista, una condición necesaria para

81 En el capítulo 5 desarrollaremos el concepto de pertenencia rígida a los sistemas humanos y las relaciones de la misma con la construcción de la personalidad.

la comprensión de cuánto y cómo la complejidad de las relaciones y las reglas de la organización que las regulan, inciden en el proceso motivacional de los individuos y por tanto en el modo en que estos interactúan retroalimentándose. Esa retroalimentación es expresada en ocasiones, en la narrativa expresada, como “inspiración” por parte de un mentor, “contagio” de ciertas ideas o emociones hacia los miembros de un equipo o sector, etc., entre múltiples formas posibles de influencia interpersonal.

Paso 7–Acción: finalmente, dada la necesidad experimentada por el individuo, la identificación de un objetivo que lograría satisfacerla, la posibilidad dada por el contexto y las reglas de la organización para alcanzar ese objetivo, así como una evaluación propia y externa acerca de los recursos disponibles que habilita el comportamiento que será emprendido, la siguiente etapa es pasar a la acción. La acción o serie de acciones emprendidas puede arrojar o no los resultados previstos por la evaluación de los recursos internos y externos previamente realizada. El proyecto elaborado, la carpeta de antecedentes, el examen rendido por el empleado serán o no suficientes para alcanzar el resultado.

De nuevo, factores externos, no controlados por el individuo, pueden influir en ese resultado, afectando directamente el hecho de que se alcance o no el objetivo. El aspirante puede integrar una terna de personas que cumplen con los requisitos establecidos; puede haber aprobado un examen muy difícil; puede incluso encabezar la terna por diversas razones, pero la opinión del jefe directo en la entrevista personal lo deja fuera de carrera. Otros factores, ajenos a la decisión de una persona, podrían incidir: así una súbita crisis económica que lleve a la empresa a no crear el puesto esperado. En uno u otro caso, aunque obtuvo el resultado que deseaba (en nuestro ejemplo, tuvo éxito en el proceso de selección), el individuo no logró alcanzar su objetivo (el puesto que deseaba).

Paso 8 – Circularidad: Dado el caso de que el esfuerzo realizado se traduzca en un resultado que permita al individuo alcanzar el objetivo, la motivación aumenta y el ciclo se reinicia. En algún momento, por ejemplo en el ejercicio del nuevo puesto, el empleado (ahora jerarquizado) identificará una nueva brecha entre la situación actual y un nuevo objetivo, lo cual lo llevará de nuevo a poner en marcha el proceso motivacional. Si este proceso resulta

favorable, la motivación volverá a aumentar. Si se detiene en alguno de los pasos, ese potencial de conducta disminuirá.

El proceso descrito en estos ocho pasos puede tener lugar en muy diversos ámbitos. Elegimos el laboral por resultar más sencillo a los fines de la explicación, y en ello hemos aludido a un ejemplo de narrativa expresada. Ahora bien: en otros ámbitos como las familias y los distintos grupos de pertenencia puede identificarse, quizás con menor facilidad, el mismo proceso motivacional, aunque en términos de narrativa encubierta. Así, tenemos la repetición de un patrón relacional que si bien se ajusta y adquiere funcionalidad en un contexto específico, difícilmente será incorporado de manera consciente al *self*.

Resta una consideración final, útil para plantear algunos conceptos que desarrollaremos más adelante y que tienen que ver con el ingreso de los individuos a un grupo de pertenencia y su permanencia en ellos. De los pasos del proceso antes descrito puede derivarse que las personas *siempre* pertenecemos a un grupo social. No se trata de una elección entre pertenecer o no; en todo caso puede darse una ilusión de independencia, pues más allá de diversos grados de autonomía,⁸² las personas dependemos siempre de alguna manera de la red social.

Esa pertenencia no implica que en ocasiones las personas puedan elegir pertenecer a tal o cual grupo, y realizar esfuerzos más o menos exitosos para concretar su objetivo, como en el ejemplo del ascenso a nivel corporativo que desarrollamos en los ocho pasos del proceso motivacional. Hay pertenencias que el individuo no pueden elegir, como es la familia de origen, o (en ocasiones) la escuela primaria; sin embargo, otras pueden ser producto de una elección genuina y personal: típica aunque no necesariamente la escuela secundaria, la universidad, la pareja.

Lo que no sería posible, desde nuestro modelo, es que la persona deje un grupo para aislarse totalmente. Como decíamos en otro lugar⁸³ y recordábamos unos párrafos más arriba, aun un naufrago interactuará a nivel del pensamiento con las personas que han formado parte (o siguen formando parte a

82 Santiago Fernández Escobar: comunicación personal.

83 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

distancia) de esa red invisible. En síntesis, podemos concluir, parafraseando a los autores de la teoría de la comunicación humana en su primer axioma, que *no se puede no pertenecer*.

Antes de abordar las implicancias que la pertenencia a un grupo social representa para el constructo de personalidad daremos un rodeo para ampliar y mejor comprender el concepto de *impronta relacional*, que hemos empleado en varias ocasiones y que constituye el fundamento de nuestra obra anterior.

Esta síntesis ampliada y mejorada nos posibilitará ahondar, en los capítulos restantes de la presente obra, en el tema de la pertenencia a distintos grupos sociales. Seguimos, en esta secuencia, un orden lógico pero arbitrario que va del individuo al sistema, es decir lo que ocurre a nivel intrapsíquico a partir de ciertas experiencias, y la propuesta relacional que implica. En ese punto, la conducta deja de ser un puro proceso intrapsíquico para asumir un rol clave en la interacción. Así, una vez comprendido y sistematizado a los fines de nuestra propuesta actual el concepto de *impronta relacional*, podremos mover el foco a los sistemas sociales más amplios en los que se juega la individualidad. La pertenencia a esos sistemas sociales, como veremos entonces, complementa, sostiene, influye, posibilita o dificulta el desarrollo de la personalidad, incluyendo como desenlaces posibles una serie de escenarios de cambio en la personalidad. Esta clase de cambio, que esbozaremos en el capítulo 8, admite múltiples variantes, entre las cuales podemos incluir algún aporte a lo que en las comunidades profesionales de la salud mental se define como trastornos de personalidad y cambio terapéutico.

Capítulo 4: Improntas relacionales y dimensiones para la evaluación clínica de la personalidad

En este capítulo volveremos al concepto de impronta relacional y presentaremos una síntesis de las dimensiones desarrolladas en el libro *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Acorde al sesgo implícito en dicho trabajo, el lector encontrará en lo que sigue una mayor cantidad de alusiones al trabajo clínico por comparación con los capítulos anteriores y posteriores. Ello no debe llevarlo a considerar, sin embargo, que los procesos descritos tienen lugar únicamente en el contexto del trabajo en ese ámbito. La clínica, para nosotros y los fines de nuestro aporte, no es más ni menos que un medio, una aproximación⁸⁴ para el conocimiento de la personalidad.

La apretada síntesis que sigue excluye necesariamente una serie de distinciones que consideramos relevantes para una cabal comprensión y aplicación del constructo; entre otras: las particularidades que se derivan de tratarse de acontecimientos únicos o repetidos, aquéllas relativas al momento y lugar en que las improntas tuvieron lugar, si resultaron posibilitadoras o imposibilitadoras para quien las experimentó, etc. Para profundizar en estos temas, así como en los conceptos de crianza y socialización, remitimos al lector a la obra mencionada.

84 Pervin, L. (1996). *La ciencia de la Personalidad*. Madrid: Interamericana.

Concepto de impronta relacional

Llamamos de este modo al

...resultado de aquellos acontecimientos únicos, o bien de una serie de acontecimientos ocurridos en un momento histórico determinado, que por su nivel de intensidad ha o han dado lugar a cambios en la manera de pensar, sentir y actuar de quien los protagonizó. Frente a circunstancias análogas a las pasadas, y con relativa independencia respecto de las circunstancias presentes, la persona reactiva en el “aquí y ahora” los mismos pensamientos, sentimientos y acciones del “allá y entonces”; como consecuencia de ello, propone a otra u otras personas una nueva definición de la relación que, cuando es aceptada (explícita o implícitamente) modifica la relación entre esas personas.⁸⁵

Como cualquier sistema, esta definición –que es un sistema de ideas- admite diferentes lecturas por parte de los posibles observadores, en función de qué elementos o relaciones éstos privilegien. Por empezar, se trata de un *resultado*.

Pensar en términos de resultado podría conducir a la idea de que las improntas relacionales son algo estático e inmodificable, perdiendo de vista el proceso que dio lugar al mismo. Cabe aquí traer nuevamente lo dicho más arriba acerca de los riesgos que implica asumir visiones estáticas de la personalidad con un uso irreflexivo del término *diagnóstico* en salud mental. Se trata de principios dormitivos,⁸⁶ visiones tranquilizadoras de la personalidad de los demás que excluyen la participación del observador, limitando en consecuencia la identificación de los recursos existentes en el sistema y con ello las posibilidades de cambio.

Desde nuestra perspectiva, considerar las improntas como resultados implica siempre pensar en finales abiertos, construcciones posibles y, por lo tanto, nuevas y mejores narrativas, posibilitadoras de cambios. Como en el cine o, mucho más aún, en el ámbito de las series, los buenos finales dejan múltiples opciones libradas a un espectador activo, y mientras mejor logrado esté ello

85 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

86 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

en términos cinematográficos, tanto más valorado puede ser el producto. El espectador de este género espera habitualmente dos cosas: un cierre parcial de lo visto hasta el momento (ya sea en un capítulo o bien al final de una temporada), y una continuidad entre los desenlaces potenciales que el director se ocupó de dejar *sembrados* en diferentes momentos, y aquellos acontecimientos que a partir de ese trabajo se pueden intuir como un final promisorio.

El concepto de impronta implica considerar dos combinaciones de tiempo y espacio: el *pasado* en que ocurrieron ciertos hechos y el *aquí y ahora* en que la impronta relacional tiene su efecto. Las circunstancias actuales propiciarán una respuesta análoga (*pensamientos, sentimientos, acciones*) a la del pasado. Ahora bien: en algunos casos las improntas relacionales determinarán una respuesta rígida, inflexible, siempre igual, frente a una variada gama de estímulos, y en otros casos las respuestas serán más acordes a la situación actual. Podemos establecer un continuo entre un nivel extremo de rigidez y otro de flexibilidad, entre los cuales se encuentran la mayoría de las personas.

Quienes responden sistemáticamente de la misma forma prescindiendo de la variedad de estímulos a que se exponen ocuparán el lugar que en las comunidades profesionales de la salud mental se reserva para los trastornos de personalidad. Sus improntas resultarán en general poco facilitadoras y constituirán un mayor desafío para el sistema terapéutico a la hora de construir una nueva narrativa. En términos del consagrado psicólogo humanista Abraham Maslow: en la medida en que *poseen por toda herramienta un martillo*, estas personas *tienden a ver todas las cosas como clavos*.

Otro elemento central de nuestra conceptualización de improntas relacionales tiene que ver, justamente, con la *definición de la relación* que se deriva de las mismas. La respuesta a estímulos de que hablábamos no se limita a comportamientos puntuales que se inician y terminan, sino a ese proceso interaccional constante por el cual las personas se ajustan a funcionar desde un determinado rol.

Desde el punto de vista de la teoría de la comunicación humana, no tiene sentido establecer en cuál de los comunicantes se inició la secuencia —es decir: si comienza en la persona que estamos observando (nuestro consultante), o en aquella que actuó como *gatillo contextual*-. Lo importante es que toda impronta conlleva necesaria e inevitablemente una propuesta relacional, que

podrá ser aceptada o no por los demás, lo que implicará un cambio en la relación cuando una nueva propuesta es aceptada por la otra persona y por lo tanto cada uno funciona de manera distinta en la nueva relación.

Estos elementos de la definición de impronta relacional resultan aplicables a cualquier persona en interacción. Si consideramos las particularidades del ámbito clínico, las improntas relacionales adquieren un valor significativo en la evaluación que realiza el profesional, en la construcción conjunta del motivo de consulta y, eventualmente de las metas terapéuticas y las soluciones.

Aquellas improntas identificadas por el terapeuta y reconocidas por el consultante por remitir a la historia vital del último, posibilitan la construcción conjunta de una narrativa que resulta de haber hilvanado⁸⁷ ciertas improntas con la situación actual.

Otra analogía que agrega un matiz de significado es que el terapeuta construye puentes desde sus hipótesis (donde la sedimentación de experiencias similares, del trabajo clínico pero también personales, juegan un papel clave) hacia la experiencia actual de los consultantes. Éstos concurren a la consulta con una necesidad de encontrar un nuevo significado que explique las razones de su padecimiento. En ese contexto, la búsqueda de excepciones –es decir: momentos o situaciones en que el problema no ocurre- que caracteriza al trabajo del terapeuta, marcará una diferencia para con el discurso saturado de problemas de los consultantes. Estos elementos, que remiten al principio de potencialidad no desarrollada de M. H. Erickson,⁸⁸ constituirán algunos los puntos más firmes en el trabajo de “costura” –que llegan en algunas prendas a incluir remaches, como en los pantalones de jean-, o bien los pilares del puente que se construye, según se prefiera una u otra analogía del trabajo terapéutico.

87 Esta técnica de costura consiste en unir cortes de tela (por ejemplo una manga, un cuello con el resto de la prenda) con un punto provisorio, fácil de remover o aflojar antes de introducir una costura definitiva. El terapeuta procede del mismo modo en la medida en que somete constantemente a la consideración del consultante la validez de sus propias construcciones, y las modifica si no resultan acertadas para éste. Por su parte, el sastre o la modista ajustan las costuras hasta llegar a una unión definitiva que resulte cómoda para su cliente.

88 Casabianca, R. y Hirsch, R. (1989). *Cómo equivocarse menos en terapia. Un registro para el modelo de M.R.I.* Santa Fe: Centro de publicaciones – Universidad Nacional del Litoral.

Pasemos ahora a describir las improntas relacionales en función de los ámbitos y momentos en el ciclo vital familiar en los cuales las mismas han tenido lugar.

Improntas y crianza

La familia en la que tiene lugar la crianza es el ámbito natural en el cual se registran las primeras improntas, debido a la influencia que ese contexto ejerce sobre el comportamiento del individuo en desarrollo.

La *primera dimensión* en nuestro esfuerzo clasificatorio de las improntas relacionales es *la fratría y sus consecuencias*, por considerar que el orden de nacimiento de los hijos establece distinciones en la propuesta relacional recíproca con sus padres. Al mismo tiempo, las relaciones entre los hermanos presentarán escenarios diferentes, según el orden de nacimiento, en el aprendizaje de la simetría y la complementariedad.

En ambos tipos de relaciones (padres-hijos y hermanos-hermanos), una serie de aprendizajes serán posibilitados por las diversas combinaciones entre dos variables clave: el orden de nacimiento y el género.

El funcionamiento como primer hijo en relación a las expectativas de los padres –y, a través de ellos, las de la cultura en la cual están insertos-, y a la esperablemente mayor participación en la crianza por parte de estos, será diferente del que mostrará el segundo, y del de los hijos siguientes.

Las diferencias de edad entre hermanos agregan un componente fundamental a las improntas que se pueden presentar. Resulta altamente probable que un hermano mayor, como decíamos, adquiera algunas funciones de cuidado en relación al o los hermanos menores. Con el paso del tiempo, algunas diferencias se modulan o aminoran: por ejemplo entre hermanos de cierta edad se pasa de relaciones complementarias a simétricas, en la medida en que, en una etapa más avanzada de la vida, la diferencia de edad resulta menos significativa que en los primeros años.

Por otro lado, un mismo acontecimiento experimentado por la familia –por ejemplo la separación de los padres-, dejará improntas diferentes en cada hermano en función de la diferencia de edad, determinando en ocasiones vivencias diametralmente opuestas.

En algunos casos, los logros de un hijo en el camino de la periferia al centro de un sistema social externo a la familia (por ejemplo en una disciplina artística o deportiva) pueden actuar como un imán para la atracción de los padres, y ello fácilmente desbalancear el equilibrio de fuerzas establecido desde el inicio por el orden de nacimiento, donde habitualmente se esperaría que la jerarquía esté en función de la edad. En este sentido interesan al clínico tanto las improntas experimentadas por ese hijo “sobresaliente” en algo particular como aquéllas experimentadas por sus hermanos.

Finalmente, el papel del género que mencionábamos más arriba, requiere una consideración particular. Por ejemplo, ser el único varón, hermano menor con varias hermanas mayores que han instalado una especie de “cultura femenina” en cuanto a los juegos, al modo de relacionarse en general y otras áreas del funcionamiento familiar que resultan particularmente ligadas al género de la mayoría.

Las improntas relacionales experimentadas desde el inicio de la crianza y en los primeros momentos de la socialización serán particulares en cada configuración y determinarán diferencias en el modo de relación en etapas posteriores de la vida, críticas desde el punto de vista de la formación de pareja.

Finalmente, la presencia regular de vecinos y miembros de la familia extensa ejerce una influencia significativa sobre los aprendizajes vinculados al género. Esta influencia puede reforzar un patrón existente en la familia o bien ofrecer otras opciones, brindando posibilidades de interacción alternativas.

La *segunda dimensión* alude a los *proyectos familiares y personales*, y el impacto que tienen sobre la crianza. Una serie de cambios, más o menos predecibles se superponen a la etapa del ciclo vital de la familia, agregando complejidad a los procesos de crianza y socialización.

Las etapas en que los hijos requieren mayor dedicación pueden superponerse con etapas análogas de un proyecto familiar, por ejemplo un emprendimiento, estudiar una carrera universitaria, el desarrollo profesional a través de una

formación, una actividad artística o deportiva, etc., con el esperable conflicto entre el tiempo demandado por ese proyecto y por la familia.

A su vez, el proyecto personal de un cónyuge puede resultar congruente con el del otro, o bien dar lugar a una desigualdad que establece un escenario de rivalidad entre ambos, lo cual afectará la crianza de los hijos y el proyecto familiar conjunto —es decir: qué esperan los padres para la familia que han construido—, para el cual ser requiere necesariamente consenso. Con el paso del tiempo y el desarrollo de los hijos, los proyectos personales de éstos entran necesariamente en la ecuación y deben ser considerados a la hora de establecer prioridades.

El dejar de lado proyectos personales por parte de los cónyuges acarrea un costo afectivo, proporcional al significado que para la persona tiene ese proyecto. Estas decisiones personales en pos de la pareja y/o la familia pueden asumir la forma de una *postergación en el tiempo* —claramente definida o no—, o bien de una *renuncia definitiva*. En cualquiera de los casos resulta fundamental para el éxito del proyecto familiar y la crianza un acuerdo explícito sobre estas decisiones (renuncia o postergación), con las mayores precisiones posibles acerca de lo que cada uno le ofrece al otro y lo que espera como contraparte para sentirse confirmado.

Finalmente, cabe considerar el peso que en estos periodos críticos de la familia y los proyectos personales asumen las familias de origen de los miembros de la pareja cuando están particularmente involucradas con gran influencia en una o más áreas. Dicha influencia resultará proporcional al aporte en términos de tiempo para la crianza de los nietos, dinero para la subsistencia y/o la educación y/o la salud; dinero para emprendimientos conjuntos (sociedades entre padres e hijos) o bien cuando los hijos emprenden un proyecto en la ilusión de que es propio, pero el mismo es financiado con recursos de una o ambas familias de origen.

Una situación que frecuentemente reviste consecuencias clínicas es la de compartir la vivienda con una de las familias de origen, desde el inicio de la nueva familia y por un tiempo más o menos prolongado. La relación no dejará de presentar ocasión para conflictos, sobre todo si, por ejemplo, la abuela que cría a sus nietos y administra la vivienda, las compras, los horarios, etc., mantiene criterios diferentes a los de la madre (hija o nuera).

Improntas y socialización

Las *dimensiones tres, cuatro y cinco* abordan los cambios de lugar de residencia, variaciones en la situación económica de la familia y cambios de institución educativa, por el impacto que los mismos tienen sobre niños y adolescentes. Los cambios pueden darse en el tiempo de manera simultánea o sucesiva, y se admiten múltiples influencias recíprocas entre sí. A su vez, éstos pueden ser de mejor a peor situación (de una ciudad central con múltiples oportunidades a una más periférica; de un nivel económico elevado a menores ingresos; de una escuela bilingüe y con múltiples orientaciones a una escuela común, por ejemplo), o bien seguir el camino inverso, el cual no necesariamente resultará más fácil pues requerirá también una serie de habilidades de adaptación.

Dentro de múltiples combinaciones posibles, una dimensión puede actuar potenciando o morigerando la incidencia de otra. Así, por ejemplo, el impacto de un cambio geográfico “de mayor a menor” puede ser reducido si la situación económica familiar permite el acceso del adolescente a otras oportunidades de inserción en el nuevo grupo social (por ejemplo la práctica de un deporte, una academia de arte, etc.). Un punto adicional a considerar es la disponibilidad de ciertos servicios en función del lugar al que la familia se muda: el centro de una gran ciudad presentará una mayor oferta de servicios y actividades posibles, con mayores distancias pero también mejores servicios de transporte, todo lo cual afecta las posibilidades de socialización de los hijos. En cualquier caso, el significado otorgado al cambio por el individuo y por su contexto inmediato determinará que éste genere una impronta relacional en el sentido de un desafío para mejorar o bien como un obstáculo insalvable.

Una variable clave resulta la anticipación con que se puede afrontar activamente esta clase de cambios. Los padres podrán comprender la importancia que tendrán los cambios para toda la familia y fomentar, dentro del tiempo disponible, una idea o visión de proyecto compartido acorde a las edades y las particularidades de todos los miembros.

La edad de los hijos en el momento del desplazamiento resultará asimismo decisiva: mientras más próximo se encuentre el niño al inicio de la adolescencia, mayor será el desafío por el significado otorgado a las pérdidas experimentadas en las relaciones significativas. A mayor apego a aquellas rela-

ciones y significados que pierde, más recursos –en términos de flexibilidad y perseverancia– demandará de su parte el proceso de adaptación.

Otros recursos serán puestos en juego bajo la forma de ciertas habilidades específicas, en el contexto de la cultura vigente y sus prescripciones ligadas al género en un momento histórico dado. Todavía hoy puede observarse, con todo y los veloces cambios culturales en ciernes, que en determinadas comunidades, para un varón recién llegado, ser un buen jugador de fútbol puede ser un gran facilitador social. A la inversa, características personales como la introversión, podrán dificultar el nuevo proceso de socialización.

A su vez, ciertas características que a primera impresión pueden resultar facilitadoras pueden también generar competencia. Es el caso frecuentemente observado de otro patrón cultural que sin duda está cambiando pero todavía se encuentra muy arraigado en ciertos ambientes: la belleza física en una niña puede facilitar, en la preadolescencia, su aceptación entre sus compañeros varones, pero estimular competencia con las otras adolescentes al punto de generar violencia física y psicológica hacia la recién llegada.

En relación a los recursos contextuales, la primera dimensión vuelve a actuar aquí en el sentido de que si se trata de un hijo único –o que teniendo hermanos fue criado como tal–, las posibilidades serán diferentes en relación a las que ofrece uno o más hermanos que pueden facilitar la inserción en el nuevo grupo.

Las diferencias de nivel y exigencia entre el grupo social de origen (que puede ser una institución educativa, deportiva o de otro tipo) y el de destino ofrecen también matices a la adaptación. La creciente exigencia plantea una tarea adicional al niño en un momento en que transita un duelo por las pérdidas experimentadas. Una disminución en el nivel educativo o en la división en que practica un deporte de equipo, por ejemplo, puede ser significada de diversas maneras por quien experimenta las consecuencias del cambio: entre el alivio por la reducción de la exigencia y la decepción ante la pérdida de oportunidades para el éxito futuro se abre toda una gama de matices posibles.

Particular interés presenta para la construcción de la personalidad el fracaso ante la no aceptación por parte del grupo al que se desea pertenecer, que puede fomentar una serie de esfuerzos adicionales en pos de lograr la aceptación, o bien embarcar al individuo en una cruzada por mostrar y/o demostrar

al resto su capacidad, valor etc. Un tercer desenlace puede ir en línea con el concepto de *pertenencia rígida* que desarrollaremos en el próximo capítulo: un cambio de “manada” motorizado por la frustración de esa pertenencia que no se logró, donde el grupo antes deseado se transforma en enemigo, operando un cambio a nivel epistemológico que conduce al pensamiento del individuo a las antípodas de sus anteriores ideas.

Improntas y cambios en la estructura y la funcionalidad de la familia

Las *dimensiones seis a diez* agrupan distintas posibilidades de cambios en la configuración familiar o bien, en términos más generales, en la estructura y la funcionalidad –siempre inextricablemente ligadas- de los sistemas intervinientes.

Cuando los cambios tienen lugar en relación a la separación de la pareja (*dimensión seis*), y eventualmente en la nueva conformación de la misma, se abre lugar a una serie de posibles situaciones y variables generadoras de improntas en los hijos que dependerán del modo en que los cónyuges gestionan la separación y, eventualmente, la nueva conformación de otra pareja. Las principales son:

- a. El hecho de que se forme o no una nueva pareja después de la separación,
- b. Los tiempos en que se dan y comunican los cambios,
- c. Las relaciones entre los hijos y el cónyuge que deja de convivir a partir de la separación,
- d. El grado en que los hijos, en función de su edad y en pos del éxito del proceso, pueden participar consensuadamente de ciertas decisiones ligadas a la convivencia con la nueva pareja. Los hijos no eligen a la nueva pareja de su madre o padre, ni mucho menos a los hijos previos de ésta cuando existen, pero sí debe mediar un cierto grado de elección recíproca entre todos los miembros de la nueva organización a la hora de iniciar una convivencia, en pos de construir una experiencia satisfactoria.

- e. La frecuencia y la calidad de los contactos entre los hijos y el cónyuge no conviviente,
- f. Los comportamientos altamente nocivos que pueden encuadrarse como coaliciones entre un progenitor y un hijo contra el otro progenitor, las crisis estructurales y cualquier otro tipo de disfunción en la relación.
- g. Las configuraciones designadas por S. Minuchin como familias cambiantes.

En cada una de estas situaciones o variables se abre una amplia gama de posibilidades en función del modo y la frecuencia con que tienen lugar, lo que explicará a su vez la intensidad de las improntas relacionales en los hijos.

El ejercicio de roles esperados o no deseados (*dimensión siete*) constituye un campo privilegiado para la generación de improntas relacionales. En otro lugar hemos realizado una distinción entre los conceptos de rol y estatus.⁸⁹ Entendemos por rol al

...ejercicio recurrente en el tiempo de ciertas acciones específicas, emprendidas con mayor o menor grado de aceptación voluntaria, que se encuentran incluidas en una o más funciones en una estructura social determinada que las demanda. Los roles varían en cuanto a la jerarquía que les es asignada en la estructura social, en una cultura específica.

Entendemos al estatus como

...la posición que resulta del emprendimiento recurrente de acciones exitosas –con el compromiso que ello denota–, que supone roles considerados relevantes por el grupo de pertenencia. Dada esta pauta, se define la relación de manera que quien emprendió esas acciones es validado como líder por quienes ocupan complementariamente el rol de seguidores, dándose lugar a lo que en términos etológicos sería una “manada”.

Esta diferenciación reviste importancia para nosotros en la medida que un rol puede ser elegido, ejercido, aceptado, pero no necesariamente implicar una

89 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconagua.

posición de complementariedad superior que implica el estatus. Múltiples derivaciones surgen del juego entre los dos conceptos, posibilitando improntas relacionales; desarrollaremos algunas de ellas de manera articulada con las siguientes dimensiones.

La *dimensión ocho* se refiere a los cambios de grupos de pertenencia, partiendo de la familia y abarcando otros grupos sociales. De nuevo, pasamos de la búsqueda de la centralidad –o eventualmente la aceptación de un lugar secundario- al cambio de manada en búsqueda de un sistema alternativo donde la centralidad sea posible.

La centralidad puede ser entendida en términos de poder en un sistema –en el sentido en que la aborda la etología cuando estudia la manada-, *pero también como búsqueda de confirmación*. En términos comunicacionales podemos decir que en toda relación una persona espera que le devuelvan cierta imagen de sí mismo congruente con la que ha ido construyendo a lo largo de la vida. Hablamos entonces de la *definición de la relación*.⁹⁰

Esta imagen esperada y recibida puede ser favorable, acercando en el sistema a la persona a una posición central; o bien resultar claramente desfavorable, desplazándola en mayor o menor grado hacia la periferia. La conocida frase utilizada por la conductora televisiva Mirtha Legrand, “*como te ven, te tratan. Si te ven mal, te maltratan. Y si te ven bien, te contratan*” resulta apropiada para ilustrar este punto.

Ante la no coincidencia entre la imagen esperada y la imagen recibida se abren dos grandes caminos posibles. La persona puede asumir el desplazamiento hacia la periferia, el cual puede ser vivido como temporal, ante la expectativa de volver al lugar que tenía en la relación, alcanzando nuevamente el estatus antes logrado. Este movimiento hacia la periferia puede ser entendido, si recurrimos a una analogía con el automovilismo, como un *derrape*. Hay quienes después del derrape vuelven a la competencia, con mayor o menor esfuerzo, tiempo en boxes, etc. Algunos de ellos podrán incluso “ganar la carrera”, recuperando o incrementando estatus.

90 Entendida como el proceso interaccional constante por el cual una persona se propone en un rol y espera que la otra le responda desde un rol congruente.

Ahora bien: si el derrape conduce a *desbarrancarse*, ese piloto puede verse impedido de volver a la carrera de manera permanente. La diferencia entre un caso y el otro nos remite al constructo de personalidad, tal como la definimos al inicio del capítulo 2, *como el producto de un proceso que tiene lugar entre interacciones pasadas que dejan improntas y otras presentes que las reactivan*.

Como principio general podemos decir que si la persona ha sido confirmada en sus relaciones significativas en etapas previas, las circunstancias actuales adversas de la vida (el derrape) serán resignificadas como producto de un error, con posibilidades de corrección a través de un cambio.

Quienes no han experimentado una historia vital con significativos procesos de confirmación, presentarán una vulnerabilidad por la cual, ante las mismas circunstancias adversas de la vida, experimentarán las consecuencias otorgándoles el sentido de “definitivas” o “para siempre”.

Estos dos niveles –el de las relaciones significativas pasadas, y el del sistema presente con circunstancias adversas–, pueden presentar contradicciones no aparentes desde un punto de vista fenomenológico. Personas que en el sistema presente (en nuestra analogía etológica: la manada) detentan lugares de centralidad, estatus, puestos en términos de éxito económico, profesional, deportivo, familiar, etc. pueden *desbarrancar*, comprometiendo seriamente el *self*, si en sus relaciones significativas, a lo largo de la crianza y la socialización, no experimentaron esa necesaria confirmación. En el caso inverso, quienes sí fueron confirmados, podrán aceptar un momentáneo *derrape*, con la consecuente pérdida de estatus (que puede ser momentánea o definitiva), sin afectar el *self*.

Ahora bien: dada esta distinción, cabe añadir dos posibles maneras de gestionar el camino de la centralidad a la periferia que pueden implicar cambios en los grupos de pertenencia.

Un camino asociado a improntas posibilitadoras llevará a la persona a aceptar el “error” y/o las contingencias de la vida y asumir un lugar periférico de manera temporal y eventualmente definitiva. Es el caso de quien perdió su em-

pleo y consigue vivir dignamente de otra actividad socialmente considerada como de menor categoría, pero también el de quien se jubila y debe ajustarse a vivir con un presupuesto menor, sin que la disminución en su calidad de vida represente una injuria a nivel del *self*.

El otro camino implicará poner en juego el *self*, pagando un alto costo para mantener una posición de relativa centralidad. Es el caso de quienes conservan un puesto de trabajo a expensas de una cuota de su dignidad y libertad, tolerando un jefe injusto y/o una disfuncionalidad en el sistema laboral, a cambio de los supuestos beneficios (económicos, sociales, etc.) que implica conservar su cargo.

Este funcionamiento se aplica tanto a relaciones caracterizadas por el abuso y la violencia como a aquéllas que tienen lugar entre quien es definido como “enfermo” y su contexto significativo. En unas y otras, la persona que permanece en una posición complementaria inferior accede a un lugar de relativa centralidad, ligado a su sufrimiento. La ventaja que obtiene es la de ser confirmada.

Se trata de una posición *incómodamente cómoda*, o *cómodamente incómoda*. El oxímoron refleja aquí la trampa relacional en que el individuo permanece a fin de cumplir con dos objetivos: en términos personales mantiene su identidad; en términos del sistema más amplio, mantiene la morfostásis.

En términos sistémicos y de identidad, *estar en*, o *tener* un mal lugar (incluso el peor), resulta preferible a *no tener* ninguno: *no existir*, *no ser*, o bien, en términos comunicacionales: *no ser confirmado*.

Finalmente, cabe una acotación al concepto de centralidad empleado en esta dimensión en particular, y en el presente desarrollo. El sentido otorgado al término desde la teoría general de los sistemas, entendido como una propiedad de los mismos, alude a la posición de un elemento singular o un conjunto de elementos que se distinguen del resto por su función en la toma de decisiones y la consecuente responsabilidad sobre las mismas. Es el caso de quien detenta un poder formal, es decir basado en un puesto jerárquico, en una organización. Ahora bien: una persona que carece de esa clase de poder puede

ser *central* en la medida en que, por acción o por omisión, influye sobre los resultados y/o sobre el proceso. Se trata de empleados que, aun en la escala más baja de la jerarquía propia de la organización, ejercen sobre sus jefes un poder en el sentido de que ciertas tareas no les serán confiadas por su ineficacia o ineficiencia, recayendo habitualmente sobre aquellos otros empleados responsables que hacen bien su tarea.

En otro ámbito, es el caso de muchos pacientes crónicos dependientes que “mandan” sobre su cuidador y condicionan la vida del mismo –a través de fluctuaciones en su condición física y en su estado de ánimo (“no me siento bien”)–, aunque no tomen en la práctica ninguna decisión. El circuito podría graficarse partiendo de que el paciente identificado queda excluido por su situación, lo que lleva al cuidador a tomar las decisiones y emprender acciones sobre el mismo, lo que a su vez lleva a confirmar ese lugar de no tomar decisiones ni emprender acciones, con la consecuencia inevitable de que la queja se incrementa a través de síntomas. Un elemento adicional a considerar pasa por las relaciones afectivas, las cuales modulan el interjuego entre expectativas, jerarquías, decisiones y acciones. No delegar ciertas tareas sobre un empleado ineficiente, por ejemplo, puede tener un sentido diferente si los sentimientos que propicia en su entorno están basados en lástima o en rencor.

En síntesis: el empleado ineficiente o malhumorado a quien no se recurre para tareas importantes tanto como el enfermo crónico y dependiente habitualmente ocupan lugares centrales en sus sistemas de pertenencia.

Finalmente, la relación indisoluble entre confirmación y centralidad puede asumir otros temas que el poder. Desde una visión tradicional de la psicología de la personalidad, la existencia de motivos de logro, poder y filiación explicaría que la persona priorice ciertos ámbitos en los cuales va a desenvolverse. Desde nuestra perspectiva interaccional, esta visión resulta parcial y requiere considerar la relación. Los motivos de filiación pueden ser entendidos en el contexto de una relación donde el intercambio afectivo resulta prioritario al ejercicio del poder y la toma de decisiones. Así, una madre o un padre será central por reunir a la familia en torno de su presencia: la centralidad para ellos pasará por sentirse queridos e imprescindibles para sus hijos, en la medida que ésa es la imagen de sí que esperan recibir.

La *dimensión nueve* aborda los patrones de sobreprotección y sobreinvolucración, y el grado en que los mismos dificultan posteriormente un comportamiento autónomo y efectivo. Las improntas relacionales derivadas de estos patrones se asocian a vivencias posteriores de desamparo toda vez que se ponga en juego la lucha por la centralidad en cualquier sistema social.

La *sobreprotección* es la tendencia de parte de los padres o adultos a cargo de la crianza a resolver dificultades o problemas que el niño o joven se encuentra en condiciones de resolver. La *sobreinvolucración*, en cambio, consiste en relevar a una persona de las tareas que la misma está en condiciones de realizar, pero no por motivos de cuidado o seguridad de esa persona, sino por propias motivaciones de quien asume la tarea, por ejemplo mejores resultados, comodidad, tiempo. Es el caso de adultos que dicen o se dicen a sí mismos: “dejá: yo lo hago mejor”, “lo hago yo ahora”, “yo lo hago más rápido”, etc.

En el primer caso, hay quien “hace por mí”; en el segundo, dado que existe ya la posibilidad de hacer por parte del niño o joven, hay quien “decide por mí”. Como corolario de ambos patrones, las improntas implicarán un aprendizaje de no hacer lo que corresponde, dejando que las acciones y/o las decisiones sean emprendidas y tomadas por otro. Ello vuelve a la persona pasiva y escasamente reflexiva en relación a las acciones a emprender y las decisiones que se requiere tomar, con un balance deficitario entre los propios recursos, la percepción de los mismos, su instrumentación y los resultados obtenidos.

Debido a estas improntas, tanto el sobreprotegido como el sobreinvolucrado necesitará a otra persona como una muleta, un apoyo, para emprender ciertas acciones. A nivel del circuito intrapsíquico prevalecerán pensamientos de minusvalía, poca confianza en los propios recursos, temor al fracaso y bajas expectativas de autoeficacia. En función de los requerimientos del contexto y el grado en que éste exige una respuesta inmediata, la persona podrá mostrar un predominio del pensamiento sobre la acción (acorde a la poca seguridad experimentada en relación a las acciones que debería emprender), o bien actuar de manera impulsiva, lo cual eventualmente puede conducir a una salida del campo. En este último caso, por ejemplo, un estudiante puede abandonar la mesa de examen ante una pregunta que requiere una respuesta inmediata.

Si rastreamos las improntas en el relato de estas personas o de miembros de sus familias, podremos construir historias de sobreinvolucración o sobreprotección, con la consecuente falta de experiencia frente a situaciones presentes, análogas a aquéllas otras pasadas en las que no se permitió una adecuada intervención por parte del individuo. En ocasiones, los comportamientos sobreprotectores o sobreinvolucradores son puntuados por quienes los llevaron a cabo como decisiones deliberadas, llevada a cabo con la mejor intención. “No quise que él pase lo que yo viví” es una frase frecuentemente empleada por quienes, con mucho cariño pero de manera fallida, realizan por sus hijos tareas que resultan necesarias para el desarrollo de la autonomía. *Aprender a ser padres de hijos grandes es aprender a dejar de hacer*. Ello exige por parte de los primeros la capacidad de tolerar y esperar, con el tiempo y la práctica, que los hijos asuman como propias las responsabilidades.

En ocasiones, ciertos contextos actúan morigerando los efectos de improntas relacionales anteriores, ofreciendo alternativas al comportamiento. Es el caso relatado por pacientes que destacan el impacto positivo que tuvo en sus vidas y en sus relaciones la experiencia de salir del hogar para seguir los estudios internados en un colegio, o bien cursar estudios superiores en otra provincia o país. Estos contextos ofrecen oportunidades para el aprendizaje de aquellos comportamientos que durante la crianza no fueron adquiridos debido a estos patrones de sobreprotección y/o sobreinvolucración.

Sea en el contexto familiar de la crianza, o bien en otros contextos posteriores en los que tiene lugar la socialización, la clave para estos aprendizajes es que se dé un proceso gradual de aprendizaje y acumulación de propias experiencias. Sólo así, la persona podrá prescindir de la “muleta”, confiar en sus recursos y dar respuestas efectivas, o bien fallidas pero que implican un aprendizaje y la reformulación del proceso que se ha realizado; es decir: una alternativa opuesta a la respuesta impulsiva con la eventual evitación y salida del campo a que aludíamos más arriba.

Los diferentes contextos propiciarán, entonces, ciertas estrategias de afrontamiento, más o menos funcionales que, al igual que otros constructos ligados a la motivación en el ámbito de la psicología de la personalidad, suelen ser considerados como un rasgo o característica individual, sin considerar *la impor-*

tancia que tiene la sucesión de ciertas experiencias a través de la generación de improntas relacionales que tienen lugar en el proceso de crianza y socialización. Desde algunos enfoques vigentes en la psicología de la personalidad, aparecerán en la evaluación ciertos modelos y constructos, más o menos integrados entre sí, bajo la forma de un estilo personal, prescindiendo de la influencia que ejercen las relaciones interpersonales sobre estos patrones.

Finalmente, cabe considerar que lo dicho acerca de los patrones de sobreprotección y sobreinvolucración se aplica a lo que podríamos graficar como el otro extremo de un continuo. Se trata de improntas que surgen de experiencias de indiferencia, desapego, escaso compromiso e involucración afectiva en la crianza, que son vivenciadas y expresadas en la narrativa personal como abandono o desinterés, lo cual motoriza fuertes necesidades de reconocimiento y aceptación.

En una lectura lineal, la inseguridad en las relaciones puede ser el producto de esa carencia inicial que planteábamos en el capítulo 3, y se traduce, en el comportamiento presente, en una serie de esfuerzos dirigidos a conseguir la aceptación por parte de los otros, con la consecuente seguridad. Ahora bien: una lectura circular y sistémica nos llevaría a pensar que, con relativa autonomía respecto de la carencia inicial de *allá y entonces*, en el *aquí y ahora* de la interacción la persona renueva las condiciones para que el abandono se concrete una y otra vez, poniéndose en evidencia el significado cognitivo e interaccional de la profecía autocumplida.

La expectativa de estas personas “inseguras” –que originará la profecía–, asume con frecuencia la forma de *no aceptación*, y puede traducirse en dos diferentes patrones de comportamiento. El primero se caracteriza por la insistencia y el reclamo constante, que a su vez puede asumir dos formas:

- a. Una serie de esfuerzos cordiales y socialmente válidos, aunque extremadamente intensos y frecuentes, por ser aceptado.
- b. La confrontación y el cuestionamiento explícito y permanente del comportamiento del otro en la relación, centrándose en el grado en que dicho comportamiento expresa el rechazo o la no aceptación que, nuevamente, es vivida como abandono.

Sin bien el lugar desde el cual se plantea la queja es diferente en estas dos formas, en ambas el resultado es similar: se obtiene más rechazo e indiferencia.

El segundo patrón conlleva un comportamiento más pasivo en la interacción por parte de quien desea ser aceptado, en el cual se destaca la espera de que el otro inicie determinado comportamiento. Es el caso de quienes se retiran como un intento de conseguir el acercamiento del otro. Vale la analogía del juego infantil de la escondida: en ocasiones el jugador se esconde tan bien (y toma tan en serio el juego), que nunca es encontrado. Con una propuesta interaccional distinta, el “jugador” arriba al mismo resultado que en el otro patrón: el rechazo, que surge en este caso de la pasividad o el aislamiento.

La *décima dimensión* incluye las variantes posibles acerca del modo que se da la participación en un determinado sistema: la imposición de una cierta función, la elección de un miembro para asumirla y la complementaria relegación de otros miembros.

El poder económico es una variable privilegiada, aunque no la única, para ejercer influencia en el sentido de las elecciones en distintas etapas de estabilidad y crisis del ciclo vital. Esto incluye desde las decisiones tocantes al casamiento, en las que se abre un abanico de posibilidades de mayor participación y hasta intromisión por parte de los padres de uno o ambos cónyuges, hasta la intervención sobre áreas tan fundamentales de la vida familiar como la vivienda, el trabajo o desarrollo profesional, e incluso la crianza de los hijos.

Las decisiones pueden involucrar recursos, incluido el tiempo que se pasa con los hijos en la crianza, pero también, en otro nivel, ligarse al rol que se espera que alguien cumpla.

Entendemos *delegación* como *el proceso de interacciones y experiencias que resultan de un modo particular de definición de la relación en que una persona asigna a otra, ciertas tareas y responsabilidades que hasta el momento le eran propias.*

Se trata, en síntesis, de una jerarquización de un miembro del sistema, pero necesariamente plantea la contracara de que otro u otros miembros son *relegados*, quedando en mayor o menor medida en la periferia de las opciones del sistema. El grado en que este proceso se da a lo largo de un periodo de tiempo, y de manera consensuada determinará el éxito del proceso y la medida en que éste generará improntas posibilitadoras o imposibilitadoras.

Un aspecto clave en el proceso debe ser que, si bien se altera la función de ese elemento del sistema, su *estatus* no debería verse modificado. Así, el fundador de una empresa que se jubila como gerente general podrá delegar las decisiones en uno de sus hijos, pero conservará su estatus como accionista, consejero y eventualmente responsable para decisiones clave, preservándose de ese modo su *self*.

Como decíamos, la contrapartida del acto de delegación será la *relegación* de otro u otros miembros del sistema. El hecho de ser relegado puede asumir diferentes significados para cada miembro: desde un injusto castigo hasta una liberación. Tanto el ámbito de las elecciones de carrera como el de la sucesión en una familia real o en una empresa familiar, ofrecen innumerables ejemplos de procesos exitosos y desastrosos. Desde quien después de varias generaciones de abogados elige una profesión alternativa, hasta el karma que significa para uno de los hijos de un empresario el ser relegado a un lugar periférico de un directorio cuando se aspiraba a la presidencia, cargo para el cual fue elegido uno de sus hermanos.

Improntas y modos de leer y ordenar la realidad

La *dimensión once* aborda la *relación circular entre recursos y resultados*, dando un papel preponderante al modo en que la persona percibe esos recursos y el impacto que esa percepción, así como la de las personas significativas del contexto, tendrá a la hora de los resultados.

Por un lado tenemos que considerar la construcción de patrones cognitivos de optimismo derivados de la posibilidad de resolver exitosamente los problemas que se le presentan en distintos momentos de la vida, con la consecuente generación de expectativas positivas de autoeficacia a futuro, en el mismo dominio. Por el otro, está el grado en que una persona aprende a verse como autor de su propia historia, desarrollando atribuciones saludables y mayormente internas.

Existe una relación fundamental entre la evaluación de los propios recursos y el desafío que impone una determinada situación. Podemos plantear distintas posibilidades, que van de la sobreestimación de los propios recursos al extremo opuesto que implicará no percibir los recursos con que la persona cuenta, camino que llevará a retirarse del desafío o bien a dilatar la realización de un proyecto a través del mecanismo de formación de problemas conocido como síndrome de utopía.⁹¹

El papel que tiene esta apreciación de los recursos está muy ligado a los resultados que se obtuvo, y a las vicisitudes del proceso por el cual se arribó a la posición de mayor o menor centralidad, incluyendo el tiempo y esfuerzo que llevó, si se contó con la ayuda (o hasta el posible “apadrinamiento”) como condición o facilitación de ese éxito.

La centralidad puede lograrse en un ámbito pero no en otros. Los resultados extraordinarios obtenidos en un área pueden alimentar la creencia de que esos recursos son válidos en otra, o incluso en todas las áreas de la vida de una persona. Los resultados deportivos y económicos obtenidos por un extraordinario jugador de fútbol, por ejemplo, podrán llevarlo a una generalización equivocada respecto de sus propias habilidades en otros ámbitos (como empresario, como comunicador, como político, etc.), precipitando rotundos fracasos en las mismas.

Finalmente, cabe considerar el papel que juega “hacer trampa”, cuando se acudió a un atajo para ganar en cualquier ámbito. El engaño en distintos tipos de relaciones, la estafa, el recurso a drogas para mejorar el rendimiento depor-

91 Watzlawick, P.; Weakland, J. y Fisch, R. (1976). *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder.

tivo, el uso de un “machete” para aprobar un examen entre otras artimañas, constituyen ejemplos de intentos por acortar el camino que frecuentemente terminan prolongándolo.

Finalmente, la profecía autocumplida, concepto que vincula los circuitos intrapsíquico e interpersonal, resulta clave para dimensionar el papel que la percepción de los propios recursos juega sobre los resultados. Cuando la persona cuenta con ciertos recursos, aunque sea en potencia, y el contexto los avala y reconoce, las expectativas positivas que la persona posee respecto del resultado incidirán en cuánto y cómo la persona sostiene las tareas que se requieren y avanza en el proceso motivacional. En términos de lo que desarrollábamos en el capítulo 3, esa clase de expectativas le permitirá al individuo pensar que el esfuerzo invertido se traducirá en resultados, y que los mismos serán suficientes para alcanzar esa meta *disponible, visible* para él. Destacamos estas últimas propiedades para hacer hincapié en el aspecto interaccional del proceso motivacional: en absoluto bastaría con que una persona crea ciegamente en sí misma para alcanzar las metas que se propone. Así, recordando el ejemplo que tratáramos en dicho capítulo, el empleado que visualiza la posibilidad de un ascenso, se esfuerza para prepararse para una evaluación, se somete a ella, etc., bien puede ver frustradas sus aspiraciones cuando la decisión del jefe directo, a partir de variables que el empleado no consideraba, se inclina por otro candidato.

La *decimosegunda dimensión* aborda el aprendizaje de la flexibilidad y la rigidez en los sistemas de creencias. Esta variable cognitiva tiene un correlato inmediato en los roles desde los que las personas se pueden comportar. Entre otros aspectos, la posibilidad de cambiar desde una posición complementaria superior a otra inferior, o del centro a la periferia.

Cuando ciertos constructos llevan a ver “la verdad” como única, y a abrazarse a ella a cualquier costo, podemos evaluar un nivel considerable de rigidez en esos constructos o sistemas de ideas, que en el modelo que hemos desarrollado se vincula a la pertenencia rígida, concepto que desarrollaremos en mayor profundidad en el capítulo siguiente.

Por ahora anticiparemos que cuando las personas experimentan carencias de diversos tipos que resultan significativas para el desarrollo del *self*, tienden a apartarse (total o parcialmente) de sus sistemas de pertenencia (familia y otros) para integrar nuevos sistemas que compensen o complementen las mencionadas carencias, fomentando la ilusión de que la carencia no existe, o bien no genera sufrimiento.

La pertenencia a esos sistemas puede presentar diversos grados de rigidez, que se manifiesta en dos planos. Por un lado, en el plano del *contenido*, se adhiere a ciertas ideas, que pueden ser políticas, religiosas, artísticas, etc. que surgen del ámbito familiar o bien en otros sistemas en los que el individuo mantiene una activa participación o aspira a tenerla, y que dan forma a im-
prontas durante la crianza y la socialización.

Por el otro, encontramos situaciones en que puede haber un franco rechazo a esos contenidos, pero la *forma* en que ese rechazo tiene lugar responde a im-
prontas relacionales igualmente intensas pero quizás menos visibles: es el caso de aquel miembro de una familia que renuncia a la religión inculcada por sus padres y practicada activamente por toda la familia, pero al hacerlo muestra un patrón similar –por su intensidad, perseverancia, fanatismo, etc.– al aprendido durante su crianza, sólo que con un contenido diferente y hasta opuesto: una nueva religión, o bien el ateísmo.

El contenido, la forma, o ambos, determinarán la pertenencia a un nuevo sistema social, que podrá marcar la continuidad con el anterior, o bien propiciar una ruptura con el mismo. En el caso anterior, la continuidad puede estar dada por la asistencia a un colegio religioso que comparte las ideas y valores de la familia. La ruptura se dará en el caso de integrar un grupo que se caracteriza por el cuestionamiento de esas ideas.

En el otro extremo de este fenómeno tenemos el caso de aquellas personas que presentan una gran labilidad en sus ideas, adhiriendo a unas u otras según el momento y la necesidad de vincularse con un grupo u otro de personas. El patrón o la rigidez estarán dados por esa labilidad en las relaciones y en las ideas. Observadores externos podrán definir a estas personas como cambiantes, pero lo cierto es que el cambio en su pensamiento y en sus relaciones

representa lo único constante en sus vidas. Son, por lo tanto, personas *establemente cambiantes*.

La *decimotercera dimensión*, última en nuestro desarrollo, alude al desfase observado en ocasiones entre buenas intenciones y la forma fallida en que las mismas se traducen en acciones. Con la frase “¿*En qué estaba pensando el escenógrafo?*” buscamos en nuestro trabajo⁹² graficar esta brecha que resulta en pobres resultados, en ocasiones opuestos a lo que esperaba lograr.

Si bien esta relación puede remitir a más de una de las anteriores dimensiones, consideramos que se aplica especialmente a la novena, en que describíamos las consecuencias de los patrones de sobreprotección y sobreinvolucración. Por un lado, si analizamos las intenciones de los padres en la crianza, se hace patente el mencionado desfase entre intenciones y resultados. Por el otro, se aplica a las variantes que abordábamos al final del apartado, relativas al polo opuesto de la dimensión, en que se busca revertir el abandono, rechazo, etc. a través de intentos fallidos consistentes en perseverar en el reclamo o bien aislarse a la espera de ser considerado.

Se trata, en síntesis, del grado de ajuste entre el relato y la escenografía o contexto. La omisión, el silencio, las mentiras, las historias discordantes, pueden ser elementos que apartan la atención que el espectador pone sobre la narración, generando confusión. El proceso constante por el cual se define la relación dará como resultado versiones desactualizadas y descontextualizadas del *self*, con la dificultad de que la persona no registrará el desajuste entre esas versiones y el contexto.

Las improntas, en cualquiera de sus dimensiones, pueden tener lugar en una etapa temprana de la vida, respecto de la cual resultaría muy difícil o imposible evocar un recuerdo –por ejemplo un acontecimiento que tuvo lugar cuando un niño tenía un año de edad-. La impronta adquiere su relevancia debido a la intensidad y repetición de relatos acerca de cuánto y cómo aquel acontecimiento –por ejemplo: la muerte del padre, a quien el paciente conoce sólo por fotos y relatos- generó tales o cuales consecuencias emocionales.

⁹² Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

La impronta es entonces, en estos casos, generada y potenciada por la persistencia de relatos ajenos (“él es así porque murió su papá”), y no por la propia experiencia. Imágenes y relatos constituyen piezas de un decorado que pueden estar mejor o peor ajustadas, con las consecuencias que la presente dimensión implica.

Volviendo a nuestra definición de *impronta relacional*, ante ciertas circunstancias que a nivel de la relación presentan isomorfismos respecto de las del pasado (en el ejemplo que veníamos desarrollando: la inesperada desvinculación de su jefe y “padrino”, en el sentido de protector), el paciente se comporta *siguiendo al detalle un guión* que ha sido escrito por personas del contexto significativo (madre, hermanos mayores, tíos, maestros, etc.) a lo largo de muchos años. Con su manera de comportarse, que podríamos caracterizar como “desvalimiento”, él gatilla o facilita en las personas de su entorno actual (ámbito laboral y eventualmente otros) comportamientos de protección, que a su vez reforzarán en el paciente los sentimientos y pensamientos ligados a la impronta original y a aquellos guiones escritos en el pasado, cerrando el ciclo de definición de la relación de manera que el paciente queda atrapado en un escenario disfuncional y desactualizado, a mitad de camino *entre el presente y la historia*.

Las profecías autocumplidas, las fantasías, las mentiras, la adivinación del pensamiento, los secretos familiares, hacen a esta incongruencia básica entre narrativa y escenografía que arrastra consecuencias de disfuncionalidad sobre un entorno que, inevitablemente –y en términos de nuestra conceptualización interaccional de la personalidad-, percibe el desajuste y responde de manera congruente.

El capítulo a que damos fin surgió inicialmente a partir de la necesidad lógica de preparar al lector que no hubiese tenido contacto con nuestra obra previa para lo que sigue. En ese sentido, pensamos al inicio que una síntesis de las trece dimensiones ligadas a la crianza, a la socialización y al modo de leer y ordenar la realidad resultaba necesaria como base para comprender los procesos de personalidad ligados a la pertenencia a diversos sistemas sociales. Siguiendo esta línea, pensamos en aquel momento que sobre esos cimientos podíamos establecer un nuevo estrato conceptual del que podría surgir la

construcción de la *identidad* de las personas en el marco de la personalidad entendida como *fenómeno interaccional*, tema con el que iniciaremos el siguiente capítulo.

En esto de jugar un poco el rol de geólogos, arqueólogos o meros guías⁹³ con cierta información acerca de un territorio, no hemos podido evitar, como anticipábamos al inicio del capítulo, agregar consideraciones nuevas, que el lector no encontrará en nuestro libro tantas veces citado. El conocimiento científico y técnico, al igual que los variados elementos que integran el sistema que denominamos *personalidad*, se deposita también en estratos, capas mucho más móviles de lo que el científico, el técnico y las personas en general en ocasiones quisiéramos.

93 Volvemos aquí a Hugo Hirsch y su generosa introducción a nuestro libro De crianzas y socializaciones: "...buscar improntas supone para el terapeuta una especie de viaje arqueológico. Donde el ojo no entrenado ve sólo un conjunto de piedras, ruinas o artefactos dispersos, el arqueólogo reconoce, ordena, clasifica. Al mismo tiempo, cuando el material es demasiado abundante, y eso es lo que pasa con cualquier historia humana, tiene que seleccionar".

Capítulo 5: Pertinencia rígida y personalidad

Como síntesis del apretado recorrido del capítulo precedente, podemos concluir que las experiencias dejan siempre e indefectiblemente improntas relacionales, cuyo efecto es permanente sobre la manera de leer y ordenar la realidad, y por ello se expresa en las formas y posiciones que las personas adoptan en sus interacciones.

El sentido de las improntas relacionales dependerá del modo en que los resultados obtenidos han sido vivenciados. Esto puede asumir diversas formas, pero una en particular tiene que ver con el grado en que la persona queda ubicada en un continuo que va de la centralidad a la periferia. Si bien los hechos del pasado no pueden modificarse, los significados y las atribuciones respecto de esos hechos generadores de improntas pueden cambiar. No ahondaremos todavía en este punto, pero podemos adelantar un interrogante que tendrá su desarrollo sobre el final de este libro: ¿es posible pensar en cambios en la personalidad?

Las improntas podrán ser más o menos posibilitadoras o imposibilitadoras de cambios favorables –cambios en la personalidad en un sentido amplio, y cambios terapéuticos en un sentido estricto- desde la mirada de un clínico.⁹⁴ Ahora bien: una consideración básica para nuestro desarrollo se relaciona con cómo una impronta relacional determinada puede activarse y traducirse en un comportamiento u otro en función del contexto presente.

94 Remitimos al lector interesado en las implicancias y aplicaciones de las improntas relacionales para el cambio terapéutico a la lectura de libro *De crianzas y socializaciones*.

Tres niveles necesarios para comprender el comportamiento presente a partir de las improntas relacionales

Un primer nivel de explicación prioriza el refuerzo diferencial con que el contexto selecciona determinados comportamientos siguiendo el criterio de que aquéllos que resultan beneficiosos para el individuo son reforzados y por lo tanto se mantienen dentro del repertorio, mientras que otros son abandonados por no arrojar resultados positivos. Podríamos así plantear una jerarquía de comportamientos reforzados que, a través de la repetición y de los resultados obtenidos terminan configurando hábitos. Éstos, a su vez, desde una perspectiva clásica y una epistemología que privilegia los determinantes intrapsíquicos del comportamiento, integrarán *rasgos* con mayor o menor dominancia. Sobre este nivel de análisis que integra los principios del aprendizaje operante con un modelo de personalidad basado en los rasgos, pueden superponerse al menos otros dos niveles en una conceptualización sistémica del trabajo terapéutico.⁹⁵

El segundo nivel nos lleva a considerar la importancia que adquieren para la comprensión del comportamiento los principios de la comunicación humana. La interacción asume un papel central en ese refuerzo diferencial que podemos analizar en el nivel anterior, agregando complejidad al proceso. La respuesta de las otras personas a nuestra propuesta relacional tiene lugar de manera constante e implícita, enviando mensajes verbales y no verbales acerca del contenido y de la relación.

Resulta importante destacar este punto, que puede aparecer como obvio para un lector acostumbrado a conceptualizar en términos sistémicos la realidad: las ideas familiares, habituales en la ecología de nuestra mente, pueden ser fácilmente asimiladas al paisaje y perder por ello eficacia simbólica. Por ejemplo un profesional que se siente reconocido en su ámbito de trabajo, quizás recibe sólo esporádicamente algún comentario directo, explícito acerca de lo bien que realiza su tarea. En una hipotética investigación consagrada a observar, registrar y categorizar los mensajes que ese sujeto recibe durante una jornada de trabajo, el investigador llegaría seguramente a la conclusión de que entre todas las interacciones que mantiene el profesional con sus compañeros, jefes y clientes, sólo una proporción ínfima podría entrar en la cate-

95 En el capítulo 3 del libro antes citado se desarrolla este punto.

goría que hemos denominado *reconocimiento*. Este término, que utilizáramos en el desarrollo de los elementos motivacionales (capítulo 3) y los conceptos de sobreprotección y sobreinvolucración (capítulo 4), implica una compleja red de mensajes intercambiados entre dos o más comunicantes, que brindan al individuo en cuestión información acerca de su desempeño.

Un análisis sutil de la comunicación en sus múltiples niveles permitiría conocer en qué medida una determinada mirada, el tratar un cierto tema, la delegación de una tarea, etc., constituyen mensajes que van en el mismo sentido que aquellos elogios esporádicos y explícitos. En términos de comunicación humana, nuestro enfoque pragmático asigna una jerarquía mayor a este tipo de mensajes y al modo en que los mismos influyen sobre la conducta. Así, las palabras “estás haciendo muy bien tu trabajo,” puestas en boca de su jefe, probablemente no influirán tanto en la motivación del profesional para realizar sus quehaceres diarios como el hecho de asignarle una tarea desafiante en la que éste pueda ver una oportunidad de mostrar su capacidad. Esta mirada ampliará inevitablemente la cantidad de mensajes que retroalimentan al sujeto de la investigación en el sentido de realizar bien su tarea.

Si seguimos adelante con esta hipotética investigación imposible de realizar, el investigador podría dar cuenta de cuánto aumenta o disminuye la motivación a partir de manipular ciertas variables. Si pudiese por ejemplo hacer que el profesional pase de pronto a realizar su tarea en una oficina de un subsuelo, sin ventanas ni contacto con otras personas, resultaría esperable que la motivación del sujeto disminuya abruptamente.⁹⁶ Más allá del cambio de ambiente, el observador sistémico atribuiría los cambios en el comportamiento a la actual ausencia de los mensajes confirmadores que el sujeto recibía previamente. Con el tiempo, el profesional podría mostrar cierta sintomatología psiquiátrica, por lo que un actor adicional de esta observación devenida en experimento podría ser un psicólogo o médico laboral que lo diagnostica como “depresivo”. Este mensaje poco sutil, que puede ser plasmado en un certificado y hasta en una licencia laboral, va en sentido opuesto de los mensajes hasta entonces recibidos.

⁹⁶ En realidad, si el investigador siguiese las normas del método experimental debería manipular de a una variable por vez, pero como nuestro caso es ficticio e impracticable, llevamos al extremo la situación para graficar el punto.

Si en este complejo e impracticable experimento se introdujese una nueva variable bajo la forma de un terapeuta, que redefine la “depresión” como “aburrimiento”, y él con su paciente construyen conjuntamente una solución que puede asumir por ejemplo la forma de cierta mejora en un procedimiento propio del trabajo en la que el último vuelca su interés, conocimientos, creatividad y demás recursos personales, el proceso podrá revertirse. El profesional se pondrá de nuevo “en carrera”, conectándose de nuevo con las motivaciones que en otro momento se asociaban a resultados satisfactorios en lo laboral y en lo personal. A nivel interpersonal, esta intervención hará que el sujeto abandone el sótano, se contacte nuevamente con personas, comparta su proyecto y empiece a recibir de nuevo esos mensajes que el observador podrá volver a registrar en su protocolo en la columna del “reconocimiento”.

A medida que estos mensajes lleguen, la persona volverá a funcionar como antes, reduciendo la desviación del comportamiento respecto de cierto estándar. La imagen que los demás le devuelven coincidirá nuevamente con la percepción que la persona tiene de sí mismo. Los síntomas “depresivos” que le interesaban al clínico se reducirán y eventualmente desaparecerán.

Si pensamos en términos de definición de la relación, este antiético y hasta maquiavélico experimento –aunque con final feliz- ilustra el proceso por el cual una persona que inicialmente se reconoce en la imagen que los demás le devuelven empieza a apartarse de la misma. En un momento dado, cierto acontecimiento –en este caso la intervención del terapeuta- lo ayuda a volver al camino original.

El tercer nivel que nos permite comprender el funcionamiento presente a partir de las improntas relacionales es el *narrativo*. No ahondaremos en él en este apartado, pero diremos que el investigador, al hacer su reporte, al escribir un informe de avance o un artículo científico, expresará su propia trama de relatos acerca de lo que ha vivido y observado durante el desarrollo de la investigación. El terapeuta que mencionábamos –que en otro tipo de diseño podría coincidir con el rol de investigador- hará lo propio, y por supuesto el propio individuo o sujeto experimental (el profesional de nuestro caso) construirá también su propia narración. Se trata de un nivel de análisis que lógicamente está relacionado de manera estrecha con la *narrativa personal* de cada uno de los observadores.

Identidad e interacción: la posición del individuo desde las coordenadas del contexto

Como decíamos, los individuos inevitablemente construyen, en ese plano narrativo, relatos acerca de sus experiencias. La narrativa personal aportará una serie de hilos centrales para esa nueva red de significados. En algún punto, el individuo volverá la mirada sobre sí mismo e incluirá, en esa trama, juicios acerca de su propia *identidad*.

Una analogía válida para profundizar este proceso en términos de la cibernética es el funcionamiento de un sistema de posicionamiento global, conocido por la sigla en inglés como GPS (*global positioning system*). El lector con algún conocimiento en la materia sabrá disculpar nuestra falta de precisión y terminología en la temática: no pretendemos superar el nivel de un usuario común y silvestre de esta valiosa tecnología, sino simplemente utilizar algunos elementos y relaciones de esos sistemas como metáfora, rescatando a la vez los rudimentos de los primeros desarrollos de la cibernética en los que abrevó el pensamiento sistémico.⁹⁷

Un GPS funciona a partir de una serie de como mínimo tres satélites que reciben en tiempo real información sobre la posición exacta de la terminal. El usuario de esa terminal puede seguir su ubicación en el mapa mientras camina o circula en un vehículo, y constatar el correcto funcionamiento del dispositivo al ver el movimiento de un marcador en una pantalla.

Ahora bien: si por algún motivo la conexión con los satélites se interrumpe, el usuario notará que el desplazamiento que realiza en el territorio no se ve reflejado con un desplazamiento análogo en la pantalla. La primera reacción del usuario será pensar que el aparato o la conexión no están funcionando bien. Si el error persiste y el individuo no conoce el camino, podrá preocuparse y hasta angustiarse en la medida en que vislumbre la imposibilidad de alcanzar el destino que buscaba. Otra situación posible es que el aparato muestre un movimiento sobre un mapa que el usuario no reconoce. El movimiento se constata en la pantalla, pero el lugar no coincide con la información previa

97 En el glosario del libro *En busca de resultados. Una introducción a las terapias sistémicas*, uno de nosotros sitúa el papel que tuvo el desarrollo de la tecnología misilística en la cibernética. El avance más reciente de los sistemas de posicionamiento global se rige por principios similares en lo que respecta a la información enviada a y recibida desde el satélite.

con que el usuario contaba, o con *lo que imaginaba* acerca de ese territorio. A partir de ello experimentará zozobra, confusión, incertidumbre. Incluso puede llegar al punto de dudar de su propia percepción, en lugar de culpar al aparato o la tecnología como en el caso anterior.

Las relaciones humanas requieren de una triangulación semejante en cuanto a la posición que las personas tenemos respecto de la trayectoria imaginada o deseada. Cuando la información que nos aportan externamente (el GPS en nuestra analogía) no coincide con nuestras creencias y expectativas, se producen niveles de zozobra equiparables a los de un viajero que recorre un territorio desconocido. Si la conexión se restablece, si reconocemos en el territorio las referencias visibles en el mapa, volvemos a confiar en el sistema y en nuestra propia percepción, y el *self* queda resguardado. Si la información discordante persiste y genera redundancia, el *self* se verá comprometido con variadas implicancias para la salud, y la posible manifestación de sintomatología psiquiátrica.

Una distinción adicional deriva de un aspecto específico del funcionamiento del sistema GPS. No basta con uno o dos satélites para confirmar la posición de la terminal que se desplaza: como mínimo se requieren tres para ofrecer al individuo una ubicación exacta. En el complejo proceso de construcción de la realidad que tiene lugar en los seres humanos, varias personas devuelven, de manera frecuente, mensajes sobre nuestra “posición” en el mundo interpersonal. Si por cualquier motivo se reduce el número de emisores de este *feedback*, la persona puede circular durante un determinado tiempo a ciegas sin saberlo, por un territorio que no es el que cree. Si en algún momento consigue restablecer la conexión caerá en la cuenta más o menos dramáticamente de su error de lectura.

Esto ocurre en cada persona y en todo momento, pero se puede apreciar más claramente en ciertos casos por lo abrupto del cambio epistemológico que supone *darse cuenta* de que la posición que se tenía como correcta resultó ser equivocada. Las personas que pudieron salir de una relación de abuso o violencia –incluidas quienes pasaron por una secta– pueden dar cuenta de cómo fueron apartándose de manera gradual e inadvertida de sus relaciones significativas para quedarse con un único “satélite”: el violento, el gurú de la secta. Lo mismo ocurre claramente en la violencia doméstica contra las mujeres,

donde el hombre busca sistemáticamente (y consigue) aislar a su pareja de su contexto significativo.

La analogía es válida para la persona que definimos como objeto de nuestro interés (un paciente), pero en una epistemología bien entendida, en una cibernética de segundo orden que contempla los procesos de conocimiento del propio observador, el mismo proceso se aplica al profesional y a la evaluación que él lleva a cabo. Así, a partir de ciertas impresiones iniciales, avanzará con sus intervenciones –recordando que desde nuestro enfoque evaluación e intervención son simultáneas-. A partir de allí, si centra su observación en las excepciones al comportamiento habitual, sintomático, podrá devolver otras “coordenadas” al consultante que lo habiliten en el camino del cambio. Si, por el contrario, se enfoca únicamente en la disfunción, llegará a la misma clase de callejones sin salida que el paciente y su entorno.

En una aproximación clínica al constructo de personalidad, dispositivos como la cámara de Gesell, la supervisión a través de videos, el concepto de *covisión*, etc. actúan como satélites adicionales que previenen esta clase de sorpresas en el desfase entre mapa y territorio.

Ahora bien: volviendo a nuestro sujeto “experimental”, los mensajes que suman al reconocimiento pueden, en un nivel de abstracción, resultar contradictorios con el *self*, pero en otro nivel diferente coinciden plenamente con esa imagen de sí. Así, por ejemplo, en un contexto en el cual el dinero es el valor más reconocido, todo aquél que priorice otros valores podrá ser definido, como mínimo, como “extraño”, “diferente”, y hasta “loco”. Un profesional que consagra parte de su tiempo a una actividad que resulta poco o nada rentable en comparación con el ejercicio liberal de su profesión –por ejemplo la producción científica-, recibirá probablemente esta clase de mensajes, más o menos explícitos, de su entorno social. Si bien su propuesta se aparta de la expectativa de los demás, y éstos devuelven a su vez esta imagen disonante que lo diferencia de su entorno (por ejemplo otros profesionales que han sido más exitoso en lo económico), en otro nivel la percepción de esa diferencia lo retroalimenta brindándole una imagen parecida a la que él quiso y quiere tener, de acuerdo a sus objetivos iniciales. Esto puede aplicarse al ámbito laboral o profesional, pero también a cualquier otra área de la vida.

Puede también ocurrir que el hecho de ser “diferente”, ser quien “rema contra la corriente” sea parte de esa imagen, y entonces los mensajes disonantes del entorno son integrados sin conflicto en la trama de la narrativa personal. En ámbitos ligados a la generación del conocimiento y la innovación, esa diferencia asume la forma de creatividad, y el sostener ciertas ideas o proyectos aun en contra de cierto paradigma es lo que permite generar *revoluciones* en el conocimiento. Sobran ejemplos de esta clase de avances en la ciencia y la tecnología como para desarrollarlos aquí; sólo diremos que desde una perspectiva ecológica⁹⁸ las ideas, igual que los organismos, realizan un proceso adaptativo a las circunstancias que propone el contexto, de manera que las que no demuestran su utilidad se extinguen, mientras que las que resultan exitosas se mantienen y perfeccionan.

Sobre lo dicho anteriormente cabe destacar que los tiempos en los que el *feedback* sobre *self* que la persona recibe se han reducido sustancialmente de la mano de los avances en las tecnologías de la información y la comunicación. Los canales a través de los cuales se vehiculizan los mensajes han cambiado también, ganando relevancia las redes sociales en relación a la interacción cara a cara. No deseamos entrar en polémicas sobre los pros y contras de la tecnología; se trata de una discusión actual e interesante que requiere de otras miradas y de un desarrollo más profundo y más amplio que el que nuestros objetivos exigen. Diremos solamente que en el uso de las redes sociales y algunos servicios de mensajería instantánea además de aumentar la inmediatez de la interacción y el número de interacciones posibles en un momento dado, se pueden presentar múltiples equívocos dados por conversaciones paralelas sobre una variedad de temas inconexos, lo cual desafía al menos una de las reglas para la comunicación clara que proponía Virginia Satir:⁹⁹ que *las transacciones que se inician deben ser finalizadas*. En un grupo de Whatsapp, por ejemplo –al igual que en una conversación entre dos personas–, uno de los comunicantes puede desarrollar una idea por escrito (o por mensaje de audio) y el otro interrumpirlo, no dejando que termine, y responder a una parte del mensaje. Esta modalidad, cuando es aprendida, puede también generalizarse a la conversación cara a cara, al modo de ciertos periodistas o conductores de

98 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

99 Fernández Moya, Jorge. (2010). *En busca de resultados. Una Introducción a las terapias sistémicas*. Tomo I. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

televisión que interrumpen a sus invitados sin dejar que terminen de formular su idea.

Este tipo de transacciones, que resultan en ocasiones descalificadoras del mensaje, y eventualmente desconfirmadoras de la identidad de los comunicantes, se ven dificultadas, en ocasiones, debido a la ausencia de elementos analógicos que hacen a la metacomunicación. Si volvemos a la analogía del GPS, los elementos analógicos de la comunicación pueden ser pensados como satélites en la tarea de determinar la ubicación del individuo.

El desarrollo precedente ha sido llevado a cabo en un nivel *micro* de análisis. Para comprender la complejidad de los fenómenos implicados en la comunicación resulta necesario e inevitable simplificar, identificar mensajes en un momento dado, dejando deliberadamente de lado otros elementos y niveles lógicos, así como el proceso, el devenir en el tiempo a lo largo de un periodo prolongado. La interacción a lo largo del tiempo genera, en un nivel, estructuras sociales, con sus complejos sistemas de reglas. En otro nivel más acorde a la dimensión narrativa que hemos desarrollado más arriba, no excluyente de la estructura, tiene lugar la construcción de una comunidad de significados compartidos. Se impone entonces profundizar en estos niveles para comprender adecuadamente *el grado en que la personalidad se funda en fenómenos interaccionales*.

La pertenencia a cualquier grupo social tiene, como rezaba el slogan publicitario de una tarjeta de crédito, “sus privilegios”. Lo que resulta menos evidente es que la pertenencia implica también costos, habitualmente no explicitados de antemano y que –para continuar con la analogía de un servicio que con frecuencia es motivo de quejas–, aparecen en “letra chica”.

La vasta literatura sobre familia, terapia familiar, psicología de los grupos, etc. ilustra acerca del precio que en términos de lealtades se paga por pertenecer a los diversos sistemas sociales que las personas integran, por lo que no abundaremos aquí en ejemplos. Veremos a continuación algunos de los beneficios que reporta al individuo, en términos de su *self*, la pertenencia a diversos sistemas.

Los beneficios de pertenecer

Quien desea pertenecer a organizaciones como una universidad (y dentro de ésta a una hermandad estudiantil) o una empresa multinacional –pero también a una secta, o a una pandilla- deberá dar cuenta de que *puede hacer* ciertas cosas como requisito para *ser* parte. Ese hacer puede requerir mayor o menor esfuerzo, incluido el someterse eventualmente el aspirante a rituales de iniciación que podrían aparecer como inexplicables y hasta descontextualizados para un observador externo al sistema a partir de las contingencias presentes.

Recurriremos, una vez más, a un caso extremo a los fines de comprender los fenómenos que nos ocupan. Si la aspiración de un individuo se relaciona con pertenecer a una pandilla, y el ritual en cuestión implica matar a una persona, se plantean en el aspirante dificultades que ilustran las relaciones entre los circuitos intrapsíquico e interpersonal.

Llevemos al extremo el análisis para poder ilustrar el punto y consideremos dos situaciones de las que tanto las películas policiales –basadas en hechos reales- como la casuística en el ámbito de la psicología forense y, más específicamente la victimología, han dado cuenta. En primer lugar, los policías que se infiltran en organizaciones criminales deben en ocasiones pasar por una prueba de lealtad que, como muestra Hollywood, puede ponerlos frente a la paradoja de cometer un crimen como un requisito para poder cumplir la misión asignada por la justicia. Vamos al caso del policía que resuelve este dilema cumpliendo con lo que el líder de la pandilla le solicita: por ejemplo matar a un miembro de una banda enemiga o –más difícil aún-, a otro policía.

¿Es posible figurarse lo que ocurre a nivel del pensamiento, del circuito intrapsíquico en ese individuo? Un concepto de la psicología general puede echar luz sobre este punto. León Festinger propuso el término “disonancia cognitiva” para describir un fenómeno que, planteado a nivel del pensamiento, presenta grandes implicancias en el campo de la motivación. El aspecto central de este concepto para nuestro desarrollo es que no pueden coexistir *simultáneamente* dos ideas opuestas en el pensamiento de una persona. Dos sencillas alternativas se presentan ante ese dilema: o bien se modifica el pensamiento, o bien se cambia la conducta. Por ejemplo, una persona que fuma y a la vez valora su salud (o teme enfermar), no tendrá otra alternativa que modificar sus creencias acerca de la peligrosidad del cigarrillo (mi-

nimizando el factor ambiental en el cáncer de pulmón u otras enfermedades, considerando los ejemplos de personas que fuman y no se han enfermado, etc.), o bien dejar de fumar.

La investigación¹⁰⁰ ha mostrado que las personas que siguen el primer camino son más optimistas que los no fumadores respecto del momento en que la ciencia pueda curar ese tipo de cáncer. Además, estiman que el tiempo de exposición al tabaco y sus efectos, necesario para enfermar, es superior al que ellos llevan fumando y entre sus expectativas está que la ciencia encontrará una cura efectiva al cáncer de pulmón en un tiempo menor que el plazo estimado previamente como necesario para enfermar. Si tales personas –la mayoría de los fumadores según la investigación– pudieran expresar a nivel de circuito intrapsíquico su pensamiento, el mismo tomaría la forma de “todavía puedo seguir fumando sin correr riesgos”.

Volvamos ahora a nuestro análisis y a la relación entre este valioso concepto de la psicología general y las razones que llevan a un individuo a pagar un costo relativamente alto –y en ocasiones hasta desproporcionado–, para *pertenecer*.

Un estado de carencia

Intentaremos a continuación explicar desde el punto de vista comunicacional el proceso que lleva a un individuo a pertenecer a un sistema social a través de cierto grado de resignación de sus propios criterios y valores personales. Para ello recurriremos a una serie de estadios o pasos lógicos en una secuencia que comprende tanto aspectos intrapsíquicos como interpersonales de los actores involucrados.

El grado de exposición de un individuo a cualquier clase de carencia puede conceptualizarse en un continuo de menor a mayor. En grados menores, la carencia puede ser planteada como una especie de *hambre*, siempre inespecífico (por oposición al apetito que el individuo asocia con determinado alimento de su preferencia), que actúa como motivador y sostenedor de la acción, lo cual

100 Pervin, L. (1996) *La ciencia de la Personalidad*. Madrid: Interamericana.

implicará la realización de un esfuerzo sostenido, la renuncia a placeres y comodidades y un cierto esfuerzo en pos de alcanzar el objetivo que reducirá ese estado inicial de carencia.

La carencia extrema, en el otro polo del mencionado continuo, sostenida a lo largo del tiempo, daría lugar en primer término a sentimientos de *insatisfacción* y, en la medida en que la personalidad incluye, como decíamos más arriba, la imagen que los demás devuelven al individuo, eventualmente lo expone a la *desconfirmación*¹⁰¹ y a lo que en breve definiremos como *resentimiento*.

En el otro extremo de la carencia, y siguiendo con la analogía del hambre, tenemos la *saciedad*. Cuando los padres o el contexto significativo brindan el objeto que produce la satisfacción antes de que la necesidad se presente, nada le costará al individuo obtener lo que necesita; por lo tanto, la propia percepción de la necesidad se verá afectada. Ilustra este punto el caso de una madre preocupada por la alimentación de su hijo, que le brinda seis abundantes comidas durante el día. Como consecuencia de ello, el niño no experimenta las sensaciones de hambre y por lo tanto no pide comida ni come todo lo que ella le sirve (“mi hijo no me come”), incrementando la preocupación de la madre, que redobla sus esfuerzos (y sus porciones), con resultados cada vez más pobres.

Entre la carencia y la saciedad extremas se abre todo un abanico de posibilidades. Cierta nivel de carencia resulta necesario, al igual que cierto nivel de satisfacción de la necesidad, sea cual sea el ámbito en el que ésta se registre. Una analogía posible para pensar en un equilibrio saludable para el proceso motivacional es la de la vacuna. La exposición a niveles relativamente bajos de necesidad (el hambre en el ejemplo anterior) genera las defensas necesarias. Como veíamos, quien no tuvo hambre, no lo reconoce, y por ello no emprende las acciones requeridas para revertir ese estado de necesidad.

La impronta relacional del *hambre*, siguiendo nuestra metáfora, genera en cualquier ámbito personas motivadas y activas, que confían en sus propios recursos y por ello emprenden las acciones necesarias. La impronta relacional de la *saciedad* conduce, en cambio, a personas abúlicas y cómodas que única-

101 Ronald Laing desarrolla este concepto. Laing, R. (1974). *El yo y los otros*. México: Fondo de Cultura Económica.

mente esperan de otros, no de sus propios recursos. Agreguemos que esta impronta puede ser del tipo intencional cuando en la crianza los padres deciden actuar de esta manera.

Esta relación entre carencia y saciedad puede darse en una o más de las siguientes áreas: afectiva, económica y de pertenencia a un determinado grupo social. La carencia en lo afectivo puede ser conceptualizada como *una alteración del necesario equilibrio entre el afecto recibido y los límites efectivos aprendidos durante la crianza*. Las carencias experimentadas en esta área, por ser primeras en el orden cronológico, tendrán un peso específico relativamente mayor que las carencias en otras áreas de la vida del individuo sobre el resultado final de lo que hemos conceptualizado más arriba como *personalidad*. Las carencias en las otras dos áreas podrán ser preexistentes o contemporáneas a la carencia afectiva, pero necesariamente operarán más adelante, a lo largo del proceso de socialización.

Vale aquí una nueva analogía, esta vez ligada al desarrollo neuronal y los periodos *de ventana* para el aprendizaje, es decir los periodos de tiempo específicos, antes y después de los cuales la influencia de la estimulación ambiental no genera cambios.

A partir de esta preeminencia de lo afectivo, podemos decir que aquellas personas que durante la crianza han encontrado niveles óptimos de satisfacción (sin llegar a lo que hemos definido como *saciedad*) en esa área estarán en mejores condiciones de tolerar carencias en las otras. Si bien no profundizaremos a nivel teórico en cómo puede brindarse (desde quienes están a cargo de la crianza) y experimentarse (por parte de la persona que es criada) esa combinación de afecto y límites, tomamos como premisa que un equilibrio saludable en ellos redundará en que la persona adquiere un sentido personal de seguridad, confianza en sí mismo en general y en sus propios recursos en particular.

Las improntas que en ese sentido puedan generarse actuarán entonces como vacunas –si se nos permite continuar con la analogía del sistema inmunológico- que predispondrán a una mayor tolerancia de las carencias en las otras áreas. Así, ese sentido de confianza en sí mismo que proveen las improntas facilitadoras en lo afectivo permitirá que un movimiento del centro a la peri-

feria¹⁰² en lo económico y/o en lo social sea vivido por la persona como una situación temporaria, específica, dando lugar a expectativas razonables¹⁰³ de ser revertida.

En el sentido inverso, improntas ligadas a un desequilibrio entre lo afectivo y los límites impactarán directamente en las otras dos áreas, otorgándole la persona un significado negativo de mayor intensidad con posibles atribuciones de tipo estable y global y con menores expectativas de cambio.

En otro lugar¹⁰⁴ hemos abordado las improntas relacionadas con el aprendizaje de la flexibilidad o la rigidez en el pensamiento, y el modo en que este aspecto del funcionamiento cognitivo se asocia a la interacción mantenida en el seno de grupos de pertenencia. Podemos afirmar ahora que la rigidez en las creencias resulta proporcional –y, de alguna manera complementaria- a la necesidad de pertenencia a un sistema social, es decir: mientras más necesite pertenecer (para suplir déficit personales en lo afectivo) mayor será la disposición a postergar la satisfacción de las necesidades personales más inmediatas –incluida la experiencia de ciertos grados de libertad-, y la actualización de los propios recursos. La postergación en este sentido puede asumir diversos grados hasta llegar al extremo del sacrificio.

No es un concepto nuevo para las ciencias sociales y humanas que la libertad y las necesidades personales se ven restringidas a partir del ordenamiento social. Quizás un ejemplo extremo de esto involucra a las personas que, en el marco de una fe religiosa, renuncian a satisfacer una serie de necesidades. En el caso de un sacerdote o una monja, por ejemplo, que realiza votos de castidad, no sólo los impulsos sexuales quedan postergados, sino también las necesidades de afiliación en términos de lo que planteaba David McClelland. Renuncia a formar una familia a la vez que acepta los distintos destinos en

102 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

103 Otra perspectiva que se abre a partir de la consideración de cómo y cuánto impactan las improntas en el área afectiva que fomentan un sentido de seguridad y confianza en sí mismo, nos remite al desarrollo de un sistema de pensamiento que, ante los resultados no deseados (fracasos) formule, en términos de M. Seligman, atribuciones externas, específicas e inestables, que facilitarán en el futuro las soluciones deseadas.

104 Op. Cit., cap. 6, dimensión 12: “el aprendizaje de la flexibilidad o la rigidez en los sistemas de creencias”.

que cumplirá su misión, para convivir con personas que no conoce y tampoco ha podido elegir. En síntesis: muchas necesidades menos básicas o evidentes se ven obstaculizadas en su satisfacción en la transacción constante entre el individuo y los sistemas sociales.

Ahora bien: más allá del planteo filosófico de que el hombre pierde parte de su libertad por vivir en sociedad, y limita –en el plano motivacional- total o parcialmente la satisfacción de sus necesidades, existe un compromiso a nivel funcional que resulta para nosotros de particular interés.

Nuestra *hipótesis* es que el pensamiento mismo se ve limitado o afectado funcionalmente por la pertenencia a sistemas sociales. Numerosos fenómenos abordados por la psicología general y la psicología cognitiva muestran el modo en que la información es seleccionada, almacenada, evocada y utilizada con mayor o menor grado de efectividad en la toma de decisiones.

En general, las investigaciones que han dado lugar a la conceptualización de fenómenos de este tipo –sesgos de omisión y confirmación,¹⁰⁵ distorsiones cognitivas, e incluso el concepto antes mencionado de disonancia cognitiva, entre otros- abordan la relación entre los procesos cognitivos por un lado y las ideas (en el sentido de contenidos del pensamiento) y valores de las personas por el otro. Así, se demuestra experimentalmente que una persona será capaz de retener en su memoria información que resulta acorde a sus valores al mismo tiempo que desestima información que resulta contradictoria con los mismos.

El papel que la interacción juega en relación a estos fenómenos no suele ser ponderado en la investigación en psicología experimental, quizás a partir del paradigma positivista que la sustenta. Una excepción podría estar dada por los estudios clásicos sobre obediencia conducidos por Stanley Milgram, donde la presencia del investigador¹⁰⁶ se convertía en una variable del comportamiento evaluado en los sujetos.

105 Morris, C. y Maisto, A. (2009). *Psicología*. México: Prentice Hall.

106 En términos de lo que los que desde nuestro paradigma definiríamos como *pragmática de la comunicación*: el grado en que la presencia del investigador es metacomunicadora de significados y genera un efecto en el sujeto experimental (en el caso de Milgram el supuesto colaborador, que en realidad y sin saberlo es el sujeto de la investigación). Esa clase de mensajes que se encuentran en otro nivel lógico (como parte del contexto) pueden dar lugar a improntas más o menos significativas para quien recibe los mensajes.

A los fines de nuestro planteo, asumiremos que la persona que, a partir de cierta carencia histórica en el plano de lo afectivo (impronta relacional mediante) se encuentra, en el presente, necesitada de pertenencia, tenderá, en mayor medida que una persona que no ha experimentado carencias en ese nivel, a:

1. Percibir información que resulta acorde con las creencias del grupo de pertenencia y por lo tanto las confirma.
2. Jerarquizar cierta información por sobre otra, siempre en orden a las mencionadas creencias.
3. Dejar de lado, hasta el punto de no percibir, información que no coincide con las creencias del grupo, o bien que resulta amenazante para el mismo. En algunos casos, esa información discordante respecto de los propios valores y creencias puede ser percibida, pero resulta justificada, o bien en orden a un fin superior, o bien porque el contexto en su mayoría considera *real* dicha información.
4. Recurrir en mayor medida a *heurísticos*¹⁰⁷ o caminos abreviados para la toma de decisiones, aun en desmedro de la calidad de la decisión tomada.

Cabe destacar que cuando hablamos de pertenencia podemos referirnos a un grupo cuya finalidad sea meramente social (un club, un grupo de amigos), organizaciones de diversos tipos y con finalidades diferentes (por ejemplo una empresa en que la persona trabaja y de la cual depende para su subsistencia), y hasta la misma familia (de la cual se depende como mínimo en el plano afectivo, y eventualmente también en los planos laboral y económico).

Las razones que llevan a una persona a seguir formando parte de esos diferentes sistemas con los costos que ello implica resultan análogamente comparables. Así, el empleado que deja de ver aspectos desagradables de su puesto y/o del trato cotidiano con su jefe por los beneficios que el trabajo en relación de dependencia le ofrece, no resulta tan distinto de una esposa que se vuelve *ciega y sorda* frente al flagrante comportamiento de abuso por parte de su esposo hacia sus hijos. Del fanatismo deportivo, político y/o religioso en sus diversas formas a esa clase de tragedias domésticas y sociales, un gran es-

107 Op. cit.

pectro de situaciones pueden ser explicadas a partir de una *primera carencia original* que ha permanecido a lo largo del tiempo como *impronta relacional*.

Ahora bien: la pertenencia con estas características a un grupo social resulta claramente beneficiosa para un individuo, independientemente de la valoración que su entorno más próximo o amplio realice de los costos que dicha pertenencia implica. En el ejemplo del *gangster* con que iniciábamos este apartado, cometer cierto delito, recibir pena de cárcel por no delatar a sus cómplices, etc. significará, desde la ecología de ideas del delincuente, una ganancia. “Si yo muero o sigo preso, mis compañeros le pasarán dinero a mi familia”, puede ser el beneficio difícil de ver hasta por los propios beneficiarios.

Otro caso es cuando el sistema sustenta otro criterio respecto de lo que es beneficioso, en coincidencia eventualmente con un sistema profesional. Así, en diversos tipos de problemas susceptibles de abordaje clínico la pertenencia a un grupo puede constituir un elemento decisivo para el cambio terapéutico. En estos casos no sólo se trata de las ventajas que el formato grupal ofrece para el trabajo con esta clase de problemas, sino claramente con la pertenencia –más allá de una etapa del tratamiento-. Podríamos decir que la ayuda pasa en mayor medida por *pertenecer* al grupo.

Si bien lo dicho anteriormente aplica para diversas problemáticas y formas de abordaje, tomaremos como prototipo, por el alcance mundial y los resultados obtenidos en su larga trayectoria, el trabajo de Alcohólicos Anónimos (A.A.). Un alcohólico en abstinencia, que ha participado de un grupo como integrante durante un tiempo prolongado, podrá continuar ligado a A.A. como *padrino*, acompañando a un nuevo integrante, pero *nunca dejará de pertenecer al grupo* en la medida en que, desde la perspectiva de esa institución, *nunca dejará de ser alcohólico*.

Entre una serie de preguntas frecuentes que ofrece A.A. de Ecuador en su sitio web,¹⁰⁸ aparece “¿Es necesario que un A.A. siga asistiendo a las reuniones toda la vida?” La respuesta, acorde a la ausencia de reglamentos y obligaciones para integrar los grupos en esa institución globalizada no es determinante, pero deja entrever que existe un tipo de *pertenencia rígida*, en los términos que hemos utilizado más arriba: “No es necesario, pero—como dijo un miembro —‘casi todos lo queremos, y puede que nos convenga a la

108 <http://www.aae.org.ec/44-preguntas-acerca-de-alcoholicos-anonimos.html>.

mayoría””. El grupo se enfoca en el presente y en la aceptación del desafío de no beber alcohol por las próximas veinticuatro horas; de ahí la preferencia por no hablar de plazos para la permanencia de los grupos. Sin embargo, se lee entre líneas en la respuesta transcrita que el alcohólico debe seguir perteneciendo, *precisamente porque la condición del éxito es ser un alcohólico en abstinencia.*

No en todos los casos, como vemos, la pertenencia rígida resulta disfuncional o psicopatológica en términos personales o sociales. A.A. constituye un caso saludable si se considera la alta efectividad que alcanza –muy superior, por cierto a la de la psicoterapia como único abordaje- a partir de, precisamente, utilizar la pertenencia del individuo (en tanto que alcohólico que no dejará de serlo) como premisa básica, imprescindible para lograr el control, es decir la tan valorada abstinencia.

En síntesis: independientemente de los beneficios que obtiene, una persona puede dejar de lado ciertas percepciones, postergar preferencias individuales, renunciar a aspectos importantes de su vida, hábitos, modos de pensar y actuar, etc. En un extremo, la postergación puede dar lugar a la renuncia y hasta al sacrificio (sacrificar o sacrificarse, literalmente hablando) en pos de pertenecer.

Pertenencia rígida

Entenderemos como tal *a aquella que resulta de improntas relacionales derivadas de una carencia extrema, mayormente experimentada en el área afectiva, que conducirá a que la individualidad se amolde, se mimetice con otras hasta el grado de subsumirse en gran medida a un modelo relacional que le resulta funcional pero que implica la supresión de una o más áreas del self, afectando significativamente la construcción de la identidad.*

Diremos, entonces, que las personas experimentan carencias y a partir de ello integran sistemas sociales. La pertenencia a esos sistemas puede presentar diversos grados de rigidez, e implicará que no se perciban esas carencias o necesidades insatisfechas originales, o bien que se perciban de una manera tolerable para el *self*. Respecto del grado en que se puede llegar a percibir y

tolerar la carencia, podemos hipotetizar que si la persona no puede desarrollar una forma de pertenencia con algún grupo social que le permita morigerar los efectos de esa carencia original, llegará a desarrollar sintomatología psiquiátrica severa, y eventualmente a la muerte, ya sea como intento deliberado de solución (suicidio) o por dejarse morir como parte de un proceso más insidioso donde intervienen otros factores del sistema más amplio de la persona, como por ejemplo su respuesta inmunitaria.

La experiencia clínica de personas que han desarrollado estos niveles de pertenencia que agrupamos bajo el término genérico “rígida”, junto con los casos de personas que han podido superar exitosamente experiencias extremadamente dolorosas que los profesionales habitualmente definirían como “traumáticas” nos lleva a pensar que la diferencia entre unas y otras radicará en las improntas relacionales experimentadas durante la crianza. *Si las improntas fueron posibilitadoras, la carencia, por extrema que resulte, no movilizará al individuo a la búsqueda de formas de pertenencia rígida. Esa clase de improntas constituye la base de los recursos personales que permitirán a las personas afrontar situaciones de adversidad, buscar y conseguir apoyo social y mantener ciertos niveles de autonomía respecto de los sistemas sociales que integran.*

A continuación veremos el papel que la novedad —entendida como información proveniente desde el sistema más amplio— juega a la hora de visibilizar ese estado de carencia y, eventualmente, la pertenencia misma al sistema original.

Valores: ¿para quién?

Dado ese estado inicial de carencia, necesitamos que el contexto —ese proveedor privilegiado de mensajes que califican el comportamiento— establezca de manera más o menos explícita qué comportamientos son esperables, necesarios y hasta obligatorios para esa pertenencia, que podrá eventualmente devenir rígida.

Esos mensajes pueden asumir una forma escrita —cuando se trata de una institución, con procedimientos, estatutos, etc.—, pero en la mayoría de los casos,

en ese y otro tipo de organizaciones (por ejemplo una familia), no son explícitos y podrán ser, a lo sumo, inferidos y verbalizados por un observador externo.

Ahora bien: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de valores? *Desde una perspectiva interaccional, y sin cuestionar otras acepciones del término, entendemos por valor a una idea abstracta que predispone a una persona a la realización de ciertos comportamientos a la vez que excluye otros.*

En relación al tema filosófico de la existencia o no de los valores como externos a las personas –esto es: independientes del sujeto que actualiza el valor cada vez que ejecuta una conducta coherente con el mismo–, diremos, sin negar esa posibilidad, que nos interesa únicamente el grado en que un valor es adoptado por un grupo determinado y establece ciertas reglas de comportamiento.

El valor puede ser construido a partir de una formulación verbal, que actúa como prescriptora de ciertas conductas, o bien puede ser una abstracción que un observador realice a partir de identificar y establecer una regularidad entre ciertos comportamientos, es decir una regla. En el primer caso, podemos ejemplificar con un misionero que llega a una comunidad y aporta valores desconocidos en ese lugar (por ejemplo la piedad). En el segundo, un viajero puede convivir durante un tiempo con personas de una comunidad y abstraer a partir de su observación un valor que esas personas actualizan de manera irreflexiva en su quehacer diario: “estos campesinos son muy trabajadores, salen con el alba y vuelven al anochecer”.

En ambos casos, recurrir a la figura de un observador ajeno a la comunidad (misionero, viajero, terapeuta), recién llegado a la misma nos permitirá agregar un matiz adicional: ciertas prácticas (con los valores a ellas asociados) pasan inadvertidas para quienes las realizan debido a la falta de un parámetro externo que establezca una diferencia. “Nunca se me hubiese ocurrido decirlo, aquí todos trabajamos mucho”, podría ser la respuesta del campesino a la mención de la “laboriosidad” por parte del viajero de marras. A partir del contacto con éste, el campesino descubrirá, precisamente, que existen personas que no trabajan tanto (o no trabajan en absoluto), y que se dedican a actividades tan extrañas como viajar y conocer otras culturas.

De hecho, si se nos permite la digresión, podemos decir que la nueva información aportada por el observador *que viene de afuera del sistema* cumple un papel sistémico íntimamente relacionado con el cambio, sea cual sea el nivel en que el mismo tiene lugar (social, cultural, terapéutico). Si la gente de la comunidad acepta esas nuevas ideas –esas diferencias que hacen una diferencia-, y las viven como propias, experimentan un salto epistemológico. La frase “nadie es profeta en su tierra” resume la sabiduría de esta funcionalidad de los sistemas.

La percepción de una diferencia puede derivar en consecuencias impensadas. Si la persona vincula esa diferencia con un valor, o bien pone en valor algo que no había percibido antes, surge automáticamente el contraste con algo que será menos valorado, y que establece un contraste como contrario lógico de ese valor. Siguiendo con la analogía del viajero, cualquier persona que haya tenido la oportunidad de viajar a un país o una región de un país, que por razones políticas, geográficas o socioeconómicas se haya quedado relativamente aislada, relatará experiencias en las que el contacto con los extranjeros –con su estilo de vida, los bienes que usan, etc.- genera en los nativos del lugar una serie de cambios a nivel de las aspiraciones que ellos tienen sobre esos bienes y estilos de vida. De la misma manera, los intercambios generados por migraciones, aun dentro de un mismo país, conllevan el hecho de tomar contacto con nueva información que conducirá inevitablemente a cambios.

Se trata, como decíamos, de saltos epistemológicos. Ahora bien: un salto epistemológico no es un “salto al vacío”. Pensar diferente implica siempre un riesgo. Veamos un ejemplo: para muchos terapeutas formados en el psicoanálisis en los años setenta, la creciente demanda en sus consultorios implicó la dificultad de mantener varias sesiones semanales de una hora con cada paciente. El mismo fenómeno tenía lugar, por otros motivos, en los hospitales públicos. Este factor llevó a un profesional a reducir la frecuencia de los encuentros con sus pacientes, que primero fueron semanales y luego quincenales. A partir de esta experiencia, el terapeuta pudo verificar cómo las personas mejoraban entre las sesiones, lo que lo condujo a reconocer más los recursos de esos pacientes y a apoyarse en ellos para el logro de los cambios terapéuticos. Paralelamente, a fin de dar continuidad al trabajo entre las escasas sesiones, fue recurriendo a tareas, que ayudaban a la actualización de esos recursos. Estas diferencias cimentaron un cambio epistemológico que

derivó en el aprendizaje de diversos desarrollos vigentes en ese momento en otros lugares del mundo en modelos interaccionales.

Sin esas diferencias iniciales, probablemente el “germen” de estas ideas sistémicas no hubiese encontrado un ambiente propicio para desarrollarse. Como corolario de este ejemplo: dado cierto contexto, algunos observadores, a partir de sus propias improntas relacionales, podrán trazar distinciones que a su vez darán origen a cambios en la práctica y eventualmente le permitirán entrever, vislumbrar e identificar con un nombre a un valor. En nuestro ejemplo, y en el marco de la definición acotada del término “valor” que ofrecimos más arriba, *ese nombre es “constructivismo”*.

Una consideración más, que nos remite al punto anterior: el contacto con nuevos valores e ideas conduce, invariablemente a que el sujeto perciba una carencia que antes no percibía. El campesino no percibía su laboriosidad, como tampoco hubiese pensado que no trabajar (o no trabajar tanto) podía constituir un valor para otros. El indígena no percibía que ciertos comportamientos podían ser “malos”, o una ofensa para ese nuevo dios que el misionero ha instaurado. El terapeuta no percibía su propia limitación para identificar cuánto y cómo sus pacientes podían cambiar sin su asistencia de varios encuentros semanales.

Finalmente, diremos que dado el contacto de un individuo con un valor aparecen al menos tres opciones: la persona puede adherir al mismo, acordar en términos cognitivos y emocionales con su contenido, discrepar con ese contenido, o bien resultarle indiferente.

En el primer caso, el individuo puede plantearse como objetivo alcanzar ese valor. A nivel de la interacción, podrá emprender acciones que lo conduzcan a parecerse a la persona que para él encarna ese valor. Podrá admirarlo, profundizará su relación con él, buscará aprender de él, imitarlo.

En el segundo caso, la persona experimentará insatisfacción, desagrado y/u otros sentimientos negativos hacia la idea abstracta en sí y eventualmente hacia quien la encarna en la interacción. De ahí en más podrá definir a ésta como diferente y hasta como enemiga, y eventualmente consagra su vida a quejarse (pasivamente) de, o bien a combatir (activamente) a todo aquel que identifica como poseedora de ese valor.

Una variante del primer caso puede resultar útil para lo que sigue. Si una persona adhiere a ciertos valores, y estos actúan como guía para su comportamiento, es posible que por diversas razones no obtenga los resultados deseados. Un ejemplo frecuente es el logro de cierto estatus en lo social basado en el éxito económico. Un individuo entiende la prosperidad económica como un indicador de éxito, admira a quienes logran esos resultados, intenta relacionarse con ellos y aprender su “receta”, etc., pero no alcanza en un tiempo razonable para él ese nivel que esperaba. En algún momento, el “éxito” alcanzado por esa otra persona –un ex compañero de colegio, por ejemplo-, dejará de ser un factor motivador y pasará a ser una amenaza por poner en evidencia el propio fracaso, la falta de capacidad, etc. En ese punto, disonancia cognitiva mediante, la persona no podrá sostener al mismo tiempo la idea de que tanto él mismo como el otro hicieron las cosas bien. Frecuentemente aparecen atribuciones al éxito del antes amigo y ahora oponente del tipo de “no hizo la plata trabajando”, “sus padres lo ayudaron”, “tiene suerte”, etc. Pensar de otra manera implica admitir que el “exitoso” logró su estatus a partir de su propio esfuerzo y su capacidad, lo que llevaría a pensar que las propias capacidades o esfuerzo no son suficientes. Estas ideas resultan claramente amenazantes para el *self*, por lo que las mencionadas atribuciones tenderán a sostenerse a nivel del circuito intrapsíquico (la manera de pensar las cosas), lo cual redundará necesariamente en el circuito interpersonal (la manera de hacer las cosas), manteniendo una forma de estabilidad relativa en el sistema que en breve caracterizaremos como *resentimiento*.

El interés que los dos extremos en la adhesión a un valor –dejando de lado el tercer caso y la indiferencia que conlleva- revisten para una perspectiva interaccional es el que la apropiación de ciertos valores, su defensa y hasta el intento por difundirlos o imponerlos (con una cuota de fanatismo en ciertos extremos), hace a la posibilidad de pertenecer a ciertos grupos e implica la necesidad de dejar de pertenecer a otros. Este breve análisis del papel que los valores, entendidos como ideas abstractas que guían la conducta, juega sobre la interacción y el comportamiento social nos plantea una nueva distinción que abre dos caminos desde donde avanzar en la construcción de la personalidad.

Dos caminos excluyentes: reconocimiento o resentimiento

Como parte de nuestro esfuerzo por sistematizar experiencias y distinciones (provenientes mayormente de la clínica), lo que decimos aquí cumple los requisitos de todo modelo, esto es: ser una versión simplificada de la realidad. Ahora bien: esta manera de entender lo que es un modelo no se aplica solamente a las construcciones que tienen lugar a partir de establecer distinciones en un sistema cognitivo (paradigmas), sino que también cabe para las limitaciones que la biología establece para las especies y los organismos. Sin adentrarnos en ese campo que nos excede, diremos que las personas traemos desde el inicio de la especie –y antes también-, una serie de modelos que limitan de alguna manera el comportamiento. Uno de esos modelos tiene que ver con el comportamiento social. Lo individuos pueden ser más o menos sociables –haciéndose acreedores por ejemplo del *rasgo* de “extrovertido”, como veremos luego-, pero no dejan de pertenecer a una especie social. En el caso de un individuo que se aparte de manera extrema de ese modelo se dibujan las fronteras de la disfunción y la patología estructural en el sentido biológico, por ejemplo, en nuestro campo, algunos de los denominados trastornos del desarrollo y dentro de ellos los del espectro autista.

Desde este punto de vista, el individuo *no puede elegir* ser un animal social. Desde otro punto de vista como observadores –por ejemplo como terapeutas-, podemos plantear instrumentalmente que el ser humano es pleno de recursos, posibilidades y capacidades de elección, pero no podrá elegir *no ser social*, como no podrá elegir tener otro metabolismo de las grasas, ni otra manera de procesar la estimulación lumínica en su retina. Hemos elegido este ejemplo por la relevancia que tiene para la interacción el hecho de ser las personas animales gregarios, pero esta característica es sólo una analogía para nuestro desarrollo.

Como organismos tenemos una serie de limitaciones que implican una cierta *inercia* en nuestro comportamiento. Desde la epistemología constructivista podemos hablar de determinismo estructural a partir del interjuego entre la biología y la cultura, el cual no debe entenderse como un cuestionamiento al libre albedrío. Si se acepta esta premisa, así como el camino de “lo social” resulta excluyente –por supuesto, con variantes que tendrán que ver con qué tan social la persona pueda considerarse y ser considerada-, del mismo modo

la persona no podrá no tener valores ni dejar de tender hacia ellos. El contenido de esos valores podrá variar, al igual que la intensidad del esfuerzo por alcanzarlos y la naturaleza misma de esos esfuerzos. Así como no se puede no ser social, entonces, diremos que no se puede no intentar ser *exitoso*. Por supuesto, más allá de los clisés culturales (por ejemplo la posición en términos de clase social), el parámetro del éxito será personal, y actuará como una brújula para indicar, en términos de nuestra ya usada analogía del comportamiento animal, los movimientos de la periferia al centro de un sistema social. Cabe añadir que las personas pueden hacer explícitos sus valores y su noción de lo que para ellas significa el éxito, pero en muchas ocasiones aquéllos y ésta permanecen implícitos.

A partir de la premisa de la búsqueda y el logro del éxito, siempre en nuestro modelo o versión simplificada, se abren sólo dos caminos, que resultan mutuamente excluyentes y que pueden aparecer a partir de ello como *opuestos*, aunque no son técnicamente hablando *contrarios lógicos*: el *reconocimiento* y el *resentimiento*.

Un comentario adicional a esta aclaración: el hecho de no ser reconocido en un cierto sistema social no excluye que el individuo pueda encontrar en otro sistema el camino del reconocimiento. De nuevo: el individuo, *dentro de su limitaciones, elige*. Más adelante desarrollaremos este punto, que por ahora puede ilustrarse de manera sencilla en los casos en que una persona se aparta de las normas de su sociedad y se convierte en un delincuente. No es nuestra intención desarrollar los aspectos filosóficos del complejo tema de la libertad en el ser humano pues ello excede la naturaleza de nuestro trabajo. Consideramos sin embargo necesario partir para este tercer paso del proceso de explicar una postura sobre ciertos límites necesarios a esa libertad desde el punto de vista de la conducta social.

Volvamos entonces a nuestro desarrollo. Dado el estado de carencia que planteábamos en el primer paso, la pertenencia más o menos rígida asociada al mismo y la eventual percepción de una diferencia a partir de información que ingresa desde afuera del sistema, se abren para el individuo dos caminos posibles, excluyentes y antitéticos en su experiencia, que llamaremos *reconocimiento* y *resentimiento*. En el siguiente capítulo desarrollaremos algunos tópicos o áreas en que puede compararse, a los fines didácticos, ambos caminos. En cada caso remitiremos a algunas improntas relacionales que

pueden facilitar la elección de un camino u otro. Posteriormente, el capítulo 8, volveremos sobre estos conceptos en relación con algunas hipótesis acerca del cambio en la personalidad.

Estos dos tipos resultan ideales; no cabe por tanto encontrarlos *en estado puro*, por decirlo de algún modo, en personas reales. El recurso a la hipérbole es para nosotros una herramienta útil para indagar sobre los matices posibles del pensamiento y la interacción. Entendemos que las personas se encuentran en lo que podría ser puntos intermedios de un continuo que tiene como extremos lo que hemos designado como reconocimiento y resentimiento.

En términos generales, diremos que la persona es *reconocida* cuando, independientemente de la carencia experimentada, los mensajes que recibe de su entorno significativo destacan fundamentalmente los aspectos más positivos de su comportamiento habitual y, directa o indirectamente, de su *self*. En el otro extremo, el *resentimiento* tiene lugar cuando los mensajes son sistemáticamente *descalificados*, las acciones y emociones son *connotadas de manera negativa* de diversas maneras que pueden ir desde los mensajes directos, la ironía, la burla, hasta el extremo de la indiferencia.

En las próximas páginas desarrollaremos las implicancias personales y sociales de estos dos grandes “caminos” que tienen lugar en el complejo proceso de la socialización. A partir de ello esperamos aportar elementos relevantes que hacen a la construcción de la personalidad desde un punto de vista interaccional.

Capítulo 6: Psicología del resentimiento

No cederemos a la tentación de aportar una definición apresurada y cerrada de resentimiento y reconocimiento. En lugar de una definición, deseamos ampliar las reflexiones que podríamos englobar dentro del título de “Psicología del resentimiento”. Si una definición o concepto es una foto, nosotros esperamos describir un proceso, que eventualmente puede llegar o no a esa clase de imagen estática que en nuestra cultura son las definiciones. Para ello articularemos necesariamente las improntas relacionales desarrolladas en nuestra obra anterior y resumidas en el capítulo 4.

Estabilidad y cambio: cristalización vs. innovación

Generar definiciones es una tarea sumamente tranquilizadora para quien se esfuerza en sistematizar su experiencia y su pensamiento. Se trata de una tarea necesaria y valiosa desde el punto de vista cognitivo y comunicacional, pero siempre presenta riesgos.

El principal sería fijar, cristalizar una serie de juicios agotando las posibilidades de un proceso que de otro modo facilitaría una comprensión alternativa, dinámica, más afín al fenómeno que tiene lugar en un momento específico, en el aquí y ahora de la observación y su descripción. Como hemos dicho, la personalidad es un proceso dinámico, y esperamos llevar esta idea al extremo al introducirnos más adelante en el sendero áspero y poco transitado del cambio de la personalidad, donde quisiéramos hacer nuestro aporte para que en un futuro no tan lejano se convierta en un camino transitable.

La cristalización de ciertos procesos e ideas en una definición, en un ámbito como el de la personalidad, aunque necesaria en ciertos momentos, comparte algunas características con el uso que de ese término se hace en física y química. Un cristal es un componente más estable de lo que eran los compuestos químicos previos que le dieron lugar. Desde un punto de vista interaccional, las relaciones entre personas pueden asumir diversos grados de estabilidad a lo largo de un periodo de tiempo determinado. El concepto de *homeostasis* de la teoría general de los sistemas se refiere a un cambio relativamente constante. Ese cambio es necesario precisamente para alcanzar niveles funcionales y adaptativos de estabilidad. Las crisis que tienen lugar en el desarrollo del ciclo vital familiar constituyen un ejemplo de ello en esos sistemas que, desde nuestra perspectiva, resultan indispensables para el proceso que hemos definido como *personalidad*.

Cuando el observador –médico psiquiatra, psicólogo, pero también un juez por ej.- aumenta el número de integrantes del sistema observado, ampliando el foco de su observación, puede comprender mejor este proceso continuo. En el marco de esa observación, las cristalizaciones a las que aludíamos tienen la función de alcanzar un nivel relativo de estabilidad. En una sesión familiar, el observador escuchará a cada uno de los miembros y registrará la coherencia entre las verbalizaciones y el comportamiento, así como las interacciones entre los individuos. Inevitablemente llegará a ciertas cristalizaciones, como por ejemplo “estos padres son impenetrables, no aceptan otra mirada que no sea la propia”; “este es un claro caso de sobreprotección”, “estos pacientes no han hecho el duelo”.

En un caso extremo, algunas patologías psiquiátricas pueden jugar este rol de cristalización en relación a la estabilidad de la familia, deteniendo de manera disfuncional el proceso familiar en una etapa del ciclo vital. Si salimos del ámbito del comportamiento humano y la personalidad y pensamos en sistemas más amplios, incluidos los sistemas económicos, podemos hipotetizar que en términos sociales, condiciones como la pobreza extrema cumplen la misma función sistémica. El papel de síntoma, de disfunción que asumen los supuestos “trastornos” o “patologías” comprendidas a nivel individual y social, cobra relevancia en relación a delicados equilibrios sistémicos.

Nuevamente el gran tema de la libertad y las posibilidades de ejercerla se impone en nuestra reflexión. Esas posibilidades dependen directamente de una

serie de restricciones existentes en el sistema. ¿Hasta qué punto un síntoma o un problema, entendidos como fenómenos sistémicos representan una elección de uno o más individuos? ¿La persona sumida en la pobreza extrema, puede elegir otro camino? ¿El delincuente pudo elegir otro modo de vida? En cualquier caso, la relación entre esas restricciones y el paradigma o modo de ver la realidad que el individuo posee, opera permitiéndole ver, acceder a cierta información a la vez que sufre un escotoma respecto de otra.

Por otro lado, vale tener en cuenta como aporte a la clínica que el síntoma puede ser visto como una metáfora de una disfunción relacional. El maltrato entre los padres puede llevar a tanto miedo que el niño se orina encima. La carga de ciertos problemas se traduce en un intenso y persistente dolor de espalda. Al pensar esta metáfora, el clínico vislumbra otra opción. Cristaliza de algún modo (por ejemplo vincula el miedo con la enuresis), pero logra en todo caso un cristal diferente al que traían los consultantes, y al hacerlo, en la medida en que estos puedan ver y compartir esa construcción, habilita nuevas posibilidades, otros caminos.

En el ámbito de los problemas sociales, habitualmente se conocen historias de vida en las que una persona escapa de un destino de pobreza, delincuencia, etc. a partir del contacto con un referente que funciona como modelo, por ejemplo el entrenador de un deporte, una docente, el padre de un amigo, etc. En uno y otro caso, tanto en el ámbito clínico como en el social, lo relevante es la incorporación de *información nueva* al paradigma existente. Entonces las restricciones (económicas, culturales, de la comunidad de pertenencia, de la familia de origen) pierden peso específico y se hace posible un abanico de nuevas ideas y comportamientos.

Este proceso nos remite a la psicología del innovador, sobre la cual dejaremos en breve planteadas algunas reflexiones relevantes para integrar en este proceso por el cual el *resentimiento* y la *pertenencia rígida* resultan variables fundamentales para la construcción de la personalidad.

Todo grupo de pertenencia, lo que hemos querido significar con la analogía de la manada –y si se nos permite la expresión, aludiendo a los experimentos con nuestros parientes simios: la *monada-*, establece de manera deliberada y no deliberada una serie de reglas, muchas de las cuales permanecen implícitas. Quien no las cumple permanece en la periferia y puede llegar a ser

expulsado. Este principio rige para las familias, los pequeños grupos sociales y para las naciones o sociedades entendidas en su conjunto que comparten un cierto bagaje cultural.

La libertad siempre será “condicional” en la medida en que el individuo y su contexto se retroalimentan a partir de sostener ciertos valores y creencias. Para el mono que ha experimentado el aprendizaje de la regla “no hay que subir la escalera”, resultará impensable desafiarla, y se dedicará activamente a persuadir de su cumplimiento a cualquier nuevo integrante de la manada.

La personalidad como construcción de la manada

El desarrollo precedente puede resultar redundante, y hasta obvio para el lector con cierta formación en pensamiento sistémico y constructivismo. Desde nuestra perspectiva, resulta necesario en tanto que el constructo que abordamos a lo largo de esta obra es precisamente la *personalidad*: desde su misma etimología, el término que utilizamos reviste el significado de lo individual, propio e interno de una *persona*. La perspectiva que intentamos desarrollar exige, por el contrario, la consideración de las otras personas que con ella se relacionan, tanto en la proximidad de las relaciones significativas como en el nivel más amplio de una comunidad lingüística y cultural.

Desde nuestro sesgo de clínicos sistémicos que intentan conceptualizar la personalidad de manera interaccional, destacamos el papel de la *información nueva* que ingresa en cualquier sistema de que se trate. Como decíamos, abordaremos sobre el final de esta obra el tema del cambio de la personalidad: de allí también nuestro particular interés por el ámbito de la innovación en los sistemas de pensamiento y sociales.

Si partimos de las ya postuladas restricciones a la libertad individual y abordamos el sistema familiar, podemos plantear un continuo que va de las familias formadas por una elección libre de sus miembros, a aquellas en las que todavía los matrimonios son arreglados en orden a conservar cierta pureza cultural, religiosa, étnica, de nacionalidad, etc.

Esas restricciones constituyen límites dentro de los cuales los individuos pueden moverse; constituyen marcas que no se debe transgredir. Remiten, en términos de la teoría sistémica, al concepto de *homeostasis* o *cambio relativamente constante* que hace posible la continuidad del sistema. Dicho concepto comprende dos elementos inextricablemente vinculados: la morfoestasis (tendencia a la estabilidad) y la morfogénesis (tendencia al cambio).¹⁰⁹

El desafío de esos límites o restricciones al comportamiento confronta al individuo con el riesgo de perder esa pertenencia tan valiosa que, como hemos dicho más arriba y en función de experiencias anteriores de carencia, cimienta en mayor o menor grado su *self*.

Pertenencia (rígida) vs. cambio

La frase “cada maestrillo con su librillo” resume la inercia de lo que funcionó y se espera que siga funcionando. “Esto se ha hecho siempre así” es otra frase escuchada con frecuencia en el ámbito de las organizaciones que reviste el mismo significado. Esta verbalización puede ser complementada por otra, habitualmente implícita, que la llevaría a una formulación parecida a “esto se ha hecho siempre así; no sé por qué pero por algo debe ser” y remite al concepto de morfoestasis ya aludido.

Por ejemplo, un funcionario que fue designado en un organismo público contaba con asombro cuántos empleados de planta permanente de esa repartición se acercaron y le comentaron, durante su primera semana de trabajo, la nómina de funcionarios de anteriores gestiones que habían llegado a esa repartición con ideas novedosas sobre cómo hacer las cosas. En el proceso implícito de definición de la relación entre el nuevo “jefe” y sus colaboradores, éstos establecieron los límites aceptables para los cambios posibles. A esta tendencia a la preservación del funcionamiento habitual del sistema se contraponen la tendencia al cambio, conocida como morfogénesis, que trae aparejada la inestabilidad del sistema y una verdadera crisis epistemológica entre los integrantes del mismo, sea que se trate de empleados de un orga-

109 Remitimos al lector no familiarizado con los fundamentos de la teoría general de los sistemas a la lectura del capítulo 3 del libro *En busca de resultados*.

nismo público o monos en un experimento como el que relatamos en el capítulo 2. El caso del funcionario y el del mono “nuevo” son isomórficos: ambos son abanderados del cambio y enfrentarán el dilema de sostener su decisión y soportar los golpes, o bien ser fagocitados por el sistema. Esta tensión entre estabilidad y cambio se extiende a los más variados sistemas y fenómenos sociales: desde el funcionamiento de una oficina a prácticas enquistadas en una sociedad como la corrupción, desde los usos en la táctica y estrategia militar al modo de plantear el juego en un deporte de equipo.

Resulta digno de remarcar, para nuestro planteo, el papel que tiene el *innovador* en un sistema, cualquiera que sea el ámbito y el nivel de complejidad. Si pensamos en sistemas sociales como un país, una región o –en otro nivel de abstracción– un sistema económico, la Historia ofrece numerosos ejemplos de cambios que han sido motorizados por líderes revolucionarios. Una vez logrado cierto cambio en el sistema, la revolución se enfrenta con el dilema entre mantener el espíritu revolucionario (cuestionador del *status quo*) versus establecer estructuras rígidas que sostengan en el tiempo el cambio logrado pero todavía inestable. En este último caso, ante la necesidad de asegurar los cambios frente a las resistencias (por ej. los adeptos de la administración anterior, con sus intereses afectados), el “nuevo” sistema puede pagar un alto costo en el sentido de echar mano a las mismas formas (esto es: isomorfismo), por ej. la represión que la revolución cuestionó y que incluso tenía como propósito erradicar. Este fenómeno puede tener lugar en diversos niveles, que van desde una sociedad, un sistema político y/o económico –con los cuales se asocia más habitualmente el término “revolución”–, pero también en comunidades más reducidas como pueden ser un grupo de científicos. Thomas Kuhn, precisamente, llevó el término a este dominio ilustrando cómo los sistemas de ideas experimentan revoluciones análogas a aquellos otros sistemas.

En un nivel más *micro*, cualquier organización como por ejemplo una empresa familiar se encuentra con una lucha similar entre modelos que se muestran como diferentes y que pueden llegar al extremo de resultar antagónicos. Así, el modelo inicial propuesto por el fundador, basado en el trabajo arduo personal y en la centralización de todas las decisiones chocará, al acercarse el momento de su retiro, con otro modelo de administración que uno de sus hijos y potencial sucesor aprendió en su momento en la universidad.

Si pasamos a un sistema más reducido en cuanto a su número de elementos y relaciones posibles, toda familia, al momento de enfrentar una crisis –de desarrollo o bien por sucesos inesperados–, pasará por un proceso similar en el que se ponen en juego diversas maneras de hacer las cosas: entre la nueva pareja y las familias de origen, entre los padres y su hijo adolescente, etc. Con cierta frecuencia encontramos en la práctica clínica hijos que critican el modo autoritario de sus padres en la toma de decisiones; esos cuestionamientos son planteados en ocasiones echando mano al mismo estilo autoritario, propio de la impronta relacional que su crianza cristalizó.

Dos clases de innovadores

Aun a riesgo de simplificar demasiado un fenómeno complejo que excede por mucho el alcance de nuestra obra, podemos pensar que existen dos grandes tipos de revolucionarios o innovadores.

Por un lado, el que una vez conseguido el cambio incorpora rápidamente las formas del sistema previo. Se puede decir que este tipo de revolucionario fue “fagocitado” por el tipo de organización que pretendió cambiar. En términos del apartado anterior, la analogía de convertirse en el monstruo para combatir al monstruo resulta aplicable. El nuevo gerente que llega desde afuera a una organización y se propone combatir el “esto siempre lo hicimos así” que escucha de sus colaboradores, con el tiempo asimilará las mismas pautas de funcionamiento de la cultura que lo precedía, y lo hará con un grado mayor o menor de conocimiento sobre ese proceso en curso.

Por el otro lado, el revolucionario que sigue buscando el cambio y no se deja “fagocitar”, con lo que resulta probable que, independientemente de los resultados que pueda obtener, continúe su lucha manteniendo las ideas originales y decida “morir con las botas puestas”, como expresa el dicho popular.

Un axioma de la historia militar indica que las nuevas guerras se planifican habitualmente con la lógica dada por la experiencia de guerras anteriores, aunque la tecnología haya cambiado sustancialmente. El país o ejército que logra plantear una estrategia basada en una epistemología diferente es el que logra una ventaja decisiva y por ello alcanza un resultado diferente. P. Wat-

zlawick, en su libro *Es real la realidad* plantea numerosos ejemplos de la compleja trama de relaciones que tiene lugar en el mundo del espionaje.¹¹⁰ En diferentes disciplinas deportivas ocurre un proceso análogo: los entrenadores estudian el desempeño pasado de los rivales (por ejemplo los últimos partidos de un equipo de fútbol) y delimitan la táctica que su equipo deberá desarrollar en el siguiente encuentro. Militares, espías, deportistas, economistas, y hasta jugadores de naipes aficionados echan mano de manera similar al recurso de estudiar al contrincante y su juego buscando reglas, regularidades en la manera de jugar y en la manera de comunicar su estado emocional, con fin de predecir las jugadas ajenas y de adecuar las propias.

Resulta evidente el beneficio de este modo de proceder, en el sentido de la economía de esfuerzos que implica la experiencia conocida. Sin embargo, en cualquiera de los ámbitos mencionados, la posibilidad de obtener resultados extraordinarios –con recursos mínimos o en tiempos que por breves resultarían difíciles de aceptar, etc.–, irá de la mano de la innovación y la creatividad, con el riesgo que ello conlleva.

Si pasamos al ámbito más cotidiano de las relaciones entre padres e hijos, los primeros suelen partir, en su relato, desde sus experiencias, correspondientes a una generación atrás: “cuando yo era joven, las cosas se hacían de tal manera”. El hijo que escucha tiene necesariamente una óptica, una manera diferente de comprender las cosas. Los argumentos esgrimidos por la generación anterior resultarán entonces “vencidos” o “caducos”, más propios de una guerra o una partida previa, en el sentido de las analogías que utilizamos anteriormente.

Estas diferencias se pueden transformar en encendidos desacuerdos acerca de las acciones emprendidas o a emprender. El punto de vista que a cada generación le permite la etapa del ciclo vital personal por la que transcurren los individuos, la experiencia adquirida y el contexto resultarán en maneras muy diferentes de resolver los problemas y, en general, de percibir la realidad. Eventualmente, el paso del tiempo permitirá a la nueva generación comprender el modo en que la anterior hizo las cosas, en la medida en que pasó por situaciones similares. Esa comprensión, llegada con los años, no obsta que el modo de actuar resulte diferente en cada generación.

110 Watzlawick, P. (1979). *¿Es real la realidad?* Barcelona: Herder.

Esta brecha entre el modo de hacer las cosas de dos generaciones puede darse entre distintos integrantes de relaciones isomórficas: padres e hijos, educadores y educados, entrenadores y entrenados, entre otras díadas asimétricas. Un dirigente de rugby que se desempeñaba como asistente del entrenador, por ejemplo, experimentó un impensado reconocimiento en ocasión de un almuerzo de camaradería que convocó a ex jugadores de distintas épocas. Veinticinco años después del tiempo en que jugaban, dos miembros del equipo, que de jóvenes se mostraban particularmente díscolos y desafiantes, le expresaron cómo en la actualidad, al ser ellos padres de adolescentes que jugaban en el club, podían entender la tarea del entrenador y sus colaboradores, y el sentido que la misma tenía para su formación como personas y jugadores. Las prácticas, decisiones e indicaciones técnicas recibidas veinticinco años atrás adquirieron, en esos hombres de más de cuarenta años significados diferentes y hasta opuestos a los asignados en aquella época. Ilustra el punto una anécdota recordada en esa ocasión por uno de los jugadores. El dirigente, que en aquel entonces ya no se desempeñaba como tal y colaboraba como *lineman* en una final de campeonato, anuló la jugada que había llevado a un try del equipo. De no haber marcado la falta, el equipo hubiese alcanzado un codiciado campeonato. La imparcialidad de ese entrenador, imposible de comprender y de aceptar desde la perspectiva de un joven de diecisiete años, fue encuadrada por esos adultos de más de cuarenta, en el aquí y ahora del evento, como una valiosa enseñanza acerca de la honestidad personal.

Más allá del interés propio de esta anécdota para nuestro desarrollo actual y el campo de la innovación en los sistemas de pensamiento y conducta, cabe anticipar aquí también una reflexión: ¿es este cambio de perspectiva de los jóvenes de cuarenta *un cambio en su personalidad?*

Las personas nacen en una comunidad o bien se unen a una, y en eso comparten ciertos significados y reglas acerca de qué implica la pertenencia. En ciertas circunstancias, cuando se encuentran con personas desconocidas, tienden a buscar inicialmente las coincidencias, a construir puentes que los unen a partir de elementos como el origen, costumbres, rituales, afinidades culturales, etc. Es el caso de los expatriados que se conocen en otro lugar del mundo e inician relaciones sociales. Compartir una comida típica, mirar juntos un partido decisivo de un deporte popular en su país, puede ser un modo de cimentar esos lazos. Con el tiempo, entre una serie de puntos en

común aparecerán necesariamente las diferencias, y toda esa comunidad lingüística no bastará para sostener definiciones de la relación que resulten satisfactorias.¹¹¹ En última instancia, el argentino expatriado preferirá juntarse con otra persona –por ejemplo otro latinoamericano-, donde si bien la afinidad cultural ayuda, lo decisivo pasa a ser lo satisfactorias que son las relaciones, en el microclima de la interacción, y no tanto esa afinidad cultural que deviene abstracta.

El concepto de intercambio justo planteado por Jay Haley¹¹² roza la noción batesoniana de cismogénesis¹¹³ o patrón de diferenciación cultural. Tiene lugar un proceso progresivo de separación entre sistemas sociales, que nos remite necesariamente a la consideración dinámica, móvil, de las periferias y los centros.¹¹⁴ Los dos expatriados que trabajan para una compañía en un país muy diferente al suyo forman parte de un subsistema que resulta periférico si se considera la compañía o la comunidad local. Con el tiempo y la sistematización progresiva, otros expatriados integrarán ese subsistema, y en su seno surgirá una nueva centralidad, sostenida por nuevas reglas, donde la comunidad cultural inicial (provenir de un mismo país) puede seguir teniendo peso en el tiempo, pero otros aspectos más específicos de las transacciones son los que determinarán la estabilidad de la estructura y el modo en que se toman las decisiones: en definitiva, el modo en que se define *quién es quién*. Una vez más, destacamos el carácter de “espejos” o “GPS” que adquieren, frente al individuo, quienes forman parte de una comunidad.

Una vez más: ¿estos procesos de definición de la relación, de diferenciación cultural, de adaptación a cambios contextuales: implicarán a la larga cambios en la personalidad?

111 Un tema interesante para el debate entre modelos sistémicos más influidos por el constructivismo y otros más alineados con el construccionismo social puede ser los límites de las posibilidades de influir a partir de la consideración exclusiva del lenguaje como factor de estabilidad y cambio.

112 Haley, J. (1991). *Tácticas de poder de Jesucristo*. Buenos Aires: Paidós.

113 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

114 En nuestro libro *De crianzas y socializaciones* este análisis resulta transversal de las diversas dimensiones en que clasificamos las improntas relacionales.

Rigidez y flexibilidad

Más arriba, al referirnos a un segundo paso que tiene lugar en el proceso comunicacional que lleva a la pertenencia rígida o al cambio, nos referíamos a valores que son comunicados en un metanivel.

Cabe aquí señalar una diferencia entre el nivel de los valores y el de las acciones. Los valores resultan independientes de las circunstancias puntuales en que los mismos se actualizan. El mismo valor puede ser actualizado –esto es: puesto en acto- de manera diferente según la persona, la situación y la perspectiva que las improntas relacionales experimentadas permiten a la persona. Así un hijo, un alumno, puede desarrollar de una manera personal su carrera profesional, diferenciándose de su padre o su mentor, que ejerce su misma profesión, pero en el marco de los mismos valores, por ejemplo la excelencia, la honestidad, el compromiso, etc.

Este proceso resulta isomórfico con la redefinición que hace un terapeuta al esbozar una hipótesis (por ejemplo basada en los recursos de la persona que consulta), que en la medida que resulta creíble para ella recibirá automáticamente un status de verdad compartida por ambas partes. Esa idea no será cuestionada mientras resulte funcional para ambos en el marco de situaciones similares en las cuales se desarrollen interacciones congruentes con la situación y con esa verdad compartida. Esta nueva creencia, aceptada y en mayor o menor medida compartida, funcional, pasará a formar parte de la narrativa personal.

Dicho proceso es implícito en la mayoría de los casos, pero asume mayor colorido cuando la persona se propone convencer a otros con el mismo argumento, asumiendo el costo de una lucha en soledad al no lograr un consenso que lo confirme. La analogía de la llave y la cerradura que desarrollamos en otro lugar en relación al trabajo terapéutico se aplica a este punto.¹¹⁵ Cuando la forma de la llave no coincide con el mecanismo de la cerradura y la per-

115 En *De crianzas y socializaciones*, en el capítulo 1, planteamos que el trabajo del terapeuta se parece al de un cerrajero. En un sentido general, la coincidencia entre la propuesta relacional de éste y la de quien consulta puede extenderse a la relación entre cualquier clase de individuo.

sona insiste en utilizarla, forzándola, llegará hasta el punto en que la llave se quiebra y hasta puede trabar el mecanismo que ya no podrá ser abierto.

Los valores y las prácticas sociales marcan caminos funcionalmente aceptables para el comportamiento individual. Cualquier “rasgo de personalidad” puede resultar entonces más adecuado en un contexto que en otro. Una persona que en nuestro medio cultural es puntual y llega a cada reunión o encuentro a tiempo, se destacará por esa característica, y será rotulada entre las personas de su contexto significativo a partir de la misma. Dicho individuo, viviendo otro contexto –por ejemplo en Suiza-, sería una más entre muchas en cuanto a la misma característica, pues allí a nadie le resulta llamativo que las personas lleguen a horario a una cita. Como en el caso del antropólogo o el viajero que desarrollábamos más arriba, sólo la experiencia en otro contexto permite establecer una diferencia.

Cabe destacar que una variable clave aquí será en qué medida la persona, con sus características, se encuentra en un medio en el que mayoritariamente las demás personas piensan, actúan y funcionan de manera diferente. No dará lo mismo que en una determinada cultura algunas personas sean puntuales como el individuo, a que ninguna lo sea. En este último caso, la demanda del entorno en relación a la adaptación del sujeto será mucho mayor, exigiendo mucho más a los recursos personales del individuo. Mientras forme más claramente parte de una *minoría*, mientras más en la periferia del sistema se encuentre, mayor será esta exigencia.

Partiendo de esta ubicación en la periferia de un sistema, la mirada del investigador en personalidad pasa en algún punto a evaluar los recursos del individuo, y entre ellos cobra relevancia especialmente lo que podríamos figurarnos como un continuo entre rigidez y flexibilidad que hace a la adaptación, esfuerzo que podrá o no lograrse frente a ese medio potencialmente hostil.

En la definición que aporta la Real Academia Española, rígido remite a dos ideas. Por un lado, aplicado a objetos, al mundo material, significa “que no se puede doblar”. En la segunda acepción, más próxima al campo del comportamiento, expresa “riguroso, severo”. Ambas acepciones son posibles de conciliar en una construcción que sirva a nuestros fines.

Si tomamos como analogía el primer significado –pues proviene de otro ámbito, ligado al mundo físico–, será *rígido* un comportamiento que mantiene su curso sin doblar, sin apartarse de un objetivo establecido con anterioridad. Si recurrimos a los otros dos términos (ríguroso y severo), ambos tienen en nuestra lengua connotaciones positivas y negativas. A los fines de nuestras distinciones en relación al constructo de personalidad, diremos que la rigidez será *un atributo del comportamiento que implica la imposibilidad, más o menos generalizada, de introducir cambios en el mismo para ajustarse a las demandas del entorno.*

Una analogía posible para comprender este proceso es la de cómo ha sido construida la estructura de un edificio. Para que la misma soporte un terremoto de gran intensidad sin colapsar se requiere que pueda acompañar los movimientos del mismo. Los materiales que la componen, y el encastre entre los distintos elementos de la misma, deben permitir hasta cierto punto esos movimientos. El hormigón armado (hierro con cemento en ciertas proporciones), por ejemplo, es más flexible que el adobe (ladrillos hechos a partir de barro, unidos con el mismo material). Un material duro como éste, sometido a fuerzas de cierta magnitud y dirección, se partirá, mientras que el hormigón podrá acompañar el movimiento sin experimentar daños, o sufriendo en todo caso daños menores sin comprometer la estructura en su totalidad.

Dado este panorama completo, con sus elementos contextuales y personales, la relación entre el circuito intrapsíquico y el circuito interpersonal determinará el tiempo real de esta adaptación en cada momento. Esa relación, en nuestra hipótesis, dependerá de las improntas relacionales en juego. Un funcionario alcanzó la mayor jerarquía en el escalafón en un organismo público, pero debido a su historial de denuncias de corrupción hacia pares y jefes no se le asignaba un área de responsabilidad ni empleados a cargo. Él vivía esa situación como injusta, y lejos de aceptarla continuaba con sus denuncias y lo que él entendía como una manera de “cumplir” su “misión”. En relación a su historia, su origen en un medio social desfavorecido y el esfuerzo que le significó terminar su carrera universitaria tienen que ver con improntas que resultaron posibilitadoras en relación al alto puesto al que accedió en el organismo público que integraba. Sin embargo, su lucha “desde abajo” reviste

también una serie de improntas donde precisamente *luchar* significa, en términos de la narrativa personal de ese individuo, *combatir* a aquellos que han tenido las cosas más fáciles, por ejemplo pares que accedieron a altos cargos sin rendir, como él, concursos públicos.

Ahora bien: ¿qué sería, en términos de personalidad, una adaptación frente a un medio hostil y mayoritario, en el que valores, costumbres, comportamientos premiados y castigados son diferentes? Si volvemos al ejemplo del trabajador puntual, una forma de adaptarse será seguir llegando puntualmente a sus reuniones, pero contemplar que durante el tiempo que le tocará esperar podrá realizar alguna tarea que para él resulte productiva, en lugar de sólo contar el tiempo transcurrido y quejarse abiertamente o encubiertamente de la impuntualidad de los demás.

Una persona rígida, con dificultades para adaptarse, en cambio, pagará un alto costo en términos personales y de la tarea. Definirá la impuntualidad de los otros como injusta, experimentará en términos emocionales enojo, expresará el mismo de manera más o menos directa frente a los otros participantes de la reunión, con lo que afectará la relación con ellos y, en consecuencia, la tarea compartida.

Una manera de entender la rigidez es conceptualizarla como cierto nivel de coherencia. Ahora bien: ser coherente, consecuente con lo que uno piensa y siente puede implicar también adaptación o desajuste, dependiendo de si se asume y reconoce el alcance de las propias acciones. Si el individuo no logra hacerlo y se impone objetivos mayores de lo que sus recursos y el contexto habilitan, su coherencia será desadaptativa, propiamente rígida. Si en cambio logra canalizar esa “energía” que circula en el circuito intrapsíquico, logrará más ajuste. En el caso del funcionario honesto, el mismo disponía de mucho tiempo libre en la medida en que aun con la más alta categoría su puesto había sido vaciado, como respuesta a las denuncias permanentes que realizaba a otros funcionarios. El terapeuta consiguió un avance importante en los objetivos al orientarlo para que en lugar de ocupar su tiempo de trabajo en identificar las fallas de sus compañeros y de la institución, se ocupara en completar una carrera de posgrado. “Yo soy honesto, hago hasta donde puedo”, podría ser una idea fuerza para este hombre en lucha por una mayor flexibilidad.

Reconocimiento y resentimiento

Retomando las consideraciones finales del capítulo 5, diremos que la persona es *reconocida* cuando los mensajes que recibe de su entorno significativo destacan mayormente los *aspectos positivos* de su comportamiento actual, lo cual impacta en su *self*. La imagen que el individuo recibe de los demás coincide con la propia imagen actual o bien, eventualmente, con una imagen de sí que el individuo desea a futuro. Esta última posibilidad se aplica especialmente a relaciones presentes que se enfocan sobre metas en el futuro: relaciones pedagógicas, terapéuticas, laborales en las que una persona trabaja activamente para el desarrollo de otra.

El *resentimiento*, por su parte, tendrá lugar cuando los *mensajes del individuo son sistemáticamente descalificados, sus acciones y emociones son connotadas negativamente de muy diversas maneras, incluyendo mensajes directos, la ironía, la burla, y en un extremo la indiferencia.*

En estos casos, la información que el individuo recibe en la interacción resulta discordante con el *self*, con esa imagen que, una vez más, puede ser actual, presente en la ecología de la mente de ese individuo, o bien chocar con la que el mismo proyecta para sí a futuro.

Si movemos de este modo el foco de la situación presente al futuro, el lector podría a primera vista sentirse tentado a ver estas nociones como juicios predictores acerca de los resultados que estas personas alcanzan en su vida, ya sea a nivel del mundo social, ya sea en lo relativo a sus propias metas en lo laboral, profesional u otros ámbitos. Ahora bien: *ni el reconocimiento es garantía de éxito ni el resentimiento implica un pasaje sin escalas al fracaso.*

Pero dejemos por ahora este tema en suspenso para concentrarnos en el aquí y ahora de la interacción y el proceso dinámico de construcción de la personalidad. Partiremos de una consideración de la misma estática, cristalizada, para tratar de dimensionar otro constructo ampliamente difundido en el conocimiento científico pero también a nivel del conocimiento lego: el rasgo de personalidad.

¿Qué papel juegan los rasgos en una teoría interaccional?

A simple vista esta pregunta podría ser respondida diciendo que esa clase de conceptos no tienen lugar en la complejidad de las relaciones entre la interacción y el pensamiento. Ahora bien: si consideramos la perspectiva de las personas significativas que mantienen relaciones con el individuo, se abren otras posibilidades.

Probablemente, estos observadores verán al individuo como alguien que tiene una forma particular de pensar, sentir y actuar. Este último componente, la acción, es el que resulta visible para los observadores. Los pensamientos y sentimientos pueden ser inferidos a partir de ese comportamiento, que puede incluir verbalizaciones más o menos precisas acerca del modo de ver el mundo y de sentir que el individuo refiere. Es importante considerar esta distinción, atentos al principio de impenetrabilidad en la comunicación humana.¹¹⁶

Si recordamos a los innovadores de que hablábamos algunas páginas más arriba, podríamos decir en términos generales que éstos transitarán el camino del reconocimiento o bien el del resentimiento. Una alternativa para este caso es que se consagre a demostrar a los demás que no está equivocado, que no está loco, que no es incapaz, etc., según la naturaleza del cuestionamiento que percibe en su entorno. A partir de una serie de interacciones que tienen lugar en el tiempo, su o sus contrapartes en este juego lo rotularán con una serie de calificativos que irán en uno de esos sentidos: error, locura, maldad. La familia, así como otros sistemas sociales, participan de este juego, reafirmando o cuestionando esas definiciones. A su vez, uno o varios profesionales, pueden sumarse al mismo, reafirmando o cuestionando aquellas definiciones a la manera de lo que más arriba planteábamos como *cristalizaciones*.

Un caso particular de estas cristalizaciones es la que tiene que ver con una etapa del ciclo vital de la familia, o bien con las consecuencias relativamente duraderas de un acontecimiento inesperado. Una vez que pasa la etapa, una vez que desaparecieron las consecuencias inmediatas de ese acontecimiento, la persona puede volver a funcionar como antes. El cristal abandona su forma y el entorno del individuo puede devolverle nuevamente una imagen de su

116 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

self más acorde a la previa, positiva, reconocedora. Se trata de una cristalización relativamente inestable, que puede mutar a otra forma a partir de esa influencia contextual.

Un caso prototípico sería el de algunos de los cambios de la adolescencia, que en general resultan temporarios. Esto es así aun frente al consenso acerca de que esta etapa se ha prolongado en nuestro tiempo, lo cual se suma con frecuencia a improntas relacionales de sobreprotección o sobreinvolucración resultando en una postergación del proceso emancipatorio. La rebeldía típica, por seleccionar un ejemplo dentro de muchos comportamientos disruptivos posibles, cede habitualmente en un punto y entonces los padres del adolescente, aliviados, pueden volver a identificar características de afabilidad, conformidad, etc. En términos interaccionales, volverán a ser posibles los consensos y la familia continuará su ciclo vital ingresando en un nuevo periodo de estabilidad.

Otro caso, relacionado con sucesos inesperados es el de algunas crisis de cuidado¹¹⁷ que se resuelven después del fallecimiento de la persona dependiente. Allí puede tener lugar una reinserción del individuo que oficiaba como cuidador exclusivo en sus circuitos habituales temporariamente abandonados. También el entorno podrá entonces identificar nuevamente algunas características que habían “desaparecido” durante el periodo de inestabilidad o crisis.

Volviendo a nuestra propia definición de personalidad, cabe aquí identificar cuánto y cómo esta clase de juicios del entorno nos ayudan a comprender la concepción de la personalidad más difundida entre legos y profesionales: un conjunto de características estables a lo largo del tiempo y a través de una serie de situaciones. El adolescente que “vuelve a ser cariñoso”, la señora que “vuelve a ser amigable”, muestran esta constancia perceptual que ya la crítica situacionista mostró en el ámbito científico de la personalidad en los años sesenta.

117 En su libro *Momentos decisivos*, Frank Pittman III define estas crisis como aquéllas que se presentan en familias en las que hay un miembro disfuncional y dependiente, ausencia de relevos a lo largo de muchos años. Ello deriva en que el cuidador exclusivo o principal claudica, se aísla de algunas de sus relaciones significativas, se enferma.

Pittman III, F. (1990). *Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de crisis*. Buenos Aires: Paidós.

Los rasgos, desde nuestra perspectiva, *son una construcción que asume la forma de una descripción acerca de la personalidad de un individuo. Dicha descripción es propuesta por un observador a otros observadores, y consensuada en la interacción con ellos. Esa interacción da lugar a una amplificación de la descripción original del primer observador; que cristaliza al individuo, fijándolo en una manera particular, idiosincrásica de ser, pensar y actuar.*

Si se nos tolera esta breve digresión, desde una perspectiva interaccional no podemos negar la existencia de los rasgos –como sí plantearon algunos autores de tradición cognitiva en el fragor de la crítica situacionista-, pero consideramos necesario otorgarles sólo el estatus que les corresponde. No se trata de minimizar su impacto, pues de hecho lo tienen y mucho: las profecías autocumplidas surgen en buena medida de esta clase de cristalizaciones.

Un proceso mínimo para comprender la forma en que los rasgos (entendidos en términos interaccionales) surgen, se mantienen y surten sus efectos, consiste en:

1. La descripción que un observador realiza, referida a una persona sobre la que considera tener cierto conocimiento. Este conocimiento incluye, reafirma o cuestiona aquella información eventualmente adquirida con anterioridad a un contacto personal, a través de comentarios de otras personas.
2. Esa descripción es comunicada por el individuo de manera explícita a otro u otros observadores que también conocen a la persona.
3. Dicha comunicación genera asociaciones en ese segundo observador con ciertas experiencias propias de él. Éste podrá evocar recuerdos que van en el mismo sentido de lo que propone el observador inicial. Podrá también encontrar contraejemplos que cuestionan esas observaciones, pero lo más habitual será que quien escucha un relato y encuentra en su propia experiencia antecedentes similares deje de ver, en virtud de un funcionamiento tipo figura-fondo los posibles contraejemplos de lo que plantea el observador.¹¹⁸

118 En el capítulo 3, al formular el primer paso del proceso motivacional (estado de carencia), articulamos los conceptos de la psicología general conocidos como sesgo de omisión y

4. En la interacción que tiene lugar, ambos observadores podrán llegar a un acuerdo acerca de las observaciones, o derivar en nuevas descripciones consensuadas acerca del individuo en cuestión. También puede darse que cada uno conserve sus propias descripciones originales, diferentes y hasta opuestas entre sí. El consenso, en este punto, es sólo una posibilidad.
5. Posteriormente, cada observador podrá compartir sus descripciones con otras terceras personas que conocen en mayor o menor medida al individuo poseedor del “rasgo”, dando lugar a la reafirmación o a la modificación de las mismas. El dicho “hazte la fama y échate a dormir” transmite cabalmente esta etapa del proceso. Las opiniones repetidas y amplificadas, a la larga, generan una “fama” que en ocasiones precede al individuo y que prefigura un set de comportamientos esperables que serán sistemáticamente observados por la persona que aún no lo conoce.
6. Una consideración que debemos realizar a esta altura del proceso es que los acuerdos relacionales previos entre esas segunda y tercera personas pueden hacer viables o no esas observaciones. Lo que dice una persona acerca de otra es aceptado o no a partir de la relación existente entre quien realiza la descripción y quien la recibe. Así, las personas toman, como se dice vulgarmente, “como de quien viene” la información que reciben. En extremo, se aceptará a ciegas una descripción o se la descartará inmediatamente sin mayor análisis. Por ejemplo, descripciones críticas que provienen de una persona que es considerada “resentida” en los términos antes expuestos, generarán en el interlocutor la tendencia a tomar en sentido inverso dichas apreciaciones. Una vez más se aplica la frase apócrifa del Quijote “Ladran Sancho: señal de que cabalgamos.”
7. Finalmente, cuando cualquiera de los múltiples observadores interactúa con este individuo que describe, tenderá a sesgar sus percepciones hacia los comportamientos que confirman determinados rasgos. Cabe destacar que aun cuando dos observadores coincidan en tiempo y espacio con el individuo observado podrán seleccionar

sesgo de confirmación. Los mismos se aplican, en este proceso interaccional, a los recuerdos de experiencias previas.

diferentes muestras de su comportamiento y describir por ello rasgos diferentes. El consenso es posible, pero no necesariamente tendrá lugar. Lo importante en todo caso es que cada observador confirmará lo que previamente pensaba.¹¹⁹

8. Las consecuencias interpersonales de este paso tiene que ver con los efectos que esta cristalización, bajo la forma de un rasgo, ejerce sobre las conductas del individuo. Una forma posible será que, profecía autocumplida mediante, éste se comporte de manera acorde al rasgo, cerrando el ciclo de predicción-confirmación en los observadores.
9. Es posible que el individuo, al participar de nuevos contextos sociales, en los que no existe ese conocimiento anterior difundido y amplificado según los pasos previos, pueda mostrar comportamientos diferentes con esa profecía. La nueva “manada” construirá entonces una visión consensuada alternativa, diferente de la anterior y hasta posiblemente opuesta a la misma.

Los humanos no son bacterias

Intentaremos en este punto sumar a nuestra descripción de los dos caminos que hemos denominado reconocimiento y resentimiento. Recurriremos para ello a una analogía que, desde el título precedente –que probablemente resultará disonante al lector-, puede resultar obvia pero nos permitirá explorar algunas capas de complejidad en el comportamiento adaptativo que en los seres humanos se engloba bajo el constructo de personalidad.

Como decíamos al inicio del capítulo, toda definición resulta limitada e insuficiente, y por lo tanto una descripción o serie de descripciones –incluyendo el recurso a la analogía cuando ésta presta algún servicio- servirá mejor a nuestro fin. Entendemos, por cierto, que el mismo hecho de hablar de dos caminos constituye ya una simplificación del complejo panorama de la cons-

119 Se aplican aquí también los mencionados conceptos de sesgo de omisión y sesgo de confirmación.

trucción de la personalidad. Si recurrimos a ella es únicamente a los fines didácticos y para que nuestro abordaje pueda resultar claro a los lectores.

Así entendida, la elección de uno u otro de estos caminos puede no ser tan clara o evidente. Por un lado, podemos pensar ambos como extremos de un continuo en el que cada persona puede ubicarse si se considera sus relaciones sociales significativas en un momento dado. Por el otro, en ciertos momentos la persona puede recibir mensajes en uno y otro sentidos de manera simultánea, provenientes de diversos emisores.

Quizás la manera más simple de entender la elección entre el reconocimiento y el resentimiento sea asumir que el primer camino resulta preferible para el individuo –pues en él las personas significativas le devuelven una imagen acorde a la que él muestra-. De ese modo, dadas ciertas conductas desde el entorno, el individuo las identificará como señales que marcarán el camino más cómodo, que cuenta con la aprobación del entorno.

Vale una analogía¹²⁰ que proviene del interés en medicina por conocer cuál es el antibiótico de elección ante cierta infección en el organismo. Un antibiograma es una prueba que se realiza para evaluar la susceptibilidad de una bacteria a una serie de antibióticos. Consiste en colocar una muestra (sangre, esputo, etc.) rodeada de las distintas drogas dispuestas en círculo alrededor de la ella. Todo ello va dentro de una cápsula de Petri a una estufa a temperatura similar a la del cuerpo humano, de modo que, dado cierto tiempo, el bioquímico podrá ver hacia dónde prosperó la bacteria en cuestión. Al identificar la parte del antibiograma en que no se produjo la reproducción del microorganismo, queda en evidencia cuál es el antibiótico más indicado para combatirlo.

120 En el libro *De crianzas y socializaciones* titulábamos el primer capítulo “Los pacientes no son vacas” para referirnos a cierta similitud un tanto macabra entre el trabajo del despostador de ganado y del terapeuta que rastrea improntas relacionales. Esperamos que el lector disculpe nuestra marcha atrás en la escala biológica en la comparación realizada en el presente apartado. Nuestra expectativa, además de comprender mejor ciertos fenómenos complejos, es hacer, como mínimo, más amena la lectura de esta obra. En nuestra máxima aspiración, pasa por convertirla en un camino divertido, y por ello interesante.

De manera similar a lo que ocurre en estos estudios de laboratorio, el entorno humano aprueba ciertas conductas y desaprueba otras, a través de mensajes abiertos y encubiertos. Ahora bien: los humanos no son bacterias. Podemos decir que una diferencia sustancial entre el entorno bacteriano y el entorno social consiste en que en este último resulta posible emprender y sostener un camino en el cual la desaprobación es una constante, de manera que el individuo persiste en un curso de acción con independencia de sus éxitos o fracasos. Las bacterias, a lo sumo, podrán hacer algo parecido a través de alguna mutación que les permita desarrollar, con el tiempo y la sucesión de generaciones, resistencia a determinados antibióticos. Los humanos, por su parte, mostrarán las trazas de la evolución en un organismo mucho más complejo con mutaciones entre generaciones pero también en el transcurso de la vida de un organismo.

Estos verdaderos cambios de segundo orden en ambos tipos de organismos son visibles en diversa medida desde el entorno. El investigador que trabaja con cepas de bacterias y estudia su resistencia a determinados antibióticos constatará fácilmente un aumento de la resistencia y lo atribuirá a una determinada mutación. Ahora bien: los cambios en el genoma del propio investigador no serán tan fácilmente advertidos por otros observadores; del mismo modo, las mutaciones en el código o programa de su comportamiento pasarán frecuentemente inadvertidas para un observador cercano y frecuente. Los antes mencionados sesgos de confirmación y omisión le harán difícil o imposible apreciar el cambio. Una vez más, el entorno social opera como un espejo o un GPS de la autoimagen original del individuo.

Más allá de la muchas veces esgrimida analogía entre la evolución de estructuras anatómicas estudiada por los biólogos y la evolución de patrones de comportamiento postulada por algunos teóricos de la psicología de la personalidad –con las múltiples diferencias de complejidad y escala temporal implicadas-, deseamos destacar la irreductible capacidad de los seres humanos de andar a contramano de las preferencias del entorno. En un extremo, esta tenacidad que puede llegar a la tozudez y a la obcecación podría entenderse bajo el difundido rótulo de “trastorno de personalidad”. El sistema clasificatorio más difundido en nuestro medio define esta identidad como “un patrón

perdurable de experiencia interna y comportamiento que se desvía notablemente de las expectativas de la cultura del individuo.¹²¹”

El resentimiento surge entonces como un concepto importante para comprender, desde un punto de vista interaccional, la construcción de los trastornos de personalidad, sobre la cual ofreceremos en el capítulo final algunas consideraciones. Como decíamos, el camino del resentimiento implica la descalificación de los mensajes por parte del entorno social, así como otros mensajes que sólo destacan aspectos negativos del comportamiento. En ocasiones puede observarse la omisión complementaria de otros aspectos positivos que puede tener la conducta. Como ejemplo vale considerar el frecuente caso de padres que en un intento por corregir el comportamiento de sus hijos se ocupan de señalar únicamente las conductas que se apartan de sus expectativas, sin reconocer los recursos y el uso que se hizo de los mismos. “Te sacaste un ocho... ¿qué pasó que no llegaste al diez?”

El ejercicio de esta crítica puede en ocasiones arrojar un cono de sombra sobre otras áreas del comportamiento en que el individuo presenta recursos y posibilidades de éxito: es el caso del fracaso escolar en ciertas materias (por ejemplo matemáticas) en un niño particularmente dotado para otras áreas del conocimiento (por ejemplo la música). El entorno podrá, de nuevo, marcar el camino de resentimiento valiéndose exclusivamente de la crítica, o bien intentar caminos alternativos, reforzando selectivamente por ejemplo comportamientos que actualizan esos recursos, y eventualmente utilizándolos para mejorar el rendimiento en aquella o aquellas áreas donde el desempeño se muestra deficitario. Un padre o un docente creativo podrán estimular, en el caso anterior, el aprendizaje de la matemática a través de los fundamentos matemáticos de la música, o bien el aprendizaje de la biología mediante el dibujo en un niño particularmente talentoso en esa actividad. Una vez más: si esos recursos no son apreciados, si se les cierra el camino del reconocimiento, el individuo tomará fácilmente el camino opuesto, del resentimiento.

121 Asociación Americana de Psiquiatría. (2013). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5*. Arlington, VA.

En términos más generales y en el ámbito de la crianza en la familia, cabe considerar las implicancias que diferentes periodos de la historia reciente han tenido sobre este proceso de refuerzo selectivo (y castigo) de ciertos comportamientos. El modelo de crianza más bien “duro” en cuanto a la expresión emocional en la crianza de la generación conocida como *baby boomers* ejemplifica este punto. Ciertos análisis sociológicos vinculan esos patrones con los cambios culturales que tuvieron lugar en la década del sesenta del siglo pasado para explicar los cambios que esa misma generación introdujo cuando le tocó la crianza de sus propios hijos, es decir de la generación siguiente. El mayor cambio se notó en el acercamiento afectivo que aquellos padres tuvieron con sus hijos: podemos decir que en general cambiaron el patrón de crianza que recibieron y que hasta entonces se había repetido por muchas generaciones.

¿Hacia dónde llevan *los caminos del reconocimiento y el resentimiento*?

Después de ampliar el foco para identificar lo que la historia natural, la evolución de las especies y los cambios a lo largo de las generaciones pueden aportar a nuestro análisis, volvemos a centrarnos en el microclima de las interacciones entre el individuo y su grupo de pertenencia. Sólo agregaremos una pequeña consideración, desde nuestro punto de vista necesaria, respeto al éxito y al fracaso entendidos como entidades autónomas y como fenómenos individuales.

Nuestro aporte lleva implícito el hecho de que el *fracaso* desde la perspectiva de un determinado sistema social –en términos de la analogía antes usada una “manada”, o de un sector de la misma- puede significar éxito desde otro lugar. Es el caso de la persona rotulada como “delincuente” y consecuentemente relegada al margen, a la periferia de un sistema (la “sociedad” como un conjunto amplio y sus leyes), que al ingresar a otro sistema más acotado (la banda delictiva, con sus reglas), es considerado exitoso y por lo tanto *reconocido*. Una acotación al margen llevaría a pensar los límites de ese nuevo sistema social que acepta y reconoce a quien ha fracasado en el sistema más

amplio. La banda delictiva del ejemplo se inserta en un sistema más amplio de lealtades que tienen lugar en personas que no cometen delitos ni avalan deliberadamente ese tipo de comportamientos. Claramente, el entorno puede ser funcional sin adherir explícitamente a cierto modo de hacer las cosas. Basta con que obtenga algún beneficio concreto, como en el caso de los narcotraficantes que solventan “solidariamente” gastos de la comunidad.

La misma funcionalidad tiene lugar en sistemas más reducidos como las familias. Múltiples formas de violencia son toleradas y justificadas por personas que no ejercen ni comparten conceptualmente esos métodos. La conocida frase “sólo es un poco mano larga... pero es muy buen padre” refleja el grado en que en ocasiones uno o más familiares de una víctima de violencia doméstica resultan funcionales –y en ocasiones desde el punto de vista legal *cómplices*- a esos comportamientos antisociales.

En síntesis: cuando se plantea la adaptación del individuo en términos de fracaso cabe siempre preguntarse: ¿fracaso para quién? Todo resultado, va de suyo decirlo, *es un resultado para alguien, y por lo tanto un mensaje y un constructo interaccional*. En ocasiones *los modelos explicativos del comportamiento no adaptativo remiten al fracaso en forma descontextualizada*. Así, la conducta delictiva se explica muchas veces como producto de una sucesión de fracasos que se remontan a la niñez. Desde nuestro punto de vista, esta visión es parcial en la medida en que deja de lado la consideración de que el comportamiento antisocial resulta de hecho adaptativo para cierto entorno – para otra “manada”-, que refuerza selectivamente esa clase de conductas. Así, el camino del *resentimiento*, sembrado de fracasos en cierto sistema social, implicaría que en otro sistema (o manada) el individuo sea *reconocido*.

Grados de libertad

Los sistemas sociales, con sus series de normas, constituyen elementos de un menú que el individuo, al menos idealmente, puede elegir. Como decíamos sobre el cierre del capítulo anterior respecto del comportamiento social, el tema de la libertad es relativo si consideramos que todo organismo presenta determinantes estructurales a nivel biológico. Aun con los reparos que plan-

teamos entonces respecto de entrar en un debate filosófico sobre los límites de la libertad, hablamos después de libertad “condicional” para referirnos a las restricciones no ya biológicas, sino a las propuestas y eventualmente impuestas por el propio sistema de reglas del grupo social.

Previo a toda elección hay un paso anterior de selección de alternativas posibles. Si de menú se trata, una persona puede concurrir a un restaurante porque es especializado en pastas, y esa selección será diferente si, otra noche, prefiere comer carnes. Una vez llegado al lugar podrá afinar su búsqueda y elegir cuál de los platos degustará. Ahora bien: si la elección implica más que el lugar donde tomar la cena o pasar un buen momento, y quien está frente al dilema antes planteado de elegir entre uno y otro sistema de reglas, entre pertenecer a una manada u otra, ¿el individuo elige libremente? ¿O es movido a esa supuesta elección por fuerzas que no controla?

Como principio general podemos admitir –considerando lo antes expuesto acerca de las limitaciones estructurales que en última instancia presenta el concepto filosófico de libertad–, que en el camino del reconocimiento el individuo *elige*, mientras que en el del resentimiento el individuo *es influenciado*, al menos inicialmente, por fuerzas ajenas a su control. Si aceptamos esto y pasamos a otro nivel de análisis o *tipo lógico*, podemos decir que uno y otro individuos *creen*, dentro de su propia construcción de la realidad, que *están eligiendo*. En ese nivel más concreto de la experiencia del individuo, el resentimiento como tal sólo podrá ser eventualmente construido a posteriori, y probablemente mediante la ayuda de una visión externa, posiblemente de un terapeuta que rescate ciertas improntas relacionales que se incorporarán a la narrativa del consultante.

En estos casos se abre la posibilidad de que el individuo pueda elegir, tomar una postura frente a esas limitaciones anteriores a su libertad de elección. Quien ha sufrido y reproducido violencia, quien ha experimentado serias privaciones en lo económico, quien ha sido criado en un entorno delincencial puede, en algún momento, decidir apartarse de ese modelo, eligiendo otro alternativo, y volver por una colectora –podríamos decir–, al camino del reconocimiento.

Así como ciertas improntas relacionales pudieron forzar allá y entonces el camino del resentimiento, otras improntas –en este caso posibilitadoras–, y

quizás más recientes en el tiempo, habilitarán al individuo a tomar una nueva posición frente a su propia vida. Esta posición abarcará las circunstancias vividas en el pasado, que en el presente podrán ser redefinidas facilitando el cambio que en última instancia tendrá lugar en la personalidad y que habilitará el nuevo camino del reconocimiento.

Una consideración adicional sobre las improntas relacionales: aquellas que marcaron el camino del resentimiento van a influir posiblemente en cierto grado, aunque en otro sentido, sobre el modo en que se da la adherencia al nuevo sistema de ideas y al nuevo sistema social. Así, por ejemplo, la vehemencia e intensidad con que un pastor o ministro de una iglesia se dirige a su comunidad podrá tener algo de la impronta de la violencia que él sufrió y reprodujo en el pasado. Otro podría ser el del autodefinido “alcohólico en recuperación”¹²² que se consagra a *ganarle* al alcoholismo apadrinando a un compañero de grupo y compitiendo de alguna manera con él, pero ya no por ver quién bebe más, sino por demostrar quién es capaz de sostener la abstinencia todo el tiempo.

Los otros como puente roto o puente Bailey

El concepto de impronta relacional posee un doble aspecto en al menos dos sentidos. Por un lado tenemos una experiencia pasada es activada en el presente; por el otro, existe un registro en el individuo que es activado por los otros en la relación. En ese sentido, si damos un paso respecto del desarrollo anterior y hacemos hincapié en el *presente* y la *relación*, diremos que en ellos se encuentra la clave para comprender el comportamiento actual del individuo.

Las personas andan por la vida con su propia modalidad relacional a cuestas, y van probándola con otras personas con las que se topan; con algunas coincide y es aceptado rápidamente, con otras el individuo tendrá que recorrer un camino para coincidir, y con otras obtendrá un rechazo liso y llano. En esto,

122 Como vimos en el capítulo 5, la competencia tiene lugar, desde el punto de vista de G. Bateson en el éxito del tratamiento que propone Alcohólicos Anónimos.

y para echar mano a una analogía que ya hemos utilizado, los esfuerzos de los individuos por “encajar” se parecen a la relación entre las muescas de una llave y la combinación de una cerradura. En su búsqueda, el individuo puede encontrarse, además de con diferentes personas y grados de aceptación, con diversas situaciones propias de la vida que lo sorprenden (al modo de las crisis por sucesos inesperados). Personas y situaciones pueden jugar un papel respecto del individuo, acercándolo al, o alejándolo del centro de la manada.

En este último caso, circunstancias y personas pueden asumir el papel de verdadero “puente roto” en ese camino, y allí es donde una persona, aun con improntas relacionales posibilitadoras, puede ver facilitado únicamente el camino del resentimiento. De manera inversa, aun cuando circunstancias adversas del pasado e improntas relacionales imposibilitadoras han tenido lugar, ciertas relaciones actuales, en el presente del individuo, juegan el papel de un puente *Bailey*¹²³ que permite continuar el camino al centro, el camino del reconocimiento, evitándole al individuo el penoso regreso a la periferia.

Estos puentes de campaña pueden ser personas, con sus correspondientes propuestas relacionales, y también circunstancias ambientales. Un buen ejemplo de propuesta relacional puede verse en la biografía del consagrado pianista australiano David Helfgott, llevado al cine en la película *Clarooscuro*, dirigida por Scott Hicks. En el relato es posible identificar una serie de improntas relacionales imposibilitadoras, especialmente en la relación del músico con su padre. Sin profundizar en la trama, diremos que la relación era como mínimo violenta, y que dejó secuelas permanentes, en términos de sintomatología psiquiátrica, truncando en un momento dado una promisoriosa carrera artística internacional en el ámbito de la música clásica. Sobre estos antecedentes, al menos tres figuras clave actúan como verdaderos puentes *Bailey* en la historia del músico. Su primer profesor de piano en los primeros años, su mecenas y mentora Katherin Prichard en la adolescencia, y su segunda esposa en la edad adulta constituyeron pilares en momentos claves para afrontar las dificultades

123 Estos dispositivos son puentes prefabricados portátiles de uso militar. En muchas ocasiones se les da un uso civil de manera provisoria cuando por un acontecimiento imprevisto (por ejemplo la creciente de un río) destruye un puente cuya reparación o reconstrucción insumiría mucho tiempo.

derivadas de sus trastornos mentales, lo cual le permitió ciertos momentos de estabilidad y regreso a la actividad musical.

En cuanto a las circunstancias fácticas, concretas, ampliamos la mirada a las alternativas concretas otorgadas por organizaciones de ayuda de diverso tipo que hacen posible, por ejemplo, una vivienda en condiciones, el alojamiento de la familia de una localidad lejana que posibilita acompañar a un niño durante un tratamiento médico prolongado, o una beca que permite costear estudios a un niño o adolescente que de otra manera no podría continuarlos.

La difundida historia que vincula a las familias de Alexander Fleming y Winston Churchill¹²⁴ ilustra con gran belleza lo decisiva que puede resultar una ayuda económica oportuna, no sólo para el desenlace de una historia individual sino para la de una nación o de la humanidad en su conjunto. El padre de Fleming, un campesino pobre, salvó al niño Winston Churchill de morir de morir ahogado. En compensación, el padre de éste ofreció costear los estudios al futuro creador de la penicilina, quien a su vez salvó, años más tarde y por segunda vez, la vida del futuro líder de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Más allá del valor de esta historia en términos estéticos –y, si se quiere, de propósito o destino manifiesto–, para nosotros resulta valioso preguntarnos qué hubiese sido de Inglaterra como nación y del bando aliado durante la guerra, por un lado, y de la humanidad por el otro, sin la conducción del Primer Ministro Churchill y sin la penicilina del Dr. Fleming.

Los casos precedentes destacan en un sentido amplio el papel del contexto, y en términos más específicos el valor que adquieren los circuitos interaccionales sobre variables críticas de la personalidad. Ésta no depende entonces linealmente del contexto o de las situaciones, pero unos y otras juegan un papel central a la hora de definir si el individuo se ubicará en el marco de un proceso de resentimiento o en uno de reconocimiento.

Si ampliamos la mirada y pensamos a nivel del funcionamiento social de las personalidades individuales, y los extremos a los que puede llegar el comportamiento de una persona en situaciones específicas, no tenemos más que

124 FALTA CITA!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

volver a los ya citados experimentos de Milgram,¹²⁵ los cuales muestran cuánto y cómo personas funcionales, “normales” desde el punto de vista de la evaluación psiquiátrica tradicional, se comportan en un contexto relacional específico –en este caso basado en la complementariedad y la obediencia-, de manera disfuncional, violenta y hasta antisocial. Esta clase de evidencia científica inclina hacia el lado de las variables ambientales la antigua disputa entre *natura* y *nurtura* en el ámbito del desarrollo de la personalidad.

La categoría “variables ambientales” resulta demasiado amplia si se busca comprender el impacto de las experiencias, vía improntas relacionales, sobre la personalidad. Ciertas relaciones y momentos resultan más importantes que otras: en particular los padres, con sus expectativas y prescripciones de conducta, los hermanos con su poder de modelado sobre el comportamiento y, en un sentido parecido pero desde afuera de la familia, el grupo de pares.

Los padres, va de suyo, juegan un papel central como generadores de improntas relacionales, sobre todo (aunque no de manera exclusiva) durante la crianza. En esta generalidad podemos incluir otros adultos de la misma generación, que de acuerdo a la configuración específica de la familia tengan, en términos de estructura familiar, un lugar privilegiado como generadores de improntas: tíos, padrinos, abuelos. De todo el abanico posible de improntas facilitadoras y no, destacaremos aquí el poder de establecer cierto modelo definido como deseable que el niño se verá instado a seguir. “Tenés que ser como tu hermano” resume esta dirección prescripta, aunque muchas veces los mensajes son menos directos y a veces francamente encubiertos.

Frente a esa clase de mensajes, el individuo puede tomar, de nuevo, diversos caminos. Claramente, desde las expectativas familiares, uno de ellos será el privilegiado, pavimentado y claramente señalado. El o los otros caminos presentarán más dificultades: algunos dejarán la marca del resentimiento a través de la experiencia de carencia (de afecto, de reconocimiento), otros no necesariamente. Lo importante en este punto es que los hijos, en parte debido a su posición en la fratría, podrán desarrollar grados variables de autonomía respecto de estas expectativas del subsistema parental. Generalmente,

125 En el capítulo 5, cuando desarrollamos el concepto de pertenencia rígida.

aunque no siempre, los hijos menores disponen de más modelos mientras más hermanos mayores poseen. Más modelos ofrecerán aquí mayores grados de libertad para la acción. Por supuesto, estas consideraciones deben ser tamizadas a través de otras variables; por mencionar únicamente la que quizás resulte más crítica, diremos que el grado de aglutinamiento o desligamiento de la familia determinará, respectivamente, menores o mayores grados de libertad.

Hechas estas consideraciones, diremos que un hijo mayor mirará habitualmente a sus padres, mientras que un hijo menor podrá mirar a éstos pero también a su o sus hermanos mayores. Esto no quita que los hermanos menores puedan representar modelos válidos de aprendizaje de nuevas conductas para los hermanos mayores.

Entre toda la variedad de experiencias destacaremos el papel imposibilitador en el hermano menor de las improntas surgidas de la comparación con el mayor y la crítica constante. Frente a ella, una salida puede ser la rebeldía y el trazar un camino propio que, como decíamos más arriba, podrá basarse en el reconocimiento en otro sistema (por ejemplo la generación de una nueva familia, pero también alguna clase de institución), o bien en el resentimiento. Las vicisitudes de la salida de la familia de origen aportarán a ese camino; los vuelos fatales de que hablaba F. Pittman III¹²⁶ muestran quizás el desenlace más dramático en la búsqueda de autonomía respecto de esas influencias no facilitadoras.

Otra forma, además de la crítica, en la que los padres pueden marcar caminos poco o nada posibilitadores es la *delegación* total de la educación en otro sistema social, habitualmente una institución. Cuando esto es vivido como *imposición*, los efectos resultan devastadores a nivel del *self*. En la misma línea, la obligación de integrarse a ciertas y determinadas relaciones sociales (por ejemplo con primos, o hijos de amigos de los padres) puede generar improntas en el mismo sentido. En ocasiones, experiencias de abuso y otros tipos de violencia derivan de esa clase de imposiciones.

126 Pittman III, F. (1990) *Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de crisis*. Buenos aires: Paidós.

Una mirada hacia los extremos

Los dos caminos descritos presentan una extensa serie de implicancias. Conducen a distintas maneras de pensar acerca de las experiencias vividas en general y de las carencias experimentadas en particular. Favorecen además determinados tipos de respuestas emocionales, suponen lugares más o menos predecibles en términos de roles en las interacciones con las personas significativas y, consecuentemente, el modo preferido para contar la propia historia o narrativa personal.

Las dos grandes categorías que hemos elegido buscan desglosar una experiencia que tiene lugar de manera conjunta y global. No se trata de elementos aislados sino de subsistemas que se influyen y retroalimentan recíproca y permanentemente. A su vez, la ilustración de los dos caminos –el reconocimiento y el resentimiento–, pueden entenderse como extremos lógicos y por ello artificiales. Todas las personas podemos ubicarnos en un punto dentro de un continuo que encuentra en sus extremos a ambos polos, y esa ubicación responderá al contexto, al momento histórico concreto que la persona vive y a las particularidades de la interacción específica en la que interviene. Los tipos puros constituyen entonces meras abstracciones, y por ello serán difícilmente encontrados en las interacciones reales.

A continuación desglosamos, entonces, algunas categorías –no exclusivas ni excluyentes– en que puede separarse y contraponerse los constructos de reconocimiento y resentimiento.

Construcción de significados

La primera distinción remite a la carencia inicial, habitualmente a nivel de la experiencia emocional, a la que aludimos en el capítulo 3.

Quienes transitan el camino del reconocimiento significarán esta carencia en términos de una experiencia no deseada, pero posible y aceptable. Una manera de expresar estos atributos es decir que se trata de “las reglas del juego”.

La salida hacia la periferia puede ser vista entonces como una consecuencia de diversas circunstancias que eran vislumbradas como posibilidad desde el inicio. Es el caso del emprendedor que quiebra su negocio y vuelve a empezar. Perder es un desenlace posible para quien participa en esa clase de juegos. En el ámbito de las relaciones familiares, donde tienen lugar las carencias emocionales a las que aludíamos, la manera de significarlas puede ser expresada bajo la forma de “son los padres que me tocaron”, “hizo su mejor esfuerzo dentro de sus limitaciones”, etc.

Si dirigimos la mirada al otro extremo, las personas consustanciadas con el camino del resentimiento realizarán un planteo probablemente en términos de injusticia padecida. Consecuentemente, encontraremos en estas personas atribuciones externas, donde el origen de sus padecimientos resulta ajeno a su propia participación. Asimismo, el grado de control que pudieron o pueden presentar resulta mínimo o nulo.

Volviendo al reconocimiento, diremos que las atribuciones pueden ser externas en relación a lo que le “tocó” vivir al individuo –unos padres con tales características, un país en que nacieron, una crisis económica-, pero siempre habrá una toma de posición propia que implicará ciertos grados de control y la asunción explícita de la responsabilidad en la interacción: “Frente a estas circunstancias yo decidí..., yo hice..., yo me propuse...”.

Siempre a nivel de las cogniciones que el individuo desarrolla, el campo del reconocimiento favorecerá expectativas a futuro de un mejor desempeño que el obtenido hasta el momento. Si por ejemplo registra improntas de relaciones poco afectuosas con sus padres, el individuo imaginará, deseará y trabajará para unas relaciones más intensas en lo afectivo con sus hijos.

Esa clase de expectativas promisorias para el futuro serán mucho más difíciles de encontrar entre quienes transitan el camino del resentimiento. Para estas personas, el camino por venir se parecerá necesariamente al camino transitado.

Un elemento adicional pero de no menor importancia: el reconocimiento admite la posibilidad de una visión sistémica: considera el contexto en diversos niveles (macro, micro), piensa en términos de proceso. Este tipo de pensamiento le permitirá comprender la complejidad y las limitaciones frente a un objetivo, pero también vislumbrar oportunidades.

El resentimiento opera de alguna manera como las anteojeras de los caballos: permite sólo la visión sólo hacia adelante, determinando un pensamiento lineal, secuencial, acotado en cuanto a la consideración del contexto, que por tanto prioriza el resultado inmediato, a corto plazo

La definición de la relación

Dado este modo construir la realidad respecto de la carencia, podemos preguntarnos cómo se da el proceso continuo de definición de la relación entre quien la ha experimentado desde el reconocimiento o el resentimiento por un lado, y quien o quienes son a la vez receptores de su propuesta relacional y mantenedores de la misma en un proceso circular.

En el terreno del reconocimiento las personas experimentan ante la pérdida una amplia gama de sentimientos negativos que incluyen tristeza, desazón, desilusión y enojo, entendidos como reacciones relativamente específicas, ligadas a la situación. Pueden expresar abierta o encubiertamente su disconformidad con la situación, pero de alguna manera la aceptan como parte de “las reglas del juego”, que se encuentran más allá de su capacidad de control y operación sobre el ambiente. Esa disconformidad, por tanto, difícilmente es expresada como un patrón recurrente de queja en la relación.

Si entramos al ámbito de la interacción con las personas significativas, los demás representarán un valor importante pero no esencial para la identidad, complementario pero no mayor que la concepción que el individuo tiene de sí mismo.

Al fijar el foco en las personas del entorno, encontraremos que cuando el individuo en cuestión es reconocido, el entorno emite mensajes predominantemente confirmadores hacia él. Quienes se ubican en el reconocimiento presentan, en consecuencia, un sentido de la identidad que en ocasiones puede derivar en alejarse parcial o definitivamente de ciertas personas, a posteriori de un desacuerdo en la relación, aunque manifiestamente los participantes identifiquen sólo diferencias a nivel del contenido de la comunicación. En

términos de lo que desarrollaremos más adelante al tratar el cambio en la personalidad (capítulo ^), podemos hablar en estos casos de niveles elevados de una *autonomía* que siempre es *relativa*. A partir de ello, el individuo posiblemente será rotulado por los demás como individualista o egoísta.¹²⁷

En el otro extremo, el camino del resentimiento presenta un panorama muy diferente. Si de sentimientos se trata, predominará claramente, como modo de autopresentación social, la expresión de toda una gama de sentimientos negativos. Independientemente de la naturaleza de los mismos, resulta destacable en estas personas la recurrencia y relativa independencia de las circunstancias o situaciones que los activan, conformando un patrón. Desde la perspectiva de las demás personas, estos individuos aparecen como “quejosos”, haciéndose acreedores de rótulos relativos a ese comportamiento por parte de las personas significativas y, eventualmente por profesionales de la salud mental. Desde un punto de vista interaccional, ese patrón de queja constituye un modo fallido de buscar reconocimiento y aceptación. Este modo permite al individuo captar atención por parte de los demás y, eventualmente –en el ámbito de la patología- su cuidado, perpetuándose el individuo en un rol que podríamos definir como *cómodamente incómodo*, pagando un alto precio en términos de sufrimiento y disfunción, tanto a nivel individual como familiar y/o en otros grupos sociales. Dos formas clásicas de disfunción en las relaciones deben ser incluidas en este punto: la colusión y el doble vínculo.

La colusión, conceptualizada por Ronald Laing,¹²⁸ ha sido magistralmente descrita por Paul Watzlawick¹²⁹ como una relación en la que tiene lugar

... un arreglo sutil, un quid pro quo, un acuerdo en el plano de la relación (a lo mejor sin que se tenga idea de ello) por el que uno deja que el otro le confirme y ratifique como la persona que uno cree ser. El no

127 Usamos aquí el sentido lego de los términos, que habitualmente son tomados como sinónimos. En el ámbito de la psicología de la personalidad, el *individualismo*, entendido como rasgo o disposición, remite a la tendencia a anteponer las propias necesidades a las de los demás. Una persona individualista puede, en ese sentido, no ser egoísta, y hasta generosa, por ejemplo.

128 Laing, R. (1974). *El yo y los otros*. México: Fondo de Cultura Económica. México.

129 Watzlawick, P. (1944). *El arte de amargarse la vida*. Barcelona: Herder.

iniciado podría preguntar aquí con razón, para qué se necesita entonces una pareja. La respuesta es sencilla: imagínese usted a una madre sin hijo, a un médico sin enfermos, a un jefe de Estado sin Estado. Esto no serían más que esquemas, por decirlo así, personas provisionales. Sólo cuando tenemos el papel que necesitamos, nos convertimos en «reales»; sin él estamos a merced de nuestros sueños que, como se sabe, son vanos.

Podemos decir, por un lado, que así descripto, este funcionamiento caracteriza toda relación. Nuestra aproximación a una definición de personalidad (capítulo 2) se inscribe en esta línea de pensamiento.

Por el otro lado, quizás un uso más propio del término *colusión* nos acerca a un funcionamiento claramente disfuncional en el cual, podríamos decir, lo que sostiene a una persona en determinado modo de funcionamiento y auto-presentación social es ese atributo necesario para sostener, a su vez, al otro en la relación. Allí es donde una persona necesita funcionar como enferma para que otra la cuide, o como sometida para que la otra ejerza su poder, por ejemplo. Esta segunda acepción del término resulta, desde nuestra perspectiva, más adecuada para nuestros fines actuales.

El otro tipo de disfunción que requiere nuestra atención en este punto es el doble vínculo. No desarrollaremos aquí este concepto central del pensamiento sistémico, que el lector puede consultar en profundidad en el recorrido secuencial de la obra de G. Bateson.¹³⁰ Destacaremos únicamente la trampa relacional que implica la imposibilidad, por parte de la víctima, de salir del campo, de metacomunicar.¹³¹

Fuera de estos casos extremos de disfunción relacional, puede aplicarse un principio general a lo cotidiano de las relaciones entre quienes recorren el camino del reconocimiento y quienes hacen lo propio, como mejor pueden, en el del resentimiento. De alguna forma, cuando ambos caminos se cruzan, el resentido mirará los logros de quien ha sido reconocido como producto de

130 Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

131 La película *Claroscuro*, citada en relación al reconocimiento, ilustra también este punto, específicamente en la relación del protagonista con su padre, y en un sentido más amplio la disfunción familiar.

una trampa, o como un éxito relativo que más adelante en el tiempo, o bien en otra área, terminará en rotundo fracaso. “Afortunado en el juego, desafortunado en el amor”; “La plata no se hace trabajando” son la clase de frases de la sabiduría popular que ilustran este funcionamiento. Si pensamos en la teoría del juego, el resentido aplica sistemáticamente en la relación un juego de ganar-perder, mientras que quien juega al reconocimiento buscará la posibilidad de un juego ganar-ganar. Destacamos aquí del papel homeostático en la relación de esta clase de juicios que hallamos en el ámbito del resentimiento. Quien allí se encuentra razona aproximadamente de este modo: “si el otro no alcanza lo que yo no puedo lograr –o logra por medios espurios-, puedo quedarme tranquilo. Si el otro logra, es exitoso, adquiere cierto estatus,¹³² yo estoy en falta porque no he sido capaz de hacerlo.”

Este modo de entender el fracaso propio y el éxito de los demás nos lleva a una siguiente distinción en cuanto a los patrones de interacción de reconocimiento y resentimiento: mientras que los primeros se caracterizan por la proactividad, iniciando y sosteniendo voluntariamente acciones, los segundos muestran habitualmente una tendencia a la pasividad y a la reacción frente a los cambios en el contexto.

Un comentario adicional, para ampliar las diferencias que en cuanto a propuesta relacional se plantean, tiene que ver con el significado que el individuo otorga a su propia participación en la interacción. El reconocimiento conlleva un sentido de responsabilidad personal en la interacción. La persona se asume aquí como *protagonista*. En cambio, el resentido encontrará siempre la fuente de sus males en el otro, atribuyéndole desde un papel de *víctima* el origen de sus padecimientos. En línea con lo anterior: las narrativas de uno y otro presentarán variaciones: quien se siente reconocido se presentará como *autor* de su relato; en cambio, quien relata su historia desde el resentimiento frecuentemente lo hará como *intérprete* de historias ajenas.

El resentido creará posiblemente que es autor de su propio relato, pero desde el punto de vista de los observadores que integran su entorno relacional se

132 Remitimos al lector a revisar los conceptos de *rol* y *estatus* en nuestro libro anterior: Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

mostrará repitiendo guiones de otras personas. Peter Senge, en su clásica obra *La quinta disciplina*,¹³³ plantea que uno de los errores del aprendizaje tiene lugar cuando el individuo se asume como su propio puesto. Desde su perspectiva, ese puesto es producto de su propia creación, está “hecho para él” y por lo tanto se asimila al *self*. Esta especie de confusión entre atributos e identidad tiñe la narrativa y se refleja constantemente en las interacciones del individuo.

Finalmente, si evaluamos la relación entre los circuitos intrapsíquico¹³⁴ e interpersonal, el resentimiento supondrá probablemente un menor grado de conexión con el comportamiento de las demás personas. Con mayor frecuencia, el resentido dialogará predominantemente con sus propias ideas, asignándoles veracidad en un alto grado, y vivirá en consecuencia.

El reconocimiento, por el contrario, implica un mayor grado de sensibilidad al medio, y una tendencia a influir y dejarse influir por las personas significativas en la interacción. El constructo conocido como *elevado control del self*¹³⁵ se aplica a su caso. Estos individuos son más sensibles a las señales de adecuación a la situación y chequean con mayor frecuencia y eficacia esas ideas en su propio contexto interpersonal. Están más pendientes del entorno y sus reacciones por comparación con los resentidos, con lo cual son más efectivos que éstos en la interacción, lo cual retroalimenta los resultados obtenidos. En el polo opuesto, el resentido será menos sensible a esas señales de adecuación; estará menos pendiente de “su público”, por lo cual la interpretación que realiza generará pobres resultados, perpetuando de alguna manera su permanencia en ese lugar de la estructura.

Si de resultados se trata, esta mayor sensibilidad al entorno en la interacción, junto con un uso más equilibrado del circuito intrapsíquico resultarán en una mayor variedad de herramientas, a nivel cognitivo e interpersonal a la hora de resolver problemas. Esa variedad implicará un mayor número de respuestas

133 Senge, P. (2011). *La quinta disciplina*. Buenos Aires: Granica.

134 Remitimos al lector al apartado *Interacción, identidad* del capítulo 1 para la definición de circuito intrapsíquico.

135 Aludimos al concepto caído en desuso de *control del self*, creación de Herman Witkin. Pervin, L. (1996). *La ciencia de la Personalidad*. Madrid: Interamericana.

posibles o, en términos de la analogía que utilizábamos unas páginas más atrás, una mayor cantidad de llaves que le permitirá abrir muchas combinaciones posibles. Paralelamente, el resentido contará con un número muy limitado de propuestas relacionales, lo cual una vez más tenderá a alejarlo de sus objetivos y, en términos sociales, a la periferia de la manada.

Desde el punto de vista de la evaluación clínica de la personalidad, la mayor o menor posibilidad de combinaciones se asociará con la *flexibilidad*. En el otro extremo, mientras más *rigidez* evalúe el clínico, más se acercará a construir un diagnóstico de trastorno de personalidad.

Algunas improntas relacionales y su influencia en el desarrollo del resentimiento y el reconocimiento

La lógica de nuestra exposición pretende ser coherente con el pensamiento sistémico, en el cual la puntuación de los hechos responde a la necesidad del observador. En ese sentido, retomando nuestra conceptualización del proceso de crianza –entendida como una sucesión de improntas relacionales que explican la manera de pensar y relacionarse de los individuos–, hemos bosquejado en los puntos anteriores cómo piensan y cómo se relacionan las personas que pueden ser asimiladas a estos dos grandes tipos interaccionales que hemos llamado *reconocimiento* y *resentimiento*. El orden de la siguiente enumeración no responde, entonces, a una secuencia cronológica. Hecha esta salvedad, iremos atrás en el tiempo, a un momento anterior al de las interacciones actuales típicas que hemos descrito, en busca de las improntas relacionales que habitualmente construimos como observadores en las personas que siguen uno y otro camino. Se trata, una vez más, de una síntesis arbitraria y no exhaustiva, que responde a nuestra experiencia personal y clínica, y no excluye por tanto muchas otras experiencias e improntas relacionales posibles. Una vez más, al tratarse construcciones, cabe considerar el recorrido personal del observador en general y del clínico en particular, lo que incluye, además de la propia experiencia del terapeuta con su crianza y socialización, la experiencia aportada por los consultantes y, al final pero no menos impor-

tante, las “múltiples voces”¹³⁶ de los autores que leemos y que inciden en el recorte que realizamos cuando escuchamos las historias que nos cuentan.

En el reconocimiento encontraremos improntas ligadas a la exposición gradual a las dificultades de la vida. Esa exposición es acorde a los recursos personales, proviene en buena medida del aprendizaje que han posibilitado los padres a lo largo de la crianza, poniendo al alcance de sus hijos problemas que éstos son capaces de resolver. Esto se entrena y hace sustentable en la fratría, la cual, en tanto que primer laboratorio social, constituye un puente para el proceso de socialización.

El otro camino, el del resentimiento incluirá, entre otras improntas imposibilitadoras ligadas a la frustración, con padres que han encontrado dificultades al ofrecer a sus hijos problemas susceptibles de ser resueltos. La dimensión que comprende la *sobreprotección* y la *sobreinvolucración*¹³⁷ debe ser especialmente evaluada en estos casos.

Las consecuencias para el sistema

Para cerrar este recorrido nos remontaremos a algunas ideas y analogías ya desarrolladas. Las personas forman parte de sistemas sociales en los que pertenecer aporta beneficios y supone restricciones a la libertad individual. Cada vez que hemos aludido a la imagen de la “manada” hemos pretendido confrontar al lector con los principios de la socialización de nuestra especie, y las similitudes con otras especies que nos permiten trazar distinciones en el ámbito de la personalidad humana.

Como hemos dicho, el lugar que el individuo adquiere y sostiene en un sistema social se explica a partir de múltiples interacciones con los otros miembros, y de los resultados obtenidos. Cuando esos resultados no son los esperados por el sistema (cuando la acción individual no está alineada con el

136 Minuchin, S. (1987). Mis múltiples voces. Sistemas familiares, Año 3, vol. 3

137 Remitimos una vez más a la lectura de nuestra obra anterior, en particular el capítulo 9.

propósito de esa organización), el mismo se ve afectado en mayor o menor medida. Es entonces que uno o más miembros se ocuparán de corregir, en el menor tiempo posible, el sentido las interacciones con el individuo en cuestión. En un primer momento, una intervención de tipo “disciplinaria” puede tener lugar, y ser suficiente para que “la oveja vuelva al redil”.

Cuando esa corrección no surte efecto, el movimiento del individuo hacia la periferia resulta irreversible, y en un momento dado podrá darse la salida (eventualmente bajo la forma de expulsión) del sistema.

Dado este sucinto panorama cabe preguntarse por las consecuencias que el movimiento descripto tiene para el sistema y sus integrantes. No ahondaremos en las múltiples vicisitudes posibles de estos cambios, pero señalaremos, a partir de ideas de G. Bateson¹³⁸ provenientes de la antropología cultural, dos posibles modos que pueden aportar a nuestro análisis.

Una posibilidad para la diferenciación del sistema –el surgimiento de un nuevo grupo o manada-, es lo que Bateson llamaba cismogénesis simétrica. El individuo provee al sistema de algo que éste necesita, y el sistema lo retribuye con algo que necesita el individuo.

Cuando una de las partes no resulta satisfecha –generalmente el individuo, quien empieza a experimentar la relación en términos de carencia-, se inicia un camino que puede terminar en la salida del individuo del sistema. En una empresa, un empleado puede sentir que alcanzó “su techo” y planificar su salida en orden a desarrollar su propio emprendimiento. En una familia, el esposo puede empezar por sentir que su pareja no lo satisface en sus necesidades afectivas; más adelante verá que ella se aleja y supondrá una infidelidad; finalmente que ella ha puesto a sus hijos en contra y lo quiere aislar. Ambos casos muestran distintos caminos para la salida del sistema. Un caso exitoso de *spin-off*¹³⁹ de una empresa puede dar lugar a un nuevo emprendi-

138 Bateson, G. (1999). “Contacto cultural y esquismogénesis” En *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

139 Se denomina así al proceso por el que un proyecto surge como un derivado o extensión de otro anterior. Habitualmente se utiliza para referirse a empresas nuevas que surgen con la partida de empleados que fundan su propia empresa.

miento que satisfaga las necesidades de reconocimiento del joven, pero también puede derivar en una amarga guerra contra sus anteriores empleadores, que afecte al nuevo emprendimiento y eventualmente a la empresa madre. En el ejemplo de la familia, el desenlace podría dar lugar a una separación en buenos términos, manteniendo un subsistema parental funcional que satisfaga las necesidades de todos, pero también puede derivar en una escalada de violencia que remate en un asesinato múltiple seguido de suicidio por parte del cónyuge excluido. Desde nuestra perspectiva, una variable clave que puede conducir a desenlaces tan diversos es el camino previo de reconocimiento o resentimiento que transitó el individuo.

Desde el punto de vista de la organización (la empresa, la familia o cualquier otra), con los intereses y propósitos que la definen, las consecuencias pueden ser también variadas. Para simplificar podríamos decir que la organización puede verse beneficiada por esta clase de cismogénesis, cuando un empleado pasa a ser proveedor y hasta socio estratégico. También puede ocurrir que la nueva empresa sea vista como una amenaza por la empresa madre, y entonces lo que tiene lugar es una rivalidad entre una y otra, un juego de ganar perder que eventualmente afectará y hasta destruirá a uno o ambos sistemas.

En el caso de la familia, los desenlaces pueden ser también igualmente constructivos o destructivos para uno o más sistemas. Los tristemente célebres desenlaces en que un hombre asesina a su esposa y hasta a sus hijos ilustran el extremo negativo de ese continuo. Una vez más, el hecho de seguir el camino del resentimiento o del reconocimiento, el lugar en el continuo de autonomía relativa o pertenencia rígida en que el individuo se ubique, marcarán la diferencias en cuanto a las consecuencias que para el individuo y el sistema tendrá el proceso de cismogénesis o diferenciación.

Vale aquí una acotación respecto de cómo es percibido el individuo por los otros integrantes del sistema, en la medida que dicha indagación nos lleva al concepto de rasgo entendido, acorde a nuestro desarrollo, como construcción social. El sistema evaluará al individuo que es “reconocido” con uno o más rótulos relacionados con lo que muchos psicólogos de la personalidad en-

tenderían como rasgo o factor de *apertura*,¹⁴⁰ significando entre otras cosas que la persona orientada más a buscar el placer que a evitar el displacer. Podrán también utilizar alguna de las variantes del rasgo conocido como *concordancia*, es decir la capacidad de establecer fuertes vínculos afectivos y de lealtad, y a conservarlos disimulando cualquier sentimiento negativo que resulte censurable, amoldando las propias preferencias a las ajenas.

En el campo del resentimiento, podrá hablarse de *preservación* para caracterizar a un individuo orientado más a evitar el displacer de conductas interpersonales que a buscar el placer. La *insatisfacción*, entendida también como rasgo de personalidad, puede manifestarse por ejemplo en estados de malhumor, respuestas pasivo-agresivas, irritabilidad y hostilidad abierta, coherentes con el sistema de ideas del resentido, quien considera básicamente que es tratado injustamente y/o se siente disconforme con cómo se siente, a la vez que se percibe a sí mismo como incapaz de sentirse bien. Algunas expresiones típicas en el ámbito clínico son “me hace la vida imposible”, “yo me saboteo a mí mismo”, “no soy capaz de ser feliz”, “me las busco”, “siempre termino eligiendo parejas de este tipo.” Estas fórmulas dan cuenta de cuánto y cómo los propios individuos, al igual que los integrantes del sistema que los rotulan, terminan creyendo en los rasgos, entendidas como entidades en sí, confundiendo desde nuestra perspectiva la foto con la película, el relato con la realidad, el mapa con el territorio.

En el campo del resentimiento diremos además que los individuos que lo habitan tienden, con frecuencia, a interactuar sólo con gente parecida, en un funcionamiento que refuerza tanto las ideas rígidas como el uso de las pocas llaves con las que cuenta, aumentando cada vez más esa rigidez. Resulta esperable, por tanto, que quienes se sienten reconocidos puedan desenvolverse con mayor frecuencia e intensidad con personas diferentes en términos de personalidad, culturales, socioeconómicos, etc. De nuevo, el set más amplio de herramientas (llaves, gonzúas) le permitirá esa mayor flexibilidad, que se retroalimentará también con la interacción, generando más flexibilidad.

140 Los términos usados aquí a modo de ejemplo se corresponden con la teoría de la personalidad de T. Millon.

Las consideraciones previas dejan una puerta abierta al tratamiento en extenso de un tema que excede la presente obra: el campo donde la rigidez en los sistemas de ideas y en las pautas transaccionales se adentran en el terreno de la psicopatología. Diremos a modo de hipótesis –teniendo presente nuestra postura frente a las posibilidades y limitaciones que ofrecen los diagnósticos psicológicos y psiquiátricos-, que los trastornos de personalidad son probablemente al individuo lo que las crisis estructurales son a las familias. Para otras organizaciones, podemos transpolar este término toda vez que nos encontramos con sistemas rígidos, cuyas crisis no se comprenden sistémicamente como posibilidades de cambio sino que forman parte del funcionamiento habitual, idiosincrásico de la organización.

Un punto interesante que quedará para futuros desarrollos es indagar hasta qué punto un miembro disfuncional, con un camino previo de resentimiento, ingresa a un sistema de manera apresurada, avalado por uno o más miembros del sistema, y termina, a la larga, por configurar una crisis estructural.¹⁴¹ Sea que se trate de un socio en una empresa, o de un socio en la vida como es un miembro de la pareja conyugal, mientras más apresurado sea el ingreso al nuevo sistema, mayor será la probabilidad de que ese funcionamiento se perpetúe, tanto en el individuo como en el sistema. Ese funcionamiento disfuncional, patológico y hasta riesgoso para la vida –tal como muestran las estadísticas crecientes de violencia doméstica y otros graves problemas de control- se consolida y termina configurando al sistema.

Quienes viven en primera persona en esa clase de sistemas, al igual que cualquier profesional de la salud mental que centre su evaluación únicamente en el individuo, correrá el riesgo de no identificar estas pautas transaccionales que mantienen la disfunción familiar (u organizacional) tanto como la individual. Una vez más: no mirar hacia el contexto y al sistema en un sentido amplio implica riesgos serios para la salud mental y hasta para la propia vida. La ilusión tan frecuente apoyada en declaraciones del tipo de “yo con mi amor lo voy a cambiar” ilustra las consecuencias dramáticas de la falta de visión sistémica. El novio celoso y violento pasará a ser un esposo celoso y violento;

141 Remitimos al lector al libro ya citado de F. Pittman III *Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de crisis*.

el ludópata seguirá siendo ludópata, y el trastorno de personalidad terminará eventualmente configurando una crisis estructural.

Finalmente, invitamos al lector a hacer un ejercicio: cada vez que escuche un juicio acerca de un rasgo de personalidad –provenga de un ámbito clínico, judicial, educacional o bien de personas significativas para el individuo de que se trate-, imagine cuál puede ser el funcionamiento en términos de interacción que ha precipitado en ese “rótulo diagnóstico”. A la vez, sugerimos rastrear, en el camino que ha seguido esa persona, si ha podido transitar por la autopista del reconocimiento o si en lugar de ello ha circulado por los caminos secundarios y en ocasiones embarrados, cortados, del resentimiento. También pensar si por momentos la colectora elegida le ha permitido volver al camino principal, si hay puentes rotos o puentes Bailey en el entorno interpersonal (incluidos los sistemas terapéuticos) que han ayudado o pueden ayudar.

Hasta aquí el desarrollo de algunas consideraciones básicas que ponderan cuánto y cómo el papel del reconocimiento y el resentimiento influyen en la construcción de la personalidad desde un punto de vista interaccional. Los resultados obtenidos en el ejercicio de los roles en todo sistema social –con el estatus que ello implica-, sumado a las consecuencias en las interacciones concretas en que se involucra sistemáticamente el individuo con las personas para él significativas, determinarán su ubicación más central o periférica en el sistema social de que se trate.

Dicha posición, no menos que la visión que el propio individuo tiene acerca de ella, forma parte de esa construcción que llamamos personalidad, pero también integran ese proceso las diversas miradas de esas personas significativas. Entre ellas, deseamos destacar las de aquellas personas que por su rol social están habilitados para tomar decisiones determinantes para la vida del individuo: profesionales de la salud mental, funcionarios judiciales, del sistema educativo, etc. Esas miradas, muy lejos de resultar ingenuas e inocuas, ofrecen coordenadas específicas –si se nos permite volver una vez más a la analogía del GPS- entre las que transcurre el devenir del individuo.

En el próximo capítulo intentaremos una vuelta recursiva sobre estas consideraciones y otras anteriores, a los fines de establecer algunos pilares sobre los

que pueda eventualmente sostenerse una *teoría interaccional de la personalidad*. En términos de lo que ya hemos dicho, nuestros aportes no pretenden construir el edificio entero. Nos conformamos con un avance en la obra que permita futuros proyectos, ampliaciones, remodelaciones, obras en las que podremos intervenir nosotros pero que, al igual que en la construcción de la personalidad, tendrán un papel central los futuros habitantes del edificio.

Si la personalidad y su construcción se entienden como una obra en progreso, y por lo tanto a la construcción de una teoría, quisiéramos dejar, en el capítulo 8 que da cierre a este libro, algunas guías sobre el terreno –a lo sumo zanjas para la fundación- de lo que podría ser el área del edificio reservada por un lado para los ciclos de estabilidad y cambio a lo largo del ciclo vital, y por el otro a la disfuncionalidad en la personalidad desde una perspectiva interaccional.

Capítulo 7: Bases para una teoría interaccional de la personalidad

Nuestra obra pretende ser sólo un aporte a una teoría interaccional de la personalidad. Como hemos dicho, buena parte de los materiales empleados para esa construcción provienen de nuestra experiencia como clínicos. En el esfuerzo de sistematizar nuestras observaciones necesariamente nos hemos probado el traje de teóricos, y en ese sentido, como ocurre en cualquier actividad, esa clase de vestimenta no puede dejar de influir en nuestro trabajo y actúa, si se quiere, del mismo modo en que el contexto opera sobre el comportamiento, a la manera de una metacomunicación. El traje de bombero no puede dejar de comunicar en la interacción con otras personas, pero también define al bombero en sí, es decir aporta significado a su propia percepción como bombero. Un médico que viste todo el tiempo un impecable delantal y el estetoscopio colgando del cuello –lo use o no–, se ve a sí mismo diferente de otro médico que atiende con ropa de calle.

En ese sentido, vestidos de teóricos y dado el punto de la obra al que hemos arribado, nuestro primer impulso sería dar continuidad al capítulo anterior y ofrecer una síntesis de los conceptos hasta aquí desarrollados y sus relaciones básicas: la misma definición de personalidad, la influencia de las improntas relacionales que son activadas y de la pertenencia más o menos rígida a los sistemas sociales, los caminos del reconocimiento y el resentimiento, etc.

Consideramos más apropiado, no obstante, compartir con el lector una segunda lectura posible del proceso de *construcción de la personalidad* que privilegie el papel de la *interacción*. Este segundo recorrido no invalida el anterior; busca, por el contrario, agregar capas de complejidad al territorio a la vez evidente y esquivo de la personalidad.

Observables de conducta

Puestos en el rol de teóricos en el ámbito de la personalidad, lo primero que encontramos son observables de conducta. En psicología los observables tienen la particularidad de que en ocasiones consisten, de manera contradictoria, en conductas implícitas o encubiertas. Cogniciones, emociones, es decir todos los elementos que los diversos teóricos han conceptualizado y que integran en alguna medida nuestro modelo, por ejemplo los elementos motivacionales que desarrollamos en el capítulo 3.

Desde una perspectiva sistémica, el primer observable consiste en que los juicios sobre la personalidad de un individuo son emitidos por otro individuo que interactúa con el primero.¹⁴² Como hemos dicho, el hecho de que quien emite el juicio sea un profesional de la salud reviste una serie de consecuencias, pero resulta indistinto a los fines de comprender cómo se construye y funciona la personalidad.

Aceptado este primer observable, podremos pasar al segundo: esos juicios acerca de la personalidad tienen lugar en un marco de *interacción*, que comprende múltiples intercambios con otras personas que pueden resultar convergentes o divergentes entre sí y respecto de los juicios que formula el individuo acerca de sí mismo.

Un ámbito rico en ejemplos para ilustrar este punto es el de la práctica docente. En el contexto de una evaluación, un estudiante podrá cuestionar al docente y sostener que su respuesta es la apropiada a la pregunta formulada por éste. La jerarquía que detenta aquél le permitirá zanjar la discusión, aportando el criterio por el cual, por ejemplo, esa respuesta, puesta en el contexto mayor de los contenidos, o confrontada con cierto criterio, resulta incorrecta.

Ahora bien: cuando la interacción excede el intercambio de mensajes acerca del contenido y deriva en desacuerdos relacionales, la comunicación se per-

142 Con este observable no pretendemos hacer una fenomenología de la personalidad, ni caer en la perspectiva sujeto-objeto en términos de la teoría del conocimiento. Nuestra epistemología constructivista permite un enfoque diverso, y por da ello otro alcance al análisis en curso.

turba y los mensajes adquieren significados antagónicos y necesariamente negativos, polarizando la relación. En ocasión de un examen escrito, un alumno solicitó que se le asignara un puntaje mayor en una pregunta para aprobar. Ante el criterio del profesor titular, que no encontraba razones para modificar la calificación de esa pregunta, el alumno aceptó rendir el examen recuperatorio correspondiente. Cuando entregó el mismo, no había respondido ninguna pregunta, y volvió a su pedido de que se le mejorara la nota del primer examen. La disconformidad del alumno con la negativa del docente llevó a que otra profesora del equipo definiera abiertamente esta insistencia como una “falta de respeto”, con lo cual la discusión inicial sobre un contenido viró hacia una diferencia relacional, produciéndose una escalada simétrica.

La necesaria falta de información acerca de aquello que permanece a nivel del circuito intrapsíquico de uno de los comunicantes –lo que podemos entender como “privado” o accesible sólo para el individuo en la comunicación-, y la información involuntariamente mostrada a los demás a partir de ese circuito – que permanecerá en una especie de punto ciego para la persona- derivaron en una dificultad que inevitable y recíprocamente les impedía, tanto al docente como al alumno, posicionarse en el lugar del otro, aceptar sus motivaciones y los significados asignados al modo de comportarse. Así, la insistencia del alumno fue vivida como una “falta de respeto” por el docente; y la explicitación que éste hizo de ese significado resultó, a su vez, inaceptable desde la perspectiva del joven. De nuevo, los significados de “maldad” o “locura” se ven facilitados en este tipo de interacciones, en las que no se llega al acuerdo en el nivel de la relación.

Un doble estatus para el constructo personalidad

El ejemplo anterior nos permite identificar lo que podríamos denominar un doble estatus en el constructo “personalidad”. *Por un lado, se trata de una construcción que asume la forma de conducta autorreferida y que hace al modo en que la persona significa su propia experiencia, sus creencias, su comportamiento, sus características personales, etc., todo lo cual se integra*

a la narrativa personal. Por el otro, revela un aspecto de presentación social, en la medida que la persona se muestra, con su comportamiento, a los demás en la interacción.

Uno y otro aspecto del complejo fenómeno de la personalidad se encuentran inextricablemente ligados, y dan lugar a procesos igualmente complejos que se tornan visibles en la interacción. Si regresamos al ejemplo de más arriba, un modelo clásico que abordó estos aspectos de la comunicación es conocido como “la ventana Johari,”¹⁴³ nos permite ampliar nuestra comprensión. El modelo surge de la combinación de dos dimensiones (conocido/desconocido por el yo – conocido/desconocido por el otro) que dan lugar a cuatro cuadrantes:

- El *público*, conocido por el yo y por el otro.
- El *privado*, conocido por el yo y desconocido por el otro.
- El *ciego*, desconocido por el yo, pero conocido por el otro.
- El *desconocido*, que incluye aquello que no conoce ninguna de las dos partes en la relación.

Dentro del constructo amplio de personalidad, en el nivel de la *conducta autorreferida*¹⁴⁴ coexisten elementos conocidos por el *self* con otros que resultan desconocidos. No cabe aquí analizar en detalle estos elementos, pero diremos que desde la psicología de la personalidad podría enumerarse motivos, rasgos, pensamientos automáticos, hábitos, etc. Desde nuestra perspectiva, algunos de ellos pueden ser entendidos como producto de imprints relacionales.

El individuo actúa necesariamente en conocimiento de esos elementos conocidos, pero no puede evitar la influencia de los desconocidos. Si pasamos al plano de la interacción, algunos de estos elementos desconocidos pueden resultar visibles por el interlocutor, mayormente a través del comportamiento no verbal. Por ello inevitablemente atribuirá significados que influirán sobre

143 Luft, J.; Ingham H. (1955). *The Johari window, a graphic model of interpersonal awareness*. Proceedings of the western training laboratory in group development: Los Ángeles.

144 Este nivel incluye pero excede el concepto de *circuito intrapsíquico o autorreferencial*. Además de cogniciones acerca de los acontecimientos, involucra motivos y eventualmente otros constructos.

la manera en que éste considera a quien emite los mensajes y la forma en que lo hace en el marco de una interacción.

A su vez, para complejizar el panorama, dentro de lo que es conocido por el individuo, éste puede realizar una cierta selección, en la interacción, acerca de qué desea que los demás perciban y qué no, pero carece de control sobre lo que éstos efectivamente registran y, consecuentemente, significan.

Crianza y socialización: la prehistoria de la personalidad

Si damos un paso más allá de los primeros observables, en algún momento resultará inevitable la pregunta por el *origen* de los *comportamientos presentes*, que son *actualizados* en la interacción. Veamos otro ejemplo que nos permitirá hilvanar los elementos pasados, valiéndonos de los constructos de crianza y socialización. Una mujer que fue criada como la “elegida” de su abuela, que recibió todo lo que necesita y hasta lo que no necesita (aun antes de necesitarlo), con un trato preferencial respecto de sus hermanos y eventualmente de otros miembros de la familia que se encuentran en la misma generación –trato que es leído por éstos como injusto–, desarrollará un modo de presentarse particular, diferente de otras personas que pasaron por experiencias análogas o isomórficas.

Aun con lo idiosincrásico de esas experiencias, el observador –que puede ser un clínico– puede ubicar el comportamiento presente de esa persona en una eventual categoría diagnóstica. Así, puede predecir hasta cierto punto que la paciente tendrá más o menos dificultades para la interacción en distintos ámbitos: su pareja, sus padres, compañeros de trabajo, etc. Dicha predicción toma como base improntas relacionales en las que ella aprendió a ubicarse frente a los demás desde una complementariedad superior.

El observador puede presumir, además, que sería poco probable que la paciente sea elegida por su entorno como “la reina de la simpatía”, y que hasta resulta bastante posible que sea cuestionada por sus habituales reacciones negativas ante cualquier respuesta que no coincida con lo que ella espera. En estos aspectos y quizás otros, el profesional –pero también cualquier otro observador– podrá trazar en el mapa que está construyendo unos límites, unas

coordinadas dentro de las cuales se ubicará el comportamiento único e idiosincrásico de la paciente, que en la redundancia de interacciones con distintos sistemas (incluido el clínico) será definido como *su personalidad*.

Una evaluación así entendida permitirá considerar detalladamente ciertos aspectos de la personalidad y de una serie de características más o menos adaptativas del individuo, en orden al interés del observador clínico del ejemplo.

Si además de este tipo de evaluación el observador cuenta con la posibilidad de entrevistar desde el principio del proceso a la familia (y/u otros sistemas significativos en relación a la aparición y el mantenimiento del problema, como pueden ser el escolar, laboral, etc.), ampliará notablemente la posibilidad de obtener información sobre las improntas relacionales, las hilvana en su construcción con la información previa (preentrevista), evaluará además, “en vivo y en directo,” los circuitos que mantiene el síntoma o problema. La analogía del “hilvanado” en este proceso nos permite remarcar el aspecto provisional de esta construcción. Debemos destacar una vez más que la consideración por este aspecto del proceso de construcción de la realidad en general y de la personalidad en particular es una marca registrada del constructivismo, que no se encuentra habitualmente en otros sistemas de ideas ni en el sentido común del lego, al menos en nuestra cultura occidental. Así, donde nosotros planteamos una hipótesis y la sometemos al consenso, otros observadores podrán establecer una sentencia *irrevocable, estable, inmodificable*.¹⁴⁵

Aproximación a una geología de la personalidad

Como decíamos al inicio del capítulo, el territorio de la personalidad reviste cierta complejidad. Entre las improntas relacionales del pasado a la interacción presente que las gatilla, podemos identificar una serie de capas o niveles para la observación. Nuestra tarea frente a ese territorio guarda cierta semejanza con la del geólogo. La Tierra presenta una serie de estratos o capas geológicas que fueron depositadas a lo largo de un tiempo extenso, operando

145 En el capítulo siguiente exploraremos algunas implicancias de nuestro modelo en relación al cambio de la personalidad.

cambios en el paisaje que por insidiosos resultan imperceptibles para el breve lapso de vida de los seres humanos. Ese tipo de cambios relativamente estables explica una parte del paisaje. El profesional¹⁴⁶ se encuentra también con indicios claros de momentos en que el cambio ha sido más repentino y notorio. Así, en las mismas formaciones en las cuales el lego visualiza sólo formas llamativas y entornos dignos de una fotografía, o trae a su mente imágenes isomórficas pertenecientes a otros dominios (por ej., una porción de torta de cumpleaños que muestra las atractivas capas de merengue, crema, bizcochuelo, dulce de leche, etc. que la constituyen), la mirada del profesional reconstruirá en un solo acto (en la *foto*, digamos) un larguísimo proceso de sedimentación: una *película* inacabada que abarca millones de años o, si del ámbito de la repostería se trata, de un periodo sustancialmente menor que abarca horas o días de trabajo del repostero.

Ahora bien: la posibilidad de acceder a simple vista a esta formación deriva de un segundo tipo de proceso de cambio geológico: los movimientos sísmicos – de consecuencias devastadoras cuando afectan asentamientos humanos –, son responsables de las fracturas y pliegues en el terreno que permiten al lego y al profesional observar la disposición de las capas geológicas y maravillarse con esa imagen que resume millones de años.

En esto de la alternancia entre ciclos de cambio estable y lento con ciclos de cambio más turbulentos e impredecibles, podemos afirmar que *la estratificación de la personalidad es el resultado de la acumulación lenta e imperceptible de improntas en periodos de estabilidad y de periodos de crisis en los que la persona percibe el cambio de las estructuras en juego (familiar y de la personalidad), junto a la necesidad de nuevas definiciones de la relación y del self que conduzcan a un nuevo periodo de estabilidad.*

146 No podemos dejar de traer aquí al arqueólogo aludido por Hugo Hirsch en su generosa introducción a nuestro libro *De crianzas y socializaciones*: “...*buscar improntas supone para el terapeuta una especie de viaje arqueológico. Donde el ojo no entrenado ve sólo un conjunto de piedras, ruinas o artefactos dispersos, el arqueólogo reconoce, ordena, clasifica. Al mismo tiempo, cuando el material es demasiado abundante, y eso es lo que pasa con cualquier historia humana, tiene que seleccionar*”.

La personalidad comprendida como un proceso

Permítasenos una digresión que puede resultar válida para nuestra disciplina, respecto de este contraste entre la *foto* y la *película* en la construcción de la personalidad. Resulta habitual, en el ámbito de la evaluación psicológica, el uso de técnicas dotadas de diverso grado de confiabilidad y validez. Con frecuencia se pierde de vista que aun las técnicas más aceptadas por la comunidad profesional en relación a estos parámetros –inventarios de personalidad validados para una determinada población, por ejemplo-, son sólo una “foto”, una imagen de la personalidad en el momento en que la persona fue evaluada. Al igual que una fotografía, estas herramientas tienen límites en dos sentidos. Por un lado, en tanto realizan un recorte arbitrario del contexto, dejando de lado información valiosa en virtud de la teoría que sustenta la técnica. Por el otro, la imagen resultante está referida a ese determinado momento, perdiendo de vista cualquier conceptualización de un proceso. Éste implica, desde nuestra perspectiva, el pasado que resulta en aspectos de la imagen o el perfil de personalidad actual. Esa imagen adquiere significado a partir de otros elementos que el observador conoce o intuye: datos del pasado del individuo –por ejemplo: “él es así debido a aquellas experiencias”, “es así por sus genes”- pero también del presente –“de nuevo lo echaron del trabajo”, “volvió a rendir mal”-, y del contexto –“¿y qué querés..? Con esa familia que tiene...”-.

De la potencialidad a la respuesta actual

El momento en que esas características surgen y resultan visibles al observador merece una acotación. Volvamos a la imagen de ciertas capas geológicas que han sido reveladas a través de un movimiento sísmico puntual, o bien de un proceso más gradual, extenso en el tiempo –la erosión fluvial por ejemplo-, que las dejó al descubierto. En términos de personalidad, esos eventos serían análogos a situaciones que tienen lugar en la vida del individuo, ya sea bajo la forma de crisis del desarrollo, ya sea como sucesos inesperados. En lo que a nuestro modelo respecta, lo importante es que, de no

haber mediado esos eventos, las “capas geológicas” de la personalidad no resultarían visibles.

Podemos postular entonces la existencia hipotética de un conjunto desconocido de comportamientos potenciales, agrupables como características o rasgos de personalidad, que serán visibles al observador únicamente si ciertos eventos contextuales tienen lugar. Esta relación entre características personales entendidas como disposiciones por un lado, y eventos activadores del ambiente por el otro ha sido conceptualizada de muchas formas en la historia de la psicología y en otras disciplinas. Un modelo que proviene del ámbito clínico, específicamente del tratamiento familiar de la esquizofrenia puede ilustrar este fenómeno. La terapia familiar psicoeducacional de la esquizofrenia¹⁴⁷ explica el surgimiento de la enfermedad echando mano a otro modelo clásico que proviene de la medicina: la teoría de la vulnerabilidad, de Zubin y Spring. El modelo postula en dos dimensiones la confluencia de la vulnerabilidad del organismo (elevada o baja, con toda una gama de puntos intermedios en un continuo) y de la magnitud de los eventos ambientales estresantes (de muy intensos a poco intensos).

Dada esa combinación, podemos tener individuos con poca vulnerabilidad que, sometidos a mucho estrés enferman (un individuo expuesto a cierto tipo de radiación que enferma de cáncer) y, como un opuesto complementario, individuos con mucha vulnerabilidad a nivel genético que, con poca estimulación desarrollan la enfermedad (por ejemplo fumadores pasivos que desarrollan cáncer de pulmón).

El siguiente es un gráfico adaptado del modelo de vulnerabilidad. Podemos ver que, mientras mayor es el nivel de esta variable, menos eventos estresantes son necesarios para saltar el umbral (la curva del gráfico) y desencadenar la enfermedad. A la inversa, con niveles bajos de vulnerabilidad, resultarán necesarios eventos de gran intensidad para que el individuo pase de la condición de sano a enfermo.

147 Anderson, C., Reiss, D. y Hogarty, G. (1988). *Esquizofrenia y familia. Guía práctica de psicoeducación*. Buenos Aires: Amorrortu.

La misma lógica explica, para los autores mencionados, el desarrollo o no de sintomatología psicótica en la esquizofrenia. Desde su modelo, todas las personas tienen en alguna medida cierta disposición, y la desarrollarán o no en función de la estimulación del ambiente. Un ejemplo para entender esta relación, accesible a cualquier lector, es el caso de David Helfgott, a quien mencionábamos en el capítulo anterior al referirnos al valor de las personas significativas como “puentes Bailey” para el reconocimiento en el proceso continuo de construcción de la personalidad. Sobre la base de cierta disposición, visible en el relato biográfico en ciertas características subyacentes de la personalidad, los acontecimientos estresantes ligados a la relación con el padre (claramente *doble vincular* desde nuestro punto de vista) y a las presiones de una carrera artística ascendente, llevaron al individuo a “saltar” la barrera entre salud y enfermedad mediante la aparición de sintomatología psicótica.

Este modelo de vulnerabilidad y estrés resulta de interés para nosotros por dos razones. Por un lado, el factor ambiental que hace pasar a un individuo de la potencia al acto sirve a los fines de ilustrar lo que ocurre con estas características “invisibles” de que hablábamos en nuestra analogía de las capas geológicas. Fuera del ámbito de la enfermedad, si hablamos en términos de personalidad y funcionalidad, al saltar el umbral, ante cierto nivel de estimulación proveniente del contexto, el individuo mostrará quién es, revelará su personalidad al observador.

De este modo, el modelo es interesante si pensamos en su aplicación, no sólo a la activación de una disposición patológica (física o mental) –que nosotros conceptualizaremos necesariamente en términos de improntas relacionales-, sino de cualquier conjunto de comportamientos que constituyan recursos potenciales para la funcionalidad y la mejor calidad de vida. Como hemos dicho, nuestro desarrollo en el ámbito del estudio científico de la personalidad proviene de la práctica clínica, y más específicamente de la clínica sistémica. Para nosotros, en ese ámbito, la utilización de aquello que está en potencia en nuestros consultantes hace a la esencia del trabajo.¹⁴⁸

148 Vale aquí destacar la influencia de Milton H. Erickson sobre distintos modelos sistémicos de psicoterapia. Sus conceptos de *utilización* y de principio de *potencialidad no desarro-*

En síntesis: la evaluación de la conducta presente, de lo que resulta visible para el observador en el aquí y ahora de la interacción, permite al mismo establecer hipótesis sobre aquellas *improntas relacionales* que explicarían el despliegue actual de esa personalidad. La expresión que hemos elegido como título para la presente obra pretende justamente reflejar esta idea.

De la conducta actual a las conductas futuras

Volvamos a la analogía de las capas geológicas: cuando las mismas se revelan, debido a ese acontecimiento o sucesión de acontecimientos, a la visión del geólogo, semejante visión genera ideas no sólo acerca de lo que fue, sino también acerca de lo que podría ocurrir en ese territorio. De este modo, si hace cientos de miles, o millones de años tuvo lugar cierto movimiento, la predicción de otro fenómeno semejante puede ser posible. El profesional de la psicología, el operador de un dispositivo de salud mental, de justicia, escolar, etc. —pero también la persona común, no iniciada— podrá realizar el mismo tipo de operaciones mentales que el geólogo cuando se encuentra en el presente con los rastros de aquello que ocurrió. Estas predicciones pueden ser tan catastróficas como las que anticipan sismos a partir de la lectura de ciertas fallas geológicas, o erupciones volcánicas, pero también pueden ser alentadoras, si el observador está entrenado en identificar recursos y trabajar sobre las potencialidades que los mismos implican. Una pérdida, por ejemplo, puede ser vista como una catástrofe y predecir males futuros, o bien como oportunidad para mostrar los recursos personales.

De este modo, las consecuencias para el individuo así evaluado y objeto de una predicción sobre esa *historia* que deviene *presente* serán diferentes según el tipo de abordaje que se realice, pero en todos los casos puede constatarse un mismo patrón de interacción en el cual aquello que el observador recorta del pasado reviste significado para el momento en que la observación tiene lugar.

Ahora bien: cuando este fenómeno se presenta, adquiere un valor específico, concreto, de futuro posible. Las profecías autocumplidas¹⁴⁹ muestran aquí todo su poder de influencia sobre la interacción y el *self*. Las predicciones, que en el caso del geólogo probablemente excedan el transcurso de su vida (y el de muchas generaciones más), resultan críticas para el clínico, quien se encuentra frente al dilema entre contribuir a una *cristalización*¹⁵⁰ de la *personalidad* del consultante (confundiendo la imagen con la realidad, el mapa con el territorio) o bien entender la personalidad como un *proceso*.

Cuando el rótulo es para siempre

Como decíamos en el capítulo 2, la personalidad es una *construcción*, pero también un *proceso*, y por ello *comprende necesaria e indefectiblemente*, – *aunque dentro de ciertos límites, posibilidades de cambio, estrechamente ligadas al modo en que se da la definición de la relación entre la persona en cuestión y su contexto significativo*.

De esta aseveración se derivan dos implicancias directas que resultan válidas para el ámbito clínico pero también para otros (educacional, organizacional, jurídico, etc.). Por un lado, resulta clara y coherente para el profesional que sustenta el pensamiento sistémico la idea de que *evaluación e intervención* son simultáneas, en la medida en que toda acción emprendida con el fin de evaluar (o la ausencia de ella, en tanto el interlocutor la espera y no la recibe), implica a la vez una intervención, deliberada o no, en la medida que influye directamente sobre la respuesta del sistema que es evaluado, sea un consultante, familia, alumno, sector u organización, etc.

149 En el capítulo 6 dedicamos un apartado a ponderar los efectos de los rasgos sobre la interacción y el fenómeno de las profecías autocumplidas en relación a la personalidad.

150 Remitimos, dentro del mismo capítulo, al apartado *Estabilidad (cristalización) vs. cambio (innovación)*, recordando la responsabilidad del observador en cuanto a definir la personalidad como una cristalización individual o como una construcción interpersonal que tiene lugar en el tiempo.

Por el otro lado, nosotros preferimos, como hemos expresado en otro lugar,¹⁵¹ el término *evaluación* por sobre *diagnóstico*, entendiendo que el primero alude a un proceso continuo, con posibilidades más o menos abiertas, y el segundo un resultado parcial (una “foto” en términos de la analogía antes presentada), limitado en cuanto a las perspectivas futuras de cambio que tanto el profesional como las personas involucradas (consultantes, miembros de una organización, escolares, etc.) puedan vislumbrar. Esta idea fue plasmada en el ámbito clínico por Mario Tisminetzky, quien valiéndose del esclarecedor concepto de “principios dormitivos” acuñado por G. Bateson invita a:

...salir de la necesidad, supuestamente científica, de crear “principios dormitivos” que sólo permiten **cronificar la situación**. Si pudiésemos aceptar éticamente que el mundo está hecho de relaciones que se configuran en el lenguaje a partir de relatos, éstos podrían permitir co-construir con los clientes nuevas historias en las cuales los problemas no serían ya un defecto, sino un modo de expresar el discurso social.¹⁵²

Personalidad como potencial de conducta

En otro lugar¹⁵³ hemos explicitado el papel fundamental que los circuitos interaccional (mantenedor del síntoma) e intrapsíquico (mantenedor de la manera de pensar) juegan sobre el comportamiento en general y sobre aquellos problemas susceptibles de abordaje clínico en particular. Esto se aplica especialmente cuando consideramos que una persona elabora inevitablemente constructos,¹⁵⁴ que asumen la forma de juicios sobre la personalidad de aque-

151 Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Tomo I. Una introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconagua. Cap. 12.

152 Tisminetzky, M. (1997). La respuesta Sistémica-Cibernética-Constructiva a las situaciones de crisis en un servicio de Salud Mental de un Hospital General del Gran Buenos Aires. *Perspectivas Sistémicas*, Año 10, No 48 (las negritas son nuestras).

153 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconagua.

154 En términos de elementos cognitivos de la personalidad, George Kelly planteó el concepto fundacional de *constructo personal*. Desde su perspectiva, que dio lugar a desarrollos constructivistas sistémicos y cognitivos, las personas establecen constructos como un modo de

Las otras personas con la que interactúa. Tome conciencia o no, los exprese o no, estos juicios o categorizaciones influyen sobre el comportamiento de la persona (del cual la expresión verbal constituye sólo una parte) en el momento en que interactúa con aquella otra que fue de ese modo categorizada. La mayor o menor conciencia acerca de este proceso resulta crítica, en la medida en que, a menor conciencia, se favorecerá que el juicio con que se categoriza a una persona asuma la forma de una cristalización, de un rótulo estático, funcional a la ilusión del observador de no participar, de no formar parte de eso que, dormitiva y tranquilizadamente –volviendo a Bateson y Tisminetzky- es sólo “la personalidad” del otro.

Esta tendencia a rotular tan común en la gente en general –y en los clínicos en particular-, que conlleva la cosificación y la simplificación, se aplica a cualquier persona y situación, pero resulta más dramático cuando la personalidad es disfuncional, desajustada y se expresa en comportamientos altamente perturbados. Así, por ejemplo, en una persona que cada cierto lapso de tiempo (por ejemplo 6 meses) presenta algún tipo de descontrol conductual (por ejemplo comportamiento violento), las personas que conforman su entorno significativo no podrán evitar un incremento en la ansiedad experimentada a medida que se acerca el momento en el que supuestamente debería iniciarse la próxima crisis. Esa ansiedad puede no ser registrada por las personas del entorno significativo, pero inevitablemente, y tal como hemos dicho en varias ocasiones, será transmitida al paciente, de manera no verbal, influyendo sobre su comportamiento y modificando la definición de la relación entre el paciente y su contexto. Al cambiar la interacción, aunque sea sutilmente, el primero no podrá seguir comportándose del mismo modo. Su lectura de la ansiedad del entorno retroalimentará circuitos propiciatorios de un desenlace

adaptarse al ambiente y, en última instancia, sobrevivir. El ser humano, según Kelly, se parece a un científico que busca espontáneamente conocer su ambiente para poder predecirlo e intervenir sobre él. Entendidos así, los constructos personales pueden ser vistos como una “foto” en términos de lo que venimos desarrollando. Kelly, de hecho, en el contexto de la psicología de la personalidad de su tiempo, se ocupó de diferenciarlos del concepto de rasgo a fin de destacar el aspecto funcional (como opuesto a *estructural*) de su propuesta. Desde nuestra perspectiva, resulta necesario complementar esta visión estática indagando los procesos por los cuales una persona puede modificar su sistema de constructos.

en el que el comportamiento descontrolado, temido, no deseado pero a la vez esperado, será la única respuesta posible.¹⁵⁵

Así, la personalidad es un constructo, formado de relatos propios y ajenos, pero no se limita a ello. Es también un *potencial de conducta*, que permanece como tal durante ciertos periodos. De una persona como la antes mencionada podrían decir personas de su entorno “es bueno... sólo cuando duerme”. Es durante los periodos de estabilidad, en épocas en que el individuo se muestra tranquilo, entre dos crisis, donde ciertas claves sutiles en la interacción con los otros significativos juegan un papel crucial. Este proceso se parece, si pensamos en términos narrativos, a una obra de teatro clásico que, por conocida que es y por mucho que influye en una determinada cultura, se activa sólo cuando es representada. En el ínterin entre una representación y otra, la obra puede ser leída, comentada, citada, interpretada. Podría decirse que crece *en las sombras*, pero no adquiere toda su entidad hasta el momento crítico en que es nuevamente puesta en escena.

Tres momentos en la construcción interaccional de la personalidad

La personalidad es entonces un constructo hilvanado entre los relatos expresados por la propia persona y por quienes interactúan con ella. La interacción influye inevitablemente sobre la personalidad en tiempo real (primer momento), es decir cuando tienen lugar los mensajes que se intercambian. Pero la influencia trasciende ese instante: cuando los relatos se dan entre terceras personas, en ausencia del individuo cuya personalidad está siendo objeto de análisis, los observadores retroalimentan mutuamente sus concepciones acerca de *cómo es* la personalidad del otro. En este segundo momento se patentiza la frase “si no estás en la lista de invitados, estás en el menú”. La persona que se ausenta a uno o más encuentros sociales será así “tema del día”, favoreciéndose este segundo momento en que, en ausencia del individuo en cuestión, otros hablan de su personalidad y por lo tanto la establecen. Este proceso no es otro que el que tiene lugar, en una dimensión temporal mayor

155 Todo lo que sabemos acerca del impacto de las profecías autocumplidas puede aplicarse a lo dicho.

y en el ámbito de la cultura, con los mitos y las leyendas. El paso del tiempo, la ausencia de los protagonistas de los hechos y las sucesivas narraciones y renarraciones favorecen múltiples omisiones y agregados.

En un tercer momento, cuando el o los observadores vuelven a interactuar con la persona en cuestión, todo aquello que fue elaborado y consensuado como real influirá en una definición de la relación actualizada, devolviendo al individuo una imagen que lo confirmará o desconfirmará, destacando elementos particulares, ajenos a la interacción que tiene lugar en tiempo real. Como ejemplo de este proceso, basta recordar a algún compañero de la escuela que era distinguido del resto debido a cierto atributo o “rasgo” que lo caracterizaba, sea de forma positiva o, quizás con mayor frecuencia y perdurabilidad, negativa. La vagancia, el mal comportamiento, la falta de inteligencia, suelen ser esa clase de rasgos que los niños, linealmente, establecen e identifican como separados de la interacción, cristalizándolos en un sobrenombre, del mismo modo que ocurre con las características físicas. La persistencia de los apodos a lo largo de muchos años –y en ocasiones a lo largo de toda la vida– cuenta, en el plano *narrativo* de la experiencia de los individuos, de un mito sobre la personalidad de ese individuo que fue construido a través de la sedimentación de estos relatos que tuvieron lugar en presencia y en ausencia del mismo, y que actuarán siempre como filtros sobre los comportamientos que el entorno registrará y ante los cuales responderá selectivamente, perpetuando el rótulo de vago, travieso, bruto o cualquier otro más allá del comportamiento real del individuo y sus resultados.

La interacción como programa para el comportamiento

Nuestra propuesta jerarquiza necesariamente el modo en que la interacción influye en la formación de la personalidad, entendida como constructo y también como proceso. Aun a riesgo de ser reiterativos, diremos que este modo de pensar la personalidad se deriva la necesidad de buscar explicaciones alternativas al riesgo epistemológico sobre el que Bateson advertía, que en nuestro caso implica una cristalización de la personalidad en un rasgo, en un estilo, en un determinado patrón perceptual o cognitivo o cualquier otra

unidad de personalidad aceptada por la comunidad científica en un momento dado.

Dichas unidades, cuya validez reconocemos, deben ser incluidas en esfuerzos integradores que otorguen un significado pertinente al contexto, pero también que consideren la complejidad que le confiere la relación entre sus múltiples elementos, y el modo en que las mismas personas los ordenan como parte de la propia realidad. Estos comportamientos autorreferidos consisten en reflexionar sobre la propia personalidad con implicancias directas para los cursos de acción potenciales y efectivos (“yo soy así, por lo tanto puedo o no puedo hacer tal cosa”).

La consideración de esta clase de comportamientos resulta necesaria para una teoría interaccional de la personalidad como la que nosotros pretendemos contribuir a forjar, en la medida en que esos elementos singulares constituyen parte de la realidad del individuo que reflexiona. Nuestra hipótesis es que dichos elementos, derivados de sus propias improntas relacionales, se activarán y adquirirán pregnancia en la configuración de la personalidad *sólo en el contexto de la interacción* que en el *momento actual* mantiene con otras personas.

Para expresar esta relación entre la historia y el presente por un lado, y entre los elementos internos (rasgos, motivos, constructos, etc.) y externos (la interacción) por el otro, se impone la necesidad de distinguir dos sistemas de ideas que pugnan y llegan a equilibrios más o menos estables en una ecología particular.

Por un lado tenemos los comportamientos autorreferidos que mencionábamos. Se trata de una serie de mensajes en los que el individuo es emisor a la vez que receptor y refuerza el peso relativo de ciertas ideas a nivel del circuito intrapsíquico.¹⁵⁶ A través de éste, las personas llegan a adquirir niveles variables de certeza acerca de que lo que ellos *piensan y creen es* la realidad. En este nivel de comportamientos se conjugan dos aspectos importantes: el contenido de esas ideas (por ej. “el fracaso”) y la forma en que esas ideas se articulan, que bien puede entenderse como un proceso cognitivo (por ej. la abstracción selectiva entendida como distorsión que selecciona y jerarquiza ciertos contenidos por sobre otros). Cada uno de estos aspectos puede remon-

156 Este concepto fue definido en el capítulo 1.

tarse, en nuestro modelo, a determinadas improntas relacionales que explican que la persona piense hoy *esto* y lo piense *de esa forma*.

Por el otro lado, la interacción con otras personas abre la posibilidad de que se sume a ese ecosistema de ideas una mirada diferente, una perspectiva novedosa, de cómo piensa otra persona, que agregue información a lo que el individuo piensa acerca de sí mismo y el mundo.

Ambos sistemas se encuentran íntimamente relacionados y son separables únicamente con fines didácticos o, como en nuestro caso, de establecimiento de modelos. El peso relativo de uno de los sistemas sobre el otro puede ser ponderado únicamente en la evaluación de un individuo en particular, y *en el contexto de su particular contexto*. Para nosotros, en términos genéricos, bastará con plantear que algunas personas presentarán un predominio de un sistema sobre el otro. A riesgo de simplificar en exceso diremos que algunos individuos piensan lo que piensan (y en la forma en que lo piensan) con gran autonomía de los mensajes de las personas significativas de su entorno, mientras que otros otorgan un valor extremo a las propuestas ajenas, modificando su propio contenido y forma de pensar.¹⁵⁷ Este punto admite una relación directa aunque no unívoca con el constructo de reactancia psicológica o su variante en el ámbito clínico, la reactancia interpersonal, es decir, simplificando, el nivel de resistencia del individuo a las limitaciones que percibe por parte de otros a su libertad personal.

Hecha esta distinción entre los dos sistemas cabe preguntarnos, asumiendo la redundancia, qué papel le cabe a la interacción en una teoría de la personalidad que se asuma *interaccional*.

Diremos que es sólo *en la interacción* que las características específicas de la personalidad *se activan*, manifestándose ésta en el aquí y ahora. Antes y después de la interacción, cualquier constructo –rasgo, motivo, esquema, etc.- se limita necesariamente a un *potencial de conducta*. Si de rasgos se trata, los mismos operan entre las personas del contexto significativo del individuo a través de los relatos que ellas comparten acerca de éste, en su ausencia. La frase “es bueno sólo cuando duerme” antes mencionada puede sintetizar las

157 Remitimos al lector al libro *De crianzas y socializaciones*, en cuyo capítulo 6 planteamos la posición de autor o intérprete del individuo en relación a su participación en la interacción y los resultados obtenidos.

expectativas –negativas en este caso- de quien o quienes, a partir de una historia más o menos extensa de interacciones, esperan cierto modo de comportarse habitual, idiosincrásico, eventualmente cíclico, por parte del “dormido”. Lo que difícilmente reconozcan quienes esperan ese comportamiento, es el modo en que ellos mismos, al construir estos relatos hacen a una definición de la relación en la cual sus propios comportamientos actúan como antecedentes inmediatos o gatillos del comportamiento esperado y, eventualmente, temido.

La interacción puede ser pensada como un elemento más de la personalidad. Sistemas de ideas muy apartados del nuestro la contemplan de ese modo. Sin ir más lejos, el DSM-5 habla de relaciones interpersonales. Otros sistemas de ideas como la teoría de T. Millon, no tan lejanos al nuestro como el ejemplo anterior pero con un claro sesgo hacia lo intrapsíquico, le otorgan también un lugar no menor a las relaciones interpersonales. Para nosotros, en cambio, la interacción es más que un elemento singular: es el *sustrato* esencial o fundante, es el tablero sobre el que se ubican y mueven las piezas, es la *red* que las conecta.

Además de las anteriores, otras analogías pueden ser válidas para desarrollar esta idea. Un motor comprende múltiples piezas que requieren entre otras cosas un lubricante, un medio líquido, de cierta viscosidad, que permita el deslizamiento de esas piezas y la conservación de ciertas variables que hagan posible el funcionamiento, la “vida” del motor, dadas ciertas condiciones en que el mismo funciona y, especialmente en nuestra analogía, su temperatura. Un comentario adicional sobre este punto puede agregar una capa adicional de significado: en términos de comunicación humana, ciertos modos de interacción –una propuesta relacional de un individuo que es aceptada por otro- pueden tener un mayor efecto lubricante, brindar protección adicional frente a circunstancias particularmente adversas, preservar al sistema por más tiempo. Así, familias en que predomina un esfuerzo por la empatía y la proximidad emocional ante circunstancias adversas podrán funcionar mejor en condiciones extremas, como por ejemplo la pérdida del empleo de quien aseguraba los ingresos familiares o cualquier otra crisis por sucesos inesperados.

Los sistemas biológicos presentan analogías que abren otras posibilidades a la comprensión de la interacción entendida como programa. Este término alude, para nosotros, a las reglas que rigen el funcionamiento de cualquier

sistema, y que por lo tanto regulan, dirigen y conducen el comportamiento de sus elementos. En el campo de la comunicación, estas regulaciones comprendidas en el programa *resultan visibles en la interacción*.

Ahora bien: no debe entenderse la noción de programa como un conjunto cerrado, inmodificable. Los programas que regulan las interacciones humanas cambian con el tiempo, del mismo modo que los programas informáticos se actualizan permanentemente en función de las necesidades de sus usuarios. Esto es válido tanto para un organismo individual tanto como para un ecosistema que involucra a múltiples organismos. Así, tenemos la atmósfera como sustrato para los organismos que se mueven sobre la tierra o que vuelan a través de ella, o bien el medio acuático para los peces y otros animales que allí habitan. La singularidad de un medio específico terrestre o acuático –ciertas condiciones de temperatura, humedad, salinidad, etc.- constituyen esas reglas que hacen posible a la vez que limitan el funcionamiento de los organismos que allí prosperan. El papel de conducción de ese programa adquiere aquí toda su forma y significado.

¿Qué lugar ocupa la interacción en el sistema personalidad?

Una analogía final reviste, para nosotros, mayor significado que las anteriores en cuanto al valor de la interacción para la comprensión sistémica de la personalidad. Las comunicaciones del mundo actual serían imposibles sin la red de redes que conocemos como Internet.¹⁵⁸ Como toda red, Internet conecta diversos elementos: computadoras personales, teléfonos celulares, servidores, etc., pero no es en sí *un* elemento. Es a la vez algo distinto de un elemento y mucho más que un elemento: constituye la base, el conductor de la informa-

158 Cabe aquí una breve nota recursiva sobre el proceso de redacción de este libro. Como parte de nuestra modalidad de trabajo, mantenemos desde hace más de diez años la rutina (y ritual) de un encuentro semanal de tipo personal y presencial, para escribir. De ese esfuerzo sostenido surgieron diversas obras en colaboración como artículos, capítulos y libros. En los últimos meses (a partir de marzo de 2020), la metodología cambió a mantener videoconferencias sobre una plataforma de Internet, como consecuencia de la pandemia. En el capítulo 9 retomaremos este punto en relación al papel de la interacción en el cambio y la construcción de la personalidad.

ción que circula por el sistema. Está de alguna manera presente en cada uno de esos artefactos, y en ese sentido es que un usuario puede decir “no tengo conexión”, pero en realidad su lugar es *entre* elementos, no distinto al agua que separa y une peces, o al aire que media entre personas y animales terrestres. *Internet es, por lo tanto, una relación.* Del mismo modo, volviendo al ámbito de la personalidad, la interacción *está presente en todo el sistema* de personalidad, y *no en un lugar singular.*

Así como el constructo “Internet” resulta invisible para el usuario, la interacción escapa a la percepción de las personas, y esto incluye a profesionales de la salud mental, docentes, jueces, etc. En la medida en que ha sido moldeado en el mundo occidental –en términos de lo que veníamos diciendo: programado–, su pensamiento es predominantemente lineal y por ello tenderán, en el mejor de los casos, a entender a la interacción como un elemento más del conjunto de la personalidad. Como le ocurre al pez con el agua, a menos que tenga cierto entrenamiento en pensamiento sistémico, circular, el observador difícilmente dará la misma entidad que el pensamiento sistémico otorga a ese espacio en el que transcurre su vida en general y a los fenómenos que nosotros comprendemos como personalidad en particular.

Hechos y relatos en la construcción de la personalidad

Resulta necesaria una clara distinción entre los hechos y el relato de los mismos, en la medida en que ocurren en momentos diferentes. Como decíamos al referirnos a los tres momentos en que tiene lugar una conceptualización interaccional de la personalidad, los relatos que tienen lugar después de los hechos, y sobre todo en ausencia de quienes los protagonizaron, omiten y agregan información de manera selectiva y a partir de las interacciones en que se involucran. Sobre aquella distinción que tiene el foco puesto en la interacción, es importante destacar ahora la diferencia más básica y elemental entre hechos y relatos.

Por *hechos* entendemos los acontecimientos que tienen lugar entre las personas, incluida aquella cuya personalidad nos interesa y sobre la que emitimos juicios. Los *relatos*, en cambio, tienen lugar después de la interacción,

en ausencia de los hechos y, eventualmente, también en ausencia de las personas originalmente involucradas.

El impacto que tendrán los hechos será modulado por el relato y por variables vinculadas con el relator: ante todo la credibilidad que se le otorga y la capacidad que posee de influir a través de la narración. La mayor capacidad de la memoria para asociar con acontecimientos, precisar fechas, etc. puede sumar a la credibilidad de un relato. No obstante ello, el peso específico de los hechos se diluye cuando se pondera el significado que esos acontecimientos tuvieron para las personas involucradas, y su capacidad para adquirir el valor de improntas relacionales.

Para hacernos una idea de lo efímero de un momento y del peso relativamente menor que tienen los hechos en sí, pensemos en la época en que los partidos de fútbol se transmitían por radio. Fuera de la minoría que podía acceder directamente a la cancha, un número muy grande de hinchas podían seguirlo por este primer medio masivo de comunicación. No era posible ver los encuentros a distancia, ni mucho menos buscar en Internet el video. Los oyentes podían sólo imaginar, y el relato que los locutores realizaban necesariamente era mucho más completo que en la actual era de la imagen. Por otra parte, quien no podía escuchar el partido contaba solamente con el relato de un conocido que lo presencié –o bien, más probablemente, que escuchó el relato radial-. Como mínimo, entre los hechos y quien se enteraba de ellos, mediaba un relato; con frecuencia, dos o más.

En ese contexto del fútbol en las décadas de 1930 y 1940 tuvo lugar un acontecimiento que ilustra el modo en que los relatos crecen con autonomía de los hechos. Se atribuye a un jugador paraguayo llamado Arsenio Erico, considerado un gran goleador de su tiempo, la autoría de un gol que fue particularmente recordado por la gente. La historia cuenta que, muchos años después de ese partido, Erico refería que el número de personas que alguna vez le habían dicho que vieron ese gol superaba por mucho la capacidad de espectadores con que contaba el estadio.

Más allá de los fundamentos sociológicos del rumor y de cómo se distorsionan los relatos, nos resulta importante destacar que éstos adquieren un peso que excede la verdad de los hechos y que, en la medida en que múlti-

ples interacciones tienen lugar, tomando como contenido ciertos relatos, los mismos pueden llegar a alcanzar proporciones míticas.

Una contracara de este fenómeno es que en ocasiones hechos ocurridos que podrían haber sido significativos no alcanzaron mayor trascendencia debido a que inicialmente no se le adjudicó credibilidad a la fuente. En la época de los relatos radiales, la propagación o no de una jugada dependía en buena medida de la capacidad de quien transmitía la anécdota por primera vez, así como de quienes la reproducían sucesivamente.

Potencial de conducta y activación

La personalidad, consistentemente integrada por relatos propios y ajenos que devienen en mayor o menor autonomía en su relación con los hechos, constituye un potencial de conducta. Si asumimos esta afirmación, cabe otorgar una dimensión adecuada a los acontecimientos que activan el comportamiento del individuo en el marco de un circuito interaccional específico.

Dado ese potencial de conducta, el circuito tenderá a mantenerse. Seguirá siendo de alguna manera el mismo, podríamos decir, por mantenerse los elementos y las relaciones básicos, pero los actores cambiarán entre una puesta y otra, al igual que algunos de los músicos pueden cambiar en una orquesta sinfónica que ejecuta una obra musical en distintos momentos. En una familia, por ejemplo, puede morir el padre, y un hijo mayor asumir el rol de aquél, continuando la ejecución del mismo papel en relación a sus hermanos y a su madre. La propiedad de invariancia en la teoría general de los sistemas permite conceptualizar el grado en que los roles se mantienen aun cuando uno o más miembros son remplazados por otros; la partitura, el guión, la obra es la misma, pero los ejecutores no.

Por otra parte, la madurez en la ejecución, los cambios acarreados por el avance del ciclo vital, el sólo hecho de repetir una y otra vez la misma obra, hacen que la misma sea en algún aspecto nueva. Desde el punto de vista sistémico, para el observador resulta clave identificar lo que las diferentes ejecuciones tienen en común, es decir la pauta sistémica, asociada a ciertos resultados. En el caso de un clínico, deberá identificar, detrás de los cam-

bios aparentes, la persistencia en la misma clase de resultados que le harán identificar un cambio de primer orden. Desde la perspectiva de los miembros del sistema, prevalecerá probablemente la idea de que se está haciendo algo diferente, que la obra es otra y que los resultados son los deseados. Volviendo sobre desarrollos anteriores, podemos decir que esos resultados pueden mantener al individuo en la periferia del sistema, en la ilusión de una alternativa que no tiene –y lo que veremos en el próximo capítulo como ilusión de independencia-, circulando entre los áridos caminos del resentimiento.

Gatillos contextuales e improntas relacionales

Hasta aquí hemos puesto el énfasis en las experiencias pasadas que han funcionado como improntas relacionales. Esas improntas configuran, junto a otros elementos de personalidad, un potencial de conducta que actúa como una disposición frente al ambiente. Cabría establecer, en consideración del mapa de los principales tipos improntas relacionales desarrollados en el libro *De crianzas y socializaciones*, un esquema complementario de aquellos gatillos contextuales.

Entenderemos por gatillos contextuales a las situaciones que actúan como estímulos capaces de activar el potencial de conducta implicado en una impronta relacional. Estos estímulos pueden tener origen en la interacción con otras personas, o bien en elementos del ambiente físico. En algunas circunstancias, no obstante, los estímulos son internos. Se trata de pensamientos, sensaciones y emociones, específicos o inespecíficos, que dan lugar a un circuito intrapsíquico que funcionalmente opera de la misma manera que la interacción, dando lugar a mensajes de distintos niveles de abstracción y por ello a la metacomunicación y al proceso activo de construcción de la realidad en un dominio determinado o en una amplia gama de situaciones.

Los gatillos contextuales y algunos procesos comunicativos y metacomunicativos resultan visibles en la interacción; en lo que va de esta obra pueden encontrarse múltiples ejemplos de cómo un estímulo externo activa una serie de pensamientos, emociones y respuestas que a su vez influirán en tiempo real sobre la otra persona, modificando la relación. Más allá de la interacción,

donde el estímulo proviene del comportamiento y la comunicación verbal y no verbal de una persona, los elementos del ambiente físicos juegan también el papel de gatillos activadores de improntas. En otro lugar¹⁵⁹ hemos sistematizado dimensiones posibles para ordenar las improntas relacionales, algunas de las cuales se asocian con elementos del ambiente: especialmente el papel de los cambios en la situación económica, el lugar de residencia y la institución educativa. En ocasiones, además, la exposición casual a un estímulo específico –una obra de teatro, una lápida, una nota periodística, etc.- activa una respuesta emocional inesperada y descontextualizada, revelando todo el peso de una impronta relacional.

La consideración de estímulos internos, sin embargo, puede requerir un mayor grado de especificidad y ejemplificación por tratarse de comportamientos encubiertos, no disponibles de manera directa para el observador. Una paciente de poco más de veinte años, sin experiencia en el ámbito de las relaciones sexuales, consultó debido a la gran preocupación que un sueño con una relación homosexual le había causado. Nunca se había sentido atraída por mujeres, pero ese estímulo interno abrió espacio a una duda que pasó a ocupar buena parte de su estado de vigilia y estaba empezando a afectar sus relaciones y su desempeño estudiantil. No profundizaremos en el caso clínico, pero cabe un añadido para ilustrar el peso que un estímulo, procesado a nivel del circuito intrapsíquico adquiere para la construcción de la realidad. Cuando el terapeuta consiguió que la paciente aceptara como “normal”¹⁶⁰ y hasta positiva la posibilidad de plantearse su identidad sexual, la preocupación de ésta disminuyó. Más adelante, el mismo mecanismo de pensamiento se aplicó a un nuevo tema: la preocupación por haber contraído HIV por un *piercing* que se había practicado mucho tiempo atrás. Con ello la paciente reafirmó que su problema no radicaba en la orientación sexual (área en la que en todo caso le faltaba experiencia) ni en un posible (aunque improbable) contagio de HIV, sino en la forma de su pensamiento y en la veracidad adjudicada prematuramente al mismo.

159 Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.

160 Se trata de un claro ejemplo de redefinición que fue reestructurada, es decir aceptada por la consultante.

Como decíamos en el capítulo 1 al explorar las relaciones entre interacción e identidad, estos circuitos pueden derivar en lo que denominamos *síndrome del eco*, con lo cual el individuo termina prescindiendo del otro en la interacción; el pensamiento se basta a sí mismo para generar significados sobre la experiencia y construir así la realidad.

Volvamos a nuestra conceptualización de los gatillos contextuales. Al referirnos a *dominios* y de una *amplia gama de situaciones* pensamos en una orientación general para la vida, es decir un modo de pensar, sentir y actuar que afecta profundamente la concepción que la persona tiene acerca de la misma. Dicha concepción no se limita a una formulación intelectual sino que se refleja en cada uno de los comportamientos, a la manera de lo que la psicología individual definiría como un rasgo cardinal o un conjunto de rasgos centrales, de los cuales el resto de las disposiciones resultan subsidiarias.

Un dominio específico, en cambio, se limita a un área de la vida, a un proyecto particular ligado a lo laboral, familiar o social. Por ejemplo, al iniciarse una pareja, uno de sus miembros puede conocer una forma muy diferente de familia extensa en relación a aquella en la que él o ella ha crecido. Ese gatillo actúa sobre una determinada impronta y lleva a la persona a introducir una serie de cambios en ese dominio particular, sin influencia sobre otras áreas (laboral, social, etc.).

Así como las improntas relacionales se producen por una experiencia única o bien como resultado de una serie de experiencias que tienen lugar a lo largo del tiempo, los gatillos contextuales pueden operar, análogamente, a través de una única situación, en determinado momento y lugar, o bien a través una sucesión de experiencias análogas que se registran en momentos y lugares diferentes. Consideremos como ejemplo al hijo de una pareja de “nuevos ricos” agricultores que en una etapa de prosperidad de su familia se enamora de una mujer de condición humilde que aparentaba una extracción social más elevada que la propia. Con el tiempo y el mayor conocimiento, las diferencias se hicieron visibles y lo que cada uno ofrecía resultaba insuficiente o inadecuado al otro. Años después de la separación, el hombre hizo pareja con una mujer de una condición más parecida a su origen, de “bajo perfil”, lo que implicó un mayor nivel de satisfacción y estabilidad en la relación.

Cabría preguntarse sobre las posibilidades de un intento de taxonomía para los gatillos contextuales, en un esfuerzo análogo a las dimensiones en que, en otro lugar, clasificamos a las improntas relacionales. A los fines de no apartarnos del foco sobre el que venimos trabajando, y de cómo los diversos elementos contextuales de la personalidad interactúan, dejaremos esa tarea en suspenso para un desarrollo futuro.

Podemos decir, a manera de síntesis, que existen hechos, generadores de improntas –y por ello de cierto potencial de conducta-, que en algún momento del tiempo se encuentra con una situación que actúa como un gatillo contextual para cierto comportamiento. Con posterioridad a los hechos originales que dieron lugar a la impronta, los relatos que tendrán lugar a lo largo del tiempo podrán actuar o no como gatillos contextuales.

La construcción de una teoría: una analogía de la construcción de la personalidad

Dado este modelo general, cabría llevar el razonamiento hacia el terreno del desajuste y poner a prueba las posibilidades de intervención que sobre ese dominio permitiría.

Si de personalidad se trata, existe hoy en las comunidades profesionales de la salud mental un cierto consenso en torno al concepto de trastorno de personalidad y las clasificaciones más utilizadas, especialmente en nuestro medio el DSM-5. El aporte desde el pensamiento sistémico y la perspectiva interaccional que el mismo posibilita nos lleva a formularnos ciertas preguntas que han sido *gatilladas* –podríamos decir, para ser consecuentes- por el proceso mismo de desarrollo del pensamiento que ha dado lugar a nuestra propuesta-. Al igual que en el sistema que recortamos como una personalidad individual, un sistema de ideas como el que compone nuestro desarrollo teórico resulta de un largo proceso de sedimentación de ideas de otras personas. No se trata de un proceso lineal –en esto la analogía geológica encuentra su límite-, sino que, así como las ideas de otros gatillan cogniciones nuevas en el desarrollo

del propio pensamiento,¹⁶¹ éstas activan a su vez otras cogniciones que fueron alguna vez incorporadas (impronta relacional mediante) y posteriormente olvidadas. Las propias ideas que son gatilladas a partir de aquéllas en la interacción que tiene lugar –en nuestro caso, entre dos coautores- ilustran un camino continuo de ida y vuelta en el tiempo, de la historia al presente y del presente a la historia.

Relatos trastornados y trastornos de personalidad

Para terminar, y a modo de introducción para nuestro próximo capítulo: si asumimos que la construcción de una personalidad se parece a la construcción de una teoría, y con ello admitimos el peso de los relatos y la narrativa personal con sus componentes familiares y sociales, podemos formularnos al menos tres interrogantes de cara a la consideración de los posibles diagnósticos de personalidad trastornada.

- a. ¿Resulta posible hacer un diagnóstico de trastorno de personalidad a través de una entrevista individual con el paciente, sin la presencia de miembros de la familia que puedan contribuir, mediante sus *relatos*, a complementar el recorte histórico realizado por él?
- b. ¿Cuántas personas que reciben el diagnóstico de trastorno de personalidad, con una supuesta disposición biológica de base – aceptada hoy en la mayor parte de la comunidad profesional-, deben su disfuncionalidad al efecto que sobre su propio comportamiento tienen los relatos (propios y ajenos) a lo largo del tiempo?
- c. ¿Cuántas personas que no reciben esa clase de diagnósticos pueden tener una cierta disposición que, por no haber sido retroalimentada

161 No podemos evitar aquí evocar los generosos aportes que Ruth Casabianca, Hugo Hirsch y Martín Wainstein plasmaron en la primera edición de *De crianzas y socializaciones*. Las ideas, apreciaciones y recomendaciones para nuestro trabajo futuro que entonces realizaron resultaron claves para esta obra en el sentido de los alcances que ellos vislumbraron en el constructo de impronta relacional. Una vez más, nos sorprende el grado de similitud entre el proceso compartido de construcción de una teoría y el proceso interaccional de la construcción de una personalidad singular.

por los relatos, activada por los *gatillos contextuales*, quedó como un simple *potencial de conducta*, eventualmente como un rasgo sin mayor relevancia en la interacción presente?

No pretendemos dar una respuesta acabada a estas preguntas. Su valor para nosotros radica en la capacidad de las mismas para ampliar y fundamentar nuestra mirada sobre la personalidad, sus elementos y el diálogo en ocasiones no evidente pero pregnante, pleno de significado, corolarios y consecuencias, entre los hechos del pasado y el relato de los mismos a lo largo de la historia; entre las improntas relacionales (con el potencial de conducta que implican), y los gatillos contextuales que tienen lugar en la interacción precipitando la conducta actual, la cual resultará en mayor o menor medida adaptativa a los ojos del observador, que puede ser un clínico.

Finalmente pero –como se dice habitualmente- no por ello menos importante: una teoría de la personalidad consta necesariamente de conceptos más básicos o moleculares y de otros de mayor amplitud o molares. En todo sistema de ideas existente en un momento dado –sea en un individuo, en una familia o en un grupo social de cualquier naturaleza (por ejemplo una comunidad profesional)-, los elementos singulares poseen necesariamente un cierto orden jerárquico. En el próximo capítulo abordaremos el cambio en la personalidad, en un intento por integrar algunos de los elementos singulares que hemos desarrollado hasta aquí, y especialmente el papel que la pertenencia, la autonomía relativa y la ilusión de independencia juegan en la construcción y permanente cambio del constructo que conocemos como personalidad.

Capítulo 8: El cambio en la personalidad

Abordar el tema del cambio en la personalidad presenta múltiples desafíos. Quizás el primero que surge desde una perspectiva constructivista es considerar las limitaciones para la propia percepción y aceptación de ese fenómeno. No se trata de una disquisición teórica ni puramente epistemológica –en el sentido de filosofía de la ciencia de este término–, sino, como veremos, de una diferencia en un sistema de ideas que presenta múltiples consecuencias para lo concreto de la experiencia de las personas.

Para simplificar podríamos hablar de dos grandes sistemas de ideas. En el ámbito profesional en general, y de las disciplinas *psi* en particular –pero incluyendo los sistemas de justicia, educativo y otros–, se tiende a tomar el término *personalidad* como una especie de antítesis del cambio en el comportamiento, destacando precisamente aquello que permanece estable en el comportamiento.

En otros ámbitos más ligados a la vida cotidiana, con variaciones y matices, podríamos hablar de una mayor aceptación de la idea del cambio. Los cambios físicos registrados en niños y adolescentes a partir del desarrollo presentan una analogía válida que excede el terreno de los cambios ligados al ciclo vital. Los padres registrarán de manera más discontinua el crecimiento: quizás a cambiar la estación y volver a usar el niño cierta ropa notarán que le queda corta o apretada. De la misma manera, un familiar que visita esporádicamente a la familia comentará “qué grande está”. A partir de ese *feedback* sobre el cambio, quienes viven con el niño notarán y validarán el proceso. Decimos que la analogía no debe limitarse a los cambios del desarrollo porque en ocasiones se requiere también esa distancia dada por el tiempo en que no se mantiene interacciones con un individuo para poder conocer una diferencia en su modo de pensar e interactuar ligada a otros factores: valga

aquí lo dicho en el capítulo 5 planteábamos las posibilidades de observar y establecer diferencias que tiene un viajero que no comparte la cultura de una determinada comunidad. De la misma manera, quien regresa de una temporada en el extranjero o una cárcel, dará cuenta de las improntas relacionales que esas experiencias han generado, y el entorno las validará.

En efecto, en uno y otro sistemas se requiere necesariamente la construcción conjunta del contexto: ya sea para establecer lo que no cambia o para identificar lo nuevo, es el consenso el que determinará para cierta comunidad si hubo o no cambio, o si el mismo es posible o no a futuro.

Ese entorno social que forma parte del contexto podrá ser más o menos propicio a registrar el cambio. La validación del mismo tendrá que ver con una clara mayoría que lo percibe y lo manifiesta, o bien con que pocos o hasta un solo integrante central de la “manada” lo refrenden.

De modo que la posibilidad de admitir el cambio en la personalidad –en abstracto, pero también y sobre todo los patrones de conducta singulares de individuos concretos-, va a depender de los umbrales de los sistemas social y cognitivo de quienes observan y emiten juicios.

En términos comunicacionales, además, adquieren relevancia las trampas relacionales surgidas de la célebre paradoja “se espontáneo”, de la cual difícilmente se podrá salir sin mediar una redefinición. Así, cuando parte del cambio en la personalidad deriva de pedidos explícitos de otra persona, ésta puede no aceptarlos en tanto que surgen de un pedido y no por la propia iniciativa del individuo.

Un análisis complementario que se deriva de esto, aunque no menor desde el punto de vista de las implicancias para las personas, nos lleva al nivel de un compromiso ético con la idea de cambio. Los profesionales de la salud mental –pero también los de los ámbitos no clínicos en los que la evaluación de la misma tiene consecuencias-. El campo de los trastornos de personalidad ilustra frecuentemente el punto en que las limitaciones de los sistemas terapéuticos en general, y de los recursos de los propios terapeutas en particular, son justificadas a posteriori de un fracaso terapéutico por el expediente de un rótulo psiquiátrico. En ocasiones no se trata de un fracaso, pero los cambios pueden ser tan lentos que la escala temporal de la duración de la terapia no permite advertirlos. En ocasiones un paciente que consulta al mismo pro-

fesional en diferentes momentos de su vida mostrará al mismo –siempre y cuando el profesional sea tendiente a aceptar el cambio en la personalidad–, cuánto y cómo pudo continuar el proceso de cambio de la personalidad iniciado en la terapia.

Hechas estas consideraciones acerca del cambio en la personalidad, y la posibilidad de que el mismo tenga lugar –dada necesariamente por las premisas de las que parte un observador–, enumeraremos ahora, a modo de síntesis, algunos de los supuestos básicos que se derivan de lo expuesto y que contribuyen desde nuestra perspectiva a *la tarea de construir un modelo interaccional de la personalidad*.

La estabilidad como ilusión perceptual: ventajas y riesgos

Lo dicho anteriormente respecto al cambio implica la consideración de nuestros propios sesgos como observadores. Como clínicos sistémicos necesariamente veremos como deseable el cambio en muchas ocasiones en las que nuestros consultantes no coincidirán, al menos inicialmente, con esa propuesta. Ahora bien: asumir un sesgo conlleva la posibilidad de conducir nuestra mirada hacia la periferia de nuestro paradigma, pues de ese modo podremos encontrar que la estabilidad en el sistema personalidad –o al menos en una serie de sus elementos– implica ventajas para la adaptación del individuo y también para los sistemas sociales que integra.

No profundizaremos en este punto, pero deseamos recordar el papel que hemos asignado en el transcurso de esta obra al concepto de identidad, y el modo en que se deriva de la pertenencia a sistemas sociales. Al desarrollar los elementos motivacionales necesarios para un modelo interaccional de la personalidad (capítulo 3) decíamos que la identidad emerge

...de la trama narrativa a través de la sedimentación de improntas relacionales actualizadas en la repetición de circuitos interpersonales que dieron lugar a relatos propios y ajenos.

En otros lugares hemos destacado el papel de referentes permanentes que los integrantes de diversos sistemas sociales tienen respecto de la identidad. La

analogía del GPS es una manera en la que hemos querido destacar el peso de la interacción sobre ese concepto tradicionalmente circunscripto a lo más íntimo y reservado de toda influencia externa en los individuos.

En cuanto a los riesgos que presenta la estabilidad, considerando la lectura que de ella realizan los miembros del sistema social, volvemos a nuestro análisis precedente sobre la no percepción del cambio en la personalidad: el recorte arbitrario de comportamientos que coinciden con los juicios previos que se ha formulado mantendrán al individuo en ciertos “rasgos” de los que no podrá salir. Si de salud mental se trata, los rasgos asumirán el papel de verdades “científicas” que cimentarán estructuras inamovibles.

Un paso más allá, la construcción de un “trastorno de personalidad” presenta mayores riesgos. Por un lado, lo que el juicio profesional establece de antemano como limitación para el cambio del individuo y su entorno (familia y otros sistemas sociales con los que interactúa). Por el otro, el riesgo de esta clase de estabilidad *crystalizada* pasa por la tentadora justificación o autojustificación que implica para los propios límites del profesional y sus intervenciones.

Finalmente y como decíamos en una etapa previa de nuestro desarrollo: los trastornos de personalidad son al individuo lo que las crisis estructurales a las familias. Una y otra categoría representan el paradigma de la imposibilidad de cambio, y deben por lo tanto ser cuidadosamente utilizadas por las consecuencias concretas que tienen en la vida de las personas.

Algunos factores de cambio en la personalidad

Toda enumeración de factores implica un recorte arbitrario y constituye una tarea riesgosa. En nuestro caso, el riesgo más inmediato y obvio es el de repetirnos. El lector encontrará agrupados conceptos que aparecen en esta obra y también en otras previas, de nuestra autoría. Haciéndonos eco de Salvador Minuchin,¹⁶² los traemos de nuevo aquí y los agrupamos en cierto orden con la intención de generar *intensidad*. Otro riesgo es que en ocasiones los fac-

162 Minuchin, S. y Fishman, C. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Barcelona: Paidós.

tores pueden ser asimilables. Así, por ejemplo, el *feedback* brindado por otras personas sobre la propia personalidad puede ser en ocasiones generador de improntas relacionales en el individuo. En la medida en que esta asimilación es posible sólo en ocasiones, ofrecemos una lista extensa, a sabiendas de que podría reducirse en casos particulares.

Así entendida entonces, una enumeración mínima de los factores que generan cambios en la personalidad comprende:

- a. *El tiempo*. No pensamos que actúe como factor en sí, sino más bien como el sustrato sobre el cual tienen lugar los acontecimientos. La analogía antes usada de la sedimentación de materiales que da lugar a capas geológicas resulta válida si la aplicamos a las improntas relacionales que generarán cambios.
- b. *Las improntas relacionales*, que como hemos dicho reiteradas veces pueden tener lugar como acontecimientos únicos o como una sucesión de acontecimientos.
- c. El *feedback* de personas significativas, modulado siempre por cuánto, cómo y para qué esa persona influye sobre el individuo en cuestión. Las “coordenadas” (analogía del GPS mediante) que ofrecen esas personas constituyen referencias inequívocas para la forma en que la propia persona se ve a sí misma, nutriendo el proceso continuo de construcción de la narrativa y la identidad personal. En términos interaccionales, la noción de profecía autocumplida aparece aquí en toda su dimensión.
- d. Íntimamente ligado con el punto anterior, los cambios de “manada” (cuando el individuo busca otra), o los cambios en la organización de la propia “manada” (quién ocupará qué lugar en su jerarquía) constituyen ocasiones privilegiadas para que el *feedback* cambie, con lo cual cambiarán las “coordenadas” en que el individuo se percibe a sí mismo. Ello llevará, a su vez, a cambios en la narrativa personal, y por ello necesariamente, a cambios correlativos en la personalidad. Decir que la personalidad cambia en mayor o menor medida *excluye la posibilidad de que la misma no cambie*. Esto nos lleva a afirmar, cultores como somos de la teoría de la comunicación humana, que *así como no es posible no comunicar, no*

es posible que la personalidad no experimente cambios. Como decíamos, el hecho de que éstos sean o no registrados radica en proceso perceptual y social que depende del paradigma del observador. Así, el hecho de que el cambio no sea percibido no va en detrimento de este supuesto básico de la personalidad.

- e. Las imprints relacionales, surgidas de acontecimientos del pasado, generan cambios en la personalidad cuando son activadas en el aquí y ahora. Los acontecimientos pueden haber tenido lugar una única vez, o bien haberse dado en una sucesión. Su intensidad pudo ser elevada o baja pero sostenida a lo largo del tiempo.
- f. Algunas imprints pueden tener origen en sucesos inesperados. Los mismos pueden resultar adversos en la construcción de la propia narrativa personal y la identidad, pero también pueden generar imprints relacionales posibilitadoras para el individuo.¹⁶³
- g. Finalmente, en muchas ocasiones el cambio en la personalidad tiene lugar antes de que la persona registre el cambio, y que lo incluya a partir de ello en su narrativa. Este punto presenta importantes relaciones posibles con el papel que hemos asignado a las personas significativas y su registro o no del cambio en la personalidad.

Cuando no advertimos el cambio

Dos variables resultan claves para entender la tendencia de las personas a jerarquizar la información que tiende a la estabilidad de la personalidad a lo largo del tiempo y las situaciones: el tiempo en el que los cambios tienen lugar y la intensidad de los acontecimientos generadores de imprints relacionales.

Como decíamos en el punto anterior, el tiempo es el sustrato sobre el cual los cambios tienen lugar. Diremos ahora que la posibilidad de que el individuo y el entorno proveedor de *feedback* perciban ese cambio dependerá en cierta medida de la extensión de ese periodo de tiempo. Mientras mayor sea

¹⁶³El promisorio campo del crecimiento postraumático reviste interesantes vínculos con esta clase de imprints relacionales posibilitadoras.

el mismo, más acontecimientos de diversa índole estarán al alcance del observador, y por lo tanto el peso relativo de cada uno de ellos se diluirá en el conjunto. Esta abundancia de información favorecerá a su vez el fenómeno ya descrito¹⁶⁴ por el cual los nuevos comportamientos del individuo son asimilados por los observadores a los juicios previos, ya emitidos y socialmente consensuados. A su vez, esos juicios son fuente del *feedback* aportado al individuo y operan sobre su propia manera de percibirse, su narrativa y por lo tanto sobre la personalidad en su conjunto.

Una salvedad al proceso anterior tiene lugar cuando por algún motivo se interrumpe el contacto cotidiano con el individuo. Si bien puede haber transcurrido mucho tiempo, la falta de contacto implica menor información. Los cambios en el comportamiento serán por lo tanto más fácilmente percibidos por el observador y en consecuencia incorporados a los juicios sobre la personalidad.

Otra forma en la que el cambio se torna visible es cuando los acontecimientos presentan gran intensidad. Como decíamos también en el apartado anterior, la intensidad es una de las formas en que se generan improntas relacionales. Cuando este es el caso, resulta más fácil para el entorno –y por lo tanto para el individuo– percibir los cambios.

Una variante de este fenómeno consiste en que la intensidad en ciertos acontecimientos puede asociarse a su carácter de inesperados. En términos generales, la sorpresa genera confusión y desinformación,¹⁶⁵ y ello constituye una ocasión para que nueva información sea incorporada. En este caso, esa nueva información se integra a la construcción de la personalidad de un individuo particular. El cambio manifiesta en estos casos su carácter de discontinuo. Puede plantearse un desfase entre el comportamiento nuevo y la narrativa, que genera una crisis hasta tanto el individuo ajusta uno u otro de los términos de la ecuación. Cambios que tienen lugar en situaciones de crisis –a partir de un suceso inesperado, o bien una intervención terapéutica–, se parecen a un “cambio de vías” en un tendido ferroviario que conduce a un cambio abrupto en el paisaje. En ambos casos se trata de algo inesperado, lleno de riesgos

164Una vez más remitimos al lector a los sesgos de confirmación y omisión que mencionáramos en el capítulo 3. Aquí dan cuenta de lo que no cambia en los juicios del entorno acerca de la personalidad del individuo.

165Watzlawick, P. (1979). *¿Es real la realidad?* Barcelona: Herder.

(desde el punto de vista de la estabilidad) y/o posibilidades (en términos de cambio en la personalidad).

Cabe un comentario final en relación a las posibilidades de percibir el cambio en la personalidad de un individuo. Cuando el observador es un profesional (por ejemplo un terapeuta) o alguien que por su posición social puede determinar consecuencias concretas para el individuo (docente, perito, juez), la mayor o menor disposición a identificar los cambios resultará más determinante que en otros ámbitos y personas (familiares, amigos) fuentes de *feedback* sobre la personalidad.

Más allá de los fenómenos y consideraciones expuestos, podemos decir que todo sistema humano tiende mayormente a jerarquizar la estabilidad en esa construcción social, conjunta y continua, que da lugar a la personalidad de sus miembros.

El papel de la interacción en el cambio de la personalidad

En distintos lugares de esta obra hemos destacado la importancia de la interacción en la construcción de la personalidad. Diremos ahora que para nosotros constituye, además, un principio explicativo capaz de operacionalizar la siempre evidente pero misteriosa influencia del contexto.

La influencia de la interacción sobre la personalidad va más allá de un intercambio comunicacional presente, que tiene lugar en tiempo real con otro u otros individuos. En diversas ocasiones hemos destacado la influencia que el circuito intrapsíquico ejerce sobre el circuito interpersonal, y la relativa autonomía que respecto del último presenta. Como decíamos en el apartado anterior, las improntas relacionales se asocian a acontecimientos, pero estos requieren como contrapartida esa otra corriente interna de pensamientos y sentimientos que implica la noción de circuito autorreferencial o intrapsíquico.

Fuera de esta relación entre ambos tipos de circuitos, las interacciones tienen lugar en diversos sistemas sociales y todos suman en mayor o menor medida al proceso continuo de construcción de la personalidad del individuo

que en ellos participa. Habitualmente los miembros de la familia asumen papeles protagónicos en la trama narrativa, pero los sistemas educativo, laboral, judicial, etc. pueden tener un peso específico mayor, según el caso, adjudicando rótulos que cristalizan arbitraria –y en ocasiones injustamente– ciertos elementos de la personalidad. Destacamos aquí nuevamente el papel de los sesgos en favor o en contra del cambio en los juicios acerca de la personalidad que son formulados en esos ámbitos. Resulta clave considerar las consecuencias que en ocasiones asumen esos juicios, en ocasiones expresados bajo la forma de una opinión profesional, de un informe, y hasta de una sentencia.

En tanto hilo conductor en términos temporales a través de los diversos sistemas, el ciclo vital jugará un papel doble. Por un lado, aportará el sustrato temporal que de sentido a la interacción, es decir: la dotará de contenido (telones de fondo, escenografías) en función de los requerimientos de cada etapa. Por el otro, aportará al cuadro general un tono de estabilidad, o bien de inestabilidad que influye sobre el estrés percibido por los individuos y resiente las relaciones en la medida en que desarma toda posibilidad de una definición de la relación actualizada, acorde a la nueva etapa.

¿Qué es lo que cambia: la personalidad o *la conducta*?

Esta frase, o variantes de la misma, resuenan en múltiples ámbitos académicos y también en conversaciones entre legos. Ante un nuevo comportamiento surgirá una explicación que lo incluirá en un marco por él conocido, destacando elementos de esa observación (comportamientos específicos) que tienen que ver con el no cambio, y emitiendo opiniones en el mismo sentido.

Desde buena parte de las teorías clásicas de rasgos, podrá invocarse una de estas estructuras como supraordenada, de manera que el cambio en el comportamiento pueda ser explicado en función de esa invariancia y justificarla. Así, por ejemplo, un individuo que fue siempre descripto por su entorno como “retraído”, que además es hijo único y ha sido criado en un entorno rural, geográficamente aislado y con pocas posibilidades de contacto social fuera de su familia, se radica en una ciudad de otra provincia para hacer sus estudios y desarrolla en pocos meses una nutrida red social.

Un rasgo de mayor jerarquía –por ejemplo la generosidad-, explicará, para el teórico, este cambio que resulta notorio pero es, en términos estructurales, desdeñable. La coherencia del observador es salvada por este medio: antes era generoso con su familia; ahora, para ser generoso con los demás, debió volverse más sociable. “No cambió su personalidad: cambió su comportamiento”, dirán desde su perspectiva de lego, quienes lo conocen bien y desde hace mucho. Lo mismo podrá opinar un psicólogo en una ponderación de los rasgos que componen la estructura de su personalidad, agregando incluso –según su filiación teórica en el variado territorio de las teorías de los rasgos-, que no cambió el rasgo, sino la *manifestación* del mismo.

Este funcionamiento revela una justificación que tiene que ver, desde nuestro punto de vista, con la epistemología del observador y su necesidad de conservar coherencia entre sus observaciones y la particular ecología de sus ideas que preexiste a esas observaciones y sobrevivirá a las mismas en el futuro.

Hábitat y nuevo sistema de personalidad

Si llevamos esta discusión al territorio del grupo de pertenencia, al concepto de *manada* que hemos tomado prestado de la etología, cabe considerar que el individuo se desenvuelve dentro de un determinado hábitat. Este término, que surge de la ecología, alude a ciertas condiciones del lugar o ambiente que resultan apropiadas para la vida de un organismo, es decir que le resultan funcionales. *El hábitat es ante todo físico pero, si de favorecer o dificultar ciertos patrones de comportamiento se trata, son los elementos humanos, culturales e interaccionales los que resultan determinantes para nuestra especie.* Dichos patrones, como hemos señalado al principio de esta obra, se convertirán, a fuerza de repetición y funcionalidad, en *estructura*, en un *nuevo sistema* de personalidad.

Ahora bien: las relaciones entre hábitat y estructura de personalidad admiten como mínimo las siguientes consideraciones:

1. El grado en que un individuo pertenece a un determinado hábitat permite ubicarlo dentro de un continuo que va de la autonomía relativa a la pertenencia rígida.

2. La pertenencia del individuo a ese hábitat, así entendida hace a la sustentabilidad de la estructura de su personalidad.
3. Dado un cambio de hábitat, ya sea que el mismo tenga lugar de manera voluntaria o forzada, se plantea que a mayor rigidez en la pertenencia, mayores serán los problemas de adaptación al nuevo hábitat.

Un ejemplo de este acoplamiento entre hábitat y estructura es el de aquellas familias migrantes que se ocupan de conservar la lengua, las tradiciones y los rituales de su tierra de origen. Quienes emigran llevan consigo elementos de su hábitat. Esto incluye aspectos del mundo físico, como por ejemplo semillas de frutales, plantines de vid, y elementos de la cultura que van desde herramientas a técnicas de cultivo, instrumentos musicales y relatos. Se trata de un cambio de hábitat, claro, pero es realizado de manera que *algunas cosas no cambien*. Si esto es entendido de manera flexible y no obstaculiza las relaciones con el nuevo ambiente humano, la adaptación será exitosa. Si se pretende que el nuevo hábitat sea una copia exacta de aquel que se dejó atrás, la adaptación será deficitaria. En otro nivel, el esfuerzo de las familias ensambladas por replicar sus propios modelos de familia intacta, resulta una analogía de esa adaptación fallida¹⁶⁶.

Siguiendo esa línea, en ocasiones, los esfuerzos de un individuo por cortar con elementos de un sistema al que pertenece terminan por perpetuarlos. Es el caso de las parejas que surgen como un modo de escape de una o ambas familias de origen,¹⁶⁷ o el de quienes dejan su ciudad o su país con la expectativa de que todo será diferente en el nuevo destino, sólo para encontrar que aquello que tornaba difícil la adaptación viajó consigo, con lo cual terminará insatisfecho con el nuevo destino, la gente y la cultura de ese lugar.

Este nuevo sistema puede describirse en cuatro niveles, tomando como base los tres niveles que utilizamos en el libro *De crianzas y socializaciones* para analizar el trabajo terapéutico, es decir el comportamental, el interaccional o comunicacional y el narrativo.

166 Goldfarb, R (1996) *Familia con padrastro y madrastra: el intento de imitar el modelo de familia nuclear*. Tesis de licenciatura. Mendoza: Facultad de Psicología de la Universidad del Aconcagua.

167 Frank Pittman III llama a esto “síndrome de los vuelos fatales”.

1. A nivel comportamental, el nuevo sistema de personalidad involucra nuevos hábitos. Ciertos comportamientos son emitidos de manera automática ante ciertos estímulos, a partir de que generan una reducción de tensión, o la satisfacción de una necesidad o estado deficitario del organismo. Un ex alcohólico, por ejemplo, descubre los beneficios de la actividad física y, debido a los cambios fisiológicos que la misma produce, tiende a incorporarla en su rutina diaria, al punto de que si la suspende o abandona experimenta un estado de insatisfacción que lo llevará a retomarla.
2. En el nivel interaccional o comunicacional abordamos la respuesta de las personas significativas a ese cambio conductual. Aquí podemos distinguir dos clases de comportamientos. Por un lado, en tanto que los nuevos hábitos son comportamientos no manifestados hasta entonces y que replazan a otros, se registra un cambio en el circuito mantenedor del comportamiento en general (y en este ejemplo del síntoma), con lo cual el comportamiento de los demás será diferente. Al no consumir alcohol, el individuo no incurrirá en las discusiones que antes mantenía, y si discute lo hará de otra manera, sin la impulsividad y agresividad que lo caracterizaba, con lo cual las respuestas de su entorno serán probablemente más favorables, confirmándolo en el nuevo rol asumido. Por el otro lado, una serie de mensajes nuevos surgirá desde las personas significativas, constituyendo un *feedback* explícito en el sentido de que validan los nuevos hábitos. Estos mensajes de reconocimiento *atribuyen el cambio al individuo y lo alientan a mantenerlo*.
3. Como un paso lógico y necesario, previo al cambio de la narrativa, diremos que *a nivel cognitivo* el nuevo sistema supone que ha operado una reestructuración. Aquí, la situación bisagra fomentó que el individuo otorgue un significado nuevo, diferente, a ciertos hechos del contexto y/o a comportamientos propios. Esa nueva forma de ver y hacer las cosas le impedirá continuar percibiéndolas como lo hacía antes. Cabe destacar que este proceso puede ser gatillado por una intervención terapéutica (una redefinición), o bien por otras vivencias. Un mal vuelo en avión, un accidente de tránsito en que el conductor se salva milagrosamente, el fallecimiento inesperado de una persona cercana pueden ser, entre muchas otras, experien-

cias decisivas en este sentido. En el caso que venimos ilustrando, el hecho de encontrarse una mañana en el suelo de su habitación, en medio de vómitos, orina y excrementos, constituyó una experiencia pavorosa para el alcohólico, que lo llevó a la decisión de no volver a consumir, iniciando así el proceso de cambio.

4. Finalmente, en el cuarto nivel, el *narrativo*, la persona se referirá a esa experiencia clave con ciertas palabras, conectores, tiempos verbales y complementos circunstanciales. Esa nueva narrativa destacará las *excepciones* a los patrones anteriores, convirtiéndolas en los cimientos de la estructura que hemos denominado *nuevo sistema de personalidad*.

Para agregar complejidad, y en una vuelta recursiva sobre el nivel interaccional, diremos que la narrativa del individuo conforma una trama junto con las narrativas de las demás personas de su contexto. Unas y otras podrán ser coincidentes entre sí en ocasiones, o bien presentar disidencias y desacuerdos.

El “héroe” para algunos será el “villano” para otros, o bien para la misma persona en diversas circunstancias. Para quienes consideramos a la familia como unidad de comprensión y abordaje es frecuente escuchar relatos que ponen en evidencia estas contradicciones, donde aparecen visiones encontradas e irreconciliables acerca de los mismos comportamientos. “Sí, lo hizo ahora..., ¿pero por qué no lo hizo antes?”; “Ahora es bueno, ¡pero con la nueva mujer! ¡Connmigo era un demonio y ahora resulta que es el novio de América!”.

Indefectiblemente, quienes hacen este tipo de comentarios son selectivamente ciegos a su propia participación en la interacción y, por lo tanto, a la medida en que su comportamiento contribuía, en el pasado, a integrar un circuito que, con su funcionamiento, facilitaba y eventualmente determinaba el comportamiento que era definido por el mismo observador como disfuncional. La misma ceguera impedirá a quien emite estos juicios negativos comprender y aceptar que el ingreso de una persona ajena al circuito anterior (por ejemplo la nueva esposa), genera un nuevo circuito de interacción facilitador del cambio, donde los nuevos comportamientos (manifestaciones de atención, cariño, etc.) resultan funcionales y se vuelven sustentables.

Niveles de cambio e invariancia

Como vemos, se impone considerar si *la persona* cambió o si mantiene ciertas características propias, modificando solamente *el comportamiento*. Este interrogante condujo a escribir infinidad de artículos y libros en el campo de la psicología de la personalidad. Los defensores del concepto de rasgo tenían a fundamentar cómo estos elementos pueden manifestarse, a lo largo del tiempo y en distintas situaciones, a través de diferentes comportamientos. En la otra esquina, los psicólogos cognitivos refutaban esas opiniones, diciendo prácticamente que si el comportamiento cambió no podía sostenerse el concepto de rasgo. Sin entrar de nuevo en la controversia persona-situación, diremos que desde el punto de vista del investigador clínico pueden presentarse diversas opiniones acerca de si tuvo lugar un cambio o no.

El alcohólico del ejemplo anterior, podría decirse, cambió radicalmente al dedicarse al deporte. Pero también se podría argumentar que la persona que antes era movida por el desafío en el sentido de que bebía hasta no poder más, ahora se dedica a entrenar hasta que no puede más; y que la competencia que antes emprendía contra sus pares bebedores (y con la misma bebida) en realidad se mantuvo, cambiando sólo de contexto y trasladándose al campo deportivo.

Dado este panorama, en un caso como el planteado, ¿cambió la personalidad? La respuesta dependerá del lugar en que el observador se sitúe. Para el clínico y la familia, no habrá dudas de que se registró un cambio significativo y beneficioso en la personalidad, y hasta de tipo II según la teoría de los tipos de cambio de Watzlawick y colaboradores.¹⁶⁸ Desde el punto de vista de ciertas improntas relacionales (vinculadas por ejemplo a la competencia), podría decirse que, aun con todo lo beneficioso que resulta, el cambio registrado es de tipo I, pues se mantienen las reglas anteriores si de relaciones simétricas se trata.

168 Watzlawick, P.; Weakland, J. y Fish, R. (1976). *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder.

En última instancia, la pregunta sobre el tipo de cambio resulta bizantina, al menos de cara al propósito del sistema. Lo que aparece como fundamental para quien tiene como propósito establecer distinciones en un sistema de ideas y dar a luz a nuevos conceptos (el teórico) puede resultar irrelevante para quien busca el logro de las metas terapéuticas co-construidas (el clínico) y para quienes anhelan una mejora en la situación en general y la salud en particular del paciente (él mismo, su familia). Más allá de si es considerado un cambio en la personalidad (un cambio estructural, que da lugar a lo que hemos llamado un nuevo sistema de personalidad), o un cambio en el comportamiento, lo que resulta verdaderamente importante es que la lectura que el sistema hace del cambio no atente contra los alcances del mismo.

Cuestionar el cambio: un medio para lograrlo

Si retomamos lo planteado en el capítulo 5 al desarrollar el concepto de pertenencia rígida, los observadores que integran un grupo de Alcohólicos Anónimos¹⁶⁹ podrán descreer de cualquier cambio, recordándole al individuo que *sigue siendo un alcohólico*, que en todo caso lleva un día más de abstinencia. Si al interior del grupo se discutiera acerca de si la abstinencia representa un cambio de personalidad o bien un mero cambio en el comportamiento, probablemente la conclusión unánime llevaría a elegir la segunda opción. La misma lógica puede aplicarse a las frecuentes consultas de padres preocupados por problemas de comportamiento en sus hijos adolescentes, donde el desafío y el no creer en el cambio se convierten en una pauta que funciona como motor del mismo.

En ambos casos, un metanivel de observación permite identificar una paradoja favorable al desarrollo del nuevo sistema de personalidad. La misma puede ser instaurada de manera deliberada (por un terapeuta, entrenador, etc.), o bien implícita, no intencionada, como puede ser el caso de los padres

169 Lo referido para este tipo de problema de consumo vale, desde nuestra perspectiva, para otras sustancias y comportamientos comprendidos en el amplio campo de las adicciones.

de un adolescente desafiante o del “coro” que constituye el grupo de alcohólicos anónimos en nuestro ejemplo de marras.

Cuestionar la posibilidad del cambio, entonces, puede ser una herramienta del sistema para que el mismo sea posible.¹⁷⁰ Veamos ahora cuáles pueden ser las fuerzas sistémicas que dificultan la instauración del nuevo sistema de personalidad.

Cuestionar el cambio: un medio para impedirlo

Finalmente, las fuerzas morfoestáticas pueden, a través de un enfoque directo, oponerse lisa y llanamente al cambio. El supuesto experimento de los monos que mencionábamos en el capítulo 2 constituye quizás el paradigma de este proceso. El individuo desarrolla nuevos comportamientos que, en la interacción, generan consecuencias negativas. Si desea o necesita (experiencia de carencia mediante) pertenecer o seguir perteneciendo a ese grupo o manada, simplemente dará marcha atrás con los cambios, volverá a la conducta homeostática y funcional, aunque la misma resulte por otro lado insatisfactoria.

Cabe aquí recurrir a un caso que oportunamente desarrollamos en otro lugar.¹⁷¹ Un paciente veía afectado su desempeño profesional en la empresa que integraba a partir de la designación “honorífica” como “Presidente de los Viernes de Tragos”, en el *after office* que en vísperas de cada fin de semana tenía lugar. Los motivos para consumir de manera controlada, o eventualmente dejar de consumir, pesaban en el panorama vital de este joven profesional. La

170 Cuando utilizamos las expresiones *fomentar e impedir* el cambio nos referimos en este capítulo a los sistemas sociales de pertenencia. Si bien la estrategia terapéutica y las maniobras derivadas de ella no constituyen nuestro foco en el presente desarrollo, no podemos dejar de plantear que el desafío a las posibilidades de cambio, formulado oportuna y hábilmente desde el sistema terapéutico, constituye una poderosa herramienta para el cambio en muchos tipos de problemas. En casos como el que desarrollaremos en el apartado siguiente resulta especialmente útil ese enfoque.

171 Fernández Moya, J. y Richard, F. (2019). *El cambio en la personalidad desde una perspectiva interaccional*. Enciclopedia Argentina de Salud Mental. 2ª Edición. Buenos Aires: Fundación Aiglé.

bebida no sólo deterioraba su rendimiento laboral sino que tenía consecuencias a nivel de pareja y familia, afectando a la vez de manera directa un emprendimiento económico familiar del que formaba parte y poniendo incluso en riesgo su propia vida y la de otras personas en más de una ocasión a partir de conducir vehículos en estado de ebriedad.

Desde su ingreso, algunos años atrás, en la empresa manufacturera en que se desempeñaba, los miembros de su equipo instituyeron ese ritual de *after office* para los viernes. El juego adquirió con el tiempo una creciente complejidad, incluyendo proceso electoral, con cierta regularidad preestablecida, del presidente de la institución. Luego de varias reelecciones, el paciente, que ya había iniciado el proceso terapéutico, consideraba dar “un paso al costado”. Las presiones abiertas y encubiertas por parte de sus compañeros tornaban difícil la decisión. Por empezar, no podía faltar al encuentro. Si no iba, sentía que perdería su posición, lo que en nuestros términos significa una amenaza directa al estatus adquirido.¹⁷² Su popularidad en ese grupo, al igual que en otros grupos de amigos, estaba basada en lo divertido y sociable que él resultaba en estado de ebriedad. Esta imagen que los demás le devolvían lo confirmaba. En términos de la analogía del GPS que utilizáramos en el capítulo 9, sus compañeros y amigos le devolvían una imagen, unas coordenadas acerca de su posición (su estatus) en relación al grupo, que resultaba satisfactoria y hasta necesaria para su identidad.

Si de estatus se trata, debemos señalar una paradoja que para el paciente resultó en un momento de la terapia evidente: el mejor funcionamiento social que le permitía el alcohol (ser el “presidente” y resultar divertido para los demás en ese estado) derivaba rápidamente en marcados inconvenientes no sólo a la hora de cumplir con sus responsabilidades (su rendimiento laboral disminuía, faltaba a reuniones con sus socios en el emprendimiento, etc.), sino en el mismo plano social, pues en la misma noche pasaba de ser divertido y desinhibido con jóvenes que conocía, a “ponerse cargoso”, con lo cual éstas rehuían su presencia.

Dos acontecimientos que tuvieron lugar en el transcurso de pocas semanas lo llevaron a reflexionar sobre su situación y a interrumpir el consumo durante un tiempo. El primero fue una caída, en estado de ebriedad, en la cual se las-

172 En el capítulo 4 se define el término estatus, en relación a los conceptos de crianza, socialización e impronta relacional.

timó la cara. El segundo un accidente de tránsito sin daño físico para él, pero en el cual destruyó su auto y puso en riesgo la vida de una acompañante.

En una entrevista después de cuatro semanas de haber interrumpido el consumo y algunas otras en las que volvió a consumir de manera relativamente controlada, el paciente comentó a su terapeuta una serie de datos que para nosotros resultan relevantes en relación al tema del cambio de la personalidad. Por un lado, se dio cuenta de que podía asistir o no al encuentro de los “viernes de tragos”. Si al otro día tenía una reunión de trabajo, por ejemplo, decidía no concurrir la víspera al acostumbrado encuentro con sus amigos. O bien, si tenía otro encuentro social esa misma noche, se iba temprano después de tomar una sola copa, algo que antes del accidente y el periodo de un mes de abstinencia resultaba imposible porque, en sus palabras, se le “calentaba el pico”¹⁷³, con lo cual al iniciar el consumo no podía detenerlo, en una escalada simétrica típica, comprensible en términos del clásico artículo en el que G. Bateson describió el proceso que hacen las personas en su carrera hacia el alcoholismo.¹⁷⁴

Este grupo de trabajo y de tragos, frente al cual el paciente experimentaba un considerable nivel de lo que hemos denominado *pertenencia rígida*, lo conminaba a mantener su nivel de consumo más que otros grupos. Luego del periodo de abstinencia en que tramitó una “licencia” en su cargo de presidente, descubrió, para su grata sorpresa, que la presión para concurrir al grupo y permanecer en el mismo dependía más de él mismo que de sus compañeros. No hubo quejas cuando faltó a un encuentro ni cuando se retiró antes del final de otro. “La presión era más mía que de ellos”, dijo a su terapeuta. Podemos ver aquí el peso del circuito autorreferencial sobre el mantenimiento o cambio de los patrones de conducta a nivel del circuito interaccional. A la vez, en la medida en que cambia el contenido de sus pensamientos (“puedo faltar y no pasa nada”, “puedo irme más temprano sin problemas, nadie se molesta”, etc.), se produce un cambio en el comportamiento y por lo tanto en el circuito interpersonal.

173 Expresión común en el medio que hace alusión a que los labios (el “pico”), una vez iniciado el consumo, siguen pidiendo alcohol.

174 Bateson, G. (1999). “Hacia una teoría del alcoholismo. La cibernética del self” En *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.

Expectativas ajenas: realidad y circuito intrapsíquico

La influencia del contexto, y el grado en que la misma tiene lugar a través de las expectativas de quienes lo integran, ofrece en extremo dos posibilidades, que admiten una amplia gama de variaciones entre ambas. En una de ellas, las presiones son reales y explícitas. El caso del pandillero que trata de rectificar su vida y decide para ello dejar de pertenecer resulta paradigmático de uno de estos extremos. Las presiones serán explícitas, pasando por amenazas a su vida que probablemente llegarán a concretarse. Queda aquí poco margen para lo que el individuo pueda pensar acerca de las expectativas del entorno: la influencia del mismo resulta directa e impone al individuo la tendencia morfoestática, marcando los límites del cambio.

En el caso de nuestro presidente de club de bebedores el caso resulta diferente. A partir de la experiencia crítica del accidente de tránsito pudo comprobarse que las expectativas de su grupo de pertenencia no eran tan intensas, y que su propio circuito intrapsíquico adoptaba un papel mediador respecto de las mismas, facilitando los comportamientos sintomáticos que imposibilitaban el cambio.

Este juego de las elecciones en un club informal de compañeros de trabajo nos lleva a plantear la analogía con otros contextos y tipos de problemas. Un alcohólico que no puede dejar de tomar porque responde a su grupo de bebedores se parece a un padre o una madre que no pueden dejar de ofrecer cosas y apoyo a sus hijos, dificultando la emancipación efectiva de los mismos en la medida en que éstos no dejan de pedirles o esperar de ellos.

Del mismo modo, la relación entre este presidente honorario del alegre club de bebedores no dista de la que existe, en los procesos electorales reales, entre un político y su electorado. Así, cabe plantearse hasta qué punto los políticos son libres para decidir sobre sus propias candidaturas y, en general, sobre el curso de sus carreras. Linealmente resulta fácil iniciar la puntuación de la secuencia de hechos en que el político *desea* ser candidato y se postula, valiéndose entre otros medios de encuestas de opinión para delinear su estrategia. Sin embargo, uno podría puntuar de otra forma, iniciando en la lectura de una cierta expectativa en el electorado y el grado en que la misma influye sobre la decisión del individuo, llevándolo a posponer (y a veces a literalmente sacrificar) otras prioridades: proyectos personales, salud, familia, etc.

De nuevo: el peso relativo del circuito intrapsíquico resultará determinante para que la persona mantenga su posición en el grupo y el sistema de personalidad previo, que tenderá a reforzarse. Difícil (aunque no imposible) resultará que un político funcione como un pandillero y acepte ser candidato a partir de una extorsión, amenaza o presión concreta por parte de alguna persona o sector interesado en su candidatura.

Circuito interpersonal: ensayo y mantenimiento del cambio

Volviendo a nuestro caso, el paciente comentó, como otro de los cambios observados, que antes del impasse en el consumo él se comportaba de manera “sumisa” en distintos ámbitos. Aceptaba opiniones o disposiciones de otros sin cuestionar, buscando siempre agradar, preservando las relaciones y evitando el rechazo. En estas circunstancias en que no verbalizaba su desacuerdo acumulaba, en términos termodinámicos¹⁷⁵ un monto de energía que, en ciertas ocasiones (reuniones por su emprendimiento) y con determinadas personas (el hermano, el padre) se manifestaba como respuestas verbales agresivas. Después de dejar el consumo, el paciente refirió que podía plantear sin enojo sus diferencias respecto del criterio de otros. Incluso manifestó una crítica al planteo terapéutico –según él no había sido debidamente dimensionado el primer accidente, en el cual se había lastimado la cara-, algo que antes nunca se hubiese animado a manifestar.

Desde una perspectiva cibernética, cuando el paciente consumía alcohol podía iniciar una escalada en la que se afirmaba a sí mismo en su postura, oponiéndose de algún modo a los demás de una manera en que no podía hacerlo en estado de sobriedad. Al hacerlo, se mostraba diferente, dejaba de ser “sumiso” y de sentirse como tal, con lo cual, en términos de lo que decíamos en las consideraciones preliminares al hablar de cambios funcionales que devienen cambios estructurales, el *funcionamiento* consistente en consumir de manera descontrolada tendía a repetirse, configurando la *estructura* que podría describirse como alcoholismo.

175 Para una revisión de los principios de la termodinámica aplicados a la comprensión de los sistemas humanos, remitimos al capítulo 3 del libro *En busca de resultados*.

Desde el punto de vista de la estrategia terapéutica, correspondería desandar ese camino, apostando a un nuevo funcionamiento (decir lo que piensa de manera asertiva, retirarse un viernes de tragos antes de tiempo o bien no asistir, abordar a una mujer sin emborracharse previamente, etc.), a la espera de que, debido a los buenos resultados, la nueva función devenga una estructura más saludable y beneficiosa.

Ahora bien, dadas estas consideraciones: ¿podemos concluir que los cambios registrados hasta el momento constituyen un cambio en la personalidad? Probablemente no, pero desde la perspectiva del terapeuta, y posiblemente desde algunas personas significativas del entorno, estos nuevos circuitos pueden constituir un inicio. El tiempo y la perseverancia en el nuevo funcionamiento determinarán si el cambio incipiente producirá o no una nueva estructura, es decir un nuevo sistema de personalidad. El cambio de la personalidad desde una perspectiva interaccional debe comprenderse entonces –al igual que el concepto mismo de personalidad que hemos desarrollado en el capítulo 2.–, como un proceso que se desarrolla y organiza en el tiempo.

En síntesis, y en un esfuerzo de simplificación, podemos decir que el cambio de la personalidad depende de variables internas del individuo y externas al mismo. Entre las primeras, las *improntas relacionales* constituyen puntos de partida posibles y necesarios, aunque pueden no ser suficientes. En todo caso resulta clave para la dirección y el mantenimiento de los cambios el *papel del o los grupos de pertenencia* y la presión que ejercen sobre el individuo.

Pertenencia, autonomía y cambio¹⁷⁶

Desde una perspectiva interaccional la respuesta a nuestra pregunta acerca del cambio o no en la personalidad resulta clara y necesaria: *la personalidad cambia*. Lo que puede presentar más dificultades para el cambio es el contexto, que seguirá esperando, añorando y hasta exigiendo ciertos modos de comportamiento. Aún más: podrá, en virtud de esas expectativas, no registrar

176 El desarrollo que sigue ha sido parcialmente expuesto en nuestro artículo “El cambio en la personalidad desde una perspectiva interaccional”, publicado en la 2da edición de la Enciclopedia Argentina de Salud Mental.

el cambio en la personalidad del individuo, que desde su perspectiva seguirá comportándose como antes.

El precio de pertenecer es, en un extremo, *seguir siendo quien los demás esperan, lo cual no necesariamente coincide con lo que el individuo desea ser*, dando lugar a una mayor o menor tensión entre el individuo y el sistema social.

Si volvemos a conceptos antes desarrollados: la pertenencia a un sistema puede ubicarse en un continuo que va desde un extremo de rigidez, donde la individualidad no tiene cabida, al otro extremo de laxitud de las relaciones, donde se encuentra un mero conjunto de individualidades.

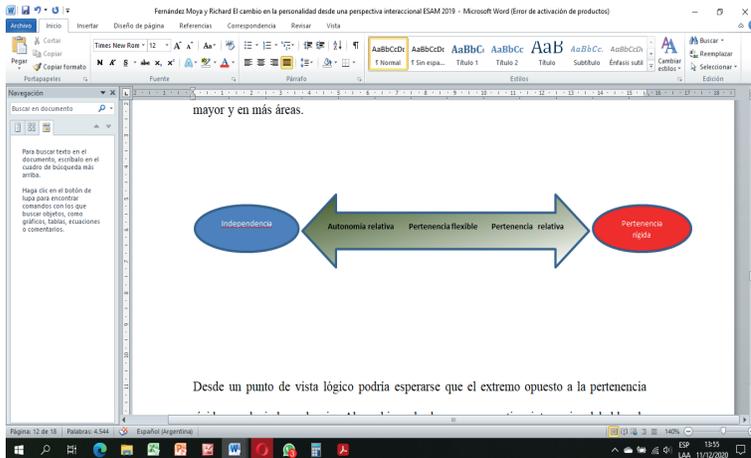
Todo cambio en el comportamiento del individuo (y a la larga: de la personalidad), será registrado de diversas maneras según la posición que ocupe el individuo en términos de cuán rígida es su pertenencia al sistema de que se trate. El mismo le brindará un *feedback* basado en *cuánto y cómo* el comportamiento se aleja respecto de las expectativas. A su vez, el *feedback* asumirá cierta forma particular en función del nivel de rigidez de la relación de pertenencia, es decir: *cuánto y cómo afecta al individuo dejar de pertenecer*.

Una variable central para comprender la pertenencia rígida es, como hemos señalado, las improntas relacionales de *carencia* experimentadas en una o más áreas críticas. A menor carencia, el individuo desarrollará un mayor sentido de autonomía, confianza en sí mismo y seguridad personal que le permitirá elegir con mayores grados de libertad, lo cual incluye la posibilidad de abandonar un determinado sistema.

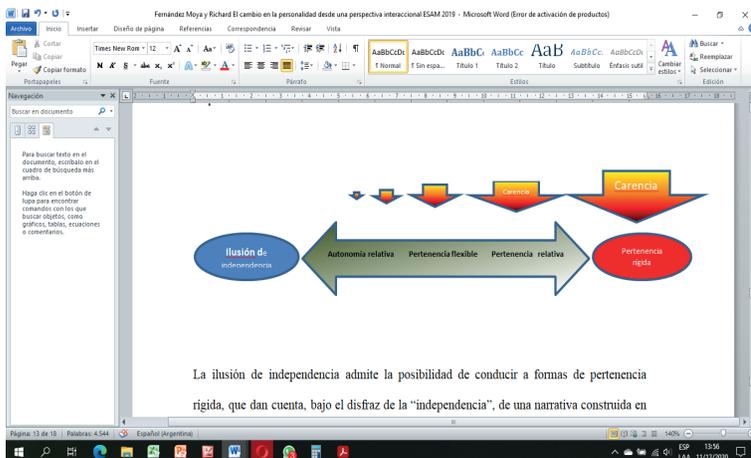
Podemos figurarnos un continuo que va desde la *pertenencia rígida* a una teórica *independencia*, pasando por grados de *pertenencia relativa*, no rígida pero en la cual el sistema todavía limita en gran medida las elecciones del individuo; *pertenencia flexible*, con mayor libertad de elección en algunas áreas; y *autonomía relativa*, donde dicha libertad del individuo es mayor y se da en otras áreas de su vida.

Desde un punto de vista lógico podría esperarse que el extremo opuesto a la pertenencia rígida sea la independencia. Ahora bien: desde una perspectiva interaccional hablar de independencia y de ilusión es prácticamente lo mismo, en la medida en que nadie es totalmente independiente. Como hemos

dicho, aun en soledad, otras personas influyen a nivel del circuito intrapsíquico a través de las improntas relacionales oportunamente registradas, que determinan no sólo la manera de relacionarse sino la manera de pensar.

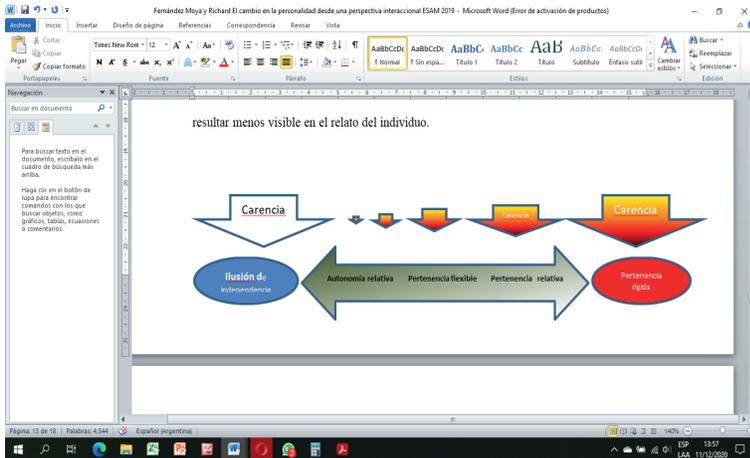


A la vez puede agregarse, en este continuo la variable antes identificada como *carencia* en la narrativa personal, en función del mayor o menor peso relativo que tendrá sobre los grados de pertenencia.



La ilusión de independencia admite la posibilidad de conducir a formas de pertenencia rígida, que dan cuenta, bajo el disfraz de la "independencia", de

una narrativa construida en torno de carencias igualmente intensas y significativas, pero que pueden, en virtud del contenido de la narrativa, resultar menos evidentes al investigador o clínico. En el siguiente gráfico incluimos la variable carencia con la misma forma y peso relativo, pero sin el relleno que hemos dispuesto para las otras instancias del continuo, con lo que pretendemos mostrar que puede resultar menos visible en el relato del individuo.



En la ilusión de independencia se incluye entonces aquellos casos de personas que creen que por oponerse sistemáticamente a las propuestas presentadas por los integrantes de diversos grupos, *están eligiendo*. Lejos de la libertad que pregona, un individuo que funciona de esta manera se encuentra atrapada en la paradoja de que, mientras busca ser libre, se ve obligada a elegir por oposición y, en consecuencia, a desarrollar una pertenencia rígida a, por ejemplo, un grupo al que previamente se oponía. Incluso en el caso de que la persona rehuyera de todo contacto social, la pertenencia rígida estaría referida a un sistema de ideas.

En el paso de un sistema al otro la persona podría mostrar una aparente flexibilidad, lo cual para un observador constituiría un indicador inequívoco de funcionalidad de la personalidad. Ahora bien: la ilusión de independencia puede suponer un grado no evidente de pertenencia rígida, del mismo modo una flexibilidad extrema podrá ser indicador de rigidez. Quien es flexible en *todos* los contextos y situaciones terminará siendo *rigidamente flexible*, o lo que es lo mismo: *flexiblemente rígido*.

Cambios voluntarios e involuntarios en la personalidad

Si asumimos la relación antes expuesta entre la autonomía siempre relativa del individuo y la pertenencia más o menos rígida a un sistema social, cabe plantear el cambio en la personalidad como un proceso voluntario y explícito –que puede o no tener lugar en el transcurso de una terapia-, o bien como uno más solapado, insidioso y no voluntario a lo largo de cierto periodo de la vida.

Este tema nos lleva a preguntas que sin duda exceden el nivel de análisis de la psicología de la personalidad –y de esta obra que estamos concluyendo-, a la vez que remiten a un análisis filosófico y a una dimensión espiritual. Partimos del grado en que el cambio de la personalidad se basa en el ejercicio que el individuo hace de su *libertad* y su necesidad de *coherencia*. Dicha coherencia se da, por un lado, entre lo que él piensa, siente y hace; por el otro, entre lo que el individuo propone y lo que el sistema al que pertenece espera, ya sea legitimando el cambio o bien presionando para mantener la estabilidad.

Podemos decir entonces que el grado en que la persona decide sostener un curso de acción aun frente a fuertes presiones del medio (tendencia morfoes-tática), generando –en una aparente paradoja- un cambio en la personalidad (morfogénesis), dependerá de muchas variables, entre las que podemos identificar y destacar las improntas relacionales vinculadas a la *autoría sobre la propia historia*, y al *grado de pertenencia rígida a los sistemas sociales*.

Otros cambios, que podríamos decir resultan mayoritarios, dependen de una progresiva acomodación entre individuo y contexto que tiene lugar de manera insidiosa, implícita y prolongada. Buena parte de los cambios que hemos conceptualizado a partir del concepto de impronta relacional en el continuo que va de la crianza a la socialización entrarían en esta categoría. Desde la perspectiva del observador cercano al individuo, que tiene contacto asiduo con él, probablemente no se registren los cambios debido precisamente, como desarrollaremos a continuación, al modo gradual en que han tenido lugar.

La responsabilidad del observador

Nadie pondría en duda la influencia que tiene sobre la personalidad de un individuo la experiencia de haberse ido a estudiar fuera de su ciudad o su país natal. Sin embargo, quienes tienen contacto periódico con esa persona a lo largo de los años en que tiene lugar esa experiencia, difícilmente registrarán cuáles son los cambios. Por el contrario, una persona que dejó de tratar con ella durante ese periodo de tiempo, podrá más fácilmente notarlo “diferente”. En función de la edad en que el proceso tiene lugar, este observador podrá atribuir el cambio a diferentes motivos (la maduración, las experiencias vividas, los problemas que debió afrontar o, simplemente, el tiempo transcurrido). La *dimensión temporal* determina entonces directamente el hecho de que un cambio en la personalidad sea definido como tal. Una vez más debemos decir que *la naturaleza del cambio en la personalidad depende directamente del observador*.

En relación con la dimensión temporal, la invariancia, como propiedad de los sistemas, adquiere un lugar en la configuración de la personalidad. Un médico que salía a diario de su consultorio tarde ya en la noche para ir a visitar pacientes en un hospital –sacrificada tarea que sostenía por sentir que estaba cumpliendo con la sagrada misión que imponía su profesión–, se encontró muchos años más tarde, en otro momento de la vida en que ya no realizaba esa parte de su práctica profesional, con que tenía que visitar a un paciente en una clínica privada. Al llegar al lugar, sin la motivación de entonces, se preguntó “¿qué estoy haciendo aquí?”, sorprendido por el contraste con el significado que daba en aquella otra época a ese tipo de esfuerzos.

Las improntas relacionales de allá y entonces pueden, así, perder para el individuo el significado que tuvieron en aquella época. La línea queda desactualizada en el contexto de la trama narrativa, y el protagonista le dará un sentido diferente al contar su historia. De esto se deriva que la libertad del individuo –como veíamos, no entendida como una independencia radical sino como niveles relativos de autonomía–, se actualizará de manera particular en función del ciclo vital y sus cambios, y eventualmente de ciertas circunstancias específicas de la vida, no ligadas al mismo. Lo que él observa y piensa en un momento dado no hubiese resultado posible un tiempo atrás. La impronta

original —el significado que tenía su profesión en los comienzos de su carrera— se podrá mantener, pero en otras actividades o áreas.

Ahora bien: desde una perspectiva positivista, este hecho podría arrojar una sombra de duda sobre cualquier apreciación acerca de la personalidad. ¿Cómo formular un juicio acerca de ésta si el mismo estará teñido de las circunstancias en que la observación fue realizada? Desde la epistemología constructivista, en cambio, asumimos que las categorías o constructos que utilizamos para trazar distinciones en la realidad dependen de nuestra biología a la vez que de la cultura, la cual funciona como filtro. Los juicios emitidos por un observador, por lo tanto, aportan más información acerca de él mismo que del fenómeno que está siendo descripto.

Para ejemplificar este punt citaremos a Fredy Kofman,¹⁷⁷ quien aborda un ejemplo ampliamente tratado en la literatura acerca del modo en que lo científicos establecen taxonomías.

Robert Pirsig proporciona un ejemplo de los peligros de crear categorías y después olvidar que son creaciones: “Los primeros zoólogos clasificaron como mamíferos a aquellos animales que amamantan a sus crías y como reptiles a aquellos que ponen huevos. Esto funcionó hasta que el ornitorrinco, una particular especie de pato, fue descubierto en Australia, poniendo huevos como un perfecto reptil y amamantado a sus crías como un perfecto mamífero. El descubrimiento creó gran conmoción. ¡Qué enigma!, se decía. ¡Qué misterio! ¡Qué maravilla de la naturaleza! Cuando el primer ejemplar llegó a Inglaterra desde Australia hacia el fin del siglo XVIII, los zoólogos pensaron que se hallaban frente a una falsificación. Aún hoy aparecen artículos en revistas de ciencias naturales que se preguntan por qué existe esa paradoja de la naturaleza. Esta pregunta es el colmo del ridículo. El ornitorrinco no está haciendo nada paradójico. Él no tiene ningún problema. El ornitorrinco había estado poniendo huevos y amamantando a sus crías millones de años antes que los zoólogos lo declararan ilegal. El verdadero misterio es cómo observadores científicos, maduros, objetivos y entrenados, pudieron culpar de su error en las categorías, al pobre e inocente ornitorrinco”.

177 Kofman, F (2001). *Metamanagement*. Buenos Aires: Granica.

Este relato nos permite comprender el riesgo de considerar ciertas categorías como dadas de antemano e independientes de quien en virtud de su esfuerzo de conocimiento científico o profesional las piensa y utiliza. Si partimos de esta base epistemológica, la discusión acerca de los límites del cambio en la personalidad reviste especial interés en ciertos ámbitos en los que un juicio acerca de este constructo y sus cambios implica consecuencias concretas para las personas.

Consecuencias y riesgos de las observaciones sobre la personalidad

Así los observadores calificados en virtud de sus títulos y jerarquías en los ámbitos clínico, forense y educacional son potencialmente generadores de improntas relacionales que conllevan consecuencias directas y decisivas en la vida de las personas. Afirmar que un paciente tiene un trastorno de personalidad, que un imputado comprende la criminalidad de sus actos, o bien que un alumno es un “niño problema”, influirá necesariamente las interacciones que tendrán lugar entre el individuo en cuestión y las personas del entorno significativo. Quienes aceptan estos rótulos (profesionales, familiares, compañeros, docentes) actuarán necesariamente en consecuencia, devolviendo cierta imagen al individuo que confirmará o no la propia, en términos del proceso que explicamos en el capítulo 5.

Una variable clave en relación con la construcción de la realidad por parte del observador referida a la personalidad es la *puntuación de la secuencia de hechos*¹⁷⁸ que éste realiza. Así, si tomamos entre los mencionados el ámbito forense, un perito podrá atribuir a cierto hecho o serie de hechos un cambio determinado en la personalidad. Nuevas condiciones de trabajo, una separación, un accidente, etc., son definidos arbitrariamente por uno más observadores como el punto de partida de los hechos que condujeron a esos cambios que el profesional ha constatado.

178 Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.

Otro observador podría ir más atrás, y pensar por ejemplo en qué características o hechos previos explican que la persona ingresara o aceptara esas condiciones de trabajo, se involucrara de tal o cual manera en una relación de pareja, tuviera determinado estilo de manejo que predispuso a un accidente, etc. La regresión hasta el inicio no tendría fin: siempre podríamos encontrar causas de las causas, y una observación no sería más ni menos verdadera que las otras. De nuevo, el punto singular en la línea de tiempo en que el observador decide obturar es el que permitirá establecer las causas. Dado cierto consenso en una comunidad –por ejemplo científica, según la cual determinadas condiciones de trabajo disponen a tal o cual enfermedad laboral, y que la misma no se debe al “mal de ojo” o a una “vida pasada”-, asumir que un observador posee en mayor medida que los otros la verdad, resulta un falso problema. Serán en todo caso las propias improntas de los observadores las que den cuenta del porqué de su particular recorte.

Capítulo 9: Conclusiones

En un momento de nuestro desarrollo planteamos que la forma en que se construye la personalidad presenta ciertas similitudes con la construcción de una teoría. Si esa teoría a su vez se trata de la personalidad, encontramos la circularidad que tanto agrada al pensamiento sistémico. Preferimos, por lo tanto, esta analogía a otras posibles, debido al valor agregado que aporta para la acción o para dar lugar a nuevas preguntas.

Si de teorías se trata, podríamos establecer una distinción gruesa entre diferentes épocas del desarrollo de la psicología de la personalidad. Podemos hablar de un tiempo pasado en que la dialéctica *natura-nurtura* o la búsqueda por identificar qué resultaba innato y qué adquirido en la personalidad tuvo un lugar preponderante en la discusión académica y la investigación. Los desarrollos fueron dando espacio a constructos más descriptivos, menos vinculados a un origen u otro.

Dos tipos de desarrollos en la psicología de la personalidad dieron cierta continuidad a aquella antigua polémica entre lo dado y lo adquirido. Por un lado, las vicisitudes del constructo *rasgo* a lo largo de la historia, que con todo y la incorporación de aportes de la psicología social y la psicología cognitiva mantiene, desde nuestro punto de vista, cierta herencia de un componente *biológico* y por lo tanto innato. Por el otro, de la mano del auge relativamente reciente de las neurociencias, el estudio de cómo el sustrato estructural que constituye el cerebro da lugar a los fenómenos funcionales que se engloban bajo el concepto de *mente*. Mucho más allá de la aparente reedición de una forma de dualismo, estos desarrollos ofrecen múltiples caminos de ida y vuelta entre estructura y función que resultan en aplicaciones concretas para disciplinas clínicas y no clínicas. El concepto de lo *innato* tiende a desdibujarse de la mano de lo moldeable o *plástico* que puede resultar el sistema

nervioso, aunque persiste hasta cierto punto bajo la forma de disposiciones escritas, supuestamente, en código genético.

El lector versado en estos temas habrá advertido la falta de referencias a conceptos provenientes de las neurociencias a lo largo de nuestra obra. Por un lado, dicha ausencia tiene que ver con una cuestión de foco: nuestra búsqueda, iniciada en el libro *De crianzas y socializaciones*, surgió a partir de interrogantes específicos ligados a la evaluación clínica, y a la optimización de intervenciones terapéuticas que consideraran a la vez las características personales del individuo y su actualización en tiempo real en la interacción. Acuñamos entonces el concepto de *impronta relacional*, que pretende construir una historia posible del presente –o, según se puntúe: un presente de la historia-, a la vez que facilitar las intervenciones terapéuticas a través de la construcción conjunta de una narrativa posibilitadora. En la medida en que esa narrativa incorpora elementos de aquella historia, resulta aceptable en la ecología presente de las ideas de quien consulta. Una vez más: la personalidad, conocida por un profesional o por un lego, revela toda su dimensión de constructo fundamental para la adaptación del individuo al medio social.

En términos de foco de una conceptualización y de las intervenciones que de ella puedan surgir, el pensamiento sistémico permite el abordaje de la complejidad a partir de un modelo simple. En este caso, “simple” para nosotros implica hasta cierto punto operar con cierta noción de “caja negra” en muchos aspectos tocantes a la estructura y el funcionamiento del sistema nervioso.

Lo anterior no obsta que nuestro trabajo pueda enriquecerse con aportes provenientes del campo de las neurociencias, o bien que investigadores de ese campo puedan encontrar en nuestras ideas “gatillos” para profundizar en su conocimiento de las múltiples relaciones entre estructura y funcionalidad que permite su campo de conocimiento.

En un sentido amplio, el estudio de las implicancias a nivel de neurociencias de los constructos de personalidad a los que hemos dado forma podría dar lugar a valiosos desarrollos investigativos que no quisiéramos prefigurar aquí. Más que pensar en qué podrían consistir esos aportes, deseamos dejar expresado lo que *no* deberían ser.

Un aporte desde las neurociencias, o idealmente conjunto de aportes, no debería parecerse a una traducción de conceptos psicológicos o interaccionales

al lenguaje de esa disciplina. En nuestro libro y en lo que hemos escrito anteriormente hemos utilizado una lengua: el de la psicología, y por momentos uno o más dialectos (de la psicología clínica sistémica, de la psicología de la personalidad). En otro lugar¹⁷⁹ planteamos hace algunos años un diálogo posible entre distintos dialectos dentro de las terapias sistémicas y, saliendo de nuestros cantones, cómo se puede trazar puentes de diálogo con otros modelos de orígenes y recorridos diversos como son las terapias cognitivo-conductuales, integrativas y humanístico-existenciales. Más recientemente, movidos por una necesidad académica ligada a la enseñanza del pensamiento sistémico, propusimos un modo de aproximación a esa poderosa herramienta para los estudiantes que intentaba resolver las dificultades implicadas en la traducción.¹⁸⁰

La motivación para escribir un capítulo en esa obra tuvo que ver con una dificultad observada en el dictado de una asignatura de grado en la carrera de psicología. Los estudiantes sistemáticamente trataban de entender los conceptos a través de un esfuerzo de traducción de la epistemología constructivista, nueva para ellos, al código lingüístico de la anterior. Para llevar adelante aquella propuesta utilizamos entonces como analogía la enseñanza bien entendida de las lenguas extranjera, que consiste en ayudar al aprendiz a *pensar* en términos de la nueva lengua y no a *traducir* palabra por palabra.

Las ideas que hemos plasmado en el libro que hoy llega a su fin provienen entonces de mucho más atrás que el capítulo 1. Las improntas de nuestra propuesta para un modelo interaccional de la personalidad se remontan a ciertas necesidades en los ámbitos asistencial y académico. En el libro *De crianzas y socializaciones* buscamos ordenar algunos indicadores que asociábamos a patrones de comportamiento de nuestros consultantes. Para poder ordenarlos tuvimos que ponerles nombres (dimensiones), y agruparlos en categorías más amplias que comprendían momentos clave del ciclo vital (de la crianza en los primeros momentos de la familia, de la socialización cuando intervienen

179 Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Una Introducción a las terapias sistémicas. Tomo II. Modelos clínicos de abordaje*. Mendoza: Universidad del Aconcagua, capítulos 21, 22 y 23.

180 Valgañón, M. (Ed.) (2020). *Manual de introducción al pensamiento sistémico. Conceptualizaciones, ejemplos y actividades prácticas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua. Capítulo 2.

otros sistemas sociales), así como acontecimientos o procesos familiares típicos (esperados o inesperados) que tienen lugar durante todo el ciclo vital.

Definimos entonces como *improntas relacionales* a los constructos que derivaban de esos acontecimientos, y destacamos el poder que los mismos tenían para el cambio de la forma en que los individuos *piensan* (sobre el mundo en general, incluidas las dificultades o problemas, sobre los demás y las relaciones con ellos, sobre sí mismos) y el modo en que *interactúan* con otras personas. Algunas de estas categorías o dimensiones resultaban más específicamente ligadas a cambios en el modo de construir la realidad.

Como sistémicos, hemos atravesado aquel recorrido y éste atentos al modo en que el contexto, como seleccionador de comportamientos, influye o hasta determina ciertas respuestas en el individuo. Los contextos pueden ser reales o imaginarios, físicos o virtuales –nuestros cerebros, en última instancia, no realizan esas distinciones y activan respuestas en unos como si se tratara de otros-. En relación con ello, no podemos dejar de comentar el contexto inmediato que tuvo el desarrollo de la parte final de este libro: la pandemia, el aislamiento primero y luego el distanciamiento social que incidieron inevitablemente en la forma de nuestro trabajo, el cual pasó de la escritura conjunta, presencial, a la utilización de medios digitales para continuar el mismo tipo de diálogo y construcción consensuada. Este cambio de contexto llevó para nosotros a un cambio de medios, pero la interacción siguió teniendo lugar. Antes del cierre nos reservaremos un espacio para un comentario adicional sobre nuestro modo de escribir y nuestra interacción, pues esa reflexión resultó para nosotros esclarecedor respecto del modo en que funciona, se construye y cambia la personalidad.

Si de interacción se trata diremos, dando continuidad a nuestro esfuerzo de síntesis, que entre todo el abanico posibles de interacciones en que pueden involucrarse los individuos, algunas resultarán más posibilitadoras que otras. El camino del *reconocimiento*, donde se confirma al individuo a partir de sus resultados, devolviéndole una imagen que coincide con la propia (actual o esperada, como proyecto futuro) posibilitará formas de pertenencia que otorgan los beneficios de la sociabilidad pero preservan al individuo en márgenes de considerable autonomía.

El camino del *resentimiento*, en cambio, mantendrá al individuo en la periferia del sistema, fomentando formas de pertenencia rígida que van en desmedro de la autonomía personal.

Entre un camino y otro, la interacción con ciertas personas puede facilitar el pasaje, a la manera de un puente *Bailey* que, como dijimos, consiste en una estructura provisoria que puede o no convertirse en una obra de ingeniería más compleja y estable. Una vez más, el cambio aparece como un factor necesario para comprender la personalidad. En este caso, se trata de la condición necesaria para que una interacción puntual o una serie de interacciones devengan una estructura estable (cambiante dentro de ciertos límites) que llevará a ese camino deseado del reconocimiento, la confirmación y, en última instancia, el bienestar del individuo.

Pero volvamos al plan de la obra y sus motivaciones. Al revisar los desarrollos sistémicos sobre evaluación psicológica nos encontramos con una importante carencia de información sobre el impacto de las experiencias y los circuitos sobre el desarrollo de la personalidad. Como toda carencia, esa falta de desarrollos resultó para nosotros generadora de otra cosa: en este caso de un desarrollo teórico. Como dijimos en su momento, la personalidad tiene un valor funcional, adaptativo; es éste un principio sobre el que existe convergencia desde distintas lenguas de la psicología académica. Por nuestra parte, enfrentados con ese escaso desarrollo en el mundo del pensamiento sistémico, emprendimos nuestro trabajo de construcción teórica con el objetivo de conocer mejor y enseñar mejor. Una vez más —la última por ahora— acudimos a un dicho de la sabiduría popular: *la necesidad tiene cara de hereje*. Volvemos así, una y otra vez, a nuestra analogía: la construcción de la personalidad se parece a la construcción de una teoría, y ambos procesos tienen o deberían tener en común una cierta utilidad o, en términos de nuestro dialéctico cibernético-sistémico, un *propósito*.

Si de propósito se trata, los aportes a un modelo de personalidad que hemos ordenado en este libro pretenden ser una respuesta acotada pero sólida a esa carencia de desarrollos sistémicos sobre el constructo. Ahora bien: podemos hablar de una segunda carencia que no hemos pretendido abordar pero que, como en el caso de las relaciones posibles con el campo de las neurociencias, deseamos dejar planteada para que eventualmente sean otros quienes tomen

la posta. Se trata de un enfoque de la personalidad que contemple eventualmente el desarrollo a lo largo del tiempo de manera integral.

El estado del arte actual en el ámbito de la psicología de la personalidad consiste más en una colección de desarrollos específicos que en la construcción de complejos sistemas teóricos, siempre con un énfasis en lo funcional por oposición a la descripción de estructuras de personalidad. Hablar de estructura implica poner el foco en lo que persiste, y avala por lo tanto las ideas favorables al no cambio en la personalidad. Pensar en términos de funciones y de adaptabilidad permite la percepción del cambio. Así, resulta visible que una manera anterior de comportarse asuma en un momento dado otra forma, y que en el futuro, a su vez, ese comportamiento pueda seguir cambiando. Aquellos nuevos elementos que el entorno seleccione podrán ser cristalizados en una nueva *estructura*, que podrá perdurar pero nunca será definitiva, en la medida en que lo único estable en los seres humanos es el cambio.

En línea con estas ideas hemos optado por un enfoque simple de la funcionalidad que nos permitió identificar dos grandes clases de cambio en la personalidad: un *cambio continuo* y un *cambio discontinuo*. El primero se refiere a un proceso gradual y permanente de incorporación de experiencias, algunas de las cuales serán construidas como improntas relacionales. En términos de la analogía varias veces utilizada en este libro, se trata de una sedimentación de materiales que formarán los estratos o “capas geológicas” de la personalidad.

El segundo tipo de cambio tendrá lugar a partir de un incidente, de un suceso puntual, de gran intensidad, habitualmente inesperado, que a la manera de un movimiento sísmico dejará al descubierto ese trabajo de años dado por el cambio continuo. A modo de ejemplo y en nuestro contexto más inmediato: cualquier profesional de nuestro campo coincidirá con que la pandemia y las medidas de ella derivadas pusieron al descubierto una serie de recursos en las personas –incluyendo capacidades y potencialidades– que antes se encontraban cubiertas bajo capas de otros comportamientos que resultaban funcionales al contexto anterior. También quedaron al descubierto aquellos comportamientos disfuncionales desconocidos para los individuos y su entorno por no haber sido expresados hasta el momento.

Junto con esta distinción de dos formas de cambio, el constructo de “ventana” posibilita pensar en ciertos periodos críticos para el cambio y resulta

por ello útil a nuestros fines en la consideración del ciclo vital del individuo y la familia. A lo largo de esos periodos limitados de tiempo, el individuo resulta permeable a las influencias ambientales, y sólo entonces los cambios podrán ser atribuidos en parte a esas experiencias y a las personas que las propiciaron.

Ambos tipos de cambio, junto con esta idea de periodos de ventana podrían ser, desde nuestra perspectiva, abordados desde las neurociencias en un esfuerzo por integrar una red disciplinar más amplia que sume al conocimiento científico de la personalidad.

Finalmente, deseamos exponer otra circunstancia que no podemos dejar de lado en relación al proceso de producción de esta obra y que nos ha acompañado desde hace mucho tiempo en la escritura conjunta de otras. La tarea ha tenido lugar siempre de manera conjunta y simultánea, variando sólo en el último tiempo con la particularidad del uso de una plataforma virtual. Ciertos roles relativamente fijos se han ido delineando: uno de nosotros tipea mientras ambos conversamos. Luego releemos y editamos. A propuesta de uno o del otro, volvemos sobre el texto, lo reestructuramos, introducimos títulos, etc.

Este comentario, que podría resultar de interés para algún estudioso de la escritura o del estilo en la producción científica, tiene para nosotros otro sentido. Nuestro trabajo sería muy diferente si nuestro método para escribir hubiese sido otro, por ejemplo intercambiando textos y modificándolos individualmente, en soledad. Nuestra producción tiene la impronta de la interacción permanente, y de la búsqueda del consenso. Lo que uno de nosotros aporta en un momento dado –su experiencia, alguna lectura reciente o antigua– surge de lo que la misma obra va gatillando en su progreso. Un caso clínico, una experiencia personal expresada en el diálogo, gatilla asociaciones en el interlocutor, y la respuesta abre a su vez otras en quien realizó el aporte original. Con el tiempo, indefectiblemente el pensamiento o el comentario puede volverse predecible, pero siempre surge la novedad, en una danza interminable entre morfoestasis y morfogénesis.

La necesidad de un consenso para llegar a la obra terminada conlleva poner de manifiesto los puntos de desacuerdo. A partir de ello, cambia en ocasiones el modo de pensar de uno de nosotros, o de ambos, dando lugar a un nuevo

constructo. Pensar de otro modo lleva a actuar de otra manera, y hacerlo de manera repetida, en la medida en que el nuevo comportamiento resulta exitoso, implica un nuevo patrón que puede ser entendido como un cambio en la personalidad.

El trabajo conjunto y simultáneo sobre un texto, así como la interacción en cualquier otra situación, y con cualquier otra excusa, no implica que los aportes individuales, o la individualidad misma, se pierdan. Por el contrario: el aporte individual adquiere valor y relevancia en la medida en que es expresado en la interacción. Un rasgo, tal como definíamos en el capítulo 6, es para nosotros una construcción que surge del consenso. Al cambiar éste, se modifica el rasgo, pero el mismo no tiene existencia o entidad fuera de esa expresión, de ese diálogo *acerca* de la personalidad. Si llevamos al extremo este razonamiento, diremos entonces que *la personalidad no existe más que en la interacción*.

Como decíamos respecto de la diferencia entre aprender a pensar en otro idioma y simplemente intentar una traducción, pensamos que la interacción ha resultado, para nosotros, necesaria para poder escribir acerca de la personalidad entendida desde una perspectiva interaccional. *La interacción, la recursividad y el pensamiento circular*, entonces, exceden el papel de meros recursos para la consecución de un fin: se convierten para nosotros en los medios indispensables.

Referencias bibliográficas

- Anderson, C.; Reiss, D.; Hogarty, G. (1988). *Esquizofrenia y familia. Guía práctica de psicoeducación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2013). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM 5*. Arlington, VA.
- Bateson, G. (1999). *Pasos Hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: C. Lohlé.
- Casabianca, R. y Hirsch, R. (1989). *Cómo equivocarse menos en terapia. Un registro para el modelo de M.R.I*. Santa Fe: Centro de publicaciones – Universidad Nacional del Litoral.
- Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Tomo I Una Introducción a las terapias sistémicas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- Fernández Moya, J. (2010). *En busca de resultados. Tomo II Modelos clínicos de abordaje*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- Fernández Moya, J y Richard, F. (2017). *De crianzas y socializaciones. La impronta relacional en la evaluación clínica*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- Fernández Moya, J y Richard, F. (2018). *La construcción de la personalidad desde una perspectiva interaccional: las improntas relacionales en la evaluación clínica*. Enciclopedia Argentina de Salud Mental. Buenos Aires: Fundación Aiglé.
- Fernández Moya, J. y Richard, F. (2019). *El cambio en la personalidad desde una perspectiva interaccional*. Enciclopedia Argentina de Salud Mental. 2da Edición. Buenos Aires: Fundación Aiglé.

- Fernández Moya, J. y Richard, F. (2020). *Después de la pérdida. Una propuesta terapéutica para el abordaje de los duelos*. 3ª Edición ampliada. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- Fierro, A (comp.) (1996). *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós.
- Goldfarb, R (1996). *Familia con padrastro y madrastra: el intento de imitar el modelo de familia nuclear*. Tesis de licenciatura. Mendoza: Facultad de Psicología de la Universidad del Aconcagua.
- Haley, J. (1991). *Tácticas de poder de Jesucristo*. Buenos Aires: Paidós.
- Hersey, P., Blanchard, K. y Johnson D. (2000). *Administración del comportamiento organizacional*. México: Prentice Hall.
- Hirsch, H. y Rosarios, H. (1987). *Estrategias psicoterapéuticas institucionales*. Buenos Aires: Nadir.
- Kofman, F. (2001). *Metamanagement*. Buenos Aires: Granica.
- Laing, R. (1974). *El yo y los otros*. México: Fondo de Cultura Económica. México.
- Luft, J.; Ingham H. (1955). *The Johari window, a graphic model of interpersonal awareness*. Proceedings of the western training laboratory in group development: Los Ángeles.
- Maturana, H. y Varela, F. (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Minuchin, S. (1987). *Mis múltiples voces. Sistemas familiares*, Año 3, vol. 3.
- Minuchin, S. y Fishman, C. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Barcelona: Paidós.
- Morris, C. y Maisto, A. (2009). *Psicología*. México: Prentice Hall.
- Pervin, L. (1996). *La ciencia de la Personalidad*. Madrid: Interamericana.
- Pittman III, F. (1990). *Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de crisis*. Buenos aires: Paidós.
- Prochaska, J. y Norcross, J. (1994). *Systems of Psychotherapy*. Avon Books. New Cork.

- Senge, P. (2011). *La quinta disciplina*. Buenos Aires: Granica.
- Sluzki, C. (1992). *Transformations: a blueprint for narrative changes in therapy*. *Family Process*, 31, pp. 217 – 213.
- Sluzki, C. (1999). *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- Timinesky, M. (1997). *La respuesta Sistémica-Cibernética-Constructiva a las situaciones de crisis en un servicio de salud mental de un Hospital General del Gran Buenos Aires*. *Perspectivas Sistémicas*, Año 10, No 48.
- Valgañón, M. (Ed.) (2020). *Manual de introducción al pensamiento sistémico. Conceptualizaciones, ejemplos y actividades prácticas*. Mendoza: Universidad del Aconcagua.
- Watzlawick, P. (1984). *El arte de amargarse la vida*. Barcelona: Herder.
- Watzlawick, P. (1979). *¿Es real la realidad?* Barcelona: Herder.
- Watzlawick, P.; Beavin, J. y Jackson, D. (1981). *Teoría de la Comunicación Humana*. Barcelona: Herder.
- Watzlawick, P.; Weakland, J.; y Fisch, R. (1976). *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder.
- White, M. y Epston, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona: Paidós.



El presente de la historia

De la impronta relacional a la construcción de la personalidad

El concepto de impronta relacional ha sido considerado por Ruth Casabianca como un concepto "fundante". Marcelo Ceberio, prologoista de El presente de la historia, califica con el mismo término a la teoría interaccional de la construcción de la personalidad.

La obra parte de consideraciones preliminares acerca del conocimiento clínico y la construcción de la personalidad, incluyendo los motivos para una teoría interaccional, que van de la función a la estructura (y viceversa) y las improntas relacionales.

Los autores abordan las relaciones entre interacción e identidad, así como el hecho de que la personalidad es producto del consenso y la perspectiva en el aquí y ahora del proceso continuo de definición de la relación. A partir de su experiencia clínica fundamentan este proceso en el permanente pasaje de los circuitos de interacción a los paradigmas y de la pertenencia a los grupos sociales al self.



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

ISBN 978-987-4971-38-8



9 789874 971388